

**UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**  
**Departamento de Historia Contemporánea**



**LA NACION NO ES PATRIMONIO DE NADIE. EL LIBERALISMO**  
**EXALTADO EN EL MADRID DEL TRIENIO LIBERAL (1820-1823):**  
**CORTES, GOBIERNO Y OPINION PUBLICA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**  
**PRESENTADA POR**

**Sophie Bustos**

Bajo de la dirección de Juan Ignacio Marcuello Benedicto

**Madrid, 2017**

*A mis padres, Martine y Didier*

*A mi hermana, Hélène*

# Indice

<b>Agradecimientos</b> .....	<b>1</b>
<b>Introducción</b> .....	<b>3</b>
<b>Capítulo I. Año 20: surgimiento de la corriente exaltada</b> .....	<b>11</b>
1. ¿Qué entendemos por “exaltado”? .....	11
1.1 Exalter, exalté, exaltation .....	14
1.2 “Exaltado”, “exaltar”, “exaltación” .....	17
2. La figura de Riego .....	22
2.1 El festejo popular .....	24
2.2 Vinculación con la corriente exaltada .....	28
3. Interpretación exaltada de la Constitución de Cádiz .....	32
4. El momento de la ruptura con los liberales moderados .....	36
<b>Capítulo II. Evolución de la corriente exaltada desde finales de 1820 hasta principios de 1822</b> .....	<b>46</b>
1. Radicalización del año veintiuno y apropiación de los comuneros de Castilla.....	46
1.1 Radicalización.....	46
1.2 Evolución semántica del concepto de comunero .....	49
1.3 1821: Tricentenario de la derrota de Villalar .....	51
1.4 La comunería .....	55
2. El ministerio Feliú-Bardají.....	61
2.1 Coletilla de Fernando VII y agitación parlamentaria .....	61
2.2 La abolición del régimen señorial .....	74
2.3 Evaluación del gobierno Feliú por los exaltados .....	89
3. Las revueltas de Cádiz y Sevilla y la caída del ministerio Feliú-Bardají..	100
3.1 Revueltas andaluzas.....	100
3.2. Actitud de las Cortes .....	103
3.3 Alguna consideración sobre el tercer gobierno del Trienio .....	106
4. La Internacional Liberal: España como modelo y refugio.....	107
4.1 España como modelo de la revolución napolitana de 1820-1821 .....	108
4.2 Internacionalismo y fraternidad .....	111
4.3 Publicaciones francesas radicales en Madrid: L’Echo de l’Europe y Le Régulateur .....	119

<b>Capítulo III. 1822: desde el nuevo gobierno hasta el 7 de julio .....</b>	<b>132</b>
1. El ministerio Martínez de la Rosa.....	132
1.1 Evaluación del gobierno por los exaltados .....	132
1.2 Balance gubernativo del tercer ministerio.....	135
1.3 El estado de la nación en junio de 1822 .....	140
2. Auge contrarrevolucionario .....	152
2.1 Ciudades precursoras.....	152
2.2 Desencadenamiento del golpe en Madrid .....	155
3. Diversas consecuencias del 7 de julio.....	162
3.1 Diplomacia e intrigas.....	162
3.2 Algunas reacciones exaltadas .....	172
<b>Capítulo IV. El gobierno San Miguel y el final del Trienio en Madrid .....</b>	<b>178</b>
1. El gobierno San Miguel .....	178
1.1 Inicios de la legislatura extraordinaria de 1822-1823 .....	179
1.2 La unión entre Cortes y Gobierno.....	195
1.3 El ministro San Miguel, ¿un liberal exaltado?.....	200
2. El Congreso de Verona y la intervención francesa.....	219
2.1 La posibilidad de una alianza ibérica .....	219
2.2 El Congreso de Verona .....	224
2.3 Avance de las tropas francesas y caída de Madrid .....	228
<b>Conclusiones .....</b>	<b>234</b>
<b>Conclusions .....</b>	<b>241</b>
<b>Fuentes y bibliografía.....</b>	<b>248</b>
<b>Apéndice documental.....</b>	<b>272</b>
Documento 1 .....	272
Documento 2 .....	287
Documento 3 .....	314
<b>Resumen .....</b>	<b>341</b>
<b>Résumé .....</b>	<b>341</b>

## Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a mi director de tesis Juan Ignacio Marcuello Benedicto por su paciencia y benevolencia. Agradezco también a mis padres Martine y Didier y a mi hermana Hélène, que me apoyaron incondicionalmente, y a mi compañero Angel, que me alentó a lo largo de estos cuatro años de realización de la tesis doctoral. Agradezco asimismo el apoyo económico del Programa Propio de ayudas para Posgrados de Excelencia de la Universidad Autónoma de Madrid, sin el que la realización de esta tesis hubiera sido imposible, y a Jean-Philippe Luis por haberme acogido en el Centre d'Histoire Espaces et Cultures de Clermont-Ferrand.

# Introducción

La valoración del Trienio Liberal como experiencia política ha venido aumentando en las últimas décadas. De diagnósticos absolutamente desfavorables<sup>1</sup> hasta una relativa indiferencia -como es la evocación de este régimen constitucional como un paréntesis poco significativo en la historia decimonónica española, encerrado entre dos épocas de absolutismo-, se ha pasado a una consideración del Trienio como experiencia de la modernidad política, una experiencia revolucionaria<sup>2</sup>. En este sentido, a partir de finales de 1950 se observa un renovado interés por el Trienio, como lo demuestran las obras de Artola y Comellas<sup>3</sup> sobre la España de Fernando VII y este régimen constitucional. Este interés se ve confirmado en la década de 1970 por el estudio pionero de Gil Novales sobre los lugares de sociabilidad del Trienio por antonomasia: las sociedades patrióticas<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Según Menéndez Pelayo, el Trienio Liberal es un periodo patológico en la historia decimonónica española: "Porque, a decir verdad, en aquellos tres años no estuvo el poder en manos del rey, ni de las Cortes, ni de los ministerios (...) sino que estuvo y residió en los capítulos masónicos y en las torres comuneras. De ello fue el repartir empleos y mandos; (...) de ello, el trazar y promover motines, ora en desprestigio del trono, ora en daño de la autoridad de los ministros cuando parecían poco celosos y complacientes; ora en divisiones y luchas intestinas entre sí. (...) Hay en la historia de todos los pueblos períodos o temporadas que pueden calificarse de patológicas con tan estricto rigor como en el individuo. Como si no fuera bastante tanta borrachera liberalesca, tanto desgobierno y tanta asonada, las sociedades secretas (...) encontraron un respiradero más en las sociedades patrióticas, inauguradas en los cafés y en las fondas a imitación de los clubs de la revolución francesa." Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Barcelona, Ediciones Red, 2011, tomo 7, reedición, pp. 97-98.

<sup>2</sup> En opinión de Luis, puede establecerse que con el Trienio "l'Espagne a connu pour la première fois une expérience que l'on peut qualifier par certains aspects de révolutionnaire", aunque matice que lo revolucionario de esta experiencia no se encuentra tanto en la "politique gouvernementale" sino más bien "dans la rue ou par l'intermédiaire des sociétés populaires." Jean-Philippe Luis, *L'utopie réactionnaire. Epuration et modernisation de l'Etat dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, p. 186.

<sup>3</sup> Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, tomo 26 de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1968; ID, *Antiguo régimen y revolución liberal*, Barcelona, Ariel, 1978; José Luis Comellas, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958; ID, *El Trienio Constitucional*, Madrid, Rialp, 1963.

<sup>4</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas (1820-1823): las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1975. Este historiador también publicó un opúsculo sobre la historia de este régimen constitucional: Alberto Gil Novales, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

Asimismo, constituyen una aportación significativa al estudio del liberalismo y del Trienio Liberal las investigaciones sobre la utopía insurreccional del liberalismo<sup>5</sup>, las sociedades secretas como vector de acción y desarrollo de políticas y redes liberales<sup>6</sup>, así como los trabajos, más recientes, sobre el Trienio Liberal en Barcelona de Roca Vernet<sup>7</sup>.

Junto a estos aportes han sido varios los frentes de estudio sobre el Trienio Liberal: contribuciones al estudio local del régimen constitucional<sup>8</sup>, estudios de derecho constitucional sobre el código gaditano de 1812 y su impacto europeo

---

<sup>5</sup> Irene Castells, *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989.

<sup>6</sup> Iris M. Zavala, *Masones, Comuneros y Carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971; Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo comunero: una consideración especial de El Zurriago (1821-1823)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1999; ID, *El liberalismo exaltado: la confederación de comuneros españoles durante el Trienio Liberal*, Madrid, Fundamentos, 2007.

<sup>7</sup> Jordi Roca Vernet, *Política, liberalisme i revolució. Barcelona, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007; ID, *La Barcelona revolucionària i liberal: exaltats, milicians i conspiradors*, Lleida, Pagès Editors, 2011.

<sup>8</sup> Entre los estudios de carácter territorial, los hay sobre clero y desamortización, reacción antiliberal y relato de los sucesos más relevantes en la segunda época constitucional. Pueden destacarse los siguientes: Ramón Arnabat Mata, "¿Campesinos contra la Constitución? El realismo catalán, un ejemplo y un análisis global", en *Historia social*, núm. 6 (1993), pp. 33-49; Luis Barbastro Gil, *El clero valenciano en el Trienio Liberal (1820-1823): esplendor y ocaso del estamento eclesiástico*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985; Xosé Ramón Barreiro Fernández, "La reacción absolutista en Galicia en el Trienio 1820-1823", en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, tomo 31, núms. 93-95 (1978-1980), pp. 167-208; Joan Brines Blasco, *La desamortización eclesiástica en el país valenciano durante el trienio constitucional*, Valencia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 1973; Vicente Conejero Martínez, *El trienio constitucional en Alicante (1820-1823) y la segunda represión contra los liberales (1823-1833)*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1983; Mercedes Díaz-Plaza Rodríguez, *Zaragoza durante el trienio (1820-1823): una narración de historia política urbana*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1995; Blanca Martínez Domínguez, *Estudio de la desamortización eclesiástica durante el Trienio Liberal en la provincia de Lugo (1820-1823)*, Lugo, Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones, 1987.

y americano<sup>9</sup>, investigaciones sobre la construcción del ejército liberal y la milicia nacional<sup>10</sup>, así como estudios sobre la prensa del Trienio Liberal<sup>11</sup>.

Desde mi perspectiva, la vertiente más novedosa son los estudios sobre el impacto europeo de la revolución de 1820 y las redes liberales europeas, ya que éstas presentan la España del Trienio como refugio y modelo de revolucionarios y liberales de Europa<sup>12</sup>. Por último, han de señalarse los trabajos que investigan la relación entre la Francia de Luis XVIII y la España del Trienio, pues ahondan en la imagen que se tenía en Francia del régimen constitucional español y lo que supuso la intervención francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis y la presencia de un ejército francés en la Península hasta 1828<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> Ignacio Fernández Sarasola, "La Constitución española de 1812 y su proyección europea e iberoamericana", en *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, núm. 2 (2000), pp. 359-457; ID, *Poder y libertad: los orígenes de la responsabilidad del Ejecutivo en España (1808-1823)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001; Alberto Ramos Santana (coord.), *La Constitución de Cádiz y su huella en América*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011; Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, "La monarquía imposible. La Constitución de Cádiz durante el Trienio", en *Anuario de historia del derecho español*, núm. 66 (1996), pp. 653-688; ID, "La Constitución de Cádiz y el primer liberalismo español", en *Teoría y derecho: revista de pensamiento jurídico*, núm. 10 (2011), pp. 49-66; ID, *La monarquía doceañista (1810-1837)*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

<sup>10</sup> Roberto Blanco Valdés, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Valencia, Siglo XXI, Edicions Alfons el Magnànim, 1988; Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño (1808-1874)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1978.

<sup>11</sup> Angel Romera Valero, *El Zurriago (1821-1823). Un periódico revolucionario*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2006; Enrique Rubio Cremades, *La Periódico-manía y la prensa madrileña en el Trienio Liberal*, Alicante, Universidad de Alicante, 1984; Beatriz Sánchez Hita, José Joaquín de Clararrosa y su "Diario Gaditano" (1820-1822), Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2009; Iris M. Zavala, "La prensa exaltada en el Trienio Constitucional: El Zurriago", en *Bulletin Hispanique*, núm. 69 (1967), pp. 365-388.

<sup>12</sup> Walter Bruyère-Ostells, *La Grande Armée de la liberté*, París, Editions Tallandier, 2009; Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile. Italian Emigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009; Maurizio Isabella y Konstantina Zanou (eds.), *Mediterranean Diasporas. Politics and ideas in the Long 19<sup>th</sup> century*, Londres, Bloomsbury, 2015; Laurent Nagy, "La Sainte-Alliance des Peuples face à une résistance nationale. Circulation et diffusion d'idées fraternelles et cosmopolites durant le Trienio Liberal", en *Historia Constitucional*, núm. 17 (2016), pp. 103-125; Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo y republicanismo en el mundo atlántico hispano, 1814-1834*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2011.

<sup>13</sup> Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis: el ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Editorial Síntesis, 2007; Emmanuel Larroche, *L'expédition d'Espagne. 1823: de la guerre selon la Charte*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013; Alberto Ramos Santana y Gonzalo Butrón Prida (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2000; Antoine Roquette, *La Restauration et la révolution espagnole. De Cadix au Trocadéro*, París, Editions du Félin, 2016; Rafael Sánchez Mantero, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones francoespañolas*, Sevilla, Anales de la Universidad Hispalense, 1981.



Esta tesis tiene como base principal una perspectiva metodológica de la historia política que, entre otros objetos, se propone estudiar la historia “de l’Etat, du pouvoir et des compétitions pour sa conquête ou sa conservation”<sup>14</sup>. En este sentido, investigo el surgimiento y fortalecimiento, en un régimen de corta extensión temporal, de un grupo político liberal radical, los exaltados. Por otra parte, valoro en mi investigación “las percepciones, los discursos y las construcciones culturales”<sup>15</sup> que elaboraron los integrantes de la corriente exaltada en Madrid. Por lo tanto, esta tesis se acerca a otra perspectiva metodológica, la historia cultural de lo político. Esta tendencia historiográfica actual se propone, siguiendo a Sirinelli, estudiar “un ensemble de référents (...) formalisé au sein d’un parti ou plus largement diffus au sein d’une famille ou d’une tradition politique, et qui lui confèrent une identité propre.”<sup>16</sup> Para ello, señalo el contexto ideológico en el que los actores históricos, en este caso los liberales exaltados, se apropiaron del pasado para construir referentes culturales propios y compartidos. Asimismo, busco analizar la cultura política forjada en el seno del liberalismo exaltado, entendiendo esta última como el conjunto de representaciones “qui soude un groupe humain sur le plan politique, (...), une vision du monde partagée, une commune lecture du passé, une projection dans l’avenir vécue ensemble.”<sup>17</sup>

En las siguientes páginas, trataré de brindar respuestas a interrogantes tales como: ¿qué símbolos propios crearon los exaltados? ¿En qué circunstancias? ¿Qué fuerza e impacto tuvieron en la propia corriente? Estas preguntas tienen importancia para analizar qué tendencias se manifestaron en la cultura política exaltada. En efecto, aunque se haya conformado un grupo con visiones comunes del mundo, existieron distintos núcleos exaltados. Mi propósito, por lo tanto, es señalar las características de la ideología exaltada así como subrayar la heterogeneidad dentro de la cultura política de los exaltados.

---

<sup>14</sup> René Rémond, “Une histoire présente”, en René Rémond (dir.), *Pour une histoire politique*, París, Editions du Seuil, 1988, p. 12.

<sup>15</sup> Jordi Canal y Javier Moreno Luzón, “Introduction” en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, p. 2.

<sup>16</sup> Jean-François Sirinelli, “Histoire culturelle et histoire politique, forcément reliées”, en Laurent Martin y Sylvain Venayre (dirs.), *L’histoire culturelle du contemporain*, París, Nouveau Monde Editions, 2005, p. 405.

<sup>17</sup> Idem.

El presente trabajo constituye un estudio del liberalismo exaltado en Madrid, considerando esta capital como sede de las principales institucionales liberales de ámbito nacional: las Cortes y el gobierno. Además de caracterizar el núcleo de la ideología de este grupo político, busco dar cuenta de su fragmentación. En efecto, dicha fragmentación fue uno de los elementos que más me llamaron la atención cuando empecé a investigar sobre el Trienio Constitucional y los liberales de este régimen. En muchas ocasiones, sentí cierta insatisfacción al ver cómo, en la historiografía sobre el periodo, se agrupaban en una misma categoría y se calificaban de exaltados a secas personajes como Antonio Alcalá Galiano, Vicente Beltrán de Lis, Álvaro Flórez Estrada o Juan Romero Alpuente, cuando me parecía que, si bien podían situarse en el lado más radical del espectro político español, estuvieron en conflicto durante el Trienio. En este sentido, este trabajo parte de la hipótesis de la heterogeneidad de la corriente exaltada, teniendo como objetivo afinar el conocimiento historiográfico sobre ella.

Además de explicitar la postura de personajes que son conocidos -aquellos que ostentaron un cargo político representativo-, me interesa dar cuenta de la expresión de la “gente anónima”, especialmente los redactores y colaboradores de periódicos. Para ello las fuentes utilizadas en este trabajo son las siguientes: el *Diario de las sesiones de Cortes*, periódicos y folletos, memorias, fuentes de archivos españoles y franceses. Con todas estas fuentes se ha llevado a cabo un estudio de la opinión pública exaltada y de sus fluctuaciones, así como de los principales fenómenos que tuvieron influencia en el devenir y la situación de esta corriente exaltada.

Me pareció especialmente interesante añadir a este trabajo un examen de la mirada del cuerpo diplomático francés sobre el Madrid del Trienio, por ser Francia un país vecino con vínculos dinásticos con la monarquía española, y por la pervivencia del recuerdo de la Guerra de Independencia española. Este examen de la mirada del cuerpo diplomático francés me ha llevado también a hacer algunas consideraciones sobre Fernando VII, por los interesantes datos encontrados en archivos franceses, que me permitieron matizar y enriquecer el conocimiento sobre este soberano y su ambiguo papel como rey constitucional.

La documentación que sustenta esta tesis se ha recabado en varios archivos y bibliotecas. En relación a España, se consultaron fuentes en el Archivo Histórico Nacional, en el Archivo de la Villa, en el Archivo de Palacio, en la Hemeroteca Municipal de Madrid y en la Biblioteca Nacional de España. En cuanto a Francia, la documentación utilizada está localizada en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y en los Archivos Nacionales.

La tesis está dividida en cuatro capítulos, delimitados en función de los cuatro gobiernos que se sucedieron en Madrid durante el Trienio. En el primero, “Año 20: el surgimiento de la corriente exaltada”, además de evocar las implicaciones semánticas del término “exaltado” con el fin de averiguar las connotaciones políticas que se le asociaron en Francia y en España, se analizan los elementos que motivaron la emergencia del grupo exaltado como oposición política al gobierno Argüelles.

En el segundo capítulo, “Evolución de la corriente exaltada desde finales de 1820 hasta principios de 1822”, se examinan, por una parte, los elementos que contribuyeron a la radicalización de la lucha política entre liberales, a través de un estudio de las sociedades secretas que creó cada facción liberal -la comunería y la sociedad del Anillo- y de las relaciones entre el gobierno Feliú y la opinión pública exaltada reflejada en discursos parlamentarios, periódicos y folletos. Además, se investiga la articulación simbólica del liberalismo exaltado madrileño en torno al episodio de las Comunidades de Castilla -un símbolo también usado de manera oficial por el gobierno para fomentar la adhesión al régimen-. Por otra parte, se analiza en qué medida la España constitucional fue un modelo político para las revoluciones de Nápoles y Piamonte y cómo se gestaron prácticas y discursos internacionalistas en Madrid, tomando como ejemplo dos publicaciones francesas editadas en la capital entre 1821 y 1822 - *L’Echo de l’Europe* y *Le Régulateur* -.

En el tercer capítulo, “1822: desde el nuevo gobierno hasta el 7 de julio”, además de estudiar cómo evaluaron los exaltados a los miembros del tercer gobierno del Trienio y la política que llevó a cabo este gabinete con respecto a las guerras de independencia americanas y la contrarrevolución realista española, se recalcan las fases de desarrollo del golpe de Estado fracasado del 7 de julio de 1822 y la actitud de la Diputación Permanente cara

a Fernando VII. Asimismo, se incide en el peligroso juego diplomático que jugó el monarca en el contexto post 7 de julio -destinado a provocar una intervención extranjera en España engañando al embajador francés en Madrid-, y se examina qué tipo de discursos y representaciones pudo generar en los exaltados la intentona realista de julio.

En el cuarto capítulo, "El gobierno San Miguel y el final del Trienio en Madrid", se estudia la última etapa del régimen constitucional en la capital, la que corresponde con el gobierno exaltado de San Miguel. Por un lado, se presta especial atención a los inicios de la legislatura extraordinaria de Cortes, cuyas sesiones se celebraron desde un inicio en una óptica de colaboración entre el gabinete ministerial y las Cortes. Por otro, se investiga el compromiso exaltado del ministro San Miguel, examinando cómo el sector más radical del liberalismo exaltado madrileño valoró su actuación primero como militar que combatió en el bando liberal en la primera semana de julio y luego como juez fiscal de la causa del 7 de julio. Finalmente, se analizan los últimos meses del régimen constitucional en Madrid, considerando, por una parte, la política diplomática llevada por el gobierno San Miguel en momentos y después del Congreso de Verona y, por otra, las circunstancias de la caída de Madrid en manos del ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis.

En definitiva, lo que busco evocar en este trabajo es el entramado de ideologías e intereses que constituyeron el núcleo de la corriente exaltada en el Madrid del Trienio. Es necesario desentrañar los motivos y factores de movilización de sus integrantes para dar cuenta de su pluralidad y poder situar los deslindes existentes en este grupo político. En este sentido, se analizará en qué medida coexistieron exaltados puramente pragmáticos, algunos de ellos representantes de una naciente burguesía que cobra un protagonismo indudable en el Trienio, y otros de ideales, los autodenominados *descamisados*. En la sociedad occidental contemporánea, en la que hay un evidente problema de representación y representatividad políticas que parecen expandir y perpetuar la fragmentación de la sociedad civil al no poder agrupar fuerzas colectivas por medio de ideales políticos, es útil mirar intentos pasados, ese *futuro que no fue*, y ver qué podemos aprender de ello, de la prensa, de las

sociedades secretas, de la participación política y del vínculo entre sociedad civil y representación política que se manifestaron en el Trienio.

# Capítulo I. Año 20: surgimiento de la corriente exaltada

## 1. ¿Qué entendemos por “exaltado”?

Para iniciar la reflexión sobre el surgimiento de la corriente exaltada, me fijaré en la palabra misma. Una primera pregunta podría ser ¿de dónde surge este concepto de “exaltado” y cuáles eran sus implicaciones semánticas? Hasta ahora, sabemos que, en el caso de España, el término fue acuñado en la etapa de las Cortes de Cádiz y que surgió desde el bando contrarrevolucionario. Era un término con carga peyorativa y que designaba a los liberales más radicales<sup>18</sup>. Luego, fue retomado en la época del Trienio Liberal, tanto por los propios exaltados como por moderados y realistas. Posteriormente, “exaltado” ha sido recuperado por los distintos estudiosos del periodo -ya en el siglo XIX- y, por supuesto, por la historiografía hasta hoy en día. Desde un punto de vista actual, cuando hablamos del Trienio, “exaltados” se refiere a los oponentes políticos de los moderados<sup>19</sup>. Estos últimos corresponden con la clase política conservadora que se hizo con el poder durante el Trienio. “Exaltado” es entonces una palabra que indica una división en el marco interno del liberalismo, basada en la existencia de dos proyectos políticos distintos e incompatibles. El fondo de esta división puede vincularse con una disyuntiva que agitaba a Europa desde la Revolución francesa de 1789: los límites del proceso revolucionario, es decir, hasta qué punto podía transformarse la estructura social y política de los países. En este sentido, los moderados se

---

<sup>18</sup> Véase la definición del término “exaltado” de Juan Francisco Fuentes en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 303.

<sup>19</sup> No pretendo aquí analizar el origen del concepto “moderado”, ya que me interesa estudiar su antónimo, pero aseguro que a través del estudio de la ideología exaltada tendré la ocasión de echar una mirada sobre este otro gran bando que configuró el rumbo político del régimen del Trienio. Para una definición de “moderado”, véase la entrada de Juan Olabarria Agra en *ibid.*, pp. 448-453.

asemejaban a la corriente conocida como “liberalismo doctrinario”, fundada en una política transaccionista con las clases privilegiadas del Antiguo Régimen. La divisa de este grupo en el Trienio, “Libertad y Orden”, refleja este propósito de llevar una revolución en el reparto del poder, que permita la entrada de nuevos individuos -y por ende grupos sociales- en el ejercicio del poder político, pero manifiesta a la vez la voluntad de controlar fuertemente las vías de acceso a ese mismo poder. El concepto de “Libertad” deriva de la práctica constitucional que se dio durante la Guerra de la Independencia y con la proclamación de la Constitución de Cádiz en 1812: en momentos de gestación y primera proclamación de este código constitucional, y con un fuerte historicismo, se planteó la oposición entre despotismo y liberalismo, tiranía y libertad. Esta práctica, suspendida durante seis años, volvía a resurgir en 1820 con el pronunciamiento de Riego y el restablecimiento de la Constitución de Cádiz. El “Orden” es justamente el esfuerzo dado por los moderados para canalizar los efectos de la revolución de 1820 y limitar la resonancias sociales de semejante cambio político. Frente a este planteamiento, surgieron los exaltados: fueron los que precisamente querían aprovechar el proceso revolucionario desencadenado por la gesta de Riego en las Cabezas de San Juan y el movimiento que se dio en muchas partes de la península para restablecer la Constitución de 1812. Los exaltados son también la reacción al acaparamiento del poder operado por el grupo de los moderados; son aquellos que, desde el principio oficial del régimen -que fijó en 7 marzo de 1820, cuando Fernando VII acepta a regañadientes la Constitución de Cádiz-, desempeñan el papel de oposición, tanto en el Congreso como en los periódicos, las calles y las sociedades patrióticas. Las herramientas favoritas de este grupo, por así decirlo, se encuentran en las tertulias de carácter político, la prensa, el derecho de petición y la movilización popular: todo aquello que permita interacción con los depositarios oficiales del poder y la capacidad de influir en ellos.

Parto aquí desde la hipótesis siguiente: el término “exaltado”, utilizado para referirse a los revolucionarios españoles del Trienio, es un derivado del vocablo francés *exalté* -esta última palabra, en su acepción política, tiene a su vez sinónimos tales como *exagéré* o *enragé*-. En efecto, en la década 1789-1799 en Francia, se utilizaban palabras tales como *exalté*, *enragé* o *exagéré* para

calificar a los revolucionarios más radicales. La palabra “jacobino”, al principio, era una denominación específica para los miembros del *Club des Jacobins* pero, después de la toma del poder por Robespierre y el episodio del Terror (1793-1794), el sentido de “jacobino” se fue extendiendo hasta ser sinónimo de “revolucionario extremista” o partidario de la “dictadura de la libertad”.

Siendo el lenguaje fiel reflejo de nuestra cosmovisión personal y relativa a la sociedad en general, surgió aquí el propósito de reconstituir la evolución semántica de los grupos *exalté*, *exaltation*, *exalter* y “exaltado”, “exaltación”, “exaltar”. Me pareció pertinente realizar esta tarea tanto en francés como en español ya que, como subrayé más arriba, supongo que la raíz tanto lingüística como ideológica del término “exaltado” para denominar a los revolucionarios del Trienio, proviene del francés. El propósito de esta reflexión es establecer a partir de qué momento empezó a aplicarse el término “exaltado” a gente de tendencia revolucionaria, e indagar las implicaciones de semejante denominación. De la misma manera, me interesa averiguar, desde una perspectiva normativa, qué valores semánticos e ideológicos fueron asociados a la palabra “exaltado” a lo largo de los siglos XIX y XX. Para aquello, utilicé diccionarios que van desde el siglo IX hasta hoy en día. Analizaré, en una veintena de diccionarios<sup>20</sup>, la evolución semántica de las palabras siguientes: *exalté*, *exalter*, *exaltation*, “exaltado”, “exaltar(se)”, “exaltación”. También consideraré sus posibles sinónimos -*exagéré*, *exagérer*, *exagération*, *enragé*, “exagerado”, “exagerar”, “exageración y “rabioso”- pero no expondré aquí la totalidad de mis búsquedas ya que no es mi objeto de estudio primero. Para sintetizar, y no perderse en el ejercicio, indicaré primero la evolución semántica del grupo de palabras *exalter*, *exalté* y *exaltation*, así como la de sus posibles sinónimos. Luego, examinaré de la misma manera la traducción de dichos términos al castellano: “exaltación”, “exaltar” y “exaltado”.

---

<sup>20</sup> Tres grupos se distinguen: los diccionarios de francés y español antiguo e intermedio (siglos IX-XVI), los de francés y español moderno (siglos XVII-XXI) y los diccionarios de uso del francés y del español (Littré y María Moliner). Con respecto a los diccionarios de español moderno, distingo dos tipos, siguiendo en este sentido la clasificación del Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. Por una parte, están los diccionarios de la Real Academia, que abarcan un periodo comprendido entre 1732 y 2014. Por otra, están los diccionarios de los siglos XIX y XX, que van desde 1825 hasta 1918.



### 1.1 *Exalter, exalté, exaltation*

Inicialmente, en francés antiguo e intermedio, las palabras *exalter* y *exalté* solo tenían un sentido astrológico y religioso<sup>21</sup>. En cuanto a *exaltation*, tenía el sentido figurado de glorificar o celebrar a alguien o algo. Por metonimia, se asociaba al entusiasmo y a la pasión y, para algunos usos, conllevaba connotaciones negativas ya que podía implicar la pérdida de algo por culpa del exceso<sup>22</sup>. Parece que estas tres palabras no adquirieron connotación política hasta finales del siglo XVIII. En efecto, si nos fijamos en los diccionarios de la Academia francesa, solo a partir de 1798 *exalté* se considera en una doble vertiente: por un lado, como participio pasado de *exalter* y, por el otro, se emplea para describir el estado de ánimo de una persona “sujette à l’enthousiasme”<sup>23</sup>. Todavía en aquella época no se aplicaba directamente a las personas -solo se decía de alguien que tenía una “imaginación exaltada” o una “cabeza exaltada”-. Esta observación se ve confirmada al considerar la definición de *exaltation* en el *Dictionnaire critique de la langue française*, elaborado entre 1787 y 1788. Allí puede leerse que *exaltation* solo se usaba hasta entonces para referirse a la religión católica -exaltación del Papa, de la cruz, de la fe-; sin embargo, y es aquí donde irrumpe la realidad política de la época, también se lee lo siguiente: “Depuis quelques temps, comme les têtes sont fort *exaltées*, on parle beaucoup d’exaltation de tête”<sup>24</sup>. El autor de este diccionario crítico subraya que *exalté* no se aplica a las personas, sino solamente a las cosas, pero esta mención de las cabezas exaltadas, en una época muy cercana a la explosión de la Revolución francesa, no deja de ser sugerente. Habrá que esperar a 1835 para que en el diccionario de la Academia francesa se presente este giro semántico. Allí está recogido, entre

---

<sup>21</sup> Exaltación de un planeta -es decir, posición en la cual éste adquiere más virtud-; exaltación de la fe y fiesta de la exaltación de la Cruz. También podía aplicarse a la realeza y nobleza en el sentido de “elevar”, “glorificar”. Frédéric Godefroy, *Dictionnaire de l’ancienne langue française et de tous ses dialectes du IXème au XVème siècle*, París, F. Vieweg, Libraire-éditeur, 1884, tomo 3, p. 676.

<sup>22</sup> Encontré el ejemplo siguiente: “Icarus chut dedans la mer/ Par trop grande exaltation.” Frédéric Godefroy, *Complément au dictionnaire de l’ancienne langue française et de tous ses dialectes du IXème au XVème siècle*, París, Librairie Emile Bouillon, 1895-1902, tomo 9, p. 577.

<sup>23</sup> *Dictionnaire de l’Académie française*, quinta edición, París, Chez J. J. Smits et Cie., Imprimeur-libraire, 1798 (edición digital: <http://artflx.uchicago.edu/cgi-bin/dicos/pubdico1look.pl?strippedhw=exalt%C3%A9>).

<sup>24</sup> Jean-François Féraud, *Dictionnaire critique de la langue française*, Marseille, J. Mossy, 1788 (edición digital: <https://archive.org/stream/dictionnairecrit02fr#page/186/mode/2up/search/exalter>).

las distintas definiciones de *exalté*, el uso como sustantivo y para designar a una persona extremista<sup>25</sup>, siempre con un matiz peyorativo.

Si miramos en otros diccionarios de los siglos XIX y XX, podemos ver cómo *exalté* y *exalter*, en el ámbito político, tenían connotaciones peyorativas. Por ejemplo, en el *Trésor de la langue française*<sup>26</sup>, en la definición que concierne a un ámbito moral -particularmente aplicable a los campos político e ideológico-, *exalté* aparece como casi sinónimo de “fanático”, “iluminado”, “extremista” o “sectario”<sup>27</sup>. La base de esta acepción se encuentra en que, en el campo político e ideológico, *exalté* se refiere al que tiene opiniones extremas. En cuanto a *exalter*, sigue significando por un lado honrar a alguien o algo, celebrarlo, darle mucha importancia. Pero, por el otro, y de nuevo en el campo político e ideológico, con connotación peyorativa, *exalter* es sinónimo de “volver fanático”, hacer que uno se exceda<sup>28</sup>.

De todos los diccionarios consultados, hay uno que merece una consideración especial: el *Littre*<sup>29</sup>. Además de recoger las definiciones asociadas a las palabras, el *Littre* es un diccionario de uso del francés. Es entonces en éste en el que mejor pueden apreciarse las distintas connotaciones que se dieron a las palabras *exalté* y *exaltation*. Para la primera, Littré indicó al final de la definición lo siguiente: “En politique: le parti exalté, le parti révolutionnaire le plus ardent”<sup>30</sup>. Para *exaltation*, además de las distintas definiciones que no están relacionadas con lo político, puede leerse que *l'exaltation* es el “état de l'esprit haussé au-delà de son état ordinaire” y que, más específicamente, la exaltación política es “l'ardeur excessive dans les opinions ou les partis politiques. L'exaltation des hommes, des opinions

---

<sup>25</sup> *Dictionnaire de l'Académie française*, sexta edición, París, Imprimerie et Librairie de Firmin Didot frères, 1835 (edición digital: <http://artflx.uchicago.edu/cgi-bin/dicos/pubdico1look.pl?strippedhw=exalt%C3%A9>).

<sup>26</sup> El *Trésor de la langue française* es un diccionario que abarca los siglos XIX y XX y que se realizó entre 1971 y 1994. A continuación, utilizaré la edición digital del *Trésor*, realizada por el CNRS y el Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales, disponible en: <http://www.cnrtl.fr/definition/>

<sup>27</sup> Véase la definición de *exalté* en el *Trésor de la langue française* (edición digital: <http://www.cnrtl.fr/definition/exalt%C3%A9>).

<sup>28</sup> Véase la definición de *exalter* en *idem*.

<sup>29</sup> Emile Littré, *Dictionnaire de la langue française*, París, Hachette, 1888. A continuación manejaré una edición digital del *Littre*: <http://www.littre.org/>

<sup>30</sup> Véase la definición de *exalté* en *ibid.* (<http://www.littre.org/definition/exalt%C3%A9>).

pendant la révolution.”<sup>31</sup> El *Littre* no recoge ninguna acepción política para *exalter*.

Como indiqué al principio de este apartado, busqué también las definiciones de palabras sinónimas de *exalté*, siendo *exagéré* y *enragé* las dos más cercanas. Con respecto a *exagéré*, no figura en diccionarios franceses anteriores al siglo XVIII. Se registra como sustantivo en el diccionario de la Academia de 1798<sup>32</sup> -un hombre que exagera las cosas es un *exagéré*- y, en el *Littre*, todavía como sustantivo, se indica que, en el ámbito político, un *exagéré* es alguien cuyas opiniones son excesivas, violentas<sup>33</sup>. En el *Trésor de la langue française*, encontré un dato interesante. Se señala primero que *exagéré*, como adjetivo, se aplica a la persona que tiene ideas o un comportamiento excesivo, extremo. Y luego, se hace hincapié en que esta palabra fue un término político usado en tiempos de la Revolución francesa<sup>34</sup>. No se añade ninguna explicación, pero sabemos que *exagéré* formaba parte, por ejemplo en 1821, del vocabulario francés para designar a los liberales españoles más radicales<sup>35</sup>.

En cuanto a *enragé*, es una palabra que implica ferocidad y locura. Sin embargo, curiosamente, no encontré nada en los diccionarios de la lengua francesa que indique una acepción política de esta palabra. Hay que buscar fuera de los diccionarios para establecer que los *Enragés* fue un grupo político de la Revolución francesa -más radical que los jacobinos- muy activo en el año 1793. La palabra en sí fue aplicada a varios revolucionarios franceses de la época -sea Robespierre o el conjunto de los *Montagnards*-, pero quedó fijada por la historiografía para referirse especialmente a un grupo cuyo eje era, entre

---

<sup>31</sup> Ibid. (<http://www.littre.org/definition/exaltation>).

<sup>32</sup> *Dictionnaire de l'Académie française*, quinta edición, op. cit. (<http://artflx.uchicago.edu/cgi-bin/dicos/pubdico1look.pl?strippedhw=exag%C3%A9r%C3%A9>).

<sup>33</sup> Véase la definición de *exagéré* en Emile Littré, *Dictionnaire de la langue française*, op. cit. (<http://www.littre.org/definition/exag%C3%A9r%C3%A9>).

<sup>34</sup> Véase la definición de *exagéré* en el *Trésor de la langue française* (<http://www.cnrtl.fr/definition/exagéré>).

<sup>35</sup> Hay distintos ejemplos de este uso en la correspondencia mantenida entre el embajador francés en Madrid y el ministro de Asuntos Exteriores en París. Por ejemplo, en 1821, el embajador Montmorency menciona al “côté exagéré” de las Cortes, en el cual estaban incluidos los diputados americanos. Archives du Ministère des Affaires Etrangères, *Correspondance Politique Espagne* (en adelante AMAE y CPE), tomo 713, carta de Montmorency a Pasquier, Madrid, 10 de mayo de 1821, p. 25.

otros, la denuncia de ciertas insuficiencias e incoherencias de la Revolución en nombre de las clases más populares<sup>36</sup>.

## 1.2 “Exaltado”, “exaltar”, “exaltación”

Ahora toca pasar al análisis de las palabras españolas. En los diccionarios anteriores al siglo XIX, “exaltación”, “exaltar” y “exaltado” tienen el mismo sentido que lo apuntado para el grupo francés. “Exaltar” se refiere al hecho de alabar mucho, ensalzar, elevar; “exaltado” aparece como participio pasado de “exaltar” y “exaltación” es sinónimo de elevación -en sentido astrológico, religioso y también químico, en referencia al proceso de purificación de un cuerpo natural o mineral<sup>37</sup>-.

En los diccionarios de la Real Academia, solo a partir de 1927 “exaltado” implica dos aspectos. Es, en primer lugar, el participio pasado de “exaltar” y, en segunda acepción, se recoge que, como adjetivo, es sinónimo de “exagerado” - y se añade el ejemplo siguiente: “Juan es un republicano exaltado”<sup>38</sup>-. Esta acepción política, con el mismo ejemplo añadido, sigue presente en los diccionarios de la Real Academia de 1950, 1984 y 1989.

Los elementos más interesantes para entender la evolución semántica de “exaltado” los encontré en los diccionarios de los siglos XIX y XX. Ya en 1846, en el diccionario de Salvá, se registraba “exaltado” como neologismo, y se explicaba que un exaltado es el que “en sus ideas políticas propende mucho hacia la libertad. Dícese también de las mismas ideas; y aplicado a las personas”<sup>39</sup>. La inclusión en esta definición del concepto de libertad indica que, en aquella época, “exaltado” no debía de aplicarse a los grupos moderados y realistas. La lucha por la libertad, uno de los elementos constitutivos del liberalismo español de la primera mitad del siglo XIX es, en 1846, una preocupación propia de los progresistas y más específicamente de los

---

<sup>36</sup> Para una caracterización de los *Enragés*, véase el artículo de Claudine Cavalier, *Les Enragés*, Philippe Royet, 2004 (edición digital: [http://web.archive.org/web/20041108112647/http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article\\_enrages.htm](http://web.archive.org/web/20041108112647/http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article_enrages.htm)).

<sup>37</sup> Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Viuda de Ibarra, 1787, p. 129.

<sup>38</sup> Real Academia Española, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1927, p. 908.

<sup>39</sup> Vicente Salvá, *Nuevo diccionario de la lengua castellana*, París, s. e., 1846, p. 498.

demócratas. La definición más polémica, pero a mi juicio la más llamativa, se encuentra en el diccionario de 1853 de Ramón Joaquín Domínguez. Esta definición también evidencia la existencia de una lucha ideológica, una disputa en torno a quién puede ser calificado de “exaltado”. En efecto, Domínguez, además de señalar que “exaltado” es, primero, el participio pasado de “exaltar”, recoge la palabra, como adjetivo, con una acepción política, pero sin aplicarla exclusivamente a los demócratas. En efecto, Domínguez considera que “exaltado” significa “Sumamente entusiasmado por un partido político, llevando sus ideas o doctrinas al último grado a que pueden llegar.” Y de señalar, para que quede claro:

“No se limita su aplicación a los demócratas, como algunos pretenden; se aplica también a los monárquicos que no transigen con lo más insignificante que huele a democracia; por consiguiente, del mismo modo que se dice *un demócrata exaltado*, puede igualmente decirse, un *absolutista o monárquico exaltado*”<sup>40</sup>.

Esta definición, además de ser un reflejo de la mentalidad de su autor, nos da una información que corrobora lo dicho hasta aquí: a “exaltado” se le asocian valores como el exceso, la radicalidad, el extremismo y la intransigencia.

Además del diccionario de Domínguez, en 1853 salió otro realizado por Gaspar Maristany y Roig Oliveras. En éste, encontré una definición de “exaltado” que no alude a la posibilidad de razonar en término de demócrata o monárquico exaltado pero que retoma algunos de los valores asociados a la exaltación política -ante todo el exceso-. En efecto, se indica que “exaltado” se aplica “al que es muy exagerado y violento en sus ideas políticas”<sup>41</sup>. Una definición parecida está consignada en el diccionario de Alemany y Bolufer, de 1917, pero con un añadido significativo. “Exaltado”, como neologismo, significa “de ideas políticas violentas”<sup>42</sup> y se añaden dos adjetivos sinónimos: avanzado

---

<sup>40</sup> Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española*, Madrid-París, Establecimiento de Mellado, 1853, p. 770. Es preciso señalar que Domínguez “había muerto en la insurrección progresista del 7 de mayo de 1848 de la que era uno de los cabecillas, reprimida violentamente por Narváez.” Mercedes Quilis Merín, “La presencia de los *neógrafos* en la lexicografía del siglo XIX”, en Marina A. Maquieira Rodríguez y María Dolores Martínez Gavilán (eds. lit.), *Gramma-temas 3: España y Portugal en la tradición gramatical*, León, Universidad de León, Centro de Estudios Metodológicos e Interdisciplinarios, 2008, p. 275.

<sup>41</sup> José Gaspar Maristany y José Roig Oliveras, *Diccionario enciclopédico de la lengua española*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, editores, 1853, tomo 1, p. 960.

<sup>42</sup> José Alemany y Bolufer, *Diccionario de la lengua española*, Barcelona, Ramón Sopena, 1917, p. 741.

y radical. Estos dos adjetivos, en este diccionario de 1917, vienen definidos de la manera siguiente: avanzado es sinónimo de progresista -que a su vez “se aplica a un partido liberal de España que tenía por mira principal el más rápido desenvolvimiento de las libertades públicas”<sup>43</sup>- y radical es el “partidario de reformas extremas especialmente en sentido democrático”<sup>44</sup>. En vista de estos elementos, puede observarse cómo, en 1917, “exaltado” quedaba vinculado a los revolucionarios de tendencia democrática. Ya no se concibe la posibilidad de aplicar este concepto a cualquier grupo del espectro político. Y la mención de la violencia es también significativa, primero del ideario del autor del diccionario -que vincula la violencia con las reivindicaciones democráticas- y luego de los valores asociados al concepto “exaltado” en aquella época: lo extremo y radical, que rechaza las concesiones y puede volverse violento y saltarse las normas.

En cuanto a “exaltar”, no observé connotación política en los diccionarios de la Real Academia -las definiciones más recurrentes son “elevar, poner en gran auge a alguna persona o cosa” y “realzar el mérito, o circunstancias o de algo, con demasiado encarecimiento”<sup>45</sup>-. Sin embargo, en las definiciones consultadas, sí que encontré asociados los valores del entusiasmo, la pasión y el exceso<sup>46</sup>. En los diccionarios del siglo XIX, solo hallé una mención explícita de una acepción política de “exaltar”. El diccionario de Zerolo, de finales de siglo, recoge que “exaltarse” es “dejarse arrebatar de una pasión, perdiendo la moderación y la calma” y que el participio pasado “exaltado” es muy usado en el sentido de “exagerado en sus ideas o acciones. Así decimos: Antonio es un liberal exaltado.”<sup>47</sup>

En los diccionarios consultados, con respecto a “exaltación”, encontré dos acepciones relacionadas con el ámbito político. La primera aparece en el

---

<sup>43</sup> Ibid., p. 1376.

<sup>44</sup> Ibid., p. 1409.

<sup>45</sup> Por ejemplo, véase Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*, octava edición, Madrid, Imprenta Nacional, 1827, p. 336.

<sup>46</sup> En el diccionario de Domínguez se establece que uno de los sentidos de “exaltar” es entusiasmarse extraordinariamente, acalorando la imaginación y sublimando las ideas, los afectos, las pasiones que existían en mayor o menor grado. En sentido figurado, “exaltar” significa también “realzar o ponderar demasiado el mérito de una persona o una cosa. Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario nacional*..., op. cit., p. 770.

<sup>47</sup> Elías Zerolo, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, Madrid, Garnier hermanos 1895, p. 1033.

diccionario de Salvá, de 1846. De nuevo se indica que, como neologismo, la exaltación es “el modo de pensar del que es exaltado”<sup>48</sup> -recordemos que Salvá, entre otras definiciones de “exaltado”, establecía que era el que “en sus ideas políticas propende mucho hacia la libertad”-. Esta definición se ve repetida en el diccionario de Gaspar Maristany y Roig Oliveras (1853), y en el suplemento del diccionario de Domínguez<sup>49</sup>. La segunda acepción relacionada con el ámbito de lo político, la encontré en el diccionario de Domínguez, en el que se recoge que la exaltación es el “entusiasmo excesivo en materias políticas o religiosas.”<sup>50</sup>

Para terminar con el grupo “exaltado”, “exaltar” y “exaltación”, indicaré a continuación lo que recoge el diccionario de María Moliner. Allí, “exaltado” es, en primer lugar, el participio pasado de “exaltar” y, como adjetivo significa “excesivamente apasionado y entusiasta”. Como ejemplo se indica “un anarquista exaltado”. Los sinónimos son: fanático, intolerante, intransigente jacobino y vehemente. En cuanto a “exaltar”, además de los sentidos ya registrados en otros diccionarios -el colocar a alguien en cierta posición elevada por ejemplo-, se señala que “exaltar” es “llegar en cualquier estado de ánimo, como alegría, indignación o entusiasmo a un grado de gran excitación o apasionamiento”<sup>51</sup>. De nuevo, puede observarse que los valores vinculados al hecho de exaltarse son el exceso y el entusiasmo.

Por lo que respecta a los sinónimos de “exaltado”, haré algunas consideraciones sobre “exagerar”, “exagerado” y “exageración”. En cuanto a la primera palabra, en los diccionarios consultados no aparece ninguna acepción política. Solo se recoge el sentido de “encarecer, dar proporciones excesivas, decir, representar o hacer una cosa de modo que exceda de lo verdadero, natural, ordinario, justo o conveniente.”<sup>52</sup> De nuevo, se encuentra el valor del exceso. En cuanto a “exagerado”, en los diccionarios de la Real Academia no encontré ninguna acepción política -solo se señala el término como participio

---

<sup>48</sup> Vicente Salvá, *Nuevo diccionario...*, op. cit., p. 498.

<sup>49</sup> Ramón Joaquín Domínguez, *Nuevo suplemento al Diccionario Nacional o Gran Diccionario Clásico de la lengua española*, Madrid, Imprenta y Librería Universal de los Sres. Crepo, Martín y Comp., Editores, 1869, p. 180.

<sup>50</sup> Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario nacional...*, op. cit., p. 770.

<sup>51</sup> María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 2006, p. 1244.

<sup>52</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*, duodécima edición, Madrid, Imprenta de Gregorio Hernando, 1884, p. 475.

pasado de “exagerar”-. Sin embargo, en los diccionarios de los siglos XIX y XX sí que aparecen datos interesantes. En el diccionario de Salvá, se recoge “exagerado” como neologismo: un exagerado es aquel que tiene ideas “o proyectos fuera de los límites regulares”<sup>53</sup>. En 1853, Domínguez escribe que, como adjetivo político, “exagerado” se aplica al que tiene “ideas, doctrinas, máximas etc. exageradas: muy avanzadas, excesivamente exaltadas, que pecan de irrealizables, etc.”<sup>54</sup> Esta definición da otro valor que se le puede asignar a la exaltación: el carácter utópico de las acciones y/o pensamientos. En cuanto a “exageración”, el diccionario de Domínguez recoge que se trata de la “excesiva exaltación de ideas o doctrinas en materias políticas o religiosas”<sup>55</sup>. No localicé otra evocación de acepción política para “exageración” en el resto de diccionarios consultados.

Ya llegamos a la última parte, sobre las palabras “enrabiado” y “rabioso”. Puesto que *enragé* podía designar, desde la época de la Revolución francesa, a los revolucionarios más radicales, escogí buscar el sentido de esta palabra traducida al español para averiguar si tenía acepción política. Para no dejar nada de lado, he preferido considerar dos traducciones posibles. En mi búsqueda, no encontré ninguna acepción vinculada al ámbito de lo político, pero vuelven a aparecer algunos de los valores asociados a “exaltado” o “exaltación” ya que tanto “rabioso” como “enrabiado” implican exceso<sup>56</sup>.

En definitiva, los términos franceses *exalter*, *exalté* y *exaltation* cobran un sentido político con la Revolución francesa. Mediante este grupo de palabras, se designa a una corriente revolucionaria extrema. En castellano, un cambio similar se opera pero en una época más tardía. Alrededor de la década de 1840 ya parece cristalizado el sentido político de “exaltar”, “exaltación” y “exaltado”. Observamos que los valores asociados a estas palabras son: entusiasmo, pasión, exceso, extremismo, radicalidad, intransigencia y también, aunque en menor medida, lo irrealizable, lo utópico. Tal y como lo señaló Fuentes en su

---

<sup>53</sup> Vicente Salvá, *Nuevo diccionario...*, op. cit., p. 498.

<sup>54</sup> Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario nacional...*, op. cit., p. 770.

<sup>55</sup> Idem.

<sup>56</sup> Tanto en los diccionarios de la Real Academia como en los de los siglos XIX y XX, “enrabiado” se define como participio pasado de “enrabiar” y como sinónimo de “rabioso”. En cuanto a “rabioso”, la definición que más veces se repite es: “1. Que padece rabia; 2. colérico, enojado, airado; 3. figurado: vehemente, excesivo, violento”.



definición de “exaltado”, el surgimiento de la acepción política de esta palabra se hace en la época de las Cortes de Cádiz, es un término surgido desde la contrarrevolución para desacreditar y presentar como extremistas a los revolucionarios de su época. Sin embargo, establezco que la acepción política de “exaltado” proviene directamente del término francés *exalté*. Esta última palabra coge un sentido político a partir de la época de la Revolución francesa, y puede observarse cómo, en España, se retomó esta acepción, que luego fue normativizada a lo largo del siglo XIX, aunque con distintos matices, debidos en gran parte a la ideología de aquellos que elaboraron los diccionarios de este mismo siglo fuera del ámbito de la Real Academia.

## 2. *La figura de Riego*

El 1 de enero de 1820 en las Cabezas de San Juan, al frente de un batallón del cuerpo expedicionario destinado a América, el teniente coronel Rafael del Riego se pronunció a favor del restablecimiento de la Constitución de Cádiz. Antes de llevar a cabo este pronunciamiento, Riego estuvo implicado en la llamada conspiración del Palmar, que fracasó el 8 de julio de 1819 por la delación de otro implicado, el general en jefe del cuerpo expedicionario Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, que detuvo a los principales conspiradores<sup>57</sup>. Según el encargado de negocios francés De Cabre, Riego “avait été un des plus ardents dans l'affaire du 8 juillet” y el conde de Calderón “espérant le ramener, lui avait confié” el mando del batallón de Asturias, “un des meilleurs de l'armée”<sup>58</sup>. Sin embargo, Sánchez Martín ha demostrado hace poco que solo fue a raíz del fracaso de la conspiración del Palmar, cuando se preparó una segunda conspiración para un nuevo pronunciamiento, que Riego “se mostró como un activo y decidido conspirador, culminando su brillante papel al protagonizar el pronunciamiento de 1 de enero de 1820.”<sup>59</sup> En opinión de

---

<sup>57</sup> A raíz de la actuación de La Bisbal, el gobierno prefirió sustituirlo en su mando por Félix Calleja del Rey, conde de Calderón. Para un estudio de la conspiración del Palmar, véase Claude Morange, *Una conspiración fallida y una Constitución nonnata (1819)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006.

<sup>58</sup> AMAE, CPE, tomo 705, carta de De Cabre a Pasquier, 11 de enero de 1820, p. 29.

<sup>59</sup> Víctor Sánchez Martín, *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2016, p. 970.

observadores extranjeros contemporáneos, entre los elementos que motivaron este pronunciamiento, además de la actividad de conspiradores liberales, había uno de peso: la desmoralización del cuerpo expedicionario, que el poder monárquico parecía subestimar<sup>60</sup>.

Después la gesta de las Cabezas de San Juan, Riego emprendió con su tropa una campaña por Andalucía con el fin de propagar el pronunciamiento y provocar levantamientos a favor de la Constitución de Cádiz. Sin embargo, este “peregrinaje de más de dos meses (...) fue cualquier cosa menos un paseo militar. En varios puntos fueron rechazados por las fuerzas leales a la monarquía absoluta, y algunas ciudades comprometidas (en la conspiración liberal) no llegaron siquiera a sumarse al pronunciamiento.”<sup>61</sup> Esta campaña estaba a punto de fracasar, ya que el 11 de marzo Riego se encontraba cerca de la frontera portuguesa y licenciaba a los pocos hombres que le quedaban. No obstante, dos días después, se enteró de que, a raíz de distintos levantamientos en la península, especialmente en La Coruña y Zaragoza, Fernando VII había aceptado restablecer la Constitución de 1812. De esta manera se inauguraba el régimen hoy conocido como Trienio Liberal. En esta parte del trabajo examinaré dos elementos en paralelo. Por un lado, analizaré la popularidad que muy pronto llegó a alcanzar Riego, con el fin de evaluar el prestigio que cobró su figura en 1820. Por otro lado, estudiaré en qué medida Riego pasó a formar parte de la órbita del liberalismo radical desde los inicios del régimen. Hace falta precisar que, en este apartado, no trataré

---

<sup>60</sup> “Personne (...) ne connaît exactement l'état des choses. Ce qu'il y a de positif c'est qu'un tiers de l'armée, composé de ses meilleurs régiments s'est révolté, a arrêté le général et l'état major demeurés fidèles, et que Cadix a refusé d'ouvrir ses portes (aux insurgés). Peut-on croire que le reste des troupes est étranger à la disposition qui a porté des soldats espagnols à méconnaître l'autorité royale ? (...) ils ne veulent pas aller en Amérique. Que le Roi déclare qu'il renonce à l'expédition et dans l'instant ils amèneront prisonniers les officiers qui les ont égarés. Depuis trois ans, l'armée a sous les yeux, à l'île de León, le dépôt des blessés revenus (des Amériques). Ces malheureux mutilés, dans la misère, racontent à leurs camarades les détails de l'horrible guerre d'extermination contre les insurgés américains : il est tout simple que leurs camarades ne veuillent pas aller courir les mêmes chances. On n'a rien mis en œuvre pour remonter l'esprit du soldat, que les événements du mois de juillet et l'épidémie (de fièvre jaune) ont contribué à démoraliser”. De paso, se criticaba también a Fernando VII en su obstinación de hacer embarcar tropas para ir a combatir en las colonias de América: “Je désire me tromper, mais, pour moi, cette entreprise gigantesque qui coûte plus de cent millions de francs à l'Espagne est totalement manquée et les Amériques sont perdues”. AMAE, CPE, tomo 705, carta de De Cabre a Pasquier, 11 de enero de 1820, pp. 30-30 v.

<sup>61</sup>Juan Francisco Fuentes, “‘Yo nada valgo’: Rafael del Riego y la revolución liberal española”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (dirs.), *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008, p. 26.

especialmente la ciudad de Madrid. En efecto, estimo que la popularidad de Riego fue forjada primero fuera de la capital, y que llegó a ésta por las oleadas de distintas ciudades de las provincias españolas.

## 2.1 El festejo popular

Momentos antes del pronunciamiento de 1 de enero en Las Cabezas de San Juan, Riego habría declarado a algunos oficiales: “A nosotros solo nos toca reponer a la nación en sus antiguos derechos; y tan solo con ese objeto debemos usar de la fuerza que tenemos en las manos. De otro modo, no mereceríamos el título de hombres libres, porque habríamos dejado de ser virtuosos.”<sup>62</sup> Luego, en su proclama a los soldados y al pueblo, declaraba: “Mas el rey no la ha jurado (la Constitución) y es necesario para que España se salve, que el rey jure y respete esa Constitución de 1812, afirmación legítima y civil de los derechos y deberes de los españoles, desde el rey al último labrador.”<sup>63</sup> En estos fragmentos que cité, puede observarse por un lado que Riego concebía su empresa y la de su tropa como mera herramienta para posibilitar el cambio de régimen. El anunciar que solo tocaba “reponer a la nación en sus antiguos derechos” indica que se ponía al servicio del país, sin ambición personal. Por otro lado, puede notarse que, para Riego, la Constitución de Cádiz era el instrumento gracias al cual podría ocurrir la regeneración política de España. Era un elemento que dependía del monarca, en la medida en que tenía que jurarla, como cabeza del Estado, pero que tocaba a todos los españoles. Además, una cierta perspectiva social -¿radical para la época?- estaba presente en esta proclama, puesto que ponía en el mismo plano el rey y “el último de los labradores”: unos nuevos sujetos políticos de la Constitución, en la misma situación de acatamiento y cumplimiento. Riego, entonces, quebrantaba la sociedad de estamentos para colocar en su lugar una en la que todos tenían que obedecer a la misma fuente de poder, que ya no era la persona del rey. De este modo, quitaba al monarca su autoridad, legitimada por siglos de práctica y de despotismo, para dársela a una entidad

---

<sup>62</sup> Palabras transcritas por uno de los oficiales que asistió a la reunión previa al pronunciamiento. Citado en *Rafael de Riego, la Revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos* (edición de Alberto Gil Novales), Madrid, Tecnos, 1976, p. 34.

<sup>63</sup> Ibid., Cabezas de San Juan, 1 de enero de 1820, proclama a los oficiales y al pueblo, p. 35.

jurídica, fruto de una asamblea constituyente, y que planteaba la soberanía de la nación. En este sentido, al protagonizar el pronunciamiento de 1820, Riego personificó los anhelos políticos que intentaban imponerse desde hacía algunos años<sup>64</sup> y era el motor del cambio político, aquel que despojaba al despotismo de sus antiguos poderes para dárselos a la nación.

Y parece que es este protagonismo el que le valió una extraordinaria popularidad. En efecto, desde los primeros meses del Trienio, el general suscitó una gran movilización festiva popular, acoplada con el afecto de muchos liberales. Este hecho se revela por la acogida y el festejo hacia su persona en casi todas las ciudades por las que pasaba. Cuando entró en Sevilla el 20 de marzo, Riego

“fue recibido como un héroe por las nuevas autoridades constitucionales y agasajado por la población. Parece que aquel mismo día, un artista sevillano, Antonio Bejarano, pintó un retrato del nuevo ídolo, que sería paseado en procesión por las calles de Sevilla entre antorchas y luminarias y en medio del delirio popular.”<sup>65</sup>

También en Sevilla, Riego fue

“objeto de extraordinarios agasajos; no solo recibía ruidosas ovaciones cada vez que pasaba delante del café del Turco, sino que gozaba de inmenso prestigio entre los más acreditados liberales, confirmándole estos el sobrenombre de *Héroe de las Cabezas* que recibiera de las tropas de la Isla y había de hacerse popular en España”<sup>66</sup>.

Cierto es que, en las ciudades bastiones del liberalismo tales como Sevilla o Cádiz, parecía natural que Riego recibiese muchos homenajes, pero lo que más sorprende es la velocidad con la que su fama se extendió por toda España. Una vez restablecida la Constitución, la fiesta “rieguista” no cesó, sino que fue aumentando, y muchas de las ciudades por las que pasó el general durante todo el Trienio Liberal siguieron mostrándole gran afecto y admiración. Es como si la mayoría de los españoles de las ciudades se hubiera puesto de

---

<sup>64</sup> Sobre estos anhelos políticos decía De Cabre que se debían al surgimiento de un “espíritu público”: “quelque chose peut en Espagne ressembler à un esprit public, c’est ce qui frappe en ce moment tous les regards. Tout le monde n’est pas d’accord, mais tout le monde veut un changement de système parce que tout, et principalement la crise actuelle, prouve l’excessive débilité du gouvernement et la nécessité d’une réforme”. AMAE, CPE, tomo 705, carta de De Cabre a Pasquier, 31 de enero de 1820, pp. 76-76 v.

<sup>65</sup> Juan Francisco Fuentes, “‘Yo nada valgo’...”, op. cit., p. 27.

<sup>66</sup> Eugenia Astur (Enriqueta García Infanzón), *Riego: estudio histórico-político de la revolución del año veinte*, Oviedo, Consejería de Educación del Principado de Asturias, 1984, p. 268.

acuerdo en cuanto a la recompensa que merecía Riego por sus actos valientes, y como si la opinión pública hubiera concentrado todas sus miradas en ese personaje que le aparecía tan respetable y digno. El pueblo de las ciudades fue la fuente directa de todo tipo de manifestaciones espontáneas de apoyo y gratitud, y expresó muy generosamente su entusiasmo respecto al general. Por otro lado, además de ser el objeto de festejo popular, Riego recibió al mismo tiempo honores de los cuerpos liberales en contacto con el pueblo: muchas sociedades patrióticas le nombraron miembro honorario, algunas utilizaron su apellido a modo de nombre -como por ejemplo una tertulia patriótica de Cartagena, llamada los Virtuosos Descamisados Hijos de Riego-, y muchos regimientos le ofrecieron el cargo de coronel honorario<sup>67</sup>. Finalmente, desde la cúpula del Estado, se reconoció el mérito de Riego, ya que el gobierno le promovió, al igual que sus compañeros de pronunciamiento Arco-Agüero, López Baños y O'Daly, a mariscal de campo. Riego fue el único en rechazar este ascenso pero se le impuso desde el gobierno. También se le nombró capitán general de Galicia, ayudante de campo del rey y recibió la gran cruz de San Fernando.

De todos los elementos que contribuyeron a esparcir la notoriedad de Riego, me interesa evocar algunos, tales como los cantos, himnos y folletos. En este sentido, durante los primeros meses del Trienio, florecieron los cantos que celebraban el heroísmo de Riego, su virtud y su grandeza. En cuanto a los

---

<sup>67</sup> Eugenia Astur explica, respecto a los nombramientos honorarios que recibió el general en gran número, a lo largo del Trienio: "Algunas (sociedades patrióticas) como la de Valencia, nombrábanle socio de mérito; los milicianos de Málaga habíanle hecho su coronel honorario, título que recibió más tarde de casi todos estos cuerpos, llegando a reunir durante los tres años siguientes un número incontestable de toda clase de honoríficos nombramientos cuyos originales la extensión de este libro no me permite publicar". Eugenia Astur, *Riego...*, op. cit., p. 289.

himnos, además del *Himno de Riego*<sup>68</sup> o del *Cancionero de Riego*, existían cantos patrióticos que, por ejemplo, se cantaban en las funciones de teatro después de la representación de las obras. Asimismo, existían folletos que describían las acciones de Riego y su columna -tales como las *Memorias del levantamiento y operaciones de la primera División* o las *Hazañas de la Columna Móvil del Ejército Nacional*, respectivamente redactados por Miranda y San Miguel<sup>69</sup>-. No sé a ciencia cierta qué ritmo de propagación pudieron tener estos folletos, pero supongo que contribuyeron eficazmente a crear una leyenda del pronunciamiento de las Cabezas de San Juan. Por último, voy a mencionar varios detalles de la entrada de Riego en Oviedo, en octubre de 1820. La sociedad patriótica de aquella ciudad decidió organizar algunos homenajes:

“Para mayor solemnidad, (se) dispuso también un himno (...) que debería entonarse por dos niñas acompañadas de la música de las milicias, y al compás del cual sería el general acompañado a su casa. Encargó a más de esto fuegos artificiales para disparar por la noche, y quedó acordado que todos los socios iluminasen sus casas y estimulasen a sus amigos a dar igual muestra de estimación al ilustre huésped que teníamos la honra de poseer”<sup>70</sup>.

Aquí puede observarse que la música desempeña un papel importante, sin duda gracias a su capacidad para emocionar y reunir a la gente alrededor de la celebración de la acogida del héroe nacional. Además, los himnos transmiten el ideal patriótico, permiten el reforzamiento de las ideas difundidas por una

<sup>68</sup> Incluyo el texto del *Himno de Riego*: “Serenos y alegres, /valientes y osados, /cantemos, soldados, /el himno a la lid. /De nuestros acentos /el orbe se admire /y en nosotros mire /los hijos del Cid. /Soldados la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! / ¡Blandamos el hierro /que el tímido esclavo /del libre, del bravo, /la faz no osa ver! /Sus huestes cual humo /veréis disipadas, /y a nuestras espadas fugaces correr. /Soldados, la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /El mundo vio nunca más noble osadía /Ni vio nunca un día /más grande el valor /que aquel que inflamados /nos vimos del fuego /excitar a Riego /de Patria el amor. /Soldados la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /Honor al caudillo, /honor al primero /que el cívico acero /osó fulminar. /La patria afligida /oyó sus acentos /y vio sus tormentos /en gozo tornar. /Soldados, la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /Su voz fue seguida, /su voz fue escuchada, /tuvimos en nada, /soldados, morir. /Y osados quisimos /romper la cadena /que de afrenta llena /del bravo el vivir. /Soldados, la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /Ya la alarma tocan; /las /armas tan sólo /el crimen o el dolo /podrán abatir. / ¡Que tiemblen, que tiemblen, /que tiemble el malvado, /al ver al soldado /la lanza esgrimir! /Soldados, la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /La trompa guerrera /sus ecos da al viento, /horror al sediento, /ya ruge el cañón. /A Marte, sañudo, /la audacia provoca /y el ingenio invoca /de nuestra nación. /Soldados la patria /nos llama a la lid, / ¡Juremos por ella /vencer o morir! /Se muestran: ¡volemos, /volemos, soldados! / ¿Los veis aterrados /la frente bajar? / ¡Volemos, que el libre /por siempre ha sabido /al siervo rendido /la frente humillar!”

<sup>69</sup> Folletos citados por Eugenia Astur, *Riego...*, op. cit., p. 268.

<sup>70</sup> Fragmento de una reseña del periódico ovetense *El Ciudadano*, citado en *ibid.*, p. 319.

ceremonia y dan una impresión de pertenencia a un grupo determinado por valores políticos y/o cívicos. De la misma forma, la luz ocupa un espacio privilegiado: el iluminar las casas de la ciudad para recibir a Riego puede ser interpretado en estas circunstancias como el triunfo de la luz del “progreso” político sobre las tinieblas del despotismo, y era una señal de distinción indudable. En definitiva, como lo declaraba el folleto titulado *¿Quién es el libertador de España?*: “El instinto de los pueblos es certero y no se equivoca. Nada indica mejor al libertador de un país, que las felicitaciones, himnos, retratos, bustos y estatuas que surgen del entusiasmo popular el día del triunfo.”<sup>71</sup>

## 2.2 Vinculación con la corriente exaltada

Muy pronto, en muchas partes de la península, Riego fue visto como el héroe máximo de la revolución de 1820, hecho que puede sorprender. Pues, en rigor, Riego no fue el único en pronunciarse, y no ocupó el lugar principal ya que era Antonio Quiroga el jefe de las tropas que se sublevaron. ¿Por qué entonces fue Riego el hombre más festejado? El ardor de estas celebraciones continuas puede encontrar su origen en “un estado de exaltación idealista en el alma colectiva de la nación que buscó y halló en Riego quien personificase los sentimientos patrióticos del momento”<sup>72</sup>. Riego, de algún modo, fue el receptáculo de las pasiones patrióticas españolas, por su determinación en restablecer la Constitución de Cádiz, su altruismo y su humildad -sólo quería “reponer a la Nación en sus antiguos derechos”-. La opinión pública se focalizó en él y le convirtió en un modelo que había que adorar y a través del cual fue posible liberar la frustración y los sentimientos largo tiempo contenidos de los españoles, que empezaron entonces a darles rienda suelta. Pero ¿por qué sólo Riego fue celebrado, y no, por ejemplo, todos los oficiales que participaron en el pronunciamiento? Podría responderse a esta pregunta atendiendo a las reacciones de sus compañeros ante la creciente popularidad de la figura del general pues, de algún modo, éste conservó, al menos simbólicamente, una suerte de “pureza” acorde con los ideales liberales que sus compañeros, en

---

<sup>71</sup> Folleto sevillano citado en *ibid.*, p. 268.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 270.

virtud de sus acciones, dejaron de manifestar. En este sentido, distintos liberales se unieron al festejo popular y contribuyeron a acrecentar la popularidad de Riego. Sin embargo, otros, al ver que la opinión pública española sólo se fijaba en él, sintieron envidia hacia su persona y empezaron a actuar en su contra hasta terminar por traicionarle<sup>73</sup>.

Esta cuestión de la traición puede situarse por ejemplo en el mes de septiembre de 1820. A raíz de la disolución del Ejército de la Isla en agosto de 1820 -se llamaba así a las tropas que protagonizaron el pronunciamiento de 1 de enero-, Riego fue a Madrid por orden del gobierno y se entrevistó con el rey y los ministros. De nada sirvió su intercesión a favor del ejército disuelto<sup>74</sup>, e incluso, este viaje a la capital le costó caro. En efecto, en la tarde del 3 de septiembre, ocurrió un incidente en el Teatro del Príncipe en el cual Riego se vio implicado<sup>75</sup>. A partir de este momento, las desgracias se sucedieron: en las Cortes, un diputado denunció lo ocurrido el día 3 utilizando la expresión “enemigos del sistema constitucional”<sup>76</sup> para referirse a los que participaron en los disturbios del Teatro; se destituyó a Riego de la capitanía general de Galicia, y recibió la orden de ir de cuartel a Oviedo. Pero la cosa no paró ahí. En efecto, en la sesión del 7 de septiembre, se formularon sospechas y rumores sobre el posible republicanismo de Riego, un episodio conocido como el de las “páginas”, debido al discurso en el que Argüelles advertía: “si las Cortes quisieren que se abran las páginas de esa historia el gobierno está pronto a hacerlo por mi boca” y en el cual denunciaba la “irregularidad” de

---

<sup>73</sup> Sobre el salto de Riego al primer plano de la vida nacional y el casi completo olvido de los otros hombres que participaron en el pronunciamiento de las Cabezas de San Juan, Gil Novales aclara: “(Riego) Formaba parte de una conspiración liberal, y la parsimonia o la mala suerte ajena le convirtieron de repente en el único héroe.” *Rafael de Riego, La Revolución de 1820...*, op. cit., p. 14.

<sup>74</sup> Hablando de los ministros con los cuales se entrevistó sobre este tema, Riego dice: “ninguna de mis proposiciones han querido absolutamente admitir”. Ibid., p. 89.

<sup>75</sup> Al parecer, al final de la representación de una obra a la cual Riego asistía, el jefe político, Miguel Gayoso de Mendoza, fue amenazado por parte del público y se desobedeció su autoridad. “La tranquilidad y el buen orden quedaban comprometidos (...). Efectivamente el público se agolpa y trata de atropellar su persona (la del jefe político)”. Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 127. Riego no fue el único afectado por este incidente ya que, por orden del gobierno, Evaristo San Miguel fue desterrado a Valladolid, Manuel Velasco a Zamora, Salvador Manzanares a Barcelona y el capitán Núñez a San Sebastián. “Relación de los acontecimientos principales, verificados en esta corte desde la llegada del general Riego”, *El Conservador*, núm. 167, 9 de septiembre de 1820, p. 2.

<sup>76</sup> Es Moscoso quien pronunció esta frase, con enfado y preocupación. Véase el *Diario de las sesiones de Cortes* (en adelante DS), 4 de septiembre de 1820, p. 808.



Riego<sup>77</sup>. El padre de la Constitución de 1812 solamente infundió rumores, sin hablar de república, pero tachando a la persona del general de irregular. El golpe decisivo fue dado por Martínez de la Rosa, quien puso nombre a los murmullos: “Por lo demás, siento oír que se dice que hay quien sueña en establecer república en España (...) ¿Habrá un hombre, un solo hombre tan insensato que haya llegado su imaginación a concebir tan absurdo delirio?”<sup>78</sup> En este caso no se designaba claramente a Riego, pero la alusión era evidente. En efecto, desde hacía cierto tiempo, se preparaba algo para perjudicarlo. Y es que al parecer, justo después de la orden real de disolución del Ejército de la Isla, Arco-Agüero, uno de los oficiales que participó con Riego en el pronunciamiento del primero de enero y que luego recibió como él la faja de mariscal de campo, delató a sus compañeros liberales al revelar que los jefes del Ejército de la Isla se negaban a acatar la disolución. O'Donoghú, entonces capitán general de Andalucía, fue enviado para investigar sobre este asunto. Lo que resultó de esta indagación fue la sospecha de una “cierta pretensión de Riego para jefe de la república”<sup>79</sup> y, a partir de ese momento, se fue desarrollando el rumor que cobraría toda su extensión en la sesión de Cortes del 7 de septiembre. El hecho de construir tal acusación para dañar a un personaje público no fue una invención propia del Trienio Liberal: ya en 1814 ocurrió lo que iba a llamarse después una *audinotada*, cuando el general Audinot denunció -falsamente- un complot republicano, en el cual él mismo y Argüelles estaban supuestamente implicados. Es irónico ver cómo, seis años después, el propio Argüelles iba a utilizar esta estratagema para intentar hundir a su vez a uno de los hombres más populares del régimen, lo cual muestra que

---

<sup>77</sup> DS, 7 de septiembre de 1820, p. 860 y 863.

<sup>78</sup> Ibid., p. 870.

<sup>79</sup> Elizalde, *Los Sueños*, Madrid, s. e., 1822, p. 66.

la batalla entre las dos ramas del liberalismo español ya estaba firmemente iniciada<sup>80</sup>.

Resumiendo todo lo dicho hasta aquí, puede determinarse que la popularidad de Riego se forjó primero en las ciudades más vinculadas al pronunciamiento del primero de enero, es decir, en Andalucía. Pero su fama se extendió rápidamente por todo el territorio gracias a los diversos materiales que relataban su gesta así como el carácter heroico del personaje. En cuanto a su vinculación con el ala más radical del liberalismo, la relaciono por una parte con la leyenda construida alrededor de Riego desde los inicios del Trienio. En este sentido, pasó a ser un símbolo puro de la revolución: agasajado por el pueblo, abnegado y heroico en su lucha contra el absolutismo. Por otra parte, considero que Riego entró *de facto* en la órbita del liberalismo exaltado precisamente por el trato que recibió por parte de las máximas autoridades del Estado. En efecto, tanto la disolución del Ejército de la Isla como la sesión de las “páginas”, o incluso la fulminante destitución de la capitanía general de Galicia, ya indicaban un gran desprecio y un fuerte prejuicio hacia el *héroe de las Cabezas*. Como tendremos ocasión de ver en los capítulos posteriores, la situación de Riego con respecto a las autoridades estatales fue empeorando, y entiendo que es precisamente el trato que recibió por parte de ellas lo que contribuyó al aumento de las fricciones entre moderados y exaltados<sup>81</sup>. En efecto, en lugar de homenajear al que contribuyó decisivamente al restablecimiento de la Constitución -y que permitió la liberación de los que formaron el primer gobierno del Trienio-, distintos liberales influyentes se empeñaron en mermar su prestigio desde los inicios del régimen, mientras que los liberales más radicales ensalzaban a Riego y veían como bochornoso atacar su figura.

---

<sup>80</sup> Para muchos exaltados, además de ser un ataque indigno, el episodio de las páginas fue el primer paso dado hacia el fortalecimiento de la contrarrevolución. Preguntándose por qué esperaron los realistas hasta después del episodio de las páginas para mostrar abiertamente sus resentimientos, los redactores del *Amigo del Pueblo* establecen lo siguiente: “La razón no puede ser más obvia. Porque entonces, y solo entonces conocieron que principiaba a reinar la discordia entre los hombres llamados libres, porque vieron en la descarada agresión del *ministro divinizado* la señal de escisión entre los individuos de un mismo partido, porque ya no fue dudoso para ellos que no el patriotismo sino la envidia y la ambición vestidas de una máscara hipócrita lanzaban aquella nueva *audiotada*”. *El Amigo del Pueblo*, núm. 2, s. f., 1822, p. 26.

<sup>81</sup> Desde otra perspectiva, Sánchez Martín establece que el viaje de Riego a Madrid en septiembre de 1820 “evidenció la ruptura del liberalismo y la exacerbada popularidad del asturiano.” Víctor Sánchez Martín, *Rafael del Riego...*, op. cit., p. 972.

### 3. *Interpretación exaltada de la Constitución de Cádiz*

La historiografía sobre el liberalismo exaltado del Trienio insiste en el papel destacado que cumple para esta corriente la Constitución de Cádiz. Sin embargo, algunos estudiosos del periodo afirman que el programa político de los exaltados se limitó a reivindicar este código forjado en 1812<sup>82</sup>. Aunque no discutiré en este apartado esta última consideración, ya que sería alejarme de mi objeto de estudio inmediato, dejaré constancia de lo siguiente: la afirmación según la cual los exaltados se limitaron simplemente a defender la Constitución de 1812 me parece formulada a partir de un prejuicio, el de la insuficiencia de la corriente exaltada. Lo que me interesa subrayar aquí es el que, a partir del año 1820, ya se perciba el carácter fundamental del código gaditano para los exaltados del Trienio. Para ello, estudiaré la exégesis exaltada de la Constitución que se manifestó en el primer año del régimen.

Las ramas opuestas del liberalismo del Trienio, los moderados y los exaltados, forjaron dos interpretaciones distintas del mismo texto constitucional. La base de esta disparidad se sitúa en la diferencia ideológica que enfrentó a ambos, y examinaré cómo esta diferencia se nutrió por una parte de elementos propiamente doctrinales y, por otra, de otros más bien circunstanciales. En este sentido, en el contexto de los enfrentamientos políticos del año 1820, se decantaron dos posturas opuestas con respecto a la interpretación de la Constitución. Para rastrear la exégesis exaltada del código gaditano que surge en 1820, me interesa mencionar el conflicto ocasionado en las Cortes a raíz de la disolución del Ejército de la Isla, símbolo del nuevo régimen. Por orden del ministro de Guerra, el marqués de las Amarillas, este ejército fue disuelto en agosto de 1820. El motivo oficial de este acto era de orden económico: el Estado no podía seguir gastando dinero en el mantenimiento de un ejército que ya no tenía razón de ser, pues había cumplido su objetivo, el restablecimiento de la Constitución. En las Cortes, numerosas protestas se elevaron a raíz de la decisión ministerial: primero por la persona que ordenó la disolución, ya que se

---

<sup>82</sup> Véase por ejemplo el artículo de Nadyezdha Cosores, “¿Por qué no hubo jacobinos en el Trienio?”, en *Ejército, pueblo y Constitución. Siglos XIX y XX. Homenaje al general R. del Riego*, Anexos de la revista *Trienio*, 1988, pp. 243-271, o Michel Mondejar, *Alliances et conflits au sein des sociétés secrètes libérales : la confédération des chevaliers comuneros ou les limites de l'illusion démocratique durant le Triennat Constitutionnel 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad Aix-Marseille 1, 2007.

conocía la ideología realista de Amarillas, y luego por la resolución misma. En efecto, algunos diputados veían esta orden como un ataque frontal hacia los que lucharon en pro de la Constitución de Cadiz y permitieron el establecimiento del régimen liberal.

Frente a la oleada de reacciones negativas, Fernando VII tuvo que cesar a su ministro de Guerra<sup>83</sup>. Sin embargo, aquella medida no fue suficiente a ojos de algunos diputados, que solicitaron la presencia del gobierno en las Cortes, pues querían conocer los motivos del ministerio<sup>84</sup> para ordenar esta disolución. Este es un punto clave para entender cómo los exaltados interpretaron la Constitución de 1812. En efecto, por parte de los moderados, se consideraba útil la comparecencia de miembros del gobierno cuando estos la solicitaban. En este sentido, tenía un carácter informativo esencial, y correspondía con el papel predominante del Ejecutivo -compuesto por el rey y sus secretarios del Despacho- que los moderados proyectaban. En cuanto a los exaltados, el pedir la comparecencia de un ministro revestía un carácter acusativo, pues se practicaba para ver si “concurría alguna circunstancia para exigir responsabilidad.”<sup>85</sup> Con respecto a la cuestión de la responsabilidad ministerial, y volviendo a las consecuencias parlamentarias de la disolución del Ejército de la Isla, puede verse cómo, en el fondo de esta petición de comparecencia de los ministros, estaba la intención de exigir la responsabilidad *política* al gobierno, es decir, pedirle cuentas sobre esta disolución percibida como contraria al régimen constitucional, por impolítica. En el seno de las Cortes, esta propuesta originó un debate de gran magnitud, en el cual se destacaron nítidamente las divergencias entre moderados y exaltados. En opinión de los moderados, que solo reconocían la responsabilidad *jurídica* o *penal*, no se

---

<sup>83</sup> En momentos de dar la orden de disolución, los ministros no se opusieron a la medida de Amarillas. Sin embargo, cuando el monarca solicitó la opinión de sus ministros con respecto a la orden dada por el ministro de Guerra, éstos respaldaron el descontento de las Cortes, con lo cual Fernando VII se vio obligado a removerlo para nombrar en su lugar a Cayetano Valdés en septiembre de 1820 -Juan Jabat, también ministro de Marina, ejerció el cargo interinamente entre agosto y septiembre-.

<sup>84</sup> A este respecto conviene señalar que la Constitución de Cádiz no plantea la existencia de un órgano colegiado de gobierno como podría serlo un Consejo de ministros. Solo contempla la existencia de secretarios del Despacho sin que haya uno de ellos con papel predominante. No obstante, en la práctica política del Trienio, desde su inicio, los secretarios del Despacho también eran llamados ministros y, dentro de los gobiernos, uno de los ministros solía ejercer un papel sobresaliente -el ministro de la Gobernación de la Península o el de Estado-.

<sup>85</sup> Ignacio Fernández Sarasola, *Poder y libertad...*, op. cit., p. 618.

podía exigir responsabilidad al gobierno puesto que había hecho uso de sus prerrogativas, en este caso, el separar del mando militar a algunos individuos, por lo que ninguna ley había sido infringida. El pedir responsabilidad era entonces un “negocio ajeno enteramente”<sup>86</sup> a las facultades de las Cortes. Frente a eso, los exaltados, partidarios de la responsabilidad *política*, insistieron en que el gobierno, a pesar de haber actuado dentro de sus facultades, había obrado de manera contraria al espíritu constitucional, pues castigaba a los hombres que habían restaurado la libertad y la Constitución hacía menos de un año. La idea más interesante, en la medida en que evidencia la división liberal en cuanto a la esfera de acción del poder ejecutivo y el papel de las Cortes frente a estas acciones, fue expresada por Ochoa:

“(Mi) principal intento (es) contrarrestar ciertas doctrinas inculcadas y repetidas con elocuencia en este Congreso, que propenden (...) a hacernos unos ciegos adoradores de las providencias del gobierno, diciéndose reiteradamente: ‘el gobierno lo ha hecho; el gobierno lo ha mandado; está en sus atribuciones; ningún artículo de la Constitución se ha infringido; (...)’ Yo, que siempre he amado y amo al orden, no diré jamás anticipadamente, y sin datos, que el gobierno obró mal; (...) pero tampoco seré secuaz de la doctrina o principio de que el Congreso no se halla autorizado para pedir explicaciones de hechos que se le presenten oscuros (...). La soberanía reside en la nación; la nación reside en este Congreso (...), los representantes de la nación pueden acordar y resolver cuanto entendieren conducente al bien general de ella, dentro de los límites de la Constitución. (...) los diputados de la nación española, en la cual reside esencialmente la soberanía (...) están facultados para vigilar y estar alerta contra cualquiera de aquellas tentativas (de vulnerar la Constitución y el régimen liberal)”<sup>87</sup>.

En esta reflexión, se percibe que los diputados exaltados consideraban que era deber del cuerpo legislativo, como único órgano representante de la nación soberana, vigilar cualquier acto que tenía que ver con la dirección y la salud política del país. Las Cortes no estaban sometidas al gobierno, al contrario, éste no podía obrar a su antojo y ellas tenían la facultad de cuestionar las acciones suyas que estimaban impropias. Al considerar los diversos argumentos esgrimidos por cada bando liberal, puede observarse que los moderados solo reconocían la capacidad de la Asamblea para exigir responsabilidad respecto a las posibles extralimitaciones del poder ejecutivo<sup>88</sup> mientras que, por parte de los exaltados, la exigencia de responsabilidad era

---

<sup>86</sup> Martínez de la Rosa en *DS*, 5 de septiembre de 1820, p. 829.

<sup>87</sup> Ochoa en *ibid.*, p. 832.

<sup>88</sup> “Solo está en las atribuciones de las Cortes entrometerse y juzgar de las operaciones del gobierno cuando éste traspasa la Constitución”. López Cepero en *ibid.*, p. 834.

un instrumento fundamental -aunque no inscrito en la Constitución de 1812<sup>89</sup>- para sujetar estrechamente las actividades discrecionales del Ejecutivo. En efecto, los exaltados consideraban que aunque el Ejecutivo actuase dentro de sus facultades, podía tomar decisiones dañinas para la nación. Este control de la actividad del Ejecutivo se plasmaba entonces en la exigencia de responsabilidad *política* por decisiones consideradas inconvenientes. A este respecto puede decirse que los moderados se atenían a la letra constitucional, al reconocer únicamente la responsabilidad *jurídica* de los ministros, mientras que los exaltados, al defender la responsabilidad *política*, apelaban al espíritu de la Constitución para interpretarla de una forma que superaba la literalidad del texto.

Este conflicto sobre la disolución del Ejército de la Isla evidencia dos posturas con respecto a la Constitución de Cádiz. La primera, defendida por los moderados, otorga al poder ejecutivo la primacía en la dirección política del Estado. En este sentido, el gobierno tiene ciertas facultades discrecionales que no pueden ser mermadas -en el caso de la disolución del Ejército de la Isla, el Ejecutivo utilizó su prerrogativa de “disponer de la fuerza armada, distribuyéndola como más convenga”<sup>90</sup>- y las Cortes no pueden pretender controlar al Ejecutivo cuando éste actúe dentro de los márgenes establecidos por la Constitución. En cuanto a los exaltados, el conflicto surgido a raíz de la disolución del Ejército de la Isla pone de relieve que las Cortes eran para ellos el primer poder del régimen, encargado de la dirección política del Estado y de una tarea de vigilancia de los intereses del sistema liberal. Atendiendo las facultades otorgadas por la Constitución de 1812, los diputados exaltados ambicionaban someter al poder ejecutivo al control parlamentario, evaluando la pertinencia de sus decisiones con la posibilidad de censurarlas. El concepto de

---

<sup>89</sup> La Constitución de Cádiz solo menciona la responsabilidad jurídica de los secretarios del Despacho: en el caso de que un ministro infrinja una ley o la Constitución, las Cortes pueden exigirle responsabilidad penal. Aquello desemboca en la apertura de una causa, remitida al Tribunal Supremo de Justicia, que es el encargado de llevar a cabo el juicio (arts. 226, 228, 229). El concepto más ambiguo de responsabilidad política no está recogido en la Constitución de 1812.

<sup>90</sup> *Constitución política de la Monarquía española. Promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812*, art. 171, 9ª (edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/constitucion-politica-de-la-monarquia-espanola-promulgada-en-cadiz-a-19-de-marzo-de-1812-precedida-de-un-discurso-preliminar-leido-en-las-cortes-al-presentar-la-comision-de-constitucion-el-proyecto-de-ella--0/html/000d0672-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/constitucion-politica-de-la-monarquia-espanola-promulgada-en-cadiz-a-19-de-marzo-de-1812-precedida-de-un-discurso-preliminar-leido-en-las-cortes-al-presentar-la-comision-de-constitucion-el-proyecto-de-ella--0/html/000d0672-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)).

los “intereses del sistema” que menciono se basa, a mi entender, en consideraciones extralegales, pero resulta imprescindible para entender la actitud de desconfianza hacia el poder ejecutivo, heredada de los constituyentes gaditanos<sup>91</sup>, que emana de los exaltados desde el inicio del régimen liberal.

#### 4. *El momento de la ruptura con los liberales moderados*

Según lo establecido por algunos estudiosos del Trienio<sup>92</sup>, el divorcio entre moderados y exaltados se remonta al mes de octubre de 1820, cuando se promulgaron dos leyes tendentes a restringir tanto la libertad de la imprenta como el derecho de los ciudadanos a reunirse para discutir de asuntos políticos -este último derecho venía ejerciéndose a través de las llamadas sociedades patrióticas-. En base a este diagnóstico, busco averiguar a partir de qué momento podía existir ya una fractura entre moderados y exaltados. Para ello, me fijaré especialmente en los debates de las sesiones parlamentarias, siendo el *Diario de las sesiones de Cortes* una fuente representativa del estado de opinión de ambos grupos políticos. Es necesario tomar en cuenta el que las Cortes, en el año 1820, se reúnen a partir del 9 de julio y cierran sus sesiones el 9 de noviembre del mismo año, es decir, estuvieron reunidas durante cuatro meses. Este periodo, aunque corto, es dinámico, pues corresponde con la definición de las líneas programáticas del nuevo Estado liberal: desde temas trascendentales como el fomento de la agricultura hasta objetos concretos y prácticos como la renovación y construcción de caminos, pasando por cuestiones simbólicas tales como los premios y recompensas para aquellos que lucharon por el restablecimiento del sistema constitucional en 1820.

---

<sup>91</sup> En la Constitución de 1812 “primó una desconfianza cerval hacia el ejecutivo monárquico en la óptica de desmantelamiento del absolutismo regio y debido al temor de que el mismo pudiese embarazar o mediatizar la vida de la Asamblea legislativa, que se ve como fiel representante del principio de libertad y de los nuevos intereses de la emergente sociedad mesocrática.” Juan Ignacio Marcuello Benedicto, “Las Cortes de Cádiz: Monarquía y gobierno de Asamblea. Valoraciones historiográficas sobre la ‘forma de gobierno’ en el sistema constitucional de 1812”, en Antonio Rodríguez de las Heras y Rosario Ruiz Franco (eds.), *1808: controversias historiográficas*, Madrid, Editorial Actas, Instituto de Investigación “Julio Caro Baroja” de la Universidad Carlos III de Madrid, 2010, p. 150.

<sup>92</sup> Por ejemplo Alberto Gil Novales, en *El Trienio Liberal*, op. cit.

Muchos temas originaron nutridos debates en estas primeras Cortes -por ejemplo, los proyectos de leyes para reformar la organización del ejército, o los planes presupuestarios para el año económico 1820-1821-, sin embargo concibo que es ante todo en los debates sobre ley de imprenta y sociedades patrióticas que pueden rastrearse mejor las diferencias ideológicas entre los distintos diputados. En este sentido, retomo parte de la interpretación historiográfica que sitúa en octubre de 1820 la ruptura abierta entre moderados y exaltados; no obstante, me parece necesario, para dar cuenta adecuadamente del fenómeno, estudiar aquí los motivos de esta fractura así como fechar más precisamente su surgimiento.

En el epígrafe anterior, ya aludí a lo que había generado en las Cortes la disolución del Ejército de la Isla en agosto de 1820. A principios de septiembre, algunos diputados pidieron la comparecencia del gobierno con el fin de exigirle la responsabilidad política, pues consideraban esta disolución como improcedente. Si se consideran las leyes que se dieron en octubre de este mismo año con respecto a libertad de imprenta y sociedades patrióticas, puede observarse cómo algunos diputados, al igual que para la disolución del Ejército de la Isla, consideraban estas decisiones impolíticas y, más aún, nefastas para la nación española.

En cuanto a la ley sobre la libertad de imprenta<sup>93</sup>, hay que remontarse a la sesión de Cortes del 11 de julio para encontrar una declaración del diputado Tapia en la cual expone la necesidad de formar una comisión que proponga un reglamento para el ejercicio de la libertad de imprenta. Tapia reclama este reglamento por dos razones. Por una parte, declara que los decretos de las Cortes de Cádiz son insuficientes para afianzar la libertad de imprenta en el nuevo régimen. Por otra, insiste en que hace falta poner límites a esta libertad y volver a establecer penalmente los castigos para aquellos que abusen de ella<sup>94</sup>. Esta perspectiva ya denota una percepción negativa de la libertad de imprenta: existe este derecho pero se corre el riesgo de ver una multiplicidad de abusos. Aquella postura de desconfianza se confirma el 17 de julio, cuando el mismo diputado expone en detalle sus razones para pedir que una comisión se

---

<sup>93</sup> Para un análisis detallado de esta ley, véase Juan Ignacio Marcuello Benedicto, "La libertad de imprenta y su marco legal en la España liberal", en *Ayer*, núm. 34 (1999), pp. 65-91.

<sup>94</sup> *DS*, 11 de julio de 1820, p. 34.



encargue de poner coto a la libertad de imprenta. Aunque establezca que la “facultad de comunicarse los pensamientos por medio de la prensa, es un derecho incontestable de los ciudadanos”, sancionado por la Constitución, estima que se corre el peligro de que “esta facultad degenera en licencia con notable perjuicio de la sociedad”. Por lo tanto, es necesario refrenar esta libertad por medio de “leyes saludables”<sup>95</sup>.

En la sesión del 17 de julio de 1820, se nombró una comisión especial para establecer un reglamento sobre libertad de imprenta<sup>96</sup>. Esta última presentó un proyecto de ley en la sesión del 15 de septiembre, que fue discutido entre el 26 de septiembre y el 7 de octubre de 1820. Sin adentrarme en la totalidad de los debates originados por este proyecto de ley, me parece importante recalcar algunos elementos significativos. En primer lugar, el que en varias ocasiones se reproche a la comisión especial el haber coartado manifiestamente la libertad de imprenta. A pesar de que la comisión haya retomado parte de los decretos de las Cortes de Cádiz -especialmente parte de la calificación de los escritos y las diversas penas asociadas a las infracciones cometidas-, algunos diputados expresaron su profundo descontento con respecto a algunos artículos del proyecto de ley. Por ejemplo, el artículo 64<sup>97</sup> originó intensos debates en los cuales se ponía de manifiesto que el reglamento propuesto no protegía en absoluto a los escritores y no les animaba a publicar sus ideas<sup>98</sup>. Los diputados que más debatieron este artículo fueron Flórez Estrada, Romero Alpuente, Golfín y Ramos Arizpe. Flórez Estrada así como Romero Alpuente son dos destacados exaltados del Trienio, reconocidos como tales por la historiografía. En cuanto a Golfín, aunque durante el Trienio Liberal se movió más bien dentro de la corriente moderada, era un liberal sincero, preocupado por los derechos de los ciudadanos y las libertades públicas. Además, sus intervenciones en el

---

<sup>95</sup> Las tres citas están en *DS*, 17 de julio de 1820, p. 179.

<sup>96</sup> Sus miembros fueron: Tapia, Torrero, Vadillo, Solana, Martínez de la Rosa, Arrieta y Peñafiel.

<sup>97</sup> Este artículo, relativo al juicio originado por una denuncia y calificación de un escrito, establecía lo siguiente: “Los derechos del juez de primera instancia, del escribano que actúe en este juicio, y los demás gastos del proceso, serán abonados con arreglo al arancel por la persona responsable del impreso, siempre que éste haya sido declarado criminal; pero si hubiere sido declarado *absuelto*, y el juicio fuese de injurias, pagará las costas el denunciador. En todos los demás casos se satisfarán las costas del fondo que se forme de las multas impuestas con arreglo a esta ley, cuyo fondo deberá estar depositado en el ayuntamiento con la correspondiente cuenta separada”. *DS*, 15 de septiembre de 1820, p. 1030.

<sup>98</sup> Véase la intervención de Golfín en *DS*, 7 de octubre de 1820, p. 1485, en la cual insiste en que el artículo 64 no ofrece ningún resarcimiento para el escritor que ha sido denunciado.

debate del proyecto de ley sobre libertad de imprenta indican que defendía mecanismos legales favorables a los escritores. Con lo que respecta a Ramos Arizpe, ya en las Cortes de Cádiz, como diputado por Coahuila, manifestaba su postura a favor de una extensa libertad de expresión. Frente a ellos estaba Martínez de la Rosa, miembro de la comisión y el más activo a la hora de rebatir los argumentos en contra del reglamento propuesto. Otro de los elementos interesantes en estos debates se encuentra en consideraciones expuestas por Flórez Estrada. A modo de ejemplo pueden citarse sus reservas con respecto al apartado tercero del artículo 6 del proyecto de ley<sup>99</sup>. Para él, este apartado era demasiado general, pues podía llegar el caso de que una autoridad legítima abusase de su poder, por ejemplo mandando disposiciones contrarias a la Constitución. En este sentido, Flórez Estrada estimaba que no sería delito incitar a que fuese desobedecida esta autoridad<sup>100</sup>. Esta indicación es significativa, en la medida en que reconoce una capacidad para los ciudadanos de erigirse en contra de una autoridad inicialmente autorizada por el código constitucional. La respuesta que recibió por parte de la comisión se oponía frontalmente a este concepto. En efecto, Martínez de la Rosa contestó simplemente que este caso era imposible pues, a partir del momento en el cual una autoridad mandaba una medida contraria a la Constitución, dejaba de ser legítima<sup>101</sup>. Flórez Estrada también se opuso al artículo 7 del proyecto de ley<sup>102</sup>, y su crítica radicaba en que un escritor debía quedar exento cuando podía probar lo que denunciaba, aunque lo hubiese hecho de manera injuriosa<sup>103</sup>. Otro miembro de la comisión, el diputado Tapia, le contestó que era imprescindible considerar el método utilizado para denunciar. En el caso de un escrito injurioso, aunque la acusación fuese cierta -lo cual eximía del delito de calumnia-, quedaba la ofensa de la injuria, prueba de “malignidad” por parte del

---

<sup>99</sup> Este apartado indicaba lo siguiente: “Se abusa de la libertad de imprenta expresada en el art. 1 (...) incitando directamente a desobedecer alguna ley o autoridad legítima, o provocando a esta desobediencia con sátira o invectivas.” *DS*, 15 de septiembre de 1820, p. 1027.

<sup>100</sup> *DS*, 28 de septiembre de 1820, p. 1294.

<sup>101</sup> *Idem*.

<sup>102</sup> “En el caso de que un autor o editor publique un libelo infamatorio, no se eximirá de la pena que más adelante se establece en esta ley, aun cuando ofrezca probar la imputación injuriosa, quedando además al agraviado la acción expedita para acusar al injuriante de calumnia ante los tribunales competentes.” *DS*, 15 de septiembre de 1820, p. 1027.

<sup>103</sup> *DS*, 28 de septiembre de 1820, p. 1295.

escritor<sup>104</sup>. Este punto del debate es un buen ejemplo de los distintos conceptos que tenían los diputados sobre la libertad de imprenta. Para diputados tales como Flórez Estrada, ante todo, había que proteger a los escritores frente a las falsas delaciones -sean producto de rivalidad, venganza, etcétera- y asegurarles cierta capacidad para fiscalizar y criticar. Frente a esta postura, diputados tales como Tapia o Martínez de la Rosa querían sobre todo marcar un desarrollo virtuoso de la libertad de imprenta, sujetando los escritores a criterios tales como la “decencia” y prestando especial atención a las formas escogidas por ellos a la hora de ejercer su labor.

Por lo que respecta a las sociedades patrióticas, es por una indicación del diputado Alvarez Guerra, de 28 de julio, que las Cortes tomaron cartas en el asunto<sup>105</sup>. Si se comparan el debate sobre libertad de imprenta y el que versaba sobre sociedades patrióticas, puede establecerse que es en este último en el que las distintas posturas de los diputados se manifestaron más claramente. Los que participaron en el debate sobre sociedades patrióticas se escindieron en tres grupos: aquellos favorables a estas sociedades, aunque con algunas restricciones, aquellos enteramente a favor de la existencia de estos clubes, y aquellos que los consideraban perjudiciales para el sistema y apoyaban entonces su disolución. Lo que me interesa aquí es mencionar los principales argumentos esgrimidos por cada bando, con el fin de mostrar cuáles eran los motivos de los diputados más radicales.

En primer lugar, es necesario señalar que todos los diputados que se expresaron en este debate estaban inicialmente a favor de la propuesta de Alvarez Guerra. Todos reconocieron su utilidad, aún cuando este mismo diputado volvió a reformular su indicación. En efecto, el 4 de septiembre, Alvarez Guerra modificó su propuesta, pidiendo la formación de una comisión “que proponga al Congreso un proyecto de ley que asegure a los ciudadanos la libertad de ilustrarse con discusiones políticas, evitando los abusos.”<sup>106</sup> En esta misma sesión, se nombró una comisión encargada de establecer un proyecto

---

<sup>104</sup> Idem.

<sup>105</sup> La propuesta de este diputado era la siguiente: “Que no den cuenta al Congreso los sres. secretarios de ninguna petición, memorial ni exposición, de cualquier clase que sea, que no está firmada o por corporaciones y autoridades reconocidas por el gobierno, o por individuos particulares.” *DS*, 28 de julio de 1820, pp. 293-294.

<sup>106</sup> *DS*, 4 de septiembre de 1820, p. 806.

de ley en ese sentido<sup>107</sup>. Este fue presentado por la comisión el 16 de septiembre, y se debatió entre el 14 y el 17 de octubre de 1820.

Antes de que la comisión presentase el proyecto de ley, en la misma sesión del 4 de septiembre -en la cual Alvarez Guerra modificaba su propuesta como lo mencioné-, hubo ya un debate entre diputados. En éste están presentes los principales argumentos en pro o en contra de las sociedades patrióticas, que se verían repetidos y defendidos de distinta manera a lo largo de los debates ocurridos entre el 14 y el 17 de octubre. Durante este debate de la sesión del 4 de septiembre, el primero en tomar la palabra fue el diputado Priego. Su postura era intermedia. Por un lado, reconocía los servicios prestados a la nación por las sociedades patrióticas, cuando el régimen constitucional no estaba asentado todavía. Por otro lado, Priego estimaba que era necesario legislar sobre estas sociedades -que hasta el momento no tenían reglamento fijo- para que estuviesen dependientes de la autoridad estatal y sujetas a responsabilidad<sup>108</sup>. Al concluir su intervención, Priego ponía de manifiesto que el gobierno y las Cortes tenían que legislar rápidamente sobre sociedades patrióticas porque mientras “estamos expuestos a que los malévolos, abusando del candor de los que actualmente las componen, nos precipiten en la ruina y la anarquía.”<sup>109</sup> Es notable la referencia a los “malévolos” que pueden arrastrar al país en la anarquía mediante las sociedades patrióticas. Es un primer indicador del carácter popular que llegaron a tener estas sociedades ya en el año 1820, pues el vocabulario empleado aquí no apunta tanto hacia el maligno influjo que podrían tener los realistas en estas reuniones, sino más bien hacia los peligros de una revolución engendrada por el pueblo, concepto que aparece como sinónimo de “anarquía” en esta circunstancia.

Otra postura la encarnaba Romero Alpuente. Manifestó desde un principio que las sociedades patrióticas eran muy provechosas para la nación y que, además, derivaban del ejercicio de la libertad natural del ser humano. En este sentido, declaraba que estas reuniones ilustrarían al gobierno y le ayudarían para vencer los obstáculos que se opusiesen a la marcha del sistema

---

<sup>107</sup> Los diputados que la conformaron son: Alvarez Guerra, Moscoso, Benítez, Cosío, Pérez Costa, Calatrava, Couto y Gareli.

<sup>108</sup> *DS*, 4 de septiembre de 1820, p. 806.

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 807.

constitucional. En opinión de este diputado, el único objeto de las sociedades patrióticas era “enseñar con sus luces, y publicar con valor las verdades más importantes a los hombres y a los gobiernos.”<sup>110</sup> De ahí la necesidad de que se formase un reglamento capaz de fomentar esta actividad política y consultiva.

La tercera postura con respecto a las sociedades patrióticas se encuentra por ejemplo con el diputado Gareli, quien abogaba directamente por el cese de este tipo de reuniones. Su razonamiento se parece en algunos aspectos al desarrollado por Priego: según Gareli, las sociedades patrióticas contribuyeron definitivamente al establecimiento del sistema constitucional. Pero también estimaba que hubieran debido disolverse a partir del momento en el que Fernando VII juró la Constitución y que las Cortes se encontraban reunidas, es decir, a partir del 9 de julio. El fundamento de semejante postura se encuentra en que, para diputados tales como Gareli, Martínez de la Rosa o Moscoso, la Constitución no reconocía en absoluto la legitimidad de cuerpos que se habían constituido por sí solos y que no tenían responsabilidad ante la ley<sup>111</sup>.

El debate sobre sociedades patrióticas se hizo mucho más polémico a partir del día 14 de octubre, cuando se empezó la discusión de los cuatro artículos que contenía el proyecto de ley. Y es que la comisión había dado un dictamen por lo menos sorprendente: en lugar de establecer un reglamento que permitiese la existencia de las sociedades patrióticas, los individuos que la componían habían establecido que éstas ya no eran necesarias ni convenientes<sup>112</sup>. El primero en tomar la palabra en este debate del 14 de octubre fue Moreno Guerra, quien expresó francamente su parecer: la comisión nombrada para hacer un proyecto de ley sobre sociedades patrióticas

“se ha excedido de lo que le mandó el Congreso, porque la proposición se hizo con objeto de formar un proyecto de ley que asegurase a los ciudadanos la facultad de instruirse sobre materias políticas, evitando los abusos. Para proponer este decreto fue para lo que se autorizó a la comisión, y no para presentar un decreto de ruina, de destrucción y de exterminio.”<sup>113</sup>

El resto de su intervención lo dedicó a preguntar qué males habían engendrado las sociedades patrióticas para merecer el castigo de una disolución inapelable

---

<sup>110</sup> Ibid., p. 808.

<sup>111</sup> Ibid., p. 810.

<sup>112</sup> *DS*, 16 de septiembre de 1820, p. 1048.

<sup>113</sup> *DS*, 14 de octubre de 1820, p. 1636.

y a demostrar que las primeras en formarse habían cumplido un papel extremadamente laudable<sup>114</sup>. Frente a sus críticas, el propio Alvarez Guerra leyó un discurso que retomaba los argumentos ya avanzados en el primer debate que se dio el 4 de septiembre. Este diputado insistió en que los únicos cuerpos reconocidos por la Constitución eran el Congreso, las diputaciones provinciales, las juntas electorales y los ayuntamientos. Respecto a los derechos individuales, el código constitucional solo otorgaba la libertad de imprenta y el derecho de petición, y no concedía el derecho de formar “nuevos cuerpos políticos cuyo espíritu puede extraviarse y ser un estorbo en la marcha de los tres poderes del Estado”<sup>115</sup>. En cuanto al concepto de que las sociedades patrióticas no eran necesarias ni convenientes, Alvarez Guerra puso de relieve que nacieron en circunstancias extraordinarias que, con la reunión de Cortes y el juramento de Fernando VII, se habían extinguido.

En todos los discursos e intervenciones de los diputados favorables a la disolución de las sociedades patrióticas, dos argumentos van repitiéndose. El primero podría resumirse de la siguiente manera: no hay que confundir la libertad con la licencia. Una libertad no reglamentada por la ley se convertirá necesariamente en licencia, y esta última desembocará en la anarquía. El segundo argumento va unido con el primero y se relaciona con el concepto de “federación”. Uno de los motivos de aquellos diputados que apoyaban la disolución de las sociedades patrióticas era el miedo a que éstas se concertasen entre sí y formasen una federación que tuviera la capacidad de contrarrestar las decisiones de las autoridades legítimas. En su discurso, Alvarez Guerra muestra su profunda inquietud con respecto al que las sociedades patrióticas puedan formar una red uniforme en gran parte del territorio español. Indica lo siguiente: aspirar a la libertad “de formar cuerpos concéntricos enlazados entre sí, sería aspirar a una licencia absoluta, o a la pretensión ominosa de que una parte de la nación dictase la ley al todo de ella.”<sup>116</sup> En definitiva, se temía una confiscación o una merma de las facultades de las autoridades estatales por parte de estas reuniones.

---

<sup>114</sup> Con respecto a las sociedades patrióticas de Cádiz, Moreno Guerra afirmó que ayudaron a los heridos y a las familias de las víctimas de la matanza del 10 de marzo que ocurrió en aquella ciudad. *Idem*.

<sup>115</sup> *DS*, 14 de octubre de 1820, p. 1638.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 1641.

Por lo que respecta a los defensores de las sociedades patrióticas, pueden evocarse las intervenciones de Flórez Estrada para sintetizar los distintos argumentos que avanzaron. En primer lugar, este diputado se mostró enteramente favorable a la ilustración del pueblo, entendida como conocimiento y posesión de derechos: por todos los medios posibles los pueblos tienen que acostumbrarse a “interesarse en la conservación de sus derechos”<sup>117</sup>. Luego, estimó que ordenar el cierre de las sociedades patrióticas era quitar un medio de ilustración y era un procedimiento que anunciaba una progresiva confiscación de los derechos<sup>118</sup>. El argumento más poderoso que expresó Flórez Estrada fue el del derecho de los pueblos a fiscalizar la actividad de sus gobernantes. En este sentido, la idea de pueblo que manifestó este diputado no era la de un cuerpo de individuos dócilmente sometidos a sus representantes, sino la de una congregación de ciudadanos que tienen el derecho imprescriptible de actuar por el bien del Estado. De esta manera, las sociedades patrióticas no solo eran legítimas sino también indispensables para la conservación del régimen constitucional<sup>119</sup>. Finalmente, Flórez Estrada retomaba uno de los argumentos utilizados por los detractores de estas reuniones -el que la Constitución no recogiese la libertad de reunirse para discutir asuntos políticos- para demostrar que era falaz:

“¿Por qué lógica singular se nos dice hoy que la Constitución implícitamente se opone a la formación de sociedades patrióticas, bajo el fútil pretexto de que no las autoriza? Por igual lógica también deberíamos deducir que ninguno puede legalmente respirar, pues que en ningún artículo de la Constitución se autoriza este acto.”<sup>120</sup>

En definitiva, coincido con la interpretación que sitúa en octubre de 1820 la ruptura decisiva entre moderados y exaltados en las Cortes. Sin embargo,

---

<sup>117</sup> Idem.

<sup>118</sup> “El primer paso hacia la esclavitud es atacar la libertad de la prensa e impedir las reuniones libres de los ciudadanos”. *DS*, 14 de octubre de 1820, p. 1641.

<sup>119</sup> “El pueblo debe estar persuadido de que solo a sus representantes pertenece la formación de las leyes; pero debe estarlo igualmente de que así como al Congreso no puede disputársele esta facultad y la suprema inspección en la conducta de todos los funcionarios públicos (...), así también la nación, en quien esencialmente reside la soberanía, tiene el derecho de vigilar en sus propios intereses, y con previa deliberación el de solicitar de sus representantes cuanto considere oportuno y conveniente al bien del Estado. Decir lo contrario, es lo mismo que decir que quien concede sus poderes por un tiempo limitado o ilimitado a determinadas personas renuncia y se despoja hasta del derecho de conocer cómo sus apoderados desempeñan el encargo que les ha confiado, y el de darles nuevas instrucciones.” *Ibid.*, p. 1642.

<sup>120</sup> Idem.

considero que hace falta matizarla, tomando como criterio las fechas en las cuales empezaron a aparecer indicaciones tendentes a restringir la libertad de imprenta y prohibir las sociedades patrióticas. Estas propuestas, fechadas en julio de 1820, evidencian ya dos ideologías que, aunque estén en proceso de construcción, aparecen incompatibles. Los argumentos esgrimidos a favor de una restricción de la libertad de imprenta y una negación del derecho de asociación, entendido este último como libertad política de acción colectiva, chocaban de lleno con aquellos destinados a probar lo necesarias que eran para la construcción del régimen liberal las reuniones libres de carácter político. Ya se va perfilando el esquema defendido por los liberales moderados en las legislaturas de 1821 y 1822, que no aceptan más participación ciudadana que el tríptico conformado por una libertad de imprenta templada, un derecho de petición individual y un ejercicio periódico del derecho de sufragio. Frente a esta doctrina, los exaltados eran liberales que concebían que la revolución no podía ser completa si solo se otorgaba al pueblo estos derechos limitados e individuales. Elaboraron un modelo en el que la ciudadanía era un derecho, definido por una “intensa participación y vigilancia” del poder<sup>121</sup>. En los capítulos siguientes, examinaré las formas que cobró, a lo largo del Trienio y de manera más global, la ruptura entre moderados y exaltados, especialmente a través del estudio de folletos, periódicos y del *Diario de las sesiones de Cortes*.

---

<sup>121</sup> Florencia Peyrou, “Discursos concurrentes de la ciudadanía: del doceañismo al republicanismo (1808-1843)”, en *Historia Contemporánea*, núm. 28 (2004), p. 274. Como lo señala Peyrou en este artículo, la “idea de vigilancia permanente de la marcha de los asuntos públicos estaba en el centro del concepto exaltado de ciudadanía, y se contraponía a la ‘indiferencia’ y la ‘apatía’.” Idem.



## Capítulo II. Evolución de la corriente exaltada desde finales de 1820 hasta principios de 1822

### 1. *Radicalización del año veintiuno y apropiación de los comuneros de Castilla*

#### 1.1 Radicalización

Antes de considerar los conflictos internos del liberalismo en el año veintiuno, quiero subrayar la conmoción que se dio, en mayo de 1821, con el asesinato de Matías Vinuesa, también conocido como cura de Tamajón. El 29 de enero de 1821, Vinuesa, capellán de honor de Fernando VII, fue apresado en la cárcel de la Corona, por conspiración contra el sistema constitucional. En el momento de la detención se le embargaron papeles y proclamas. Parte de ellos se leyeron en las Cortes el 20 de marzo<sup>122</sup>. La expectación con respecto al juicio y sentencia contra Vinuesa, por parte de muchos liberales, era alta. Se esperaba el castigo ejemplar de este presbítero, pero cuando cayó la sentencia, el 4 de mayo, cundió un movimiento de protesta popular muy fuerte. En efecto, en lugar de una condena a muerte, se le había aplicado una sentencia de diez años de presidio. Vinuesa fue asesinado el mismo día, a las tres de la tarde, en su celda de la cárcel de la Corona, por una multitud de gente armada de martillos y puñales. Todavía no se conoce a ciencia cierta la identidad de los autores y promotores del asesinato. Entre diversas fuentes pueden encontrarse ciertos acusados, como por ejemplo en las listas de masones de los *Papeles Reservados de Fernando VII*, en las que aparecen: el marqués de Cerralbo -Fernando Aguilera y Contreras, jefe político de Madrid entre 1820 y 1821-, el conde de Tilly -Miguel Francisco Arizcun, guardia de San Jerónimo-, Manuel de la Canal -miembro de la milicia de infantería y oficial del Crédito público-, Cuevas -capitán-, Agustín de Luna -antiguo teniente de

---

<sup>122</sup> DS, 20 de marzo de 1821, pp. 583-584.

caballería, concurrió a las sociedades patrióticas de Lorencini y Malta- y Manuel Núñez -capitán, orador activo de la Fontana-<sup>123</sup>. En 1824, cuatro personas fueron condenadas a muerte y ejecutadas por el asesinato de Vinuesa. Entre ellas estaba Agustín de Luna<sup>124</sup>.

Al fin y al cabo, puede que este asesinato corresponda con un acto de justicia popular, tal y como se presenta en el periódico del exaltado Fernández Sardinó o en los *Retratos políticos de la revolución de España*<sup>125</sup>, pero también cabe la posibilidad de que se trate de una provocación, orquestada por algunos sectores aristocráticos<sup>126</sup>. En todo caso, no deja de ser sugerente la fecha del asesinato de Vinuesa, que podría considerarse como conmemoración sangrienta y vindicativa del decreto dado por Fernando VII en Valencia el 4 de mayo de 1814, por el cual rechazaba la Constitución de Cádiz y volvía a instaurar el régimen absoluto.

Otro elemento destacable es el que una de las armas con que se asesinó a Vinuesa pasó a convertirse en símbolo de aquellos que se consideraban exaltados. Según se lee en los *Retratos políticos de la revolución de España*, después de este asesinato, “en los sombreros, en las pecheras, en los vuelos, y en los relojes se empezaron a traer martillitos de oro, de acero, o de cualquier otro metal en recuerdo de la muerte del cura de Tamajón”<sup>127</sup>. Si este detalle es cierto, significa que, en la óptica de exaltados como Mejía, lo esencial del acontecimiento no fue la identidad de la víctima ni cómo la mataron, sino lo que representó el acto en sí: la descarga del debido castigo, como señal de

---

<sup>123</sup> Archivo General de Palacio (en adelante AGP), *Papeles Reservados de Fernando VII*, tomo 21, fol. 53-55, primera, segunda y tercera lista de masones (primera sin fecha, segunda y tercera de septiembre de 1821).

<sup>124</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 616.

<sup>125</sup> “Nosotros deseamos que no se vuelvan a repetir escenas de sangre; pero es preciso que los jueces aprendan a respetar más la opinión pública que es la ley viva de los Estados; o si tienen escrúpulos, que abandonen su puesto. Para sentenciar constitucionales no han sido tan escrupulosos en otro tiempo. La lectura del plan execrable de Vinuesa en el seno de la representación nacional fue su sentencia de muerte.” *El Redactor General de España*, núm. 80, 5 de mayo de 1821, p. 320. En cuanto a la evaluación del hecho en los *Retratos políticos*, es la siguiente: “Una traición que se llega a evidenciar, como la de Vinuesa, si no se castiga, es un bota fuego para una nación en la crisis de una revolución, que tiene los ánimos exaltados, y los partidos en alarma.” Carlos Le Brun (Félix Mejía), *Retratos políticos de la revolución de España*, Filadelfia, s. e., 1826, p. 294. Se atribuye la autoría de este libro a Félix Mejía, siendo Carlos Le Brun su editor.

<sup>126</sup> Así lo evoca Gil Novales en *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 615.

<sup>127</sup> Carlos Le Brun (Félix Mejía), *Retratos políticos...*, op. cit., p. 294.

escarmiento, sobre un conspirador servil<sup>128</sup>. El que varios exaltados celebrasen el asesinato de Vinuesa da algunos elementos para poder interpretar el estado de tensión, desencanto e incertidumbre que inspiraba a parte de los liberales el rumbo que iba tomando el régimen.

Las tensiones y conflictos existentes ya a finales del año veinte entre los liberales del partido ministerial -aquellos que ejercieron un cargo ministerial y sus seguidores, fuesen diputados, periodistas, etcétera-, y aquellos de la oposición -que determino aquí como exaltados puesto que se opusieron a la línea conservadora de los liberales del partido ministerial-, cobraron un protagonismo evidente en el año veintiuno y, además de manifestarse a través de actos violentos, se plasmaron en la creación de dos sociedades secretas rivales. Por un lado, en enero de 1821, se fundó la sociedad secreta de los comuneros, o *Hijos de Padilla*, considerada como órgano de los liberales exaltados y fruto de una ruptura con la masonería. Por el otro, algunos meses después, se fundó la llamada Sociedad Constitucional, o del Anillo, de carácter conservador. Con estas dos sociedades, la disensión entre el partido ministerial y aquel de oposición se trasladaba aún más fuera del ámbito oficial, para plasmarse en uno extralegal, es decir, en organizaciones regidas por las reglas que ellas mismas se habían marcado<sup>129</sup>. Si a esto se le añade la muy tensa relación que, desde 1821, se mantuvo entre comuneros y masones, queda patente la radicalización de la lucha política que se dio entre liberales. No obstante, en paralelo a esta radicalización hubo esporádicos esfuerzos conjuntos de ministeriales y exaltados para afianzar el régimen, mediante la creación y celebración de símbolos presentados como anclados en el pasado histórico nacional. La recuperación y celebración de los comuneros de Castilla forma parte de este proceso. Me interesa, en un primer tiempo, analizar cómo

---

<sup>128</sup> Según Mejía, Vinuesa fue seducido por Fernando VII y su séquito, se dejó deslumbrar por promesas de riqueza y poder y no tuvo la misma suerte que otros conspiradores del estamento eclesiástico que fueron recompensados por sus servicios, como por ejemplo Alfonso Cañedo, nombrado en 1825 arzobispo de Burgos: "Cayó el pobre de Vinuesa en el lazo, imprimió unas proclamas sediciosas (...). Vinuesa jugaba la vida a un obispado, como lo han hecho los Cienfuegos, los Simón López, los frailucos Veléz, y los Iguanzos y Cañedos: a estos les ha caído el obispado y a él la muerte." Ibid., pp. 293-294.

<sup>129</sup> AGP, *Papeles Reservados de Fernando VII*, tomo 67, doc. 17, *Estatutos de la confederación de comuneros españoles; Reglamento de la Sociedad Constitucional*, Madrid, Imprenta de José del Collado, 1821 (edición digital de la Biblioteca Virtual de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación: <http://bvrajl.rajyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=8487>). Analizaré la actuación de la Sociedad del Anillo en el capítulo III, dedicado al año 1822, puesto que es el año durante el cual más hizo sentir su influencia.

ambos grupos liberales se unieron para contribuir a la creación de símbolos con implicación liberal a través del estudio del tricentenario de la batalla de Villalar, en abril de 1821. Luego, evocaré cómo los liberales exaltados se hicieron a su vez con el símbolo de los comuneros, examinando la creación de la comunería.

## 1.2 Evolución semántica del concepto de comunero

La guerra de las Comunidades de Castilla (1520-1521)<sup>130</sup> es uno de los episodios históricos que recuperaron los liberales del Trienio, especialmente los exaltados. Antes de analizar de qué forma se apropiaron de este levantamiento, voy a evocar aquí qué tipo de significados se atribuyó a los comuneros y a las Comunidades del siglo XVI. De esta manera se podrá medir hasta qué punto se mitificó el levantamiento y la lucha de las Comunidades en la primera parte del siglo XIX, especialmente durante el Trienio.

En los siglos XVI y XVII, el sentido de “Comunidades” era negativo. Se percibía a los comuneros de Castilla y a las Comunidades como una revuelta sin fundamento, una sublevación y una resistencia inadmisibles en contra del Monarca, fuente legítima del poder. Entre los cronistas de la época, se determinó que la rebelión de las Comunidades era “un accidente lamentable, pero que no parece haber modificado profundamente el destino de España”<sup>131</sup>. Aquello significa que, en aquella época, se estimó que las Comunidades de Castilla no tenían reivindicaciones fundadas, que fueron grupos que intentaron alterar el orden legal de la monarquía española sin lograrlo, pues fueron reprimidos de manera ejemplar, se decapitó a los jefes del movimiento y el resto de las facciones comuneras o fue reprimido o se desarticuló por sí solo. La derrota de Villalar convenció de la debilidad original del movimiento comunero y llevó a los que comentaron esta revuelta a juzgarla poco significativa. Por todas estas consideraciones, gran parte de los cronistas de los siglos XVI y XVII asociaron una connotación peyorativa con la revuelta de las Comunidades de Castilla. En el siglo XVIII, seguía presente esta percepción

---

<sup>130</sup> Para una historia de la revuelta de los comuneros de Castilla, véase Joseph Pérez, *Los Comuneros*, Barcelona, RBA, 2006 y Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros. De la realidad al mito*, Madrid, Sílex ediciones, 2008.

<sup>131</sup> Joseph Pérez, *Los Comuneros*, *op. cit.*, p. 235.

negativa, reflejada por ejemplo en los diccionarios de la Real Academia española -que presentan a las Comunidades como “levantamientos y sublevaciones de los pueblos contra su soberano”<sup>132</sup>-, pero empezaba también a desarrollarse un fenómeno contrario.

A finales del siglo XVIII, se operó una reevaluación del episodio de las Comunidades de Castilla, la cual contribuyó a rehabilitar a los comuneros y politizar su levantamiento. Del episodio histórico asociado a la rebelión contra un soberano legítimo se sacó un verdadero mito, fuente de inspiración, legitimación y ejemplo de los valores que no tardarían en sustentar parte de los principios del liberalismo decimonónico. De despreciados, los comuneros pasaron a ser patriotas de la libertad que lucharon contra el despotismo impuesto por un monarca extranjero<sup>133</sup>. Esta apropiación y resignificación de las Comunidades se plasmó en obras tales como la oda de Quintana *A Juan de Padilla*<sup>134</sup> -en la cual pedía al héroe comunero que regresase para defender la libertad española-, la tragedia de Martínez de la Rosa *La viuda de Padilla* (1812) o la oda de Arjona, *España restaurada en Cádiz*, dedicada a la memoria de Padilla (1814), a quien consideraba “el ciudadano fiero y generoso/ por quien Castilla fue reengendrada”, “el héroe más ilustre castellano”<sup>135</sup> y un modelo a imitar en la lucha contra el despotismo monárquico. Mediante este tipo de obras, durante la Guerra de la Independencia, se desarrolló una nueva interpretación del episodio de las Comunidades, cuyo núcleo era la lucha nacional -o patriótica- contra un agresor extranjero. Este, antes encarnado por Carlos V, se transmutaba en 1808 en Napoleón y José I. A partir de la época de

---

<sup>132</sup> Real Academia española, *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua [...]*, tomo segundo Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1729, p. 467.

<sup>133</sup> Puede observarse en algunos diccionarios de la segunda mitad del siglo XIX, ajenos a la Real Academia, cómo está plasmada esta concepción de las Comunidades de Castilla. Véase por ejemplo la definición que da Ramón Joaquín Domínguez en su diccionario publicado en 1853, que habla de los “distinguidos patriotas Juan Padilla (...), Juan Bravo, los Maldonados y el obispo de Zamora don Diego de Acuña”, y en la que se justifica el levantamiento de los comuneros por la irritación de los castellanos ante un rey extranjero que dispensaba de manera exclusiva honores y favores a los flamencos de su corte. Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario Nacional...*, op. cit., p. 419.

<sup>134</sup> La Inquisición prohibió esta obra, compuesta por Quintana en 1797, y que finalmente se publicó en sus *Poesías patrióticas* en 1808 en Madrid.

<sup>135</sup> Citado por Guillermo Carnero, “Sensibilidad y casuística moral en Ignacio García Malo”, en *Estudios sobre narrativa y otros temas dieciochescos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, p. 223.

la Guerra de la Independencia, puede considerarse que el episodio de las Comunidades de Castilla ya era una leyenda, fuente de enaltecimiento patriótico que buscaba movilizar contra una invasión extranjera. Sin embargo, hubo que esperar hasta la época del Trienio Liberal para que se produjese la mitificación completa de los comuneros y su movimiento. Es lo que examino en el apartado siguiente, que trata de la celebración, en 1821, del tricentenario de la batalla de Villalar.

### 1.3 1821: Tricentenario de la derrota de Villalar

En una sociedad mayoritariamente favorable a las estructuras del Antiguo Régimen, les incumbía a los liberales del Trienio, además de implantar los principios de la Constitución de Cádiz, la creación de símbolos, ritos y celebraciones que difundiesen hasta las capas más populares de la sociedad los valores liberales. Existía la necesidad de crear un movimiento de arriba hacia abajo, es decir, la formulación, por parte de las autoridades constitucionales, de propuestas políticas en adecuación con la Constitución, y acoplarlas con representaciones simbólicas que permitiesen una identificación con el régimen. Fue con este objetivo que se celebró, en 1821, el tricentenario de la batalla de Villalar.

El promotor de este acto fue el liberal exaltado Juan Martín Díaz, también conocido *El Empecinado* -miembro de la comunería-, entonces gobernador militar de Zamora. En el ámbito parlamentario, varios diputados se hicieron eco de sus tareas con respecto a la preparación y celebración del tricentenario, y pidieron se inscribiese en el salón de Cortes los nombres de Padilla, Bravo y Maldonado<sup>136</sup>. Es necesario advertir que, en la retórica parlamentaria, se nota tanto el peso de las Comunidades de Castilla como el de las Alteraciones de Aragón. Ambos episodios se consideran como el momento en el cual se perdieron las libertades de Castilla y Aragón. Sin embargo, a nivel fáctico, se prestó mucho más atención a las Comunidades de Castilla que a las

---

<sup>136</sup> DS, 18 de abril de 1821, pp. 1117-1120 y sesión extraordinaria del 24 de junio de 1821, pp. 2456-2462 -ahí figura el proyecto de decreto para honrar la memoria “de los principales defensores” de las libertades de Castilla y Aragón, que prevé el establecimiento de monumentos conmemorativos tanto en Villalar como en Zaragoza-.

Alteraciones de Aragón, dado que no se realizó ninguna celebración de tricentenario para este último acontecimiento.

El proyecto de *El Empecinado* era organizar ceremonias conmemorativas de los días 23 y 24 de abril de 1521 -fechas que corresponden respectivamente a la derrota comunera y la ejecución de los tres líderes comuneros-, exhumar a Padilla, Bravo y Maldonado, poner sus cenizas en una urna provisional, “con la mayor decencia”<sup>137</sup>, y depositarla provisoriamente en la capilla de Villalar. Envío una convocatoria de homenaje a todas las ciudades, para conmemorar la derrota de los “amantes de la libertad”, explicando el por qué del inicio de la guerra de las Comunidades: los que iban a ser los comuneros hicieron reclamaciones al rey, Carlos I, para defender los derechos del pueblo castellano frente a la invasión flamenca que trajo consigo; fueron desoídos, por lo cual el pueblo se organizó en Comunidades. De este modo, *El Empecinado* presentaba como legítima la formación de las Comunidades, al argüir que el soberano no quiso atender las reivindicaciones que se habían formulado. Describía al pueblo castellano sublevado como un conjunto que quería volver a usar su papel de decisión que, normalmente presente en las antiguas Cortes, había sido pisoteado por la ambición y los cálculos políticos de Carlos I, que sólo las convocaba para obtener fondos.

Un gran lirismo está presente en la convocatoria de Juan Martín Díaz, que quiere estimular un ardiente patriotismo y exaltar el sentimiento frente al ejemplo de sacrificio patriótico de los jefes comuneros: “Su ilustre sombra, oscurecida por el despotismo de trescientos años, clamaba porque se recordase con gloria a todos los españoles”<sup>138</sup>. Además, en esta convocatoria, se desprende la concepción de la exhumación y glorificación de los restos de los jefes comuneros como un deber patriótico, un reconocimiento de la historia nacional que fue injustamente interpretada: “Yaciendo las reliquias de los primeros (Padilla, Bravo y Maldonado) en esta provincia, sería un descuido delincuente no tributarlas una viva ofrenda de nuestros sentimientos

---

<sup>137</sup> Archivo de la Villa (en adelante AV), sección 2a, leg. 171-33, *Expediente militar formado para la exhumación de los restos de los héroes castellanos Padilla, Bravo y Maldonado y copias de la orden, acta celebrada y decreto de aprobación*, Madrid, Imprenta de Mateo Repullés, 1821, p. 1.

<sup>138</sup> Citado por Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros...*, op. cit., p. 217.

patrióticos”<sup>139</sup>. Se deseaba lograr una unión emocional y sentimental frente a esta conmemoración: “Corred, pues, ciudadanos, a llorar sobre su frío sepulcro, a derramar en él sufragios religiosos y lágrimas de ternura...”<sup>140</sup>. Asimismo, mediante este acto conmemorativo, se buscaba provocar una identificación de los españoles con sus gloriosos antepasados comuneros en calidad de defensores de la libertad. Se pretendía crear una “‘communion libérale’ en reliant entre eux et en intégrant des individus dans une même communauté (...) politique partageant les mêmes valeurs et aspirant au même idéal.”<sup>141</sup> Se fomentaba una identificación emocional con la suerte trágica de estos comuneros, como primera etapa de reconocimiento del papel de los ciudadanos de la monarquía constitucional: tenían que ser ellos la base, el soporte del régimen, y declarar conscientemente “Libertad o Muerte”, pensando en su valerosa herencia. Se insinuaba que los ciudadanos tenían que ser a imagen y semejanza de los héroes comuneros, que eran el símbolo del Bien, de la rectitud moral y del patriotismo, pues se sacrificaron por la causa de la libertad, “don el más estimable que dio la naturaleza”<sup>142</sup>: “¿Qué español no arderá en amor patriótico al ver las dignísimas cenizas de los que si vivieran serían el más fuerte antemural de nuestro santo código?”<sup>143</sup>

Un fuerte carácter administrativo se desprende de la organización y celebración de este tricentenario: en él participaron autoridades civiles y militares así como algunos eclesiásticos. Con respecto a la exhumación en sí misma, se llevó un proceso arqueológico completo. Hubo primero una reconstrucción del desarrollo de la guerra de las Comunidades y la derrota de los tres jefes comuneros: “Se procedió (...) a tomar noticias de los historiadores más clásicos en cuanto hablan de la batalla de Villalar y sucesos consecutivos.”<sup>144</sup> Se buscó minuciosamente el verdadero campo de batalla y el

---

<sup>139</sup> AV, sección 2a, leg. 171-33, *Expediente militar...*, op. cit., p. 1.

<sup>140</sup> Idem.

<sup>141</sup> Marie-Angèle Orobon, “Emprunt sacré et modernité politique dans l’Espagne du XIX<sup>e</sup> siècle”, en Salomé Foehn y Laurie-Anne Laget (coord.), *Aux sources de la création artistique : pastiche, citation et variations autour de l’emprunt*, París, Sorbonne Nouvelle, Publications de l’Ecole Doctorale 122, 2012, p. 288 (edición digital: <http://www.univ-paris3.fr/colloques-et-publications-en-ligne-de-l-ed-122-18731.kjsp?RH=1232617049682>).

<sup>142</sup> AV, sección 2a, leg. 171-33, *Expediente militar...*, op. cit., p. 1.

<sup>143</sup> Citado por Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros...*, op. cit., p. 217.

<sup>144</sup> AV, sección 2a, leg. 171-33, *Expediente militar...*, op. cit., p. 4.



sitio en el que se enterró a Padilla, Bravo y Maldonado, se utilizaron mapas antiguos y nuevos, todo eso con el fin de determinar correctamente el lugar donde podían encontrarse sus restos mortales. Los organizadores no pudieron utilizar los archivos de la ciudad de Toro puesto que fueron quemados en 1761, pero para paliar esta laguna, recurrieron a los testimonios de vecinos que “corroboraron por tradición algunos puntos de los que expresan los historiadores, y añadieron que se creía estar enterrados los cadáveres”<sup>145</sup> al pie del rollo donde fueron decapitados. Una vez verificados y reunidos los testimonios y relatos de historiadores, se buscó en el antiguo campo de batalla unos rasgos característicos, que se materializaron bajo la forma de “diferentes pedazos de cota de malla y otros objetos que se conservan como prueba”<sup>146</sup>. Se averiguaron una última vez los parámetros de la búsqueda y, por fin, el 13 de abril de 1821, se procedió a la exhumación de los cuerpos. En el momento de desentierro, asistieron el jefe político de la provincia de Zamora, Pedro Boado, un teniente del regimiento de infantería de Vitoria -Maximo Reinoso- y el vicario eclesiástico de Zamora. Asimismo, estuvieron presentes un juez de primera instancia, dos escribanos, el médico y el cirujano de Tordesillas, y miembros de la sociedad civil -habitantes de Villalar, vecinos, y todos los curiosos de ver tal acto conmemorativo patriótico realizarse-. Se encontraron primero dos cuerpos juntos y, un poco más lejos, uno -solo para éste se encontraron huesos de cráneo-. Estos restos humanos fueron colocados en una urna, cerrada con tres llaves. Terminada la exhumación, “se tocaron todas las campanas de las dos parroquias (...) con sonido lúgubre, y sin la menor demora se dispuso un pequeño catafalco próximo al rollo, en el que cubiertos de paños negros se colocó dicha urna”<sup>147</sup>. Además, se organizó una procesión, calificada de “acto tan religioso”, “con el objeto de trasladar dicha urna a la memorada iglesia de San Juan Bautista”<sup>148</sup>. El 24 de junio, la comisión especial de Cortes encargada de honrar la memoria de los defensores de las libertades de Castilla y Aragón felicitaron al *Empecinado* por el “mérito patriótico y amor

---

<sup>145</sup> Ibid., p. 5.

<sup>146</sup> Idem.

<sup>147</sup> AV, sección 2a, leg. 171-33, *Expediente militar...*, op. cit., p. 10.

<sup>148</sup> Ibid., p. 12.

que ha manifestado a la libertad (...), mandando se procediese al descubrimiento y exhumación de los restos de los tres héroes comuneros”<sup>149</sup>.

Aunque se haya cuestionado la procedencia de los restos mortales encontrados en los campos de Villalar en abril de 1821<sup>150</sup> -parece que no correspondían en absoluto a los de los jefes comuneros-, la mitificación y conmemoración del episodio de las Comunidades perduró en el tiempo. Una vez cuestionada la veracidad de la fuente simbólica -los restos mortales-, la guerra de las Comunidades hubiera podido ser relegada otra vez al rango secundario de los acontecimientos históricos, o también hubiera podido desaparecer de la mente colectiva, por estar fundada en un origen caduco y dudoso. Sin embargo, el mito de los comuneros del siglo XVI siguió siendo un referente de la libertad del pueblo español. Incluso los republicanos de 1931 se presentaron como sucesores de los comuneros<sup>151</sup>. Eso demuestra que los liberales del Trienio, a iniciativa de un liberal exaltado como *El Empecinado*, crearon un mito que se convirtió en símbolo de la lucha por la libertad en contra de la tiranía y que se mantuvo después del Trienio. Una vez forjada la creencia en el mito, su origen ya no tiene valor.

#### 1.4 La comunería

La utilización del episodio mitificado de los comuneros fue, por una parte, oficial. Los gobiernos del Trienio instrumentalizaron este episodio nacional para

---

<sup>149</sup> DS, 24 de junio de 1821, p. 2461.

<sup>150</sup> Véase Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros...*, op. cit., pp. 219-220.

<sup>151</sup> “La Segunda República española recuperó el mito de los comuneros como adelantados luchadores por la libertad y, sobre todo, como líderes de un movimiento genuinamente popular yugulado por la nobleza”. Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros...*, op. cit. p. 277. E incluso notamos que hubo un añadido en la interpretación del mito de los comuneros. A lo largo del proceso histórico español, el símbolo comunero no perdió su fuerza, sino que se fue enriqueciendo y fue reactualizado por los diferentes grupos que lo instrumentalizaron. Para los republicanos de 1931, los comuneros representaron la génesis de la soberanía popular española. Consideraron que, en 1521, inauguraron un ciclo histórico que no pudo cerrarse hasta la proclamación de la república. Esto puede significar que, para los republicanos, todo lo que ocurrió entre 1521 y 1931 coincide con un intento de volver a la raíz republicana de España, martirizada por la derrota comunera y a continuación por el absolutismo fanático. Los republicanos instauraron entonces un vínculo directo entre sí mismos y los comuneros del siglo XVI. Se presentaron, como lo hicieron los liberales del siglo XIX, como herederos de la gesta comunera, pero le prestaron un sentido aún más radical: “Se cierra un gran ciclo histórico, se consuma pacíficamente una honda revolución que en su sentido etimológico quiere decir volver al punto de partida. Volvemos a 1521, a la suprema soberanía popular. Son cuatro siglos y diez años. Muchos siglos y muchos años. Pero pocos si se tiene en cuenta la majestad de esta revolución española, única en la historia.” Luis Araquistáin, *El Sol*, 15 de abril de 1931, p. 1. Agradezco a Marie-Angèle Orobon por haber compartido conmigo la referencia.

transformarlo en fuente de legitimación histórica y política, a la vez que lo emplearon para crear un fenómeno de identificación con el régimen liberal e inspirar un sentimiento patriótico en el pueblo español. Sin embargo, la apropiación de los comuneros fue plural, ya que se extendió también en un nivel extraoficial, el de las sociedades secretas. En efecto, a principios de 1821 nació en Madrid la comunería<sup>152</sup>, una organización secreta fundada por liberales exaltados que se reivindicaban abiertamente de los comuneros del siglo XVI, pero con una lógica distinta a la instrumentalización oficial llevada a cabo por el gobierno, pues los exaltados utilizaron a los comuneros del siglo XVI como símbolos de lucha contra la arbitrariedad ejercida por las autoridades constitucionales, sea el rey, el gobierno y sus funcionarios o las propias Cortes. Sus órganos de expresión durante el Trienio fueron, ante todo, *El Eco de Padilla*, *El Zurriago*, *La Tercerola* -los tres se publicaban en Madrid- y el *Diario Gaditano*, publicado en Cádiz.

El nacimiento de la comunería está relacionado con dos elementos vinculados entre sí: por una parte, la desprotección del régimen liberal, es decir, la multiplicación de las conspiraciones realistas e infracciones de Constitución -estas últimas cometidas tanto por realistas como por liberales moderados- y, por otra parte, lo que los exaltados percibían como estancamiento del proceso revolucionario desencadenado por el pronunciamiento de Riego. Este último elemento, a su vez, está conectado con la sociedad secreta que, por sus redes, organizó el pronunciamiento y permitió el restablecimiento de la Constitución, la masonería. Como bien lo recalcaron Iris M. Zavala y Marta Ruiz Jiménez, ambas estudiosas de la comunería -aunque Zavala en menor medida-, la masonería en la España de 1820 no era una sociedad con proyectos revolucionarios<sup>153</sup>. Frente a los numerosos agravios que, desde su inicio, padecía a menudo el régimen constitucional, y frente a la ausencia de reacción firme en contra de esos ataques, en el seno de la masonería empezaron a

---

<sup>152</sup> No existe todavía consenso sobre la fecha exacta de creación de la comunería, estimada entre finales de 1820 y principios de 1821 en Madrid. Romero Alpuente, quien presidió la sociedad, cita 1821 como fecha de creación, pero otros datos apuntan a que pudiese existir ya a finales de 1820: “Tenemos (...) constancia documental de la existencia de la torre núm. 1 en Villafranca de las Agujas (hoy Villafranca de Córdoba) a la cual uno de sus integrantes asegura adeudar a la tesorería desde el año 1820.” Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo exaltado...*, op. cit., p. 63.

<sup>153</sup> Se habla por ejemplo del “aburguesamiento” de la masonería, como sinónimo de conservadurismo en *ibid.*, p. 19.

manifestarse descontentos. La culminación de estos desagradados se produjo cuando Fernando VII, en noviembre de 1820, nombró de manera anticonstitucional al general Carvajal capitán general de Castilla la Nueva. A partir de este suceso fueron organizándose en el seno de la masonería reuniones ocultas que llevaron al establecimiento de una pequeña infraestructura. Finalmente, ocurrió la desvinculación de un grupo de masones, que se volvieron a organizar en una nueva sociedad secreta, la “Confederación de los comuneros españoles”. Entre los socios fundadores se encontraban Francisco López Ballesteros<sup>154</sup>, Francisco Serrano, José María Torrijos -los tres, militares de profesión-, Juan Romero Alpuente -magistrado- y José Manuel Regato -oficial de la secretaría de Hacienda entre 1820 y 1823-<sup>155</sup>.

Esta nueva sociedad va a convertirse en el refugio de los liberales decepcionados por el conservadurismo de los moderados, pasivos frente a la destrucción de lo que habría podido ser la España liberal. Los nuevos comuneros quieren sostener la causa del pueblo y la lucha por la libertad, frente al despotismo monárquico, pero también frente a cualquier tipo de interferencia con respecto al espíritu de la Constitución de 1812, pues los comuneros del Trienio se caracterizan por su voluntad de hacer aplicar el código constitucional en toda su extensión:

“La sociedad de comuneros fue establecida en España (...) con sólo el objeto de defender a todo trance y por cuantos medios que fuesen posibles los derechos y libertades de la nación y de los españoles en particular según estaban declarados en la Constitución política de la monarquía reconociendo por base inalterable que la soberanía residía esencialmente en la nación española y por lo mismo pertenecía a ella exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales como literalmente se explicaba en el artículo 3 de la misma Constitución política”<sup>156</sup>.

---

<sup>154</sup> En marzo de 1820, Ballesteros fue nombrado general en jefe del ejército del centro y fue vicepresidente de la Junta Provisional creada a raíz de la aceptación de la Constitución por Fernando VII, el 7 de marzo. A partir de 1821, es también consejero de Estado y ayudante de campo del monarca. En los primeros días de marzo de 1820, cuando el movimiento liberal a favor de la Constitución de Cádiz se había extendido por varias provincias, Fernando VII convocó al general Ballesteros en la corte. Este fue de los primeros en aconsejar al rey una convocatoria de Cortes. El encargado de negocios De Cabre relata que Ballesteros, alegando una extraordinaria falta de medios para reprimir a los insurrectos, le indicó al soberano "qu'il ne pouvait chercher son salut que dans une convocation des Cortes." AMAE, CPE, tomo 705, carta de De Cabre a Pasquier, 6 de marzo de 1820, p. 136 v.

<sup>155</sup> Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo exaltado...*, op. cit., pp. 20-21.

<sup>156</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución española y otros escritos* (edición a cargo de Alberto Gil Novales), Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, tomo 2, p. 314.

La comunería se formó entonces como organización disidente de la masonería. Se quiso dar un contenido más popular, en oposición al moderantismo de los masones. Sin embargo, a pesar de este origen disidente, no hay que considerar a masones y comuneros como dos bloques homogéneos enfrentados permanentemente a lo largo del Trienio. En este sentido, podría distinguirse en la comunería una corriente contemporizadora, representada por ejemplo por Torrijos -quien era miembro de las dos sociedades durante el Trienio y abogó por una cooperación entre ellas-, y otra más radical, encabezada por Romero Alpuente, que rechazó firmemente la influencia moderada de la masonería.

El hecho de reclamarse de los comuneros de Villalar tiene su explicación en la meta que se proponían los nuevos comuneros del Trienio. Según el mito forjado por el liberalismo a principios del siglo XIX, la guerra de las Comunidades es el fundamento de la lucha española por la libertad. Los tres máximos líderes comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado, fueron vistos por los liberales exaltados como un modelo de patriotismo, que correspondía con la defensa de la libertad individual y la protección de los intereses de la nación española. Los jefes comuneros eran entonces considerados por los exaltados como un modelo de virtud y abnegación que había que imitar para conseguir el triunfo de la revolución: “fue la rama política del liberalismo exaltado la que más contribuyó a consolidar el mito de los comuneros como atribulados e idealistas luchadores por la libertad, ejemplo histórico a seguir por quienes tan comprometidos estaban en combatir a los partidarios del Antiguo Régimen”<sup>157</sup>.

Los objetivos políticos de la comunería están expresados en sus estatutos. No entraré aquí en su análisis detallado, como tampoco entraré a detallar su estructuración interna<sup>158</sup>, pero voy a considerar algunos elementos relativos, entre otros, a las condiciones de admisión en esta sociedad secreta. En los estatutos, está claramente expresado que el objetivo de la comunería es “sostener a toda costa los derechos y libertades del pueblo español, según están consignados en la Constitución política de la monarquía, reconociendo

---

<sup>157</sup> Enrique Berzal de la Rosa, *Los comuneros...*, op. cit., p. 214.

<sup>158</sup> Para el análisis de los estatutos y de la organización interna de la comunería, véase Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo exaltado...*, op. cit., pp. 157-181.

por base inalterable su artículo 3”<sup>159</sup>. Ahora bien, las condiciones de entrada en la comunería distaban de ser muy populares. En efecto, para alistarse en la sociedad, entre otros requisitos como la adhesión al sistema constitucional o el tener más de diecinueve años, estaba el de “tener empleo, profesión o renta de que subsistir”<sup>160</sup>. Este criterio eliminaba *de facto* la presencia de mujeres en esta sociedad así como la de grupos tales como labradores o pequeños campesinos con poca subsistencia. En definitiva, la mayoría de los integrantes de la comunería eran militares, hacendados, empleados administrativos, jueces, abogados, médicos -y, en menor medida, algunos eclesiásticos y comerciantes-, y la sociedad tenía un arraigo mucho más urbano que rural<sup>161</sup>. En cuanto al número de miembros que pudo llegar a tener, se suele recoger la cifra dada por Romero Alpuente, quien indicaba que a finales de 1821 la comunería pasaba de cien mil miembros<sup>162</sup>, pero no se descartan las estimaciones de observadores extranjeros como Chateaubriand, quien expresaba que los llamados *Hijos de Padilla* fueron unos setenta mil en toda la península durante el Trienio<sup>163</sup>.

Con respecto a la capacidad de acción de la comunería en el terreno político y social, parece que la presencia en su seno de infiltrados o espías la hizo casi inoperante. Además de la persecución de los comuneros por parte de las autoridades constitucionales<sup>164</sup>, el poder y la influencia concentrados por algunos miembros infiltrados fue una potente traba para la sociedad. Los dos infiltrados más conocidos son Regato y Palarea -este último era también miembro de la Sociedad del Anillo-. Vigilaban a los comuneros y estaban presentes “para que el radicalismo que la comunería pudiera tomar no llegara a

---

<sup>159</sup> AGP, *Papeles Reservados de Fernando VII*, tomo 67, doc. 17, *Estatutos de la confederación de comuneros españoles*, artículo 3.

<sup>160</sup> Ibid., artículo 77.

<sup>161</sup> Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo exaltado...*, op. cit., p. 34.

<sup>162</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución española...*, op. cit., tomo 2, p. 316.

<sup>163</sup> François-René de Chateaubriand, *Congrès de Vérone. Guerre d'Espagne. Négociations. Colonies espagnoles*, Bruxelles, Méline, Cans et Compagnie, 1838, tomo 1, p. 44

<sup>164</sup> “Hasta entonces sin embargo había sido tenazmente molestada y perseguida la confederación. No solo por los ocultos tiros de la rivalidad sino por los descubiertos ataques del poder, que miraba con ceño y rabia a los confederados a quienes constantemente combatió y trató de desacreditar con los apodos anarquistas, republicanos, jacobinos y demagogos”. Fragmento de un documento firmado por la asamblea de comuneros españoles, fechado en 23 de febrero de 1823, citado por Marta Ruiz Jiménez en *El liberalismo exaltado...*, op. cit., p. 23.

tener efectos reales e inmediatos”<sup>165</sup>. En efecto, hubo una primera renovación de la sociedad, el 23 de octubre de 1822, durante la cual se adoptaron unas líneas directrices más radicales. A continuación, una minoría comunera intentó llevar a cabo un proyecto de unión entre la comunería y la masonería. Sin embargo, el proyecto fue rechazado porque significaba la “subordinación de unos liberales a otros, para satisfacer ansias de mando y de poder”<sup>166</sup>. De este rechazo nacieron tensiones entre los comuneros más moderados, partidarios del acercamiento a los masones, y los radicales. Los elementos impregnados de moderantismo, culpables de favorecer las tensiones, intentaban aplacar las veleidades exaltadas que podían desarrollarse. Estos conflictos desembocaron en una segunda renovación de la comunería, el 23 de febrero de 1823. Su consecuencia directa fue la división en dos ramas de la sociedad secreta. Se creó el grupo de los comuneros revolucionarios, que seguían fieles a los principios originarios de la confederación, que fueron tachados de anticonstitucionales por el otro bando que se formó, el de los llamados comuneros constitucionales. Este nuevo grupo se constituyó, después de la escisión del 23 de febrero de 1823, como confederación de comuneros españoles constitucionales. Se proclamaba integrada por “la parte sana de la antigua confederación”<sup>167</sup>, decía actuar en nombre de la felicidad de la nación, se mostraba como defensora de la Constitución, y terminó acercándose a la masonería.

La comunería se dividió entonces en dos grupos, por el fracaso del proyecto de unión entre comuneros y masones. Pero parece que el elemento más potente que influyó en esta división era el miedo de los llamados comuneros constitucionales respecto a las relaciones que podían tener los comuneros revolucionarios con la carbonería de tipo italiano, pues consideraban estas relaciones como nefastas para la confederación<sup>168</sup>. Después de la segunda renovación del 23 de febrero de 1823, los comuneros constitucionales, ellos mismos infiltrados por agentes absolutistas, por fin llegaron a dismantelar la

---

<sup>165</sup> Ibid., p. 30.

<sup>166</sup> Ibid., p. 25.

<sup>167</sup> Ibid., p. 26.

<sup>168</sup> Ibid., p. 25.

comunería, que a partir de este momento fue totalmente ineficaz en cuanto a la toma de medidas radicales

## 2. *El ministerio Feliú-Bardají*

### 2.1 Coletilla de Fernando VII y agitación parlamentaria

Las Cortes, cuya legislatura de 1820 se había cerrado el 9 de noviembre, volvían a abrir sus sesiones el 1 de marzo de 1821. La inquietud de los liberales exaltados les llevaba a celebrar, a principios de 1821, esta pronta reapertura. En efecto, existía la necesidad de seguir con las reformas planteadas por las Cortes de 1820, y la actuación de jefes y partidas realistas que amenazaban el régimen liberal provocaba desasosiego. Finalmente, la movilización de las potencias europeas en contra de la revolución de Nápoles - encarnada por el Congreso de Troppau y el de Laibach, entre 1820 y 1821- aumentaba la preocupación de los liberales españoles. Algunos, exaltados, cifraban sus esperanzas en que la reunión de Cortes alentase al gobierno para que empezase a castigar debidamente a los enemigos del sistema<sup>169</sup>.

Es en estas circunstancias que se abría, el 1 de marzo, la legislatura de Cortes del año 1821. Es sabida la historia de esta sesión, en la cual Fernando VII, al final de su discurso de apertura de las Cortes, añadió en su lectura tres párrafos conocidos como “coletilla”. Se quejaba en ellos de los ultrajes a su real persona y establecía que se debían a la poca entereza del gobierno y de las

---

<sup>169</sup> Pedro Fernández Sardinó, en *El Redactor General de España*, expresa en su artículo “¿Volveremos de nuevo al turquismo de 1814?” que espera que en la legislatura de 1821 la “vanguardia de las Cortes”, es decir, el grupo más progresista, ponga al gobierno “en la noble aptitud de hacer temblar al osado, que intente perturbar la paz pública y la marcha majestuosa de las instituciones, que el rey y el pueblo han jurado guardar.” *El Redactor General de España*, núm. 5, 19 de febrero de 1821, p. 17.



autoridades que dependían de él<sup>170</sup>. “Al regresar a Palacio exoneró a sus ministros, y encargó interinamente del Despacho a los oficiales primeros de todas las secretarías”<sup>171</sup>.

Además del escándalo provocado por el procedimiento utilizado por Fernando VII para remover a sus ministros<sup>172</sup>, puede notarse el gran disgusto que generó este episodio de la coletilla con respecto a la marcha de las Cortes. En efecto, el rey acababa de deponer a los que tenían que leer, a partir de la sesión del 3 de marzo, sus memorias ministeriales, esenciales para que las Cortes atinasen en sus futuras medidas. Impedir que los ministros leyesen sus memorias era, primero, como dejar a las Cortes en las tinieblas. Luego, el que el rey hubiese actuado de esta manera era como abrir “las Cortes con una mano, y haberlas cerrado con otra”<sup>173</sup>.

Con la maniobra de Fernando VII, y a pesar de la insistencia del diputado Romero Alpuente<sup>174</sup>, fueron los encargados de las secretarías los designados para leer, en las primeras sesiones de Cortes de la legislatura de 1821, las memorias redactadas por los miembros del primer gobierno. Voy a recalcar aquí algunos aspectos de las memorias de Gobernación y de Estado, así como los debates parlamentarios que hubo a raíz de su presentación. En este

---

<sup>170</sup> “Han sido públicos los ultrajes y desacatos de todas clases cometidos a mi dignidad y decoro, contra lo que exige la Constitución, el orden y el respeto que se me debe tener como rey constitucional. (...) no debo callar hoy al Congreso (...) que aquellos ultrajes y aquellos insultos no se hubieran repetido segunda vez si el poder ejecutivo tuviese toda la energía y vigor que la Constitución previene y las Cortes desean. La poca entereza y actividad de muchas autoridades ha dado lugar a que se renueven tamaños excesos”. *DS*, 1 de marzo de 1821, p. 19. Entre otros ultrajes, Fernando VII se refiere a los insultos que recibió a raíz de su vuelta de El Escorial, el 21 de noviembre de 1820, cuando le gritaron y cantaron el *Trágala*. Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., pp. 214-215. “A su entrada en Madrid recibió los insultos más groseros”, informa Antonio Alcalá Galiano en *Memorias de don Antonio Alcalá Galiano publicadas por su hijo*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1886, tomo 2, p. 305.

<sup>171</sup> Marqués de Villa-Urrutia, *Fernando VII Rey Constitucional, historia diplomática de España de 1820 a 1823*, Madrid, Francisco Beltrán, 1922, p. 271.

<sup>172</sup> Fernández Sardinó explica que, si hubiese sido diputado en ese momento, hubiera propuesto la formación de un tribunal especial revestido de las más amplias facultades el cual, en el transcurso de cuarenta y ocho horas, averigüe quién o quiénes eran los autores de las coletilla, esos malévolos “que han comprometido la dignidad y el decoro de nuestro monarca, aconsejándole una medida tan anticonstitucional, y subversiva de la tranquilidad de la patria.” Confirmada la identidad de los autores, si los sujetos son españoles, “sufrirán irremisiblemente a las veinticuatro horas la pena ordinaria de garrote” y, si se trata de extranjeros que “han tenido la audacia de intentar promover con sus intrigas una subversión del orden constitucional, serán expelidos (en el preciso término de doce horas) de todos los dominios de la nación española”. *El Redactor General de España*, núm. 18, 4 de marzo de 1821, p. 72.

<sup>173</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución española...*, op. cit., tomo 2, p. 255.

<sup>174</sup> El 3 de marzo, había pedido la comparecencia de los antiguos ministros. *DS*, 3 de marzo de 1821, p. 45.

sentido, aludiré especialmente a los que ocurrieron después de los dictámenes presentados por dos comisiones. Por un lado, aquella encargada de examinar la memoria de Estado. Por otro, la comisión sobre estado de la nación, nombrada a raíz de la presentación de la memoria de Gobernación.

La memoria del ministerio de Estado fue presentada en la sesión del 4 de marzo de 1821. Extraña su corta extensión, de solo página y media. Desde el primer párrafo, se aseguraba que las relaciones diplomáticas “con todas las potencias continúan en el mismo pie de amistad y armonía en que se hallaban durante el curso y fin de la presente legislatura.”<sup>175</sup> Después de la evocación del tratado con Estados-Unidos para la cesión de las dos Floridas, y del buen estado de las relaciones con las “regencias berberiscas” -a pesar de los temores provocados por las intenciones de la regencia de Argel con respecto al comercio español-, se entraba en el tema de las revoluciones de Portugal y Nápoles. En una lógica de neutralidad absoluta, se afirmaba que el gobierno del rey “ha seguido desde el primer momento la regla invariable de no mezclarse en ellas de manera alguna directa ni indirecta, profesando religiosamente el principio de respetar las instituciones de los demás países, para tener mayor derecho a que sean respetadas las nuestras”<sup>176</sup>. Sin embargo, el reconocimiento por Fernando VII de que, con la intervención austriaca en Nápoles “el principio de nuestra mudanza política estaba atacado en aquel reino”, le llevó a “hacer presente a algunos gabinetes oficial, y a todos los demás confidencialmente” que no reconocía el derecho de intervenir “en el arreglo interior del gobierno de otra (potencia) por medios de coacción mediata o inmediata”. En este sentido, se oponía de manera oficial a la doctrina de la intervención armada instaurada por las grandes potencias europeas a raíz del Congreso de Viena (1814-1815) como medio para mantener el equilibrio político de Europa<sup>177</sup>.

Asimismo, Fernando preguntó a estos mismos gabinetes cuáles eran sus intenciones “sobre la aplicación de ese principio de intervención con respecto a

---

<sup>175</sup> DS, 4 de marzo de 1821, p. 83.

<sup>176</sup> Idem.

<sup>177</sup> La intervención militar en países considerados de segundo rango -como lo era España en ese momento ya que había sido mantenida al margen de las negociaciones claves de las grandes potencias sobre el nuevo orden europeo posnapoleónico- se concebía entonces como “medida de asistencia a un monarca amigo que estaba amenazado por fuerzas internas” y sin que haya declaración de guerra. Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo...*, op. cit., p. 80.

las cosas de España”<sup>178</sup>. La memoria acababa tranquilizando a los diputados, ya que en ella se afirmaba que todas las grandes potencias habían contestado a las interpelaciones del monarca español en un sentido favorable<sup>179</sup>.

Al concluirse la lectura de esta memoria, los diputados Romero Alpuente y Ramos Arizpe -este último representante de Nueva España y contrario al uso de la fuerza armada contra los insurrectos americanos<sup>180</sup>- manifestaron que se dejaban ver distintas lagunas en la memoria presentada por el encargado de la secretaría de Estado. En cuanto al primer diputado, echaba en falta informaciones sobre la Santa Alianza y sus intenciones respecto de España, además de preguntar “qué pasos enérgicos y positivos se (habían) dado con las demás naciones para que (dejasen) en paz a la del Nápoles, y también respecto de la Portugal (*sic*) acerca de su sistema político”<sup>181</sup>. Para Ramos Arizpe, la mayor carencia de la memoria era la ausencia total de referencia a los asuntos de América<sup>182</sup>.

En la sesión del 22 de marzo, se leyó el dictamen sobre la memoria de Estado. Los individuos de la comisión relatan entonces cómo exigieron del encargado de la secretaría de Estado que manifestase lo declarado por las potencias europeas sobre sus intenciones con respecto al régimen constitucional español. El encargado les indicó que recibió noticias positivas tanto de Francia -“el embajador de S. M. Cristianísima había declarado (...) que su corte no se mezclará directa ni indirectamente en los negocios interiores de España”- como de los gobiernos británico, ruso, prusiano y, en el caso Austria, que el encargado de negocios” había manifestado igualmente que podía dar las mismas seguridades, aunque no tenía orden de su gobierno para hacerlo<sup>183</sup>.

---

<sup>178</sup> Las cuatro citas están en *DS*, 4 de marzo de 1821, p. 84.

<sup>179</sup> Todas “las explicaciones que el gobierno de S. M. ha recibido de los gabinetes influyentes (...) concuerdan en reconocer (...) motivos legítimos de confianza y de seguridad, de que resulta no haber sufrido alteración nuestras relaciones de buena amistad y armonía con potencia alguna.” *Idem*.

<sup>180</sup> Reseña biográfica de José Miguel Ramos Arizpe en Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Madrid, Fundación Mapfre, 2010, edición digital, <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=105369>.

<sup>181</sup> *DS*, 4 de marzo de 1821, p. 60.

<sup>182</sup> Se “ha pasado por alto el decirnos algo sobre la actitud que presentan (...) provincias de América, de lo cual no se nos da ni la más ligera idea.” *Idem*.

<sup>183</sup> *DS*, 22 de marzo de 1821, p. 614.

Sin embargo, en la última parte del dictamen se mencionan ciertos recelos hacia Francia. Cuando el encargado de la secretaría de Estado había confirmado la recepción de noticias tranquilizadoras por parte del gabinete francés, la comisión sí que desvela cierta desconfianza con respecto al vecino del norte:

“tenemos derecho para pedir las convenientes explicaciones sobre sus miras y designios respecto de nosotros. Las naturales relaciones que unen a ambos reinos, su posición recíproca, el hábito de una larga alianza, y principalmente la proximidad de territorio, todo contribuye a que el pueblo español vuelva naturalmente los ojos a la Francia.”

Indican en el dictamen que se trata de obtener ciertas seguridades por parte del gabinete de las Tullerías:

“España tiene derecho para reclamar que se corresponda francamente a la conducta leal que observa con las demás naciones; y puesto que no exige sino la promesa explícita de que han de ser respetados sus derechos, no puede haber razón alguna para que un gobierno que desee sinceramente mantener la buena amistad y armonía, rehúse dar en este punto las seguridades reclamadas.”<sup>184</sup>

La comisión acabó su dictamen expresando tres resoluciones: una de ellas relativa a defender el comercio español frente a la sospechosa conducta de la Regencia de Argel, la otra que felicita al gobierno por desaprobador todo principio de intervención “que quieran arrogarse algunas potencias respecto al régimen interior de otras”, y la última relacionada con la exigencia de obtener garantías solidas cara a “algunos gabinetes”<sup>185</sup> extranjeros.

En la sesión del 2 de abril se debatió este dictamen de la comisión que examinó la memoria de Estado. El tema que solo había aflorado tanto en la memoria como en el dictamen sobre ella es el que ocupa ahora la mayor parte del debate: la cuestión de la intervención austriaca en Nápoles y el verdadero estado de las relaciones exteriores de España con las potencias europeas. Son muy notables las palabras de los diputados exaltados que participaron en este debate -Muñoz Arroyo, Romero Alpuente y Moreno Guerra-, en el sentido de que exponen uno de los núcleos del pensamiento exaltado revolucionario: el deseo de ver triunfar la causa de la libertad en cuantas naciones se pronuncien

---

<sup>184</sup> Ambas citas están en *ibid*, p. 616.

<sup>185</sup> Ambas citas están en *idem*.

a favor de ella, la conciencia de una unión -por no decir fraternidad- política entre España y aquellos territorios que proclamaron o se inspiraron en la Constitución de Cádiz para operar una revolución, y la necesidad de ayudarlos por todos los medios posibles, especialmente con reclamaciones diplomáticas, envío de tropas, armas y dinero.

El primer diputado en tomar la palabra es Muñoz Arroyo. Establece una igualdad de suerte entre España y Nápoles, y es favorable a la revolución ocurrida en el reino de las Dos Sicilias:

“(Estamos) atacados en Nápoles. Aunque quisiéramos prescindir del interés que debe inspirarnos una nación con quien tantos vínculos antiguos y modernos nos estrechan, ¿cómo prescindir de que ha hecho propia nuestra causa, adoptando nuestras instituciones, y que los mismos que ahora las combaten allí las combatirán mañana aquí, si las circunstancias les son favorables?”<sup>186</sup>

Frente a la actitud hostil de Austria con respecto a la revolución de Nápoles, y teniendo en cuenta la identidad que establece Muñoz entre aquella revolución y la española, propone entonces el diputado exaltado que España y Francia se unan para manifestar a Austria su desacuerdo en la política de intervenciones. Se trataría de

“dar una declaración formal (...) no solo de la manera con que miramos su injusta agresión de Nápoles, sino de los medios que estamos resueltos a emplear, en unión con todos los pueblos libres, para impedir que ninguno se entrometa en los negocios domésticos de otros, ni en la forma de gobierno que él adopte.”

De este alianza diplomática con Francia podría resultar también una mudanza política muy deseada por muchos exaltados: “Este medio tendría un efecto seguro y positivo, y a más, acaso libertaría a la Francia de la opresión en que la tiene un ministerio imbécil y las pretensiones de esos *ultras*, que nada han aprendido después de tantas desgracias.”<sup>187</sup>

En cuanto a Romero Alpuente, además de criticar fuertemente la falta de energía del gobierno a la hora de pedir seguridades a las potencias europeas sobre la no-intervención en los negocios internos de España<sup>188</sup>, manifiesta

---

<sup>186</sup> DS, 2 de abril de 1821, p. 846.

<sup>187</sup> Ambas citas están en idem.

<sup>188</sup> Reprocha sobre todo el que se haya preguntado verbalmente, y solo de esta manera, a los distintos embajadores presentes en España sobre este tema.

claramente su concepción de la intervención austriaca en Nápoles. En su opinión, es una amenaza abierta contra España, es una declaración de guerra, y tanto el gobierno como las Cortes no pueden quedarse de brazos cruzados ante la represión austriaca: “La guerra se hace en Nápoles a la España, y los esfuerzos de la España deben por consiguiente hacerse en Nápoles, sin esperar a hacerlos en nuestros campos.”<sup>189</sup> Concluye su intervención pidiendo que vuelva el dictamen a la comisión para que, de acuerdo con la comisión sobre el estado de la nación, proponga lo conveniente “a nuestra dignidad y a nuestro deber, y sobre todo a nuestra seguridad.”<sup>190</sup>

Moreno Guerra, el último exaltado en tomar la palabra, se muestra por una parte muy crítico con la marcha del gobierno español frente a los acontecimientos de Nápoles: mientras Austria ataca este territorio con cañones, “nosotros nos contentábamos con decir en un papel que no reconoceríamos la intervención ni sus consecuencias.”<sup>191</sup> Para Moreno Guerra, que coincide plenamente con las ideas desarrolladas por Muñoz Arroyo y Romero Alpuente aunque supera algunos de sus argumentos<sup>192</sup>, hay igualdad de suerte entre Nápoles y España y esta última dejó a la primera en una situación de abandono total: “En el momento en que Nápoles admitió la Constitución española, se unió a la causa de la libertad, y debimos sostenerle, debimos presentarnos en Troppau y Laibach y tomar las medidas oportunas. (...). ¿Y los hemos dejado cuatro o cinco meses reunirse, maniobrar, y nosotros quietecitos?”<sup>193</sup> Entre las medidas que podrían haberse adoptado cara a la revolución de Nápoles, Moreno Guerra menciona el envío de dinero, hombres y armas: “yo hubiera sido de dictamen de que se hubiesen enviado algunas (tropas); y si el ejército libertador de la Isla no se hubiera disuelto neciamente, podía estar ya en Sicilia todo él, y con él aseguraríamos tan importantísima isla.”<sup>194</sup>

---

<sup>189</sup> *DS*, 2 de abril de 1821, p. 848.

<sup>190</sup> *Idem*.

<sup>191</sup> *DS*, 2 de abril de 1821, p. 848.

<sup>192</sup> En efecto, Moreno Guerra afirma que Nápoles forma parte de España, por su adopción de la Constitución de 1812: “Nápoles es una parte de España, como Cataluña, y debemos auxiliarla.” *Ibid.*, p. 849.

<sup>193</sup> *Ibid*, p. 848.

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. 849.

Por otra parte, este diputado alude a otro tema candente, el que Ramos Arizpe había evocado después de la lectura de la memoria en la sesión del 4 de marzo: la suerte de las provincias de América, en plena guerra con la metrópoli. No entra mucho en esta cuestión, pero sí hace dos observaciones. La primera se refiere al que el ministro de Estado, cuando redactó su memoria, tuvo mucha reticencia a la hora de hablar de los asuntos de América<sup>195</sup>. En segundo lugar, el diputado exaltado se pronuncia a favor del cese de hostilidades con las provincias ultramarinas sublevadas, y se muestra favorable al reconocimiento de la independencia en los países que *de facto* ya la tienen: “¿Hemos de mantener la guerra de América (más fatal que la napoleónica) solo por orgullo, por vanidad y por no querer reconocer una independencia que hace diez años que ya la tienen?”<sup>196</sup> Finalmente, califica la memoria de Estado de inútil, un “papel que da vergüenza”<sup>197</sup>, y pide que todo vuelva a la comisión.

Ahora paso a mencionar algunos de los argumentos utilizados por Martínez de la Rosa, como miembro de la comisión, para rebatir lo dicho por Moreno Guerra y Romero Alpuente en este debate. Por un lado, niega la existencia de una alianza de las grandes potencias en contra de los regímenes que adopten principios liberales<sup>198</sup>. El diputado moderado imputa entonces la intervención austriaca a una cláusula secreta de un “tratado concluido con Nápoles en 1815”<sup>199</sup>. Por otro, Martínez de la Rosa se opone tajantemente a la posibilidad de hermanarse con la revolución de Nápoles y la de Portugal, porque lo ve como una amenaza de contagio revolucionario al estilo francés:

“Cuando se verificó la mudanza del régimen interior en Nápoles, y poco después en Portugal, el gobierno español vio ambos acontecimientos como mero espectador. ¿Y qué otra cosa pudo ni debió hacer? ¿Había de seguir la conducta inconsiderada de los republicanos franceses, que querían nivelar todos los gobiernos por el suyo, y contaminar las demás naciones con su revolución? No. La España respeta los derechos de todas las naciones, para enseñarlas a respetar los suyos. Si se imita por otros pueblos nuestra revolución, no será porque nosotros les demos el impulso, sino porque

---

<sup>195</sup> Ya “van diez años de guerra, y no se ha dicho en el Congreso nada de ella (...). Este debe saberlo todo, y se sabe más en las tabernas de Londres que en el Congreso de España.” Idem.

<sup>196</sup> DS, 2 de abril de 1821, p. 850. Moreno Guerra ya había defendido una postura semejante en la sesión del 22 de marzo: “estoy hasta por la independencia, donde no quieran componerse de otro modo”. DS, 22 de marzo de 1821, p. 619.

<sup>197</sup> DS, 2 de abril de 1821, p. 850.

<sup>198</sup> “La comisión reconoce (...) que no hay actualmente una unión de intereses que sirva de base a la alianza de esas naciones poderosas, como la hubo cuando se coligaron todas para derrocar el despotismo militar de Bonaparte.” Idem.

<sup>199</sup> DS, 2 de abril de 1821, p. 850.

dándoles ejemplo de que sabemos unir la causa de los pueblos y la de los reyes, presentamos un modelo de orden y libertad, en que resalta la diferencia que hay de pueblos libres a esclavos.”<sup>200</sup>

Con estas elocuentes palabras, el diputado moderado expresaba la línea de conducta oficial del gobierno español con respecto a las revoluciones surgidas en el sur de Europa después de la española. En este sentido, quedaba claro que, en esta óptica, no cabía la posibilidad de unirse con estos nuevos regímenes revolucionarios.

Después del debate por separado de las medidas recomendadas por la comisión -durante el cual no se admitió a discusión una adición de Romero Alpuente y Prat, destinada a pedir oficialmente a las potencias extranjeras el cese de las hostilidades contra Nápoles-, se aprobó el dictamen de la comisión, con el voto contrario de doce diputados<sup>201</sup>.

Paso ahora a considerar la memoria del ministro de la Gobernación, con el fin de exponer en qué circunstancias se nombró una comisión encargada de informar sobre el estado de la nación así como los debates ocurridos a raíz de la presentación de su dictamen.

Después de que se acordase pasar a la comisión de política la memoria de Estado, en la sesión del 4 de marzo de 1821, se inició la lectura de la del ministerio de Gobernación. Sobre ella puede decirse, por un lado, que era mucho más detallada que la de Estado, tanto en extensión como en objetos analizados -entre otros, instituciones del gobierno político, diversiones, instrucción y obras públicas, milicia nacional, división territorial-. Sin embargo, se nota en ella una paradoja visible. En efecto, al inicio de la memoria se hacía una referencia explícita a la contrarrevolución -en el sentido de que se advertía que se dedicaban muchos esfuerzos a parar sus golpes- y, en el capítulo de seguridad pública, solo se hablaba del crecido número de ladrones que infestaban los caminos de la península. Además, el que no se mencionase en ningún momento los desacatos denunciados por Fernando en su coletilla llamó la atención e irritó a algunos, Romero Alpuente el primero. Así es cómo, en medio de la lectura de la memoria de Gobernación, este diputado la interrumpió

---

<sup>200</sup> Ibid., p. 851.

<sup>201</sup> Ramos Arizpe, La-Llave, Desprat, Felipe Navarro, Romero, Gutiérrez Acuña, Gasco, Vadillo, Romero Alpuente, Camus y Herrera, Moreno Guerra y Priego. Ibid, p. 860.



para reclamar la asistencia de los antiguos ministros, siendo este elemento más importante y urgente que el enterarse del contenido de las memorias. Lo que más le preocupaba era conocer el estado de la nación así como los orígenes de los insultos cometidos contra la dignidad de Fernando VII referidos en la coletilla. Apoyó su argumento con la defensa de las prerrogativas del trono:

“S. M. mismo desea que las Cortes tomen medidas enérgicas y prontas para atajar males tan sacrílegamente cometidos contra el trono (...) ¿La inviolabilidad de la sagrada persona de S. M. ha de ser una prerrogativa vana, aérea? No por cierto: el que haya faltado a ella es reo de alta traición nacional (...). Vengan, vengan pronto los que pueden revelarnos grandes misterios (...); entren como meros ciudadanos; preséntense como ex ministros, que deben dar cuenta del tiempo que han gobernado”<sup>202</sup>.

Varios diputados hablaron en contra de su propuesta -notablemente Victorica, Priego y el conde de Toreno- pero, en un esfuerzo de lógica y lucidez, Romero Alpuente indicó que, a pesar de respetar la decisión del monarca de remover a sus ministros, no podía concebirse que los encargados de las secretarías tuviesen en mente todos los datos útiles para conocer el estado de la nación: “¿podrá sacar de la cabeza del secretario que elija (el rey), las noticias que no tiene? ¿Cómo, por consiguiente, hemos de saber el estado de la nación, tratando únicamente con secretarios que nos dicen que nada saben?”<sup>203</sup> Se aprobó finalmente la indicación de comparecencia de los antiguos ministros, que acudieron a las Cortes al día siguiente, en una sesión extraordinaria, en calidad de antiguos hombres públicos.

Aquella sesión fue marcada por la negativa reiterada de los ex ministros de informar sobre el estado de la nación, con un mismo argumento repetido por todos: en calidad de hombres privados, no podían ni debían decir nada. Solo en el caso de que se les exigiese la responsabilidad podrían abrir sus labios<sup>204</sup>. Calatrava intentó revertir el argumento al expresar que, como diputado, tenía la obligación de informarse sobre el estado de la nación, e insistió en que sólo

---

<sup>202</sup> *DS*, 4 de marzo de 1821, pp. 61-62.

<sup>203</sup> *Ibid*, p. 68.

<sup>204</sup> Argüelles dijo por ejemplo: “hemos sido separados del ministerio por una orden que tenemos y respetamos, porque es justa y porque es constitucional. Desde este momento entramos en la clase de ciudadanos particulares, y no tenemos ni memoria de lo que fuimos.” Solo podrían los diputados exigir la comparecencia del antiguo gobierno en el caso de que se formasen cargos contra ellos, y explicó que todos los datos necesarios para conocer el estado de la nación se encontraban en los expedientes disponibles en las secretarías. *Ibid*, p. 78.

aquellos que fueron ministros podrían dar los datos correspondientes ya que los encargados de las secretarías habían manifestado su impotencia a la hora de informar sobre ello<sup>205</sup>. A Romero Alpuente le parecía normal que las Cortes impusiesen este tipo de obligaciones a los ex ministros<sup>206</sup>, y estaba en total desacuerdo con lo enunciado por Argüelles en cuanto a la disponibilidad de los datos en los expedientes de las secretarías<sup>207</sup>. Finalmente, el diputado exaltado concluyó que era muy extraño que “nada, nada” se pudiese adelantar, “ni una palabra siquiera”, y criticó el compromiso patriótico de los ex ministros: “a fuer de buen patriotas y ciudadanos (si no como ministros, porque ya han dejado de serlo), (podrían) continuar dando pruebas de tales, manifestándolo todo al Congreso”<sup>208</sup>. Se acabó la sesión sin que ningún antiguo ministro contestase a las preguntas de los diputados.

En estas circunstancias, en la sesión del 6 de marzo, cuando estaba a punto de leerse la memoria del ministro de Gracia y Justicia, Romero Alpuente tomó la palabra para pedir la instauración de una comisión especial que informase sobre el estado de la nación con respecto a la seguridad pública “y a las medidas que convengan para afianzarla y dar al sistema constitucional la marcha rápida y majestuosa que se necesita.”<sup>209</sup> En el debate consiguiente, se expresaron Ginés Quintana y Moreno Guerra, ambos favorables a la propuesta. La intervención de este último diputado es muy interesante en la medida en que coincidía con el fondo de lo que exigía Romero Alpuente -informar sobre el estado de la nación- pero difería en cuanto a los efectos de semejante medida. En efecto, Moreno Guerra consideraba que en muchas partes de España estaba vivo el sentimiento de exaltación, “esa exaltación que es tan necesaria en las grandes revoluciones, que en vano quiso destruirla el despotismo de los seis años de tiranía, castigando por *exaltados* a los mejores patriotas (...): esta especie de exaltación, propia de los que aman la libertad”. Este patente espíritu patriótico llevó entonces a Moreno Guerra a pedir el nombramiento de una

---

<sup>205</sup> Idem.

<sup>206</sup> Es en estas circunstancias que pronunció su famosa frase: “la patria hace callar todas las leyes; cuando se trata de su salud, ya no hay más ley que la de su salvación, que es la ley más imperiosa.” *DS*, 4 de marzo de 1821, p. 79.

<sup>207</sup> “¿es posible que todo se halle escrito? ¿Es posible que todo haya sido oficial y que todo haya dado ocasión a oficios?” Idem.

<sup>208</sup> Las tres citas están en *DS*, 4 de marzo de 1821, p. 79.

<sup>209</sup> *DS*, 6 de marzo de 1821, p. 116.

comisión para informar sobre el estado de la nación, pero no para protegerse de algún riesgo, sino para dar un desengaño a los enemigos del sistema constitucional y que la comisión enseñase “a los serviles y los fanáticos que nada tienen que esperar sino su ruina”<sup>210</sup>. Al fin y al cabo, quedó aprobada la propuesta de Romero Alpuente en los siguientes términos: “pido que se nombre una comisión especial para que tomando cuantas noticias tenga por convenientes sobre el estado de la nación con respecto a la seguridad pública, informe cuál sea, y las medidas que podrán adoptarse para afianzarla más y más.”<sup>211</sup>

El dictamen de esta comisión sobre el estado de la nación en cuanto a seguridad pública se leyó en la sesión del 20 de marzo de 1821, cuando ya se había conformado el segundo gobierno del Trienio. Este documento constaba de dos partes: una relativa a las diversas conspiraciones y tramas que hubo en la península desde el 7 de marzo de 1820 hasta el día, y otra en la cual se indicaban las precauciones que podrían emplearse para “evitar que el mal continúe”<sup>212</sup>. Un elemento notable de este dictamen es el que se reconozca la existencia de muchas juntas contrarrevolucionarias, con ramificaciones dentro y fuera de la península, especialmente en Francia<sup>213</sup>.

Entrando ya en la serie de recomendaciones, los individuos de la comisión estimaron, en un primer tiempo, que las Cortes debían velar firmemente por la observancia de la Constitución y la aplicación de los decretos. Según ellos, la agitación contrarrevolucionaria obligaba a que los diputados supliesen la falta

---

<sup>210</sup> Ambas citas están en *ibid.*, p. 118. Moreno Guerra acaba su intervención con una reflexión un tanto irónica, que presenta la Constitución de Cádiz como objeto de la salvación de las monarquías europeas tradicionales, esas mismas monarquías que para este diputado son ya enemigos del régimen español. Establece un paralelo directo entre el código de 1812 y el encierro de Napoleón en la isla de Santa Elena. Es más, Moreno Guerra afirma que es gracias a la Constitución de Cádiz que los soberanos amenazados por Napoleón lograron conservar su trono: “los extranjeros enemigos de nuestras libertades y de nuestra Constitución, sin embargo que a ella depende la conservación de los tronos que hoy ocupan; pues a pesar de su cacareada legitimidad, el antiguo maestro de escuela de los reyes legítimos de Europa, Napoleón Bonaparte, poco a poco los hubiera ido destruyendo a todos ellos, unos hoy, otros mañana, si la Constitución española, abriendo los ojos de todos los pueblos europeos con sus principios luminosos y liberales, y con la fuerza de la opinión, que es la verdadera reina del mundo, no lo hubiera encerrado en Santa Elena, para que ahora los *legítimos* se armen y se rebelen contra la misma constitución de España que les rescató sus tronos”. Esta última cita está en *ibid.*, p. 119.

<sup>211</sup> *Idem.* Los diputados nombrados para esta comisión eran: Calatrava, Moscoso, Sancho, Vadillo y Alvarez Guerra.

<sup>212</sup> *DS*, 20 de marzo de 1821, p. 578.

<sup>213</sup> Véase por ejemplo en *ibid.*, p. 579.

de práctica de los ministros que acaban de ser nombrados por el rey. En esta recomendación se advierte también cierto recelo hacia el poder ejecutivo encarnado por los ministros, presentados aquí como seres falibles:

“estas mismas personas (los ministros recién nombrados) pueden ser seducidas o engañadas. Se han de pasar muchos días antes de que se pongan al corriente de los negocios, y los negocios al corriente de la urgencia pública. (...) las Cortes no pueden desentenderse de la obligación de mirar por la seguridad del Estado”<sup>214</sup>.

En cuanto a las medidas propuestas por la comisión, además de unas consideraciones de peso sobre el clero<sup>215</sup>, se programaban hitos generales relativos a reparto de tierras y agilización de las causas judiciales contra agitadores. El primero de ello era recordar al gobierno la aplicación del reparto de los bienes comunes de los pueblos -con el fin de “interesar más y más en el actual sistema a todos los buenos españoles, haciéndoles cuanto antes disfrutar de los bienes que esperan”<sup>216</sup>-. Luego, se recomendaba activar la venta de bienes nacionales y señalar un plazo para el reparto de los baldíos y propios. Finalmente, se presentaba como urgente la tramitación de una ley para abreviar las modalidades en las causas “contra los perturbadores del orden público”<sup>217</sup>.

El debate sobre este dictamen de la comisión sobre el estado de la nación tuvo lugar en la sesión del 22 de marzo. El único diputado exaltado que tomó la palabra para debatir el conjunto del dictamen fue Moreno Guerra, quien fue también el primero en expresarse. Para resumir su postura, puede decirse que se muestra favorable al dictamen de la comisión así como a las medidas que preconiza, especialmente en cuanto a las medidas sobre propios, baldíos y diezmos: según él, se debe dar al pueblo “bienes reales para interesarlo en la revolución, y estos bienes deben extenderse muy particularmente hacia la clase más útil y más pobre, cual es la de los labradores, quitándoles la

---

<sup>214</sup> Ibid, p. 580.

<sup>215</sup> Además de “fijar la suerte del clero”, se habla de disminuir, en cuanto sea posible, “la intervención de la autoridad eclesiástica en la civil.” Para ello, debe tramitarse con carácter urgente la cuestión del diezmo y asegurar medios de subsistencia decentes a los eclesiásticos. Asimismo, se presenta como necesario el que el gobierno, oyendo a los jefes políticos, “informe a las Cortes sobre la conducta que han observado los obispos y los cabildos eclesiásticos en materias políticas y relativamente a la ejecución de los decretos de las Cortes”. Idem.

<sup>216</sup> DS, 20 de marzo de 1821, p. 580.

<sup>217</sup> Idem.

gravísima contribución de los diezmos, que es la que los destruye.” Pero no son solo motivos filantrópicos los que llevan a Moreno Guerra a defender esta postura. En efecto, este diputado entiende que “conviene mucho quitar a nuestros enemigos el dinero de que se valen para hacer la guerra a la nación y a la Constitución. Déjense los diezmos a los labradores, y no tendrán sus enemigos con que hacerles la guerra.”<sup>218</sup>

Concluye el exaltado su intervención mencionando la necesidad de comunicar con el pueblo, explicarle los vicios inherentes a la administración de un Estado en plena mudanza -por ejemplo la lentitud de las reformas y los errores de los legisladores- haciéndole conocer “que éste no es asunto de un momento, y que si hoy no se puede, el año que viene se podrá, y que si hubo defectos en la pasada legislatura (...), en ésta se enmendarán.”<sup>219</sup>

Después de un corto debate, se aprobaron por separado la gran mayoría de las medidas propuestas por la comisión, a excepción de una, considerada como demasiado ofensiva con respecto al clero. Se trata de la medida que pedía del gobierno que, oyendo a los jefes políticos, informase a las Cortes sobre la conducta política de los obispos y cabildos eclesiásticos. Los argumentos que más peso tuvieron para convencer a los diputados que rechazasen semejante objeto fueron los enunciados por Moreno Guerra y Gareli<sup>220</sup>.

## 2.2 La abolición del régimen señorial

En este apartado, voy a analizar algunos aspectos de los debates que hubo, en el ámbito parlamentario, sobre la cuestión de señoríos. De esta manera, subrayaré la importancia que tenía este asunto para los liberales exaltados y

---

<sup>218</sup> Ambas citas están en *DS*, 22 de marzo de 1821, p. 618.

<sup>219</sup> *Idem*.

<sup>220</sup> En cuanto al primero, estima que la medida debe quitarse o variarse porque “tal como se hallaba redactada envolvía una especie de sentencia que no creía justo fulminar contra una clase del Estado, mucho menos cuando las Cortes se habían propuesto un sistema de unión entre todas las de la nación.” Con lo que respecta a Gareli, coincidió con Moreno Guerra en que el gobierno “se hallaba por sí en la estrecha obligación de velar sobre todas las clases del Estado en general, pero que ni éste ni las Cortes podían marcar una clase en particular, y mucho menos tan respetable como la de los sres. obispos”. Recordó además que el gobierno ya tenía medidas de coacción suficientes en este ámbito, a saber, la ocupación de las temporalidades y el extrañamiento del reino. Todas las citas están en *DS*, 22 de marzo de 1821, p. 627.

daré a conocer los distintos argumentos y opiniones desarrollados por diputados de esta corriente a favor de la abolición del régimen señorial.

Fue durante la legislatura ordinaria de 1821 que se debatió un proyecto de ley sobre señoríos, que retomaba el decreto de 6 de agosto de 1811 en el cual se preveía la incorporación de los señoríos jurisdiccionales a la nación y la transformación en propiedad particular de los señoríos territoriales no incorporables y cuyas condiciones de concesión se habían respetado. Desde los primeros tiempos de aplicación de este decreto de 1811, surgieron diversas interpretaciones, especialmente en relación con su artículo 5<sup>221</sup>. También surgieron distintos conflictos, protagonizados por señores y pueblos, y cuyo núcleo se relacionaba con el pago de las prestaciones, por parte de los pueblos, vinculadas a los señoríos.

A nivel legal, englobando en una misma categoría el poder jurídico y el parlamentario, esta divergencia de opiniones se tradujo por tres resoluciones, dadas entre 1812 y 1813. Por un lado, la Audiencia de Cataluña resolvió en 1812 que estaba a cargo de los pueblos demostrar el carácter de las prestaciones que se negaban a pagar a sus antiguos señores, considerando su origen jurisdiccional o territorial. Por otro, en 1813, el Tribunal Supremo falló sobre un pleito entre el conde de Altamira y sus pueblos de la zona de Elche que se negaban a pagar unas prestaciones, porque las consideraban de origen jurisdiccional -por lo tanto, abolidas por el decreto de 1811- mientras que el conde las designaba como solariegas. Esta sentencia es señal de la divergencia de interpretaciones en cuanto al artículo 5 del decreto de agosto de 1811 en la medida en que, por una parte, se extendió una mayoría que daba la razón al conde<sup>222</sup> pero, por otra parte, el presidente del Tribunal Supremo,

---

<sup>221</sup> “Los señoríos territoriales y solariegos quedan desde ahora en la clase de los demás derechos de propiedad particular, si no son de aquellos que por su naturaleza deban incorporarse a la nación, o de los en que no se hayan cumplido las condiciones con que se concedieron, lo que resultará de los títulos de adquisición”. *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes generales y extraordinarias*, Sevilla, Imprenta Mayor, tomo 1, 1820, p. 172.

<sup>222</sup> Esta sentencia admitía la legitimidad del “cobro por el conde de Altamira, en su señorío jurisdiccional de Elche, de antiguos derechos, contribuciones y censos -señalados por él como solariegos- en calidad de rentas de su propiedad, en tanto que los pueblos no acreditaran su carácter jurisdiccional o de privilegio exclusivo.” Salvador de Moxó, *La disolución del régimen señorial en España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1965, p. 61. Mediante la sentencia, se establecía que “los señores no estaban obligados a presentar títulos de su derecho a las prestaciones, no debiendo cesar éstas, hasta que se declaren en juicio hallarse abolidas” y que al “poseedor le basta la posesión para conservar la cosa, incumbiendo a los pueblos demandantes la prueba de que (el señor) no posee en justicia.” *Ibid.*, p. 75.

Ramón Posada, así como dos de sus ministros, López Quintana y Navarro Vidal,

“se inclinaron a considerar que los señores debían presentar los títulos, al menos cuando los pueblos o el fiscal los requirieran, debiendo señalarse un plazo para la presentación de los mismos, pasado el cual sin que los señores hubieran cumplido estos requisitos, debían cesar las prestaciones”<sup>223</sup>.

Finalmente, y ante las numerosas dudas e interpretaciones opuestas que surgieron a raíz de la publicación del decreto, las Cortes nombraron en 1813 una comisión de señoríos encargada de redactar un proyecto de ley aclaratoria del decreto de 1811. Esta comisión, que impugnó el fallo mayoritario del Tribunal Supremo, estableció en su proyecto de ley interpretativa la abolición de las “prestaciones reales y personales, y las regalías y derechos anejos, inherentes y que deban su origen a título señorial, no pudiendo por lo mismo los llamados señores conservar el derecho de exigirlos, ni los pueblos la obligación a satisfacerlos.”<sup>224</sup> Además, en el caso de los señoríos territoriales, se declaraba que, para que quedasen en clase de propiedad particular, tenían que acreditar los antiguos señores la posesión de manera previa con la presentación de los títulos de adquisición. Según Moxó, quien estudió con atención la evolución en España de la legislación abolicionista sobre señoríos en la primera parte del siglo XIX, la comisión de 1813 hizo una interpretación radical del decreto de 1811 puesto que, cuando en éste no se expresaba tajantemente la presentación previa de los títulos como vía para transformar en propiedad particular el señorío territorial, en la minuta del decreto aclaratorio de 1813 se “cargaba sobre los antiguos señores la obligación de probar sus derechos con una previa presentación de títulos.”<sup>225</sup> Se empezó a debatir sobre este proyecto de ley interpretativa el 2 de septiembre de 1813, pero la discusión no pasó del artículo primero y luego se suspendió<sup>226</sup>.

En las Cortes de 1820, fue Romero Alpuente quien mencionó primero el asunto, con la intención de que se arreglase legislativamente la cuestión de los

---

<sup>223</sup> Idem.

<sup>224</sup> Artículo 1 de la minuta del decreto aclaratorio de 6 de agosto de 1811 presentado a las Cortes en 1813. *DS*, 19 de octubre de 1820, p. 1772.

<sup>225</sup> Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 76.

<sup>226</sup> *DS*, 3 de agosto de 1820, p. 373.

señoríos de manera duradera, y en un sentido favorable a los pueblos, para eximirlos de las cargas y prestaciones de origen territorial<sup>227</sup>. Volvió a tocar el tema en la sesión del 25 de agosto, con motivo de una queja de la duquesa de Benavente y Gandía “contra varios pueblos del estado del último título, que (...) se negaban a pagar los derechos territoriales y solariegos, y aun se abrogaban funciones judiciales, a la sombra del art. 5 del decreto de 6 de agosto de 1811”<sup>228</sup>. Al considerar los temas presentes tanto en las preocupaciones de Romero Alpuente -saber si, mediante el decreto de agosto de 1811, hubo o no abolición de los derechos territoriales- como en la queja de la duquesa de Benavente, se entiende hasta qué punto, en las Cortes del Trienio, no se debatió solo sobre las condiciones de conversión de los señoríos territoriales en propiedad particular, sino que se entró en el delicado asunto de las prestaciones vinculadas a los señoríos y su posible abolición<sup>229</sup>.

Finalmente, tanto el expediente compuesto por el dictamen de la comisión de señoríos de 1813 como una multitud de representaciones dirigidas a las Cortes por antiguos señores y antiguos pueblos de señorío<sup>230</sup> pasaron a la comisión de legislación<sup>231</sup>, encargada de elaborar una “nueva ley interpretativa,

---

<sup>227</sup> “Habiendo el sr. Romero Alpuente hecho presente que nada había de más urgente despacho para enjuagar las lágrimas de los heroicos pueblos de España, que el expediente promovido sobre la duda de si el decreto de Cortes de 6 de agosto de 1811 acerca de señoríos comprendía la abolición de los derechos territoriales, pedía que se tuviese sobre la mesa para instrucción de los señores diputados y se señalase día para su discusión; (...) se acordó que el expediente pasase con urgencia a la comisión de legislación.” *DS*, 19 de julio de 1820, p. 200.

<sup>228</sup> Romero Alpuente evocó la posibilidad de nombrar una comisión de señoríos, como se había hecho en las Cortes de Cádiz, pero al final se decidió que pasasen los expedientes a la comisión de legislación. *DS*, 25 de agosto de 1820, p. 648.

<sup>229</sup> Mariano Amadori, autor de una memoria sobre señoríos recibida por las Cortes el 16 de octubre de 1820 y publicada al año siguiente, señala a este respecto que mediaba una gran distancia entre lo tratado por la comisión de 1813 y cómo se presentó el tema de señoríos en las Cortes de 1820: Se “ha hecho una moción en el Congreso para que se ponga sobre la mesa el expediente promovido (en) el año 13 sobre la duda de si el decreto de las Cortes de 6 de agosto de 1811 (...) comprende la abolición de los derechos territoriales (...). La duda que en el año 13 dio margen a la consulta del Tribunal Supremo, y al informe y proyecto de la ley de la comisión de señoríos, no es la misma que en la indicación mencionada se ha propuesto hoy a las Cortes. Entonces se redujo la controversia a examinar si para que continuasen los llamados señores en la posesión de sus señoríos territoriales y solariegos, habían de presentar previamente los títulos de adquisición, quedando privados de cobrar las rentas y frutos de sus propiedades, ínterin que aquellos se calificaban. Ahora se aspira a que el Congreso declare si en la ley de 6 de agosto quedaron abolidos los derechos territoriales. Estas dos cuestiones son absolutamente distintas en su objeto y en su resultado.” Mariano Amadori, *Memoria sobre señoríos territoriales y solariegos*, Madrid, Imprenta de la Minerva Española, 1821, pp. 5-6. Citado por Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 119.

<sup>230</sup> Una lista de los antiguos señores y antiguos pueblos de señorío puede verse en *DS*, 19 de octubre de 1820, p. 1773.

<sup>231</sup> Integraban esta comisión Calatrava, Vadillo, Gasco, Martínez Marina, Manescau, Moragues, Hinojosa y Rey.



dirigida a desvanecer las oscuridades del decreto de 1811 y muy particularmente a señalar la inteligencia del artículo 5<sup>232</sup>. En la sesión del 19 de octubre se presentó el dictamen de la comisión y el voto particular de uno de sus individuos, el diputado Rey<sup>233</sup>.

En cuanto al dictamen mayoritario, adopta “casi literalmente el que propuso la comisión de señoríos”<sup>234</sup> en 1813. Retoma, entre otros, la exigencia de presentación previa de títulos para confirmar el carácter de propiedad particular de los señoríos territoriales. Sin embargo, hay una diferencia notable entre el proyecto de 1813 y el de 1820, que hace de este último un proyecto aún más radical todavía. Efectivamente, en el de 1820 se establece la suspensión automática de las prestaciones pues, en el artículo 5 se estipula que los pueblos, mientras no se acredite la condición del antiguo señorío, no están obligados a “pagar cosa alguna (...) a los antiguos señores”. Esta suspensión automática se veía matizada por la exigencia de una fianza -que debían dar los pueblos en el caso de que el antiguo señor quisiese presentar sus títulos de adquisición- y por la prohibición terminante de perturbar “a los señores en la posesión de los terrenos y fincas que hasta ahora les hayan pertenecido como propiedades particulares”<sup>235</sup>.

Acerca del voto particular de Rey, cabe decir que contiene medidas destinadas a clasificar las prestaciones considerando su origen y naturaleza - elemento que la comisión no recoge en su dictamen y que constituye uno de los puntos más difíciles de alcanzar-, y que su autor afirma no disentir “de la comisión sino en un artículo, que es el que obliga a presentar los títulos”<sup>236</sup>.

Este proyecto de ley interpretativa, presentado en octubre de 1820, se debatió en las Cortes entre el 25 de marzo y el 6 de junio de 1821. Se manifestaron nítidamente dos posturas desde el inicio de la discusión del proyecto en su conjunto. Por una parte, estaban diputados afines a la corriente moderada, en contra del proyecto porque lo interpretaban como un ataque a la propiedad particular de los antiguos señores, un despojo hecho posible a causa

---

<sup>232</sup> Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 101.

<sup>233</sup> Este dictamen comprende el de la comisión de 1813 con su minuta de decreto aclaratorio. *DS*, 19 de octubre de 1820, pp. 1768-1782.

<sup>234</sup> *Ibid.*, p. 1774.

<sup>235</sup> Ambas citas están en *idem*.

<sup>236</sup> *DS*, 26 de marzo de 1821, p. 701.

de la obligación, contenida en el artículo 2 del proyecto, de presentar previamente los títulos de adquisición del señorío territorial para que pueda considerarse como propiedad particular. Por otra, los diputados afines a la corriente exaltada se mostraron favorables a la obra de la comisión de 1820, considerándola bajo el aspecto de una ofensiva en contra de las estructuras feudales que perduraban en España.

La gran discrepancia entre exaltados y moderados es la misma que surgió entre pueblos y señores a raíz de la publicación del decreto de 6 de agosto de 1811: ¿quién usurpa qué? Para los diputados exaltados, y dejando de lado el fenómeno de apropiación, por parte de los vecinos, de terrenos privativos de los antiguos señores, ya que se considera aquí el aspecto de las prestaciones, la cuestión se reduce a decidir si son los pueblos que usurpan porque se niegan al pago de prestaciones, o si son los señores que exigen el pago de tributos cuando no pueden probar que son legítimos para exigirlos. Hay una clara presunción de culpabilidad con respecto a los señores, una “presunción legal contra el poseedor”<sup>237</sup>, por parte de algunos miembros de la comisión de 1820<sup>238</sup> y diputados exaltados.

En cuanto a los debates que hubo sobre el proyecto en la legislatura de 1821, son notables cuatro aspectos. En primer lugar, la confusión en cuanto a la letra del decreto de agosto de 1811. Es curioso ver cómo los diputados de 1821 tienen debates sobre el sentido gramatical del artículo 5 del decreto de 1811, y especialmente su fórmula “quedan desde ahora”. Para moderados como Martínez de la Rosa -uno de los más preparados y activos en impugnar la obra de la comisión de 1820- o Freire, el “quedan desde ahora” confirma el

---

<sup>237</sup> Hinojosa en *DS*, 7 de abril de 1821, p. 954. Este diputado, miembro de la comisión de legislación en 1820, suscribe al voto mayoritario pero, en 1821, considera que es mejor que vuelva todo el proyecto a la comisión de legislación para que “teniendo a la vista el derecho de los señores, el de la nación, el de los pueblos y particulares en sus casos respectivos, proponga las medidas que estime de mayor utilidad general”. *Ibid.*, p. 955.

<sup>238</sup> “Dígase lo que se quiera, el verdadero punto de vista de la presente cuestión (...) consiste, (...), en que de las prestaciones de cuyo pago se trata, las habrá de todas las clases, abolidas, y no abolidas, y de éstas, las unas que deberán seguir percibiendo los llamados señores, y las otras que deberán volver a la nación; y en tal conflicto de dudas, de incertidumbre y de oscuridad, que tan solo con la presentación de los títulos se pueden y deben desvanecer, la comisión, abundando en la máxima de que la presunción está más en contra que no en favor de los llamados señores, por esta y otras consideraciones (...), ha creído más conforme a la razón, y tenido por menos injusto el suspender interinamente, que no el mandar que los pueblos sigan indistintamente en el pago de todas las prestaciones”. Moragues en *DS*, 1 de abril de 1821, p. 827.

carácter de propiedad particular de los señoríos territoriales y solariegos<sup>239</sup>. Calatrava rebate este argumento al afirmar que esta formula es la expresión del cambio de categoría de estos señoríos, que supone una ruptura y no una confirmación<sup>240</sup>.

En segundo lugar, llama la atención cómo se opusieron los diputados exaltados a la táctica de algunos moderados para defender la conversión en propiedad privada de los señoríos solariegos utilizando el concepto de dominio. Mientras que estos afirmaban que no podía haber distinción entre señorío y dominio, y que los “antiguos derechos sobre un territorio solar (...) representa(ban) un verdadero dominio”<sup>241</sup>, los diputados exaltados miembros de la comisión negaban tajantemente esta equivalencia<sup>242</sup>.

Asimismo, es notable el esfuerzo que hace Martínez de la Rosa para cambiar el enfoque de la discusión sobre señoríos. Con el argumento de alejarse del fuego de las pasiones y la necesidad de utilizar la fría razón, como garantía de estabilidad y correcta aprensión de la cuestión que está resolviéndose, este diputado sostiene que no se trata de una cuestión entre antiguos señores y vasallos:

“En mi sentir, esta cuestión no se ventila entre los señores y colonos, sino entre propietarios y la nación; y así, todas las razones que se den para encender las pasiones, cuantas prevenciones se despierten para interesarnos a favor de una de las partes, cesan y caen por su propio peso desde el momento en que nos convenzamos de que el litigio se versa entre el Erario público por una parte, y una multitud de ciudadanos por otra, y de ciudadanos que reclaman en el santuario de las leyes la protección que éstas dispensan a todos los derechos derivados de la propiedad. En alejando, pues, de nuestra mente la idea de señoríos y colonos, tendremos ya nuestra razón más tranquila para seguir pausadamente entre tantos peligros y dificultades la recta senda de la

---

<sup>239</sup> Según Freire, esta expresión “se añade para significar que antes los señoríos, además de una propiedad, eran también un derecho de jurisdicción, pero que el derecho de jurisdicción cesaba desde entonces.” *DS*, 26 de marzo de 1821, p. 708. En cuanto a Martínez de la Rosa, “insiste en el empleo de la frase ‘quedan desde ahora’ como prueba terminante del reconocimiento, o si se prefiere de la transformación automática del señor solariego en dueño o propietario.” Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 118.

<sup>240</sup> Hablando del salón de sesiones de las Cortes, Calatrava enuncia lo siguiente: “Si se dice: este salón queda desde ahora a disposición del rey, ¿supondrá que antes lo estaba? No, seguramente. Lo que supondría sin duda alguna es que hasta ahora no lo ha estado, o que ha estado a disposición de otra persona.” *DS*, 26 de marzo de 1821, p. 705.

<sup>241</sup> Véase Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 107, que recoge observaciones de Juan San Miguel y Martínez de la Rosa.

<sup>242</sup> Calatrava en *DS*, 26 de marzo de 1821, p. 703, Gasco en *DS*, 27 de marzo de 1821, p. 722 y Navarro en *ibid.*, p. 726.

justicia. Que no se trata de la suerte de los colonos es, en mi opinión, una cosa muy sencilla.”<sup>243</sup>

Aquellas palabras, que están al principio de la primera intervención de Martínez de la Rosa en el debate sobre señoríos, pueden interpretarse de diversas maneras. A mi juicio, podrían verse, por un lado, como un método para propiciar un debate abstracto y fácil de llevar entre diputados de sensibilidades diversas. Por el otro, podrían considerarse como estrategia para evacuar la conflictividad inherente a la cuestión de señoríos y derechos señoriales. De esta manera, Martínez de la Rosa podría haber intentado reorientar el debate: en lugar de tratar la cuestión bajo la perspectiva de las prestaciones señoriales -y así es cómo vino planteada, como lo demuestra la indicación de Romero Alpuente de 19 de julio de 1820-, sería un intento de enfocar el asunto bajo la perspectiva de conciliar los intereses de la nación y los de los antiguos señores, a través de la preservación de prestaciones y dominios territoriales para estos últimos<sup>244</sup>.

Fuese cual fuese su intención, los diputados exaltados no perdieron tiempo en contestar a Martínez de la Rosa sobre su aserción. Oliver, además de contestarle que la nación no podía considerarse como un particular, sino como un ente pasivo, le indicó que en este debate se trataba de la abolición del régimen señorial en toda su extensión, y que era urgente liberar a los pueblos de cargas abusivas, que algunos diputados moderados como él querían dejar subsistir<sup>245</sup>.

---

<sup>243</sup> DS, 25 de marzo de 1821, p. 685. Añade al final de su intervención que no “se trata aquí de derechos políticos, sino de derechos reclamados por la nación, como pudiera hacerlo un particular”. Ibid., p. 693.

<sup>244</sup> Moxó señala que no “deja de tener relación con su defensa de la propiedad, radicada en los señoríos solariegos, el planteamiento de la cuestión que hace Martínez de la Rosa -a quien sigue un buen número de diputados- intentando enfocar la cuestión señorial en forma distinta a la comisión, para dejar de analizar como negocio litigioso entre los señores y los pueblos y presentarla como cuestión pendiente entre los señores y la nación, que absorbería, en caso de detentación ilegítima, los derechos solariegos.” Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 108.

<sup>245</sup> “Esto no es una cuestión de nombre, sino de hechos, y por consiguiente, no importa que se llamen o dejen de llamarse vasallos si los tributos subsisten. En verdad que los pueblos no son tan ilusos que no conocieran que esto no sería más que darles una libertad de nombre, pero no de hecho. ¡Que los pueblos nada tienen que ver con esto! Pues si son ellos los que sufren, ¿cómo no han de tener que ver?” El fondo de la cuestión no son los antiguos señores que poseen tierras, sino aquellos “que pretendan tener un título para exigir de los propietarios de tierras prestaciones que solo eran debidas a un soberano y señor de vasallos. (...) En mi concepto, la dificultad es, vuelvo a decirlo, si unos pueblos han de quedar gravados tan enormemente, y sufrir cargas que no son compatibles con el derecho de propiedad ni con los preceptos fundamentales de nuestra Constitución.” DS, 26 de marzo de 1821, pp. 699-700.

El más tajante en responderle fue Calatrava, quien desde un inicio atacó a Martínez de la Rosa de esta manera:

Se “ha puesto en el sitio que más le acomoda, quitando a la cuestión lo que puede hacerla más interesante. Pero es necesario confesar, sin embargo de todo, que la cuestión es entre los antiguos señores y los pueblos, y cualquier pueblo de los que pagan o han pagado esas prestaciones, se reiría si oyera que no les interesaba nada el que las Cortes decidiesen que sigan pagando lo que hasta ahora han satisfecho. Ahora los pueblos son los principales interesados (...). Apelo al testimonio de los sres. secretarios (de las Cortes), a ver si la cuestión es entre los pueblos y los señores; a ver si hay otros que se hayan presentado como interesados y contrincantes en el expediente. (...) mientras que después de algunos años no recupere (la nación) todo lo que ha salido de ella de modo ilegítimo, nada disputa la nación con los señores, ni estos con la nación: entre tanto, los únicos que disputan son los pueblos y los que fueron sus señores.”<sup>246</sup>

De esta manera, Calatrava asienta cuál fue, en concepto de la mayoría de miembros de la comisión de legislación de 1820, el método seguido para elaborar el proyecto de ley: retomar lo que había quedado pendiente en 1813 con la consulta del Tribunal Supremo y la minuta de decreto aclaratorio de la comisión de señoríos. Además, para disipar las dudas y recelos sobre la correcta interpretación que hizo la comisión de 1820 del artículo 5 del decreto de 1811, se escuda con el argumento de que aquellos que contribuyeron a la formación del decreto también concurrieron a la elaboración del aclaratorio de 1813<sup>247</sup>.

Por último, el cuarto elemento notable en estos debates sobre señoríos es el relativo consenso entre diputados de tendencia exaltada -aunque algunos como Calatrava no tardarían en cambiarse de bando<sup>248</sup>- en cuanto a la utilidad

---

<sup>246</sup> Ibid., p. 704.

<sup>247</sup> “La comisión actual, encargada por las Cortes de informar sobre el punto que quedó pendiente en las Extraordinarias, (...) se ha visto, como la comisión anterior, en la necesidad de interpretar el artículo 5 del decreto de 6 de agosto, porque esto es lo que exigen así la consulta del Tribunal Supremo de Justicia, como las representaciones de los señores y de los pueblos interesados.” La comisión ha “ido además a consultar la mente de los mismos que propusieron el decreto: ¿quiénes más a propósito para explicar su verdadero sentido que aquellos que le redactaron? Pues justamente los mismos que le propusieron (...) fueron los que dieron el dictamen que la comisión actual copia y adopta en su informe.” Ibid., p. 705

<sup>248</sup> No hay que olvidarse de que Calatrava forma parte de la Sociedad del Anillo desde el año de su fundación, es decir, 1821. Aunque no se conozca la fecha exacta de creación de esta sociedad -aparecen en la prensa las primeras menciones del Anillo a finales de octubre de 1821-, ya en la época de su surgimiento se declaraba que uno de sus objetivos era unir a cierta clase de hombres -liberales templados, sean doceañistas o no- para luego repartirse las carteras ministeriales. Cuesta entender el protagonismo de Calatrava en la adopción del proyecto sobre señoríos cuando uno ve cómo Juan San Miguel, otro miembro de la comisión de legislación de 1820 que suscribió al dictamen mayoritario -y que también aparece como miembro del Anillo en la lista de socios de diciembre de 1821-, da marcha atrás en la legislatura de 1821 y pide que vuelva todo el proyecto a la comisión.

de este proyecto de ley. En mi opinión, el que mejor resume esta postura de relativo consenso es Moreno Guerra. Este diputado exaltado aporta pruebas para demostrar la urgencia de zanjar el asunto de las prestaciones señoriales<sup>249</sup> y evidencia, subrayando la falta de autoridad y legitimidad de las Cortes, la necesidad de legislar en un sentido más favorable a los pueblos, con la lógica de ganar apoyos para el régimen constitucional:

“Aquí se ve cómo están los pueblos: aquí se ve cómo los pueblos han de interesarse en el sistema cuando se les engaña, y se les dice que están lo mismo: que aquí no venimos más que a hacer figura y a dar voces, y a cobrar los 110 reales de dietas. Esto consiste en que no se cumplen las leyes del Congreso, y en que los ejecutores de ellas se están burlando de la representación nacional.”<sup>250</sup>

Su único punto de desacuerdo con el proyecto de la comisión es el de la suspensión del pago de las prestaciones por parte de los pueblos. En efecto, Moreno Guerra considera que “desde el día 6 de agosto de 1811 se les debía volver a los pueblos todo lo que han pagado”<sup>251</sup>. El diputado Gasco, miembro de la comisión de legislación de 1820 y firmante del dictamen mayoritario, expresó en forma de arrepentimiento una idea parecida, aunque menos radical: la comisión “ha sido hasta rigurosa con los pueblos, porque pudiéndose hallar muchos en el caso de tener que repetir contra los señores por el tiempo que han estado cobrando ilegítimamente, no ha obligado a estos últimos a afianzar por ello.”<sup>252</sup>

Sigo sin poder aclarar del todo cómo pudo votarse una ley semejante en la legislatura de 1821, que suele considerarse dominada por los diputados afines a la corriente liberal moderada. Lo que sí me hace sentido es que el núcleo duro del moderantismo en las Cortes de 1821 no debía de contar con tantos seguidores fieles como ha podido creerse, es decir, que la opinión de los diputados que podían pertenecer de alguna manera a este bloque era más movediza de lo que se ha establecido. Asimismo, hay que tomar en cuenta que

---

<sup>249</sup> Entre otros, señala cómo el juez de primera instancia Pimentel mandó la devolución de privilegios exclusivos -almotacén y fiel medidor- al duque de Medinaceli: “¿Qué cosa más conocida por feudal, y exclusivamente privilegiada que el bárbaro derecho de que nadie pudiera vender ni comprar sino con las medidas de un señor? ¿Puede darse un ataque mayor a la libertad individual? Pues este derecho todavía no se sabe si está derogado por las Cortes, y lo que es más, se cree que no está derogado”. *DS*, 4 de abril de 1821, p. 887.

<sup>250</sup> *Idem*.

<sup>251</sup> *DS*, 4 de abril de 1821, p. 889.

<sup>252</sup> *DS*, 27 de marzo de 1821, p. 724.

no todos los diputados electos estaban presentes en las votaciones de los artículos del proyecto de ley sobre señoríos -sobre un Parlamento de 243 escaños<sup>253</sup>, hubo en las votaciones nominales de los artículos 2, 3 y 5 entre 136 y 156 diputados votantes<sup>254</sup>-. Por último, entre los diputados que votaron a favor de los artículos de este proyecto, muchos no tomaron la palabra en los debates anteriores. Estimo que, entre estos diputados silenciosos, tenía que haber varios ya preocupados por la suerte de los pueblos de la provincia que representaban, y que ya tenían constancia de la situación penosa de éstos. También es factible que muchos de aquellos diputados no tuvieran todos los conocimientos necesarios para enfrentarse al tema de manera adecuada y que se dejaran persuadir por los discursos parlamentarios que evidenciaban y documentaban de manera no tan técnica abusos practicados por antiguos señores en detrimento de los pueblos<sup>255</sup>.

---

<sup>253</sup> Este sería el número teórico de diputados en la legislatura de 1820-1821. Quintí Casals Bergés, *La representación parlamentaria en España durante el Primer Liberalismo (1810-1836)*, Lleida, Cádiz, Edicions de la Universitat de Lleida, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 2014, p. 134.

<sup>254</sup> El artículo 2 -la obligatoria presentación previa de los títulos de adquisición- fue aprobado por 85 votos contra 67 (con un total de 152 votantes). El 3 -la regulación de los pactos y convenios en contratos de particular a particular en los antiguos señoríos territoriales- se aprobó por 98 votos a favor y 58 en contra (con un total de 156 votantes) y, el artículo 5 -el de la suspensión de las prestaciones y la obligatoriedad de los pueblos de depositar una fianza- fue aprobado por 80 votos contra 56 (con un total de 136 votantes).

<sup>255</sup> Entre estos discursos puede citarse el de Oliver, en el cual detalla algunos de los procedimientos abusivos utilizados por señores en Cataluña para que se les reconozca la posesión de ciertos derechos y prestaciones: “se ha seguido la práctica constante de exigir esas (...) cabrevaciones como se llaman allá, para hacer el señor que revivan eternamente, como el ave fénix, de sus cenizas esos derechos de que ahora tratamos. ¿Y cómo se han hecho estas cabrevaciones? Yo las he presenciado; he concurrido a algunas, y no hace mucho. Llegaban esos tribunales enfiteuticarios (y llegan porque aún subsisten), compuestos de juez enfiteuticario, escribano y procurador, al pueblo, y llamando dos hombres, que siempre eran o debían ser a lo menos no sospechosos al señor, porque se elegían a su satisfacción, se exigía de ellos una declaración de todos sus pretendidos derechos en sus dominios universales, y sin más ceremonia ni escrúpulo se levantaba el testimonio o auto ejecutoriado para exigir los derechos universales; y después de haber hecho esta confesión general los dos predilectos, entraba la declaración que individualmente se exigía a cada particular, de cuánto pagaba al señor, y no hay señor que no tenga una serie de cabreos en donde todo esto consta y se halla en archivos que no se han quemado. Además se ha visto que el señor nombra el juez y le revocaba, y nombraba otro cuando le daba la gana, y el infeliz colono o vasallo tenía que ir a ese tribunal sin poder recurrir a otro; y con esto las Cortes conocerán cuál debía ser el resultado, pues yo no creo que no se sacrificase todo a la voluntad del señor; y si a una parte de un terreno se exigía una prestación, luego era general. Y ¿quién había de contradecirlo? Ni el común del pueblo, ni su justicia, siendo toda como era a elección y gusto del señor.” DS, 26 de marzo de 1821, p. 699. La cabrevación es el derecho del señor directo “de hacerse reconocer como tal, siempre que quiera, por el enfiteuta, pagando los gastos.” José Antonio Elías, Estebán de Ferrater, *Manual del derecho civil vigente en Cataluña*, Barcelona, Imprenta de Ramirez, 1864, p. 138.

Ahora me interesa tocar el tema de la tramitación de este proyecto sobre señoríos. Varios diputados, antes de que se aprobase el proyecto en su totalidad, emitieron opiniones contrapuestas sobre el modo de aprobarlo. Algunos diputados exaltados que participaron de los debates insistieron en que el proyecto, como reproducción casi literal de la minuta de decreto aclaratorio de 1813, no tenía carácter de ley<sup>256</sup>. Por lo tanto, no tenía por qué pasar los trámites establecidos legalmente, notablemente la sanción del monarca. No obstante, diputados moderados sostuvieron que este proyecto votado en 1821 no era una aclaración del decreto de agosto de 1811 sino un proyecto distinto. Entre los diputados que se expresaron en este sentido, el que más relevancia tiene en este asunto es Moscoso, quien manifestó que este proyecto sí tenía carácter de ley.<sup>257</sup>

El parecer de Moscoso cobra plena importancia cuando el proyecto ya está aprobado artículos por artículos, ya que le toca a este diputado desempeñar la presidencia de las Cortes entre el 1 y el 30 de junio de 1821 y es desde este cargo que somete el proyecto sobre señoríos a la tramitación de un proyecto de ley. En efecto, en la sesión del 6 de junio, después de que se hallase conforme a lo aprobado la minuta, Moscoso anunció la composición de la comisión que debería presentarlo a la sanción de Fernando. Inmediatamente, los exaltados Puigblanch y Romero Alpuente se elevaron en contra de este procedimiento, retomando el argumento de que no se trataba de una ley, sino de la aclaración de un decreto, competencia exclusiva de las Cortes contenida en el apartado

---

<sup>256</sup> Aquí “no se trata de un nuevo decreto, al menos como se presenta el dictamen en discusión; porque no es más que la aclaración de una duda que la Audiencia de Valencia ha propuesto al Supremo Tribunal de Justicia, y éste consultó a las Cortes en el año 13, a fin de que interpretasen el sentido de aquel decreto de 6 de agosto, particularmente sobre las prestaciones reales que trajeran su origen de lo jurisdiccional, y sobre si se habían de presentar los títulos por los mismos señores de oficio, para saber cuáles eran los señoríos que habían de incorporarse a la nación, si eran de calidad reversible.” Moreno Guerra en *DS*, 4 de abril de 1821, p. 890

<sup>257</sup> “Yo no puedo convenir en que este dictamen solo se considere como aclaración del decreto de 6 de agosto. Es un proyecto que abraza ocho o más artículos, algunos de los cuales comprenden disposiciones particulares no contenidas en el anterior, como son reducción de laudemios y supresión de varias prestaciones que se enumeran en el artículo 8. Dígase que es un nuevo dictamen, y así debe llamarse, porque no es una aclaración del anterior decreto, sino proyecto de uno nuevo. Si no tuviese idea tan justa y ventajosa de la probidad y suma delicadeza de los señores de la comisión, diría desde luego que con el nombre de aclaración se trataba de presentarnos una ley con una fuerza y efectos enteramente nuevos y diferentes del decreto de 6 de agosto, para que considerada solo como aclaratoria de aquel, no hubiese necesidad de hacerla pasar por los trámites de una verdadera ley, cuando no puede dudarse de que es de mucha más trascendencia que la anterior.” *DS*, 31 de marzo de 1821, p. 803.



primero del artículo 131 de la Constitución<sup>258</sup>. Además, Puigblanch intentó obstaculizar el plan de Moscoso al hacer una indicación que pedía que los tres primeros artículos del proyecto no pasasen a sanción del rey, “por contenerse en ellos completamente la declaración del decreto de 6 de agosto de 1811”<sup>259</sup>. Esta misma petición -que acabó siendo rechazada- parece revelar que Puigblanch ya sabía que, en realidad, se trataba de una nueva ley, y que lo que buscaba era evitar que pasase a sanción real, dado que era muy probable que Fernando rechazase semejantes medidas. En cuanto a Romero Alpuente, consideraba que todos los artículos contenidos en el proyecto debatido y votado entre marzo y junio de 1821 eran una aclaración e interpretación del decreto de 1811 y de las dudas suscitadas por la Audiencia de Valencia y el Tribunal Supremo en 1813<sup>260</sup>. Ninguno de los diputados logró modificar la calidad de ley establecida por Moscoso, y una diputación fue a presentar al monarca la ley el 8 de junio de 1821. Antes de tratar lo que ocurrió con la presentación de esta ley a la sanción de Fernando VII, me interesa hacer algunas consideraciones sobre esta controversia entre Moscoso por una parte, y los exaltados Puigblanch y Romero Alpuente por otra.

En el artículo 111 del *Reglamento para el gobierno interior de las Cortes* de 1813<sup>261</sup>, se recoge el caso de los decretos de Cortes que no requieren ni propuesta, ni sanción del monarca. Es una referencia a las facultades privativas de las Cortes, como lo podían ser la dotación de la casa real y la asignación de alimentos a los infantes -artículos 213 y 215 de la Constitución-. En el *Reglamento del gobierno interior de Cortes*<sup>262</sup>, aprobado el 29 de junio de 1821, seguía apareciendo el caso de los decretos que no requerían ni propuesta, ni sanción del rey -artículo 130-, pero se había introducido otro, el artículo 110, que establecía que no debían pasar a sanción real las leyes o decretos que pertenecían a las atribuciones de las Cortes estipuladas en el artículo 131 de la Constitución, desde la segunda hasta la vigésimasexta. De este modo, se

---

<sup>258</sup> “Esta mañana no se me permitió hablar, y ahora digo que de sujetarla a esa formalidad se va a infringir la Constitución, siendo como es una interpretación de ley o de un decreto de Cortes, y semejantes interpretaciones en ninguna manera tocan al rey.” Puigblanch en *DS*, 6 de junio de 1821, p. 2085.

<sup>259</sup> *Ibid.*, p. 2086.

<sup>260</sup> *Ibid.*, p. 2087.

<sup>261</sup> *Reglamento para el gobierno interior de las Cortes*, Cádiz, Imprenta Nacional, 1813.

<sup>262</sup> *Reglamento del gobierno interior de Cortes y su edificio*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821.

dejaba sujeta a sanción real la primera facultad de las Cortes consignada en el artículo 131, la de proponer, decretar, interpretar y derogar las leyes.

Ahora bien, cuando se terminaron las votaciones sobre el proyecto de señoríos, todavía no se había adoptado el nuevo *Reglamento* de las Cortes, con lo cual seguía vigente el de 1813 y no existía aquel artículo 110, que de hecho fue votado en la sesión 15 de junio de 1821. El *Reglamento* aprobado el 29 de junio acabó dándole la razón a Moscoso, en su voluntad de someter a sanción real el proyecto sobre señoríos, pero ¿qué decir de su comportamiento en la sesión del 6 de junio cuando todavía no se había aprobado el nuevo *Reglamento*? Es importante subrayar que Moscoso, en la legislatura de 1821, formó parte de la comisión encargada de presentar la reforma del *Reglamento*. Quizás lo experimentado con el proyecto sobre señoríos, y el empeño de los dos diputados exaltados en considerarlo simple aclaración del decreto de 1811 -cuando Moscoso consideraba que se trataba de una nueva ley- le llevó a influir en la redacción de este artículo 110 del *Reglamento* reformado de 1821 y a adoptar semejante comportamiento en la sesión del 6 de junio. Pero, en todo caso, aunque el *Reglamento* aprobado el 29 de junio le diese la razón, cuando Moscoso hizo desde su cargo de presidente de las Cortes su actuación el 6 de junio, no había ningún texto legal que respaldase su postura.

El decreto con carácter de ley sobre señoríos fue presentado al monarca el 8 de junio de 1821. Hubo que esperar hasta los primeros días del inicio de la legislatura de 1822 para conocer, el 7 de marzo, que Fernando VII había devuelto la ley sin sancionar, por considerarla una violenta interpretación del decreto de 1811<sup>263</sup>. El rey acompañaba su negativa razonada con otro proyecto de ley sobre señoríos, presentado a las Cortes por el ministro de Gracia y Justicia del tercer gobierno, conformado a finales de febrero de 1822, Gareli<sup>264</sup> -que, como diputado en las legislaturas anteriores, se había opuesto al proyecto de la comisión de 1820-. Sin embargo, ni se debatió sobre este nuevo proyecto presentado por Gareli, que se mandó archivar, y varios diputados solicitaron en la misma sesión del 7 de marzo que las Cortes volviesen a tomar en consideración el decreto aprobado en la legislatura de 1821 y que Fernando

---

<sup>263</sup> DS, 7 de marzo de 1822, pp. 221-225.

<sup>264</sup> Para un análisis de este nuevo proyecto de ley, que sería obra de Gareli y con aprobación de Fernando VII, véase Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., pp. 127-131.

VII había devuelto sin sancionar<sup>265</sup>. Esta propuesta se pasó a la comisión de legislación<sup>266</sup> el 10 de marzo de 1822 y, el 19 de abril, ésta presentó su dictamen, con un voto particular de Argüelles. En el dictamen de 1822 se retomaban las posturas de los miembros que habían extendido el dictamen mayoritario de la comisión de legislación de 1820, y se criticaba el proyecto presentado por Gareli<sup>267</sup>. Volvió a debatirse esta ley sobre señoríos entre los meses de abril y mayo<sup>268</sup>, fue aprobada de nuevo el 8 de mayo y, el 7 de junio de 1822, se notificaba a los diputados que Fernando VII la había devuelto sin sancionar.

Ya en la legislatura ordinaria de 1823, muchos diputados pidieron el 3 de marzo que, con arreglo al artículo 149 de la Constitución, las Cortes tomaran en consideración por tercera vez la ley sobre señoríos<sup>269</sup>. Estando reunidas las Cortes en Sevilla, se leyó y mandó quedar sobre la mesa el 24 de abril la ley votada por las Cortes de 1821 y 1822. Entre el 26 y el 27 se volvió a debatir y votar y, el 30 de abril, se presentó por tercera vez a Fernando VII la ley para que la sancionase, lo que cumplió en Cádiz. El 3 de mayo se anunciaba en las Cortes la sanción del rey, y se mandó promulgar la ley en el mismo día.

De esta manera se retomó el proyecto fraguado en 1820 y ligeramente modificado en 1821. Los dos diputados exaltados que, en junio de 1821, insistieron para que no pasase a sanción real estas medidas sobre señoríos, intentaron, por un lado, paralizar funciones determinantes del poder ejecutivo. Por el otro, querían avanzar hacia la extinción total del régimen señorial en

---

<sup>265</sup> Proposición de los diputados Canga Argüelles, Belda y Asensio, Gil Orduña, Busaña, Serrano, Rico, Salva, Navarro Tejeiro, Prat e Infante en *DS*, 7 de marzo de 1822, p. 227.

<sup>266</sup> En esta comisión estaban los diputados Argüelles, Castejón, Romero, Baiges, Toribio Nuñez, Ruiz de la Vega, Santafé, Somoza y Marau.

<sup>267</sup> La “comisión creería excederse si se detuviese en un análisis circunstanciado del nuevo proyecto de decreto presentado por S. M., pues éste más bien debe reputarse una excepción o restricción al decreto de las Cortes Extraordinarias de 6 de agosto de 1811, que una aclaración o interpretación de su contenido. (...) la comisión es de dictamen que el Congreso adopte y apruebe el proyecto de decreto acordado en 7 de junio de 1821 por las anteriores Cortes”. *DS*, 27 de abril de 1822, p. 1011.

<sup>268</sup> Al igual que en 1821, se hicieron votaciones nominales para los artículos 2, 3 y 5. En el caso de los artículos 2 y 5, fueron aprobados con una mayoría algo superior a la de la legislatura de 1821 (artículo 2 aprobado por 88 votos contra 44, artículo 3 aprobado sin oposición alguna y artículo 5 aprobado por 87 votos contra 41).

<sup>269</sup> *DS*, 3 de marzo de 1823, p. 17. El 8 se leía por segunda vez la proposición, y en esta ocasión se detallaba en el acta de la sesión la identidad de algunos de los diputados que formularon la propuesta: Villanueva, Canga Argüelles, Serrano, Salva, Neira, Somoza, Marau, Orduña y Navarro Tejeiro. *DS*, 8 de marzo de 1823, p. 46.

España, entendido este último como sistema incompatible con el liberal y en el que los llamados señores ejercían un poder coactivo sobre los vecinos de los pueblos. Porque lo que subyace a la ley votada en 1821 es una extinción completa del régimen señorial, hablemos de señorío jurisdiccional o territorial, ya que era probable que la suspensión de prestaciones estipulada en el artículo 5 de la ley de 1823 se hiciese permanente<sup>270</sup>.

### 2.3 Evaluación del gobierno Feliú por los exaltados

A raíz de la deposición del primer gobierno del Trienio, Fernando VII mandó un oficio a las Cortes pidiendo a los diputados le ayudasen a elegir nuevos ministros, dignos de la confianza pública. Frente a ello, puede observarse una unión entre los diputados de los dos bandos liberales, pues gran parte de ellos se opuso a lo que pedía el rey. Se adujo primero que no podía vulnerarse la separación de poderes y que las Cortes no podían entrometerse en las facultades del Ejecutivo aunque fuera a instancias del monarca<sup>271</sup>. Asimismo, los diputados se negaron a acceder a la propuesta real porque era aceptar implícitamente la remoción de los ministros, y correspondía también con responsabilizar a las Cortes si la nueva elección fuese incorrecta<sup>272</sup>. Finalmente, el nuevo gobierno, el segundo del Trienio, se conformaría pocos días después del incidente de la coletilla con el nombramiento, entre el 4 y 5 de marzo de 1821, de Eusebio Bardají (Estado), Ramón Feliú (Gobernación), Tomás Moreno y Daoiz (Guerra), Antonio Barata (Hacienda), Vicente Cano Manuel (Gracia y Justicia), Francisco de Paula Escudero (Marina) y Ramón López Pelegrín (Ultramar).

El nuevo gobierno no gozó en absoluto del prestigio que tenía el primero. Este último, aunque por sus actos generó mucho descontento y desconfianza

---

<sup>270</sup> “Difícil y laboriosa resulta siempre la reanudación de un pago interrumpido, independientemente del estado de incertidumbre que crea tal situación.” Salvador de Moxó, *La disolución...*, op. cit., p. 135.

<sup>271</sup> Calatrava expresó lo siguiente: “la Constitución prohíbe a S. M., aunque quiera, renunciar ninguna de sus prerrogativas (...). El Congreso nacional no debe tener influencia alguna en el poder ejecutivo (...) sin contravenir a la Constitución”. *DS*, 3 de marzo de 1821, pp. 43-44.

<sup>272</sup> Según el conde de Toreno, diputado moderado, “no había prueba alguna de que los anteriores (ministros) hubiesen perdido la confianza de la gran mayoría del Cuerpo Legislativo” y, “si en efecto S. M. conviniese con la propuesta de las Cortes, éstas cargaban sobre sí con toda la responsabilidad de los que habían nombrado”. *Ibid.*, p. 37.

en los nacientes liberales exaltados, contaba con liberales destacados tales como Argüelles. En el segundo gobierno, no hubo figuras tan relevantes, y la valoración general de su actuación por parte de los exaltados fue muy negativa. Lo que más se repite en este sentido es el que el segundo gobierno, secundado por una mayoría en las Cortes, siguió con el plan liberticida emprendido por el primer ministerio: restricción de las libertades públicas - libertad de imprenta, derecho de petición, sociedades patrióticas-, y persecución y castigo de los liberales exaltados, todo ello conllevando la proliferación de la contrarrevolución<sup>273</sup>.

En cuanto a la restricción de las libertades públicas, es bajo el segundo gobierno, en sus últimos días de existencia, que se limitó aún más la libertad de imprenta y el derecho de petición, mediante dos decretos de 12 de febrero de 1822. Estas medidas se debatieron y votaron en las Cortes Extraordinarias a raíz de la presentación, el 21 de enero de 1822, de un proyecto de ley remitido por el encargado del ministerio de la Gobernación<sup>274</sup>. En lo que respecta a la libertad de imprenta, el decreto de febrero de 1822 venía complementando las calificaciones y restricciones que se habían establecido con la ley de 22 de octubre de 1820. Las precisiones que contiene el decreto de febrero de 1822 indican qué tipo de contenidos se consideraban los más perjudiciales. Cuando, en la ley de octubre de 1820, se declaraban sediciosos los “escritos en que se

---

<sup>273</sup> “El segundo ministerio sin embargo, la verdad sea dicha, alentó aún más que el primero las esperanzas e ilusiones de los malvados. Las persecuciones tan injustas como imprudentes con que el visir Feliú y sus satélites se ensangrentaron contra los patriotas, dieron armas a los mismos, que estos debieran haber exterminado para siempre.” A partir de este momento, “las voces patria y libertad vinieron a ser palabras equívocas: el corifeo de la revolución fue convertido en objeto de execración ministerial, el espionaje y la delación se sistematizaron como en tiempos de la ominosa Inquisición: cada jefe político se creyó un mandatario del poder absoluto, y la osadía de algunos llegó al extremo de perseguir y castigar a fusilazos el que se dijese *viva Riego*.” *El Amigo del Pueblo*, núm. 2, s. f., 1822, p. 27. Otro exaltado, el redactor de *El Zurriago* Morales, compartía esta opinión: “Después del ministerio de los Argüelles entró el de Feliú (...). Este ministerio siguió el camino que Argüelles le dejó marcado: adoptó las mismas ideas y principios y antes de entrar en posesión de las poltronas ya estaba vendido al plan de cámaras y veto. (...) Este ministerio declaró guerra abierta a los exaltados y protección decidida a los conspiradores”. Benigno Morales, *Carta a Félix Mejía*, Filadelfia, Imprenta de Guillermo Staveland, 1826, p. 139. “Plan de cámaras” es la expresión utilizada por exaltados del Trienio para referirse a la reforma constitucional ideada por destacados liberales moderados, que incluía la introducción de una cámara alta y del veto absoluto, en contraposición al veto suspensivo que recogía la Constitución de Cádiz en los artículos 147, 148 y 149.

<sup>274</sup> En este proyecto el monarca proponía “varias medidas que cree convenientes para poner término a los males y desórdenes públicos que dice dimanar del enorme abuso de la libertad de imprenta, del derecho de petición y de las sociedades patrióticas.” *DS*, 22 de enero de 1822, p. 1961. Estas medidas propuestas a la deliberación del Congreso tenían por objetivo “evitar que se repitiesen los sucesos de Cádiz y Sevilla”, que analizaré en un próximo subcapítulo. Ignacio Fernández Sarasola, *Poder y libertad...*, op. cit., p. 651.

publiquen máximas o doctrinas dirigidas a excitar a la rebelión o la perturbación de la tranquilidad pública”<sup>275</sup>, con el decreto de febrero de 1822 se añadía lo siguiente:

“Son sediciosos los escritos que propalan máximas o doctrinas, o se refieren hechos dirigidos a excitar la rebelión o perturbación de la tranquilidad pública, aunque se disfracen con alegorías de personajes o países supuestos, o de tiempos pasados, o de sueños o ficciones, o de otra manera semejante”<sup>276</sup>.

Asimismo, con el decreto de febrero de 1822, se dejaba a la apreciación subjetiva de los jueces de hecho el determinar si en un escrito satírico hubiese alguna alusión a personas determinadas o cuerpos reconocidos por las leyes. Estas formulaciones tan abiertas y sujetas a una multitud de interpretaciones personales daba muchísimo poder para censurar lo que venía siendo una parte importante de la prensa exaltada. Pensemos por ejemplo en José Guasque quien, en 1820, en su periódico *La Ley*, publicaba un capítulo de la obra de Volney *Les ruines, ou Méditations sur les révolutions des empires* en el cual se relataba cómo el pueblo, en la antigua Palmira, rechazaba la tutela de los gobernantes para proclamarse soberano<sup>277</sup>.

Finalmente, en lo que respecta al decreto de restricción del derecho de petición<sup>278</sup>, puede decirse que era la confirmación legal de lo que se venía ejerciendo desde hace algún tiempo, es decir, contribuir a la definición individual o muy restringida de responsabilidad de los escritos de petición a las autoridades constitucionales. En efecto, este decreto prohibía las representaciones en nombre de corporaciones o sociedades -aquello que constituía la fuerza de las sociedades patrióticas en un principio y que amedrentó a las más altas autoridades del régimen liberal- así como tomar “la voz de pueblo”. También limitaba el derecho de petición de los militares.

---

<sup>275</sup> *Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes Ordinarias de 1820 y 1821*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821, tomo 6, p. 235.

<sup>276</sup> *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, Madrid, Imprenta Nacional, 1822, tomo 8, p. 266.

<sup>277</sup> Conde Volney, *Les ruines ou Méditations sur les révolutions des empires*, París, s. e., agosto de 1791. El capítulo que se reproduce en *La Ley* es el número 15, “Une siècle nouveau”. Aparece sin indicación del autor original -pero está firmado por M. V.-, y viene titulado como “Mi viaje a la luna o sueños políticos y morales. 1º Insurrección del pueblo de Airels.” *La Ley*, núm. 3, 11 de abril de 1820, pp. 11-12.

<sup>278</sup> *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, op. cit., tomo 8, pp. 263-265.

Por otra parte, en Madrid, el segundo gobierno logró cerrar la sociedad patriótica de la Fontana de Oro, que estaba tolerada desde finales de 1820 aunque con mermas importantes, es decir, sin “dirección ni reglamento, con arreglo a la ley aprobada por las Cortes” en octubre de 1820<sup>279</sup>. Antes de conseguir su cierre como sociedad patriótica, hubo un intento de minarla desde dentro. El principal instrumento de esta tentativa fue Copons y Navia, nombrado jefe político de Madrid el 9 de junio de 1821. Copons no tenía fama de constitucional, pues había sido uno de los primeros en recibir a Fernando VII a su vuelta en España en 1814. En 1818 había sido nombrado gobernador político y militar de Barcelona y, a principios de 1820, fue expulsado de esta ciudad y no se le empleó hasta principios de 1821, cuando le nombraron vocal de la junta consultiva del ministerio de Guerra<sup>280</sup>. En un primer tiempo, Copons rechazó la jefatura política de Madrid -por la dificultad del cargo y por el peso de su pasado político-, pero no se le aceptó la renuncia.

Muy rápidamente, Copons se convirtió en aliado de la Fontana de Oro frente a las pretensiones de control del gobierno. Primero, notificó a uno de sus oradores, Adán, que no iba a entorpecer el desarrollo de las sesiones de la Fontana mientras en ésta no se cometiera ninguna alteración del orden público. Luego, en los momentos de agitación durante los debates de la sociedad patriótica, el jefe político no usó del poder que le confería la ley de octubre de 1820 para suspender las sesiones, sino que solo advirtió que no toleraría “el menor abuso de la palabra” por parte de los oradores<sup>281</sup>.

A raíz de un informe sobre debates en la Fontana que dirigió Copons a Feliú el 12 de julio de 1821, este último le contestó con una larga carta en la cual le acusaba de disimular los excesos que se cometían en esta sociedad patriótica. Según indica Gil Novales, de esta carta se derivó “una gran enemistad entre los dos”<sup>282</sup>. Copons presentó de nuevo su dimisión, el 18 de julio, pero no se le aceptó, y siguió en su puesto hasta el 7 de septiembre de 1821. El que le sustituyó como interino en el cargo, José Martínez de San Martín, fue quien

---

<sup>279</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 597.

<sup>280</sup> Reseña biográfica de Francisco Copons y Navia en Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=86756>.

<sup>281</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 626 y 629.

<sup>282</sup> *Ibid.*, p. 636.

mandó cerrar la Fontana de Oro así como detener al dueño del café en el cual se celebraban las sesiones de esta sociedad, Juan Antonio Gippini. En los días siguientes, San Martín mandó también detener a algunos oradores de la Fontana, entre los cuales estaban Juan Mac-Crohon, Manuel Núñez, Felix Mejía y Benigno Morales<sup>283</sup>. La detención del dueño del café de la Fontana ocurrió el 18 de septiembre, día en el cual también sucedió la llamada “Batalla de las Platerías”, de la cual hablaré más abajo.

Esta labor de canalización y restricción de las libertades públicas entre 1821 y principios de 1822 estuvo acompañada de medidas destinadas a perjudicar a los liberales más radicales. Entre estas medidas, que en su mayoría corresponden con los ministerios de Gobernación, Justicia y Guerra, están elementos como la política de los nombramientos de jefes políticos de poco concepto público, la provisión de plazas de magistrados y los intentos para influenciar las elecciones legislativas que se celebrarían a finales de 1821. Con lo que respecta a los nombramientos de jefes políticos, el mayor reproche formulado por liberales exaltados está relacionado con la elección de personas cuyo compromiso liberal era considerado desde débil hasta inexistente. En este sentido, Romero Alpuente recalca que Feliú, como ministro de la Gobernación solía nombrar para jefes políticos a oficiales del ministerio de Guerra, que en realidad estaba controlado por el marqués de las Amarillas, antiguo titular de esta última cartera<sup>284</sup>. El monopolio de los nombramientos también afectaba a las capitanías generales. Pablo Morillo, nombrado capitán general de Castilla la Nueva en mayo de 1821 es un buen ejemplo de ello, en la medida en que ciertos periódicos exaltados no le consideraban apto para el cargo, por su actuación en América<sup>285</sup>. Sobre las plazas de magistrados, se sabe que en la provisión de juzgados de primera instancia fueron apartados varios patriotas que ejercían de jueces interinos en causas de conspiración<sup>286</sup>. Por último, Feliú utilizó a jefes políticos para elaborar listas de candidatos deseables que

---

<sup>283</sup> Ibid., p. 659.

<sup>284</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 260.

<sup>285</sup> Véase por ejemplo *El Eco de Padilla*, núm. 24, 24 de agosto de 1821, pp. 189-190. Allí se pasa revista a las derrotas militares acumuladas por Morillo en distintos puntos de la América española.

<sup>286</sup> Romero Alpuente cita por ejemplo a Tomás Hernández, quien era instructor de la causa contra Elío. Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 259.



podrían presentarse a las elecciones legislativas de finales de año. Aquello se plasmó en una circular expedida en agosto de 1821, destinada a que el menor número posible de exaltados y afrancesados pudiese concurrir a las elecciones<sup>287</sup>.

Cierto paroxismo se alcanza en Madrid en septiembre de 1821. Ya referí la tensión existente con respecto a la Fontana de Oro, que se saldó con el cierre de esta sociedad patriótica en aquel mes, y ahora voy evocar el suceso conocido como “Batalla de las Platerías”, que tuvo lugar el 18 de septiembre de 1821. Esta “batalla” tenía como punto de partida la destitución de Riego, el 4 de septiembre, de la capitanía general de Aragón. Esta destitución es en cierta medida una repetición de lo ocurrido un año antes, con la primera destitución de Riego por rumores y sospechas de implicación suya en una conspiración republicana. La escena se repitió en 1821, y parece que el jefe político de Zaragoza, Moreda, estaba implicado en la fabricación de los rumores que justificaron la segunda destitución de Riego<sup>288</sup>. El 17 de septiembre se acordó en la Fontana organizar una procesión con el paseo de un retrato del general, al día siguiente, como “muestra de gratitud nacional”<sup>289</sup>. San Martín se opuso a la celebración de este acto, mediante la publicación de un bando político en la capital por la mañana del 18. Sin embargo, sí que tuvo lugar el paseo del retrato del general Riego por las calles del centro de Madrid, aunque no pueda estimarse con certeza el número de personas que participó en este acto<sup>290</sup>. San Martín, en unión con el capitán general Morillo, cortó el paso de la procesión en la calle de las Platerías -cerca de la plaza Mayor-, secundado de una compañía de granaderos de la milicia nacional, mandó “atacar a la bayoneta a los granaderos, arrebató el cuadro”<sup>291</sup> y dispersó a la gente. Esta

---

<sup>287</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 15, 15 de agosto de 1821, p. 119 y Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 261.

<sup>288</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 36, 5 de septiembre de 1821, carta particular de “El Constitucional y no más”, p. 284.

<sup>289</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 655.

<sup>290</sup> “Por la Puerta del Sol iban acompañando al retrato del héroe Riego en la tarde del 18 unas veinte personas. Así lo ha dicho *El Universal* (...). Cuando el retrato del héroe Riego llegó a la Puerta del Sol (...) le acompañaban más de cuatro mil personas. Esto es lo cierto: lo demás es una patraña”. *El Zurriago*, núm. 3, s. f., 1821, pp. 9-10.

<sup>291</sup> Anónimo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842, tomo 2, p. 256.

actuación, vinculada al cierre de la Fontana, le valió a San Martín la jefatura política de Madrid en propiedad.

Todo lo dicho hasta aquí sobre la política llevada a cabo por el segundo gobierno del Trienio atañe sobre todo a los ministros de Gobernación, Justicia y Guerra. El de Estado, Bardají, no mereció tan dura censura por parte de los exaltados aunque, a primera vista, Bardají podría aparecer como un liberal templado o, por lo menos, con posturas políticas en consonancia con las de un moderado como Feliú. Sin embargo, atendiendo distintas fuentes, queda patente que su compromiso liberal superaba algo el horizonte político del liberalismo moderado del Trienio Liberal. En primer lugar, Gil Novales señala sobre el personaje que “ha sido juzgado de muy diversas maneras: desde que dirigía su astucia al propio provecho, hasta que era indiscreto porque le gustaba demasiado el champán, absolutista en 1814-1815, (en contacto) con los carbonarios después.”<sup>292</sup> Aquella descripción subraya la multiplicidad de apreciaciones que se hicieron sobre este hombre, e invita a bucear entre fuentes para afinar la percepción. Como recalqué anteriormente, las medidas tomadas por el segundo gobierno destinadas a perjudicar a los liberales más radicales provenían en su mayoría de los ministerios de Gobernación, Justicia y Guerra. No se suelen encontrar censuras de la actividad del ministro de Estado -aunque en las memorias de la viuda de Torrijos sí que aparece citado como desconfiado de los liberales exaltados<sup>293</sup>-. Y es que Bardají, que antes de ocupar la secretaría de Estado en 1821 fue embajador de España en Turín y París -estaba en este último puesto cuando se le nombró ministro en el segundo gobierno del Trienio-, parece haber desempeñado un papel nada desdeñable en la propagación de la Constitución de Cádiz en territorio

---

<sup>292</sup> Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico...*, op. cit., reseña biográfica de Eusebio Bardají: [dicionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=82801](http://dicionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=82801).

<sup>293</sup> “Llamado mi esposo por un alto personaje en el verano de 1821, pasó a verle, y después de manifestarle aquel el motivo por qué le llamaba, le reveló el plan que dijo estarse formando contra la Constitución (...); concluyendo que se lo avisaba para que se lo advirtiera a los patriotas, y que todos los ministros estaban en el plan menos el de Estado Bardají (...). Al salir de su casa se dirigió a la de Bardají, y habiéndole dicho que estaba enterado de aquel secreto y que venía a comunicárselo por constarle ser el único ministro que no estaba en el plan (...), Bardají le contestó sonriéndose: ‘Amigo Torrijos, no temo yo a los serviles, sino a los exaltados.’ Lo que incomodó a éste, por conocer que se dirigía contra él ese afectado temor, como uno de los comprendidos en la categoría de exaltados, inventada para designar a los que estaban apasionados por la patria y por la libertad.” Luisa Saénz de Viniegra de Torrijos, *Vida del general José María de Torrijos y Uriarte*, Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa, 1860, tomo 1, pp. 71-72.

piamontés, como lo atestiguan algunas cartas de su correspondencia con el ministro de Estado del primer gobierno del Trienio, Pérez de Castro<sup>294</sup>. En su estudio sobre el modelo gaditano en la revolución piamontesa de 1821, Butrón Prida establece que Bardají, además de conocer los planes conspirativos que desembocaron en la revolución, también estaba implicado en ellos<sup>295</sup>.

Desde otra perspectiva, es notable la desconfianza de algunos estadistas franceses con respecto a Bardají, que consideran como un peligroso agitador revolucionario. No hay que tomar al pie de la letra las menciones que se hacen de él en este contexto, pero es muy llamativa esta descripción, que contrasta con el tono político del gabinete que integraría poco tiempo después en España. En este sentido, el barón Pasquier, ministro francés de Asuntos Exteriores entre 1819 y 1821, considera a Bardají como instigador de distintas sublevaciones ocurridas en Francia en 1821, como por ejemplo la de Grenoble, acaecida el 20 de marzo de aquel año. Asimismo, en momentos de la revolución piamontesa, Pasquier dice de Bardají que estaba implicado en un complot destinado a proclamar la Constitución de Cádiz en Francia:

“Dans l'ivresse de son succès et de ses espérances, M. de Bardají n'avait pas craint d'écrire à sa cour, vers le 20 mars (1821), que quinze jours ne se passeraient pas sans que la Constitution des Cortès fût proclamée à Paris; que de grands événements seraient, suivant toutes les apparences, consommés lorsque sa dépêche arriverait à Madrid.”<sup>296</sup>

A continuación, el ministro francés explica cómo, con el duque de Richelieu, entonces presidente del Consejo de ministros, interrogaron a Bardají sobre la

---

<sup>294</sup> Parte de esta correspondencia ha sido recopilada y analizada en Giorgio Spini, *Mito e realtà della Spagna nelle rivoluzioni italiane del 1820-1821*, Roma, Perrella, 1950. Para un estudio de la influencia del entonces embajador español en Turín -que incluye igualmente un análisis de su correspondencia con el gobierno español-, véase también Gonzalo Butrón Prida, *Nuestra Sagrada Causa. El modelo gaditano en la revolución piamontesa de 1821*, Cádiz, Ayuntamiento, 2006, pp. 110-120; ID, “La inspiración española de la revolución piamontesa de 1821” en *Historia Constitucional*, núm. 13 (2012), pp. 73-97.

<sup>295</sup> Según Butrón Prida, “el estudio de la correspondencia de Bardají pone de manifiesto que conocía a todos los comprometidos en la conspiración, y que no solo estaba al tanto de sus planes, sino que además los animaba y les hacía creer que el gobierno español los respaldaría; es más, su casa serviría en más de una ocasión de centro de reunión y, llegado el caso, de lugar de refugio. El empleo reiterado de expresiones demasiado absolutas -del estilo ‘tengo motivos muy fundados’-, resulta sintomático de su implicación en la conspiración.” Gonzalo Butrón Prida, *Nuestra Sagrada Causa...*, op. cit., pp. 116-117.

<sup>296</sup> Etienne-Denis Pasquier, *Mémoires du chancelier Pasquier*, París, Plon, 1894, tomo 5, p. 176. Citado por Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 104. Pasquier añade que los ministros españoles se habían creído esta noticia, y que uno de ellos transmitió la mencionada carta de Bardají al embajador francés en Madrid, el duque de Laval. Este traspasó la noticia a su gabinete.

carta que había mandado a Madrid. Vale la pena mencionar cómo relata el barón este episodio:

“M. de Bardají fût invité à se rendre chez le duc (de Richelieu); là nous mîmes sous ses yeux la lettre du duc de Laval, le sommant de donner des détails sur le complot dont le résultat lui avait paru si assuré et qu’il devait connaître. (...) J’ai rarement vu un homme plus abattu, plus atterré devant nos questions si nettement posées. Il balbutia des mots vides de sens, assurant qu’il ne savait rien, qu’on avait attaché trop d’importance à des rumeurs qu’il avait transmises à sa cour. Son mensonge était flagrant, car nous avions les termes mêmes de ses dépêches.”<sup>297</sup>

Si la historia es cierta, da cuenta de la poca prudencia del entonces embajador español en París... Su nombramiento para la secretaría de Estado evitó que el gabinete francés pidiese su remoción al ministerio español<sup>298</sup>. Tendré ocasión de volver sobre Bardají cuando trate de los proyectos periodísticos llevados por refugiados franceses en el Madrid del Trienio.

Antes de cerrar este apartado, me interesa evocar las circunstancias parlamentarias que motivaron la convocatoria de Cortes Extraordinarias en 1821. En la sesión del 26 de junio, la comisión que había dictaminado sobre el estado de la nación en el mes de marzo extendió otro dictamen relacionado con una indicación que el conde de Toreno había hecho a principios de mayo con el fin de oír al gobierno para saber si era necesario declarar en estado de sitio a los pueblos que protegiesen a insurgentes realistas<sup>299</sup>. Fue mediante

---

<sup>297</sup> Ibid., p. 105. En el folleto *The Carbonari* -que denuncia las actividades de esta sociedad secreta y la responsabiliza de la intervención francesa de 1823 en España-, se encuentran algunas consideraciones sobre este mismo episodio, y se establece que Bardají era un agente de la carbonería: “The carbonari had long been in correspondence with the revolutionary faction of Madrid, which dispatched an accredited agent to Paris, M. Bardají, to arrange measures for the overthrow of the Bourbon government. M. B. was detected in this mission, and effected little.” Anónimo, *The Carbonari: or the Spanish war assigned to its real cause*, Londres, J. Limbird, 1823, pp. 16-17.

<sup>298</sup> “Notre parti était pris d’exiger son rappel et en cas de refus de cesser toute relation avec lui, quand nous apprîmes qu’un changement ministériel venait de s’opérer en Espagne; M. de Bardají était appelé au ministère des Affaires Etrangères. Nous en fûmes donc débarrassés d’une manière tout à fait inopinée.” Etienne-Denis Pasquier, *Mémoires du chancelier Pasquier...*, op. cit., tomo 5, p. 105.

<sup>299</sup> DS, 2 de mayo de 1821, p. 1374. El principal motivo de esta petición era la amplitud de la actuación del cura Merino y su facilidad para reclutar y formar facciones armadas en distintos pueblos en la provincia de Burgos. Se mandó la indicación de Toreno a una comisión especial, que presentó su dictamen el 31 de mayo de 1821. La principal medida que proponía esta comisión era la de autorizar al gobierno para revestir “a los capitanes generales y jefes militares destinados a perseguir a los facciosos en los territorios que sean el teatro de las operaciones militares, con la plenitud de facultades que un general tiene en campaña (...) por solo el tiempo precisamente indispensable.” DS, 31 de mayo de 1821, p. 1973. El 1 de junio se debatió el dictamen, se acordó que volviese enteramente a la comisión y se decidió que ésta se agregase a la encargada de informar sobre el estado de la nación.

este dictamen que se expresó la necesidad de representar al rey para pedir la convocatoria de Cortes Extraordinarias. En este sentido, la comisión consideraba que lo que se había deliberado con respecto a la indicación del conde de Toreno no era lo más a propósito para mantener la estabilidad del régimen constitucional:

“una sola medida será más poderosa que todas las demás para contener o reprimir a los conspiradores, y afianzar el orden público. Esta medida es la de que no quede la nación sin Cortes desde que las actuales cierran sus sesiones a fines del presente mes, hasta que abra las suyas la Diputación siguiente en marzo del año próximo.”<sup>300</sup>

La comisión presentaba entonces en su dictamen la representación dirigida a Fernando VII, en la cual se expresaban los motivos de esta petición de Cortes Extraordinarias: la necesidad de tramitar y cerrar asuntos de gran importancia - división del territorio, organización del ejército, código penal y de procedimientos-, pero sobre todo la certeza de que la seguridad pública no estaba garantizada<sup>301</sup>. Este convencimiento lleva a los miembros de la comisión a afirmar que, en cuanto cierran sus sesiones las Cortes, los enemigos del sistema constitucional aprovecharían para multiplicar sus ataques. Les parece entonces peligroso y hasta impensable que el gobierno quede durante ocho meses sin el apoyo de la representación nacional. El mero hecho de tener Cortes congregadas se presenta aquí como garantía de estabilidad política<sup>302</sup>. Finalmente, los individuos de la comisión respaldan su petición con la expresión de la voluntad nacional, al manifestar que no eran los únicos en presentir la inminencia del peligro que amenazaba el régimen: la nación no puede quedar sin Cortes reunidas

“y lo confirma la ansiedad de todos los buenos al ver acercarse el término de las sesiones, y el clamor general que de todas partes a un tiempo pide a V. M. Cortes Extraordinarias. Cuando es tan unánime el voto público, no cabe duda en la conveniencia y aun en la necesidad de la medida.”<sup>303</sup>

---

<sup>300</sup> DS, 26 de junio de 1821, p. 2512.

<sup>301</sup> “Los enemigos de la Patria y V. M. dentro y fuera del reino maquinan por todas partes, y su furor, aunque impotente, no cesa de fatigar al gobierno, y amenazar continuamente a la pública tranquilidad y a la libertad de este pueblo tan digno de disfrutarlas”. Ibid, p. 2513.

<sup>302</sup> La “existencia del Congreso (...) será bastante para que la nación conserve su confianza y se contengan o frustren todos los esfuerzos de los malvados.” Idem.

<sup>303</sup> DS, 26 de junio de 1821, p. 2513.

Después de la lectura de este dictamen, hubo un corto debate que giró en torno a la cuestión de América. En efecto, el diputado Molinos -representante de Nueva España- pidió la inclusión, entre los objetos que debían tratarse en la futura legislatura extraordinaria, del tema de la “suerte de la América, que está sin remedio nadando en sangre desde el Sur hasta el Norte y desde el Oriente al Ocaso.”<sup>304</sup> Calatrava, como miembro de la comisión, evacuó la petición de Molinos al afirmar que las Cortes no estaban en el caso de “proponer medida alguna definitiva sobre los asuntos de Ultramar”, y que el asunto ya estaba solo en manos del gobierno<sup>305</sup>. No obstante, después de la aprobación del dictamen por 150 votos contra 7, varios diputados insistieron para que se incluyese el tema de América en los asuntos a tratar por las futuras Cortes Extraordinarias, y acabaron logrando su propósito<sup>306</sup>.

Las Cortes Extraordinarias se reunieron entre el 28 de septiembre de 1821 y el 14 de febrero de 1822. En aquella primera sesión, el rey expuso los motivos de la convocatoria<sup>307</sup>. Pero algo inesperado movilizó también a estas Cortes. Fue en efecto durante esta legislatura extraordinaria que sucedieron los movimientos de Cádiz y Sevilla, que paso a tratar en el apartado siguiente.

---

<sup>304</sup> Ibid., p. 2514.

<sup>305</sup> Idem.

<sup>306</sup> Los diputados Uraga, Michelena, Gómez Pedraza y Quirós -todos representantes de Nueva España- pidieron “que se haga mérito en la representación a S. M. de los asuntos de América”. Para defender esta petición, Michelena dijo entre otros: “Nosotros, los americanos, no deseamos otra cosa que la paz, y que nuestros hermanos no se degüellen. (...) este asunto es de urgente necesidad (...) y entretanto se (están) degollando nuestros hermanos”. *DS*, 26 de junio de 1821, pp. 2515-2516.

<sup>307</sup> “Los asuntos que he dispuesto se cometan a la deliberación de estas Cortes, son principalmente (...): (...) la división del territorio y medidas oportunas para plantear según ella el gobierno político; los códigos, las ordenanzas militares; el proyecto de decreto orgánico de la armada naval, y el decreto para la organización de la milicia activa. (...) He creído también que deben resolverse cuanto antes otros puntos que, aunque sin relación tan íntima con la Constitución, influirán conocidamente en la prosperidad general: como las providencias que convenga adoptar para conseguir la tranquilidad y promover el bien de las Américas; el examen y reforma de aranceles; la liquidación de suministros; las medidas necesarias para cortar el gravísimo daño que sufre la nación con el curso de monedas falsas o defectuosas del extranjero; el expediente sobre los créditos de reemplazos, y el proyecto de decreto sobre establecimientos de beneficencia. (...) Vastísimo es, sres. Diputados, el campo que se presenta a vuestro celo y a vuestras luces”. Discurso de Fernando VII en *DS*, 28 de septiembre de 1821, p. 26.

### 3. *Las revueltas de Cádiz y Sevilla y la caída del ministerio Feliú-Bardají*

En esta parte me interesa ver cómo los disturbios de Cádiz y Sevilla fueron tratados por las Cortes Extraordinarias y en qué medida influyeron en la caída del segundo gobierno del Trienio. En un primer tiempo, dejo apuntados los principales acontecimientos que provocaron los movimientos de estas dos ciudades andaluzas, para luego observar cómo se resolvió el asunto de los movimientos de Cádiz y Sevilla en las Cortes. Finalmente, haré algunas consideraciones sobre el gobierno que se formó a finales de febrero de 1822.

#### 3.1 Revueltas andaluzas

El final del año 1821 estuvo marcado por disturbios en Cádiz y Sevilla<sup>308</sup>. Aunque en estas ciudades el movimiento no tenía exactamente el mismo origen, sí que hubo contactos entre ambas para seguir con el movimiento, que en total se extendió desde finales de octubre de 1821 hasta finales de enero de 1822.

En Cádiz, todo arrancó el 29 de octubre de 1821 cuando se supo que el gobierno había nombrado al marqués de la Reunión -Francisco Javier Venegas de Saavedra y Arenzana- para la comandancia general de la ciudad. A partir de este día, hubo concentraciones de gente en la plaza de la Constitución y se mandaron distintas exposiciones tanto al rey como a la Diputación Permanente de Cortes. Entre ellas es destacable la que se mandó a Fernando VII, el 29 de octubre de 1821. En ella se explicaba primero por qué no se aceptaba, en Cádiz, el nombramiento de Venegas -personaje de poco concepto público y cuyo hermano se había dado a conocer en 1814 al derribar la lápida de la Constitución en Córdoba<sup>309</sup>-. Luego, se expresaba la falta de confianza en el gobierno, cuya estrategia era la de persecución de los patriotas y lenidad con los conspiradores absolutistas. Se pedía entonces, por un lado, la sustitución

---

<sup>308</sup> Movimientos similares se extendieron a otras ciudades -Badajoz, Barcelona, Cartagena, Córdoba, La Coruña, Cuenca, Granada, Murcia, Valencia y Zaragoza-, pero en este apartado solo menciono los casos de Cádiz y Sevilla ya que fueron los acontecimientos sobrevenidos en aquellas dos ciudades los que más ocuparon la atención de los diputados de las Cortes.

<sup>309</sup> Reseña biográfica de Manuel Venegas de Saavedra y Arenzana por Alberto Gil Novales en *Diccionario biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=110969>.

de los ministros por otros más patriotas y, por otro, la revocación del nombramiento de Venegas, y se proponía el dar la propiedad de la comandancia general al “actual interino don Manuel Francisco de Jáuregui”, conocido por su compromiso constitucional, o el nombrar a algún otro individuo cuyo constitucionalismo era indudable<sup>310</sup>.

La fermentación de Cádiz aumentó en noviembre, por un lado porque no se había recibido ninguna respuesta a la exposición dirigida al rey fechada en 29 de octubre. La diputación provincial de Cádiz mandó entonces una representación a la Diputación Permanente de Cortes, en la cual responsabilizaba al ministerio de causar los disturbios en la ciudad<sup>311</sup>. Por otro, la agitación creció aún más cuando, el 16 de noviembre, se supo el nombramiento del barón de Andilla -Antonio Garcés de Marcilla- para la comandancia general de Cádiz, que tenía una reputación similar a la de Venegas -quien había dimitido-. Andilla no pudo entrar en funciones ya que no se le admitió en Cádiz<sup>312</sup>, por considerar que había sido nombrado por un gobierno que ya no era legítimo. La actuación del jefe político Jáuregui constituyó el principal pilar de esta resistencia a las providencias del gobierno ya que fue él quien articuló el movimiento, poniendo en pie una “junta de autoridades”, y se dirigió en numerosas ocasiones a los habitantes de Cádiz<sup>313</sup>. Finalmente, el gobierno nombró, en diciembre de 1821, a Jacinto Romarate para comandante general y a Joaquín Escario como jefe político de Cádiz<sup>314</sup>. Jáuregui, quien se negó a entregar el mando durante algunos días, dimitió antes del 10 de enero de 1822<sup>315</sup>. Con esta dimisión se acabó la movilización popular en contra del gobierno.

Con lo que respecta a Sevilla, los movimientos de finales de 1821 y principios de 1822 tienen como origen la profunda desconfianza hacia la

---

<sup>310</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 98, 6 de noviembre de 1821, p. 1, 3 y 4. Entre los firmantes de la exposición al rey están Vicente Beltrán de Lis, comandante de la caballería nacional voluntaria de Cádiz, y Francisco Javier Istúriz, miembro de la Diputación Provincial.

<sup>311</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 115, 23 de noviembre de 1821, p. 3.

<sup>312</sup> Según el ministro de Guerra Sánchez Salvador, hubo un acuerdo entre las fuerzas militares y civiles de la zona para que no se aceptase a Andilla. *DS*, 26 de noviembre de 1821, p. 978.

<sup>313</sup> Véase por ejemplo en *El Eco de Padilla*, núm. 119, 27 de noviembre de 1821, “A los habitantes de la provincia de Cádiz, el jefe superior político”, p. 2.

<sup>314</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 140, 18 de diciembre de 1821, p. 4.

<sup>315</sup> Reseña biográfica de Manuel Jáuregui por Alberto Gil Novales, *Diccionario Biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=93429>.



administración de justicia. En efecto, se había descubierto una conspiración con ramificaciones hasta Madrid -y posible implicación de don Carlos-, cuya cabeza en Sevilla era Pedro Grimarest. En primera instancia, había sido condenado a garrote por el fiscal José María Jaime pero, en segunda instancia, la Audiencia anuló la sentencia de Jaime, que fue destituido<sup>316</sup>. A finales de octubre llegaron también a Sevilla las noticias de resistencia a los nombramientos en Cádiz y, el 31 de octubre, se mandó una felicitación a los patriotas de esta ciudad<sup>317</sup>. El 2 de noviembre, se acordó mandar una representación a Fernando VII, que contiene muchas de las quejas expresadas poco antes por los patriotas de Cádiz: en ella se recuerda la lenidad con respecto a los conspiradores realistas y la persecución que padecen los verdaderos patriotas, siendo Riego un ejemplo de ello<sup>318</sup>.

Es en estas circunstancias que el gobierno tuvo por conveniente sustituir las principales autoridades de la ciudad, nombrando a Tomás Moreno y Daoiz comandante general de Sevilla, en sustitución de Manuel Velasco, y a Joaquín Albístu jefe político, como sustituto de Ramón Luis Escovedo. Ambos intentaron tomar su mando el 22 de noviembre de 1821 pero, a raíz de un movimiento popular, no se les admitió<sup>319</sup>. Todavía a principios de diciembre no habían tomado posesión del cargo. El final del movimiento de resistencia llegó en enero de 1822, cuando se nombró al marqués de Campoverde -Luis González Torres de Navarra- para la capitanía general de Andalucía. Este “se encontró con la resistencia en Sevilla, a cuya ciudad intimó la rendición el 4 de enero de 1822, lo que logró poco después”<sup>320</sup>. De esta manera acabó la resistencia de Sevilla, aunque todavía a finales de enero de 1822 hubo un motín en esta ciudad<sup>321</sup>.

Al fin y al cabo, el movimiento de Cádiz en aquellos meses correspondía con una resistencia a nombramientos considerados inaplicables, pues emanaban

---

<sup>316</sup> Hablando de Grimarest y demás implicados en la conspiración, en el *Eco de Padilla* se dice: “Iba según ley a apretárseles el pescuezo, cuando la audiencia de Sevilla prevaricó y anuló la sentencia.” *El Eco de Padilla*, núm. 120, 28 de noviembre de 1821, pp. 2-3.

<sup>317</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 101, 9 de noviembre de 1821, p. 2.

<sup>318</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>319</sup> *El Eco de Padilla*, núm. 126, 4 de diciembre de 1821, pp. 1-2.

<sup>320</sup> Reseña biográfica del marqués de Campoverde por Alberto Gil Novales, *Diccionario Biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=91849>.

<sup>321</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 1, p. 470.

de un gobierno que no se consideraba legítimo. Se advierte, en las distintas proclamas y representaciones producidas en aquella ocasión, hasta qué punto algunas prácticas políticas desarrolladas por liberales superaban el estrecho marco legal definido por la Constitución. En el contexto de la resistencia gaditana de finales de 1821, lo que se sobrepasó fue la prerrogativa del monarca y su gobierno en los nombramientos de jefes políticos, comandantes y capitanes generales. Estamos aquí ante la expresión de una voluntad ciudadana que, si bien reconoce el poder y las prerrogativas de la Corona, cree también en la necesaria adecuación política de los nombrados, adecuación vinculada al concepto público, como primera señal de compromiso constitucional. En el caso de Sevilla, fue la profunda desconfianza hacia la justicia la que motivó en un primer tiempo los movimientos. Este elemento puede vincularse a lo sucedido en Cádiz en la medida en que parte de los ciudadanos de ambas ciudades rechazaron las decisiones de los poderes constituidos, por considerarlos opuestos a los principios constitucionales. En ambas ciudades se pidió al rey la remoción del ministerio y su sustitución por liberales reconocidos, sea por los servicios prestados antes del Trienio como al principio de éste.

### 3.2. Actitud de las Cortes

Frente a lo que ocurría en Cádiz, Fernando VII mandó un mensaje a las Cortes, fechado en 25 de noviembre de 1821<sup>322</sup>, en el cual pedía la cooperación de éstas con el gobierno para atajar los males que empezaban a sentirse en aquella ciudad. A raíz de este mensaje se nombró una comisión, cuyo individuo más destacado fue Calatrava -por el papel que desempeñaría poco tiempo después-, encargada de formular una contestación al mensaje del rey<sup>323</sup>. En la sesión del 9 de diciembre, Calatrava expresó que el dictamen de la comisión se componía de dos partes -la segunda en un pliego cerrado-, y propuso se examinase y votase sobre la primera antes de estudiar la segunda parte, secreta. Por votación nominal, una mayoría de diputados aprobó el

---

<sup>322</sup> DS, 26 de noviembre de 1821, p. 977.

<sup>323</sup> Además de Calatrava, esta comisión especial se componía de Muñoz Torrero, Sancho, Losada, Victorica, Moscoso de Altamira, Golfín y Zapata.

procedimiento<sup>324</sup>. La primera parte del dictamen fue leída por Calatrava en la sesión del 11 de diciembre. Consistía en una desaprobación de los movimientos de Cádiz y Sevilla, pues en ella se decía: “No hay (...) razón alguna que justifique la conducta de las autoridades de Cádiz, y aun es menos disculpable en concepto de la comisión la que han observado las de Sevilla”<sup>325</sup>. Calatrava leyó la segunda parte del dictamen en la sesión del 12 de diciembre. En ella se responsabilizaba al ministerio de lo ocurrido en las dos ciudades andaluzas, aunque de manera indirecta, y se establecía que los ministros carecían de la fuerza moral necesaria para gobernar. En efecto, se indicaba que “si bien pueden provenir en gran parte los desórdenes que se experimentan de la conducta de los gobernados, también pueden tener algún lugar en ellos la de los agentes principales del gobierno, esto es, la de los ministros de S. M.”<sup>326</sup> Al final del dictamen se pedía, “para calmar los temores y la desconfianza pública y para dar al gobierno toda la fuerza que necesita, que S. M. se digne hacer en su ministerio la reforma que las circunstancias exigen imperiosamente.”<sup>327</sup> La versión final de la contestación a Fernando VII se leyó en la sesión del 18 de diciembre de 1821<sup>328</sup>. Aquella declaración, considerada por unos como “censura política al ministerio”<sup>329</sup> pero también a veces como el primer voto de censura de la historia española<sup>330</sup>, hizo que el monarca consultase con su Consejo de Estado y, entre enero y febrero de 1822, fue

---

<sup>324</sup> DS, 9 de diciembre de 1821, pp. 1166-1167. Entre los diputados que rechazaron este método se encuentran exaltados como Romero Alpuente, Flórez Estrada o Puigblanch.

<sup>325</sup> DS, 11 de diciembre de 1821, p. 1196.

<sup>326</sup> DS, 12 de diciembre de 1821, p. 1241.

<sup>327</sup> Ibid., p. 1243.

<sup>328</sup> DS, 18 de diciembre de 1821, pp. 1348-1349.

<sup>329</sup> “La Cámara había optado, por primera vez, en la historia constitucional española, por *censurar políticamente* al ministerio. Con ello, asentaba su posición de predominio en la fijación de la política estatal y, muy concretamente, en este caso, en la de la política militar.” Roberto Blanco Valdés, *Rey, Cortes y fuerza armada...*, op. cit., p. 339 (la cursiva está en el original).

<sup>330</sup> Véase por ejemplo en Angeles Lario, “Del liberalismo revolucionario al liberalismo post-revolucionario en España”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, S. V. Hª Contemporánea, tomo 17 (2005), p. 57. Varela Suanzes manifiesta que “no puede calificarse de un voto de censura en sentido estricto”, pues “se trataba de un ruego del Parlamento al monarca para que éste ejerciese sus prerrogativa constitucional de separar a los ministros”. Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, “La monarquía imposible: la Constitución de Cádiz durante el Trienio”..., op. cit. (edición digital de la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-monarquía-imposible---la-constitución-de-cádiz-durante-el-trienio-0/html/0063b184-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_11.html#I\\_0\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-monarquía-imposible---la-constitución-de-cádiz-durante-el-trienio-0/html/0063b184-82b2-11df-acc7-002185ce6064_11.html#I_0_)). Fernández Sarasola señala que “todavía no puede hablarse de moción de censura, al menos con efectos jurídicamente vinculantes, sino tan solo de un precedente que da comienzo al sistema de doble confianza ministerial.” Ignacio Fernández Sarasola, *Poder y libertad...*, op. cit., p. 651.

removiéndose el segundo gobierno del Trienio. No obstante, antes de la remoción de la totalidad del ministerio, transcurrieron varias semanas de tensa relación entre las Cortes y el monarca<sup>331</sup>.

La desaprobación de los movimientos de Cádiz y Sevilla así como la separación en dos partes del dictamen de la comisión que integraba Calatrava fueron muy mal acogidas por algunos diputados exaltados. Flórez Estrada se expresó en contra de la primera parte del dictamen que, en su concepto, solo podía servir para “encender la guerra civil, harto preparada ya por el gobierno.”<sup>332</sup> Consideraba a los ministros como únicos responsables de las agitaciones de Cádiz y Sevilla, y defendió el principio de insurrección:

“Cuando el gobierno falta a las condiciones del pacto social, ¿podrá decirse que los pueblos en desconocer su autoridad y obediencia cometen un acto reprehensible? Semejante doctrina pronto nos conducirá a la esclavitud. (...) ¿Está alguno de todos nosotros seguro de que se haya dado exacto y fiel cumplimiento a ningún decreto importante de las Cortes, para que por su parte los pueblos quedasen en el sagrado deber de prestarles una obediencia ciega?”<sup>333</sup>

Para Romero Alpuente, el origen de los disturbios de Cádiz y Sevilla se encontraba en el ministerio. Las reacciones de las ciudades andaluzas eran la consecuencia de un poder central arbitrario, que no hacía ningún caso a las peticiones ciudadanas, y si aquellas resistieron fue por “el patriotismo, la inocencia y el valor heroico de los verdaderos amantes de la Constitución”<sup>334</sup>. Con respecto a la separación en dos partes del dictamen y el haber votado una primera parte sin conocer la segunda, le pareció ilógica. En efecto, se le hacía natural examinar ambas partes a la vez “por la sencillísima razón irresistible de que o los ministros habían tenido derecho para mandar y las ciudades

---

<sup>331</sup> El “rey no destituyó de forma inmediata a los ministros, lo que (...) impulsó a algunos exaltados a recordar al rey la necesidad de hacerlo. En febrero de 1822, Calatrava propuso recordar al rey la recomendación de renovar la integridad de su gabinete, ya que hasta esa fecha solo habían dimitido cuatro ministros. El diputado exaltado trató entonces de forzar el cambio de gabinete, proponiendo que no se discutiesen los proyectos de ley sobre la libertad de imprenta y el derecho de petición hasta que dicho cambio se verificase. Es evidente que el asunto había trascendido las relaciones Cortes-gobierno para situarse en un plano más peligroso: un conflicto de las Cortes directamente con el rey”. Ibid., pp. 651-652.

<sup>332</sup> DS, 11 de diciembre de 1822, p. 1200.

<sup>333</sup> Ibid., p. 1199. Citado por María Cruz Romeo Mateo, “Teoría política y agitación social en los orígenes del liberalismo ‘exaltado’: la oposición al gobierno Bardají-Feliú, 1821-1822”, en VV. AA., *El jacobinisme. Reacció y revolució a Catalunya i a Espanya, 1789-1837*, Barcelona, Universidad Autònoma de Barcelona, 1990, p. 442.

<sup>334</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 269.

obligación de obedecer, o al contrario las ciudades no habían tenido obligación de obedecer porque los ministros no habían tenido derecho de mandar”<sup>335</sup>.

### 3.3 Alguna consideración sobre el tercer gobierno del Trienio

Para finalizar este capítulo, haré unas breves consideraciones sobre el tercer gobierno, conformado el 28 de febrero de 1822. De los individuos más destacables que lo compusieron, cinco de ellos fueron diputados en la legislatura de 1820-1822 -está se había cerrado el 14 de febrero de 1822-: Martínez de la Rosa (Estado), Gareli (Gracia y Justicia), Clemencín (Ultramar), Moscoso de Altamira (Gobernación) y Sierra Pambley (Hacienda). Para dar alguna imagen de lo que pudo provocar, en los liberales exaltados, semejantes nombramientos, voy a mencionar a Antonio Solana, periodista exaltado y autor del folleto *La Congressa española*. Solana, a la vez que ataca las Cortes de la primera legislatura, censura a estos diputados que se pasaron lisa y llanamente al ministerio muy poco tiempo después del fin de ésta:

“Completó su infamia este malhadado Congreso con el escandaloso ejemplar de haber admitido algunos de sus individuos, luego que concluyó la primera legislatura, los altos empleos de secretarios del Despacho; corrompiendo así las costumbres y la opinión pública con el fuerte estímulo de tan crecidos premios por la prevaricación contra su patria.”<sup>336</sup>

Solana carga especialmente contra Martínez de la Rosa, quién se hizo famoso -para bien y para mal- en 1820 por decir en las Cortes “defendiendo al gobierno se defiende la libertad”.

Con respecto a la consideración de Solana sobre la “prevaricación” de estos liberales contra su patria, hace falta decir que aunque la Constitución de Cádiz no impidiese realmente semejantes nombramientos, sí recogía la incompatibilidad entre el cargo de diputado y el de ministro -artículo 129-. No obstante, ésta se reducía al tiempo de la diputación. El mandato de aquellos diputados que

---

<sup>335</sup> Ibid., p. 270.

<sup>336</sup> Antonio Solana, *La Congressa española. Restablecimiento de la libertad y prosperidad de España, o sea el único remedio de sus presentes graves males, y de otros mayores que tiene muy cerca. Plan que propone a esta nación uno de sus más amantes hijos, académico de la Argamasilla*, Madrid, Imprenta del Zurriago, 1822. Utilizo aquí la versión editada por Alberto Gil Novales en *Textos exaltados del Trienio Liberal*, Madrid, Ediciones Júcar, 1979, pp. 173-186. La cita sobre el “malhadado Congreso” se encuentra en la página 179 de esta última edición.

llegaron a formar parte del tercer gobierno se acabó el 14 de febrero, fecha de cierre de las Cortes. En este contexto, puede entenderse mejor el ataque de Solana: con estos nombramientos se torcieron algunas de las bases de la Constitución, es decir, la separación nítida entre los tres poderes del Estado así como la desconfianza hacia el ejecutivo que recogía. Por lo tanto, aunque no hubo una infracción de Constitución como tal, puede decirse que con estos nombramientos para el tercer gobierno, en opinión de muchos exaltados, no se respetaba el espíritu de la Constitución<sup>337</sup>. Bajo estos auspicios comenzaba entonces el tercer gobierno del Trienio, del cual analizaré la actividad en el capítulo siguiente.

Antes de cerrar el presente capítulo, me interesa considerar las conexiones que se dieron durante el Trienio, especialmente a partir de 1821 con la intervención austriaca en Nápoles y Piamonte, entre liberales europeos y los liberales exaltados presentes en Madrid. Así, resaltaría la influencia que ejerció la revolución española de 1820 en los liberales europeos y cómo éstos llegaron a colaborar con los exaltados en su lucha contra las potencias legitimistas del continente.

#### *4. La Internacional Liberal: España como modelo y refugio*

Una de las más valiosas aportaciones sobre la influencia exterior del régimen del Trienio Liberal consiste en los recientes trabajos sobre el impacto de la revolución española de 1820 en Europa. Existe un consenso entre estudiosos del área mediterránea de la Europa del siglo XIX, que establece que la revolución de 1820 constituyó un modelo para los liberales europeos deseosos de alterar el orden europeo instaurado en 1815. Este postulado transmite una idea de España como espejo en el que querían mirarse revolucionarios tanto italianos como franceses y portugueses, e incluye conceptos de análisis primordiales tales como el de “fraternidad” y el de

---

<sup>337</sup> Prueba de ello es la proposición presentada por cincuenta diputados -con una mayoría de exaltados- al inicio de la legislatura de 1822, que decía lo siguiente: “Pedimos a las Cortes se sirvan decretar que los diputados no puedan obtener destino alguno de provisión real, ni ascenso (no siendo de escala en sus respectivas carreras), sino después de haber transcurrido un año de cesada su diputación.” Entre los firmantes destacan Seoane, Istúriz, Zulueta, Beltrán de Lis, Alcalá Galiano, Canga Argüelles, Riego y Oliver. *DS*, 2 de marzo de 1822, p. 67.

“utopía”. Voy a recalcar en esta sección algunos avances historiográficos que permiten analizar hasta qué punto y en qué medida España pudo convertirse en modelo, especialmente para las revoluciones de la Italia pre-unitaria. Asimismo, haré algunas consideraciones sobre interacciones de liberales franceses con políticos españoles, examinando el caso de dos publicistas franceses que, según algunas fuentes, acordaron la formación de un periódico de propaganda favorable al régimen liberal -*Le Régulateur*- con el ministro de Estado del segundo gobierno del Trienio, Bardají.

#### 4.1 España como modelo de la revolución napolitana de 1820-1821

En el caso de la revolución napolitana, para muchos liberales y revolucionarios, España, por la Guerra de la Independencia, ya encarnaba importantes valores<sup>338</sup>. Para entender cómo pudo ser un modelo la revolución española de 1820, hace falta considerar el contexto político en el que se dio. Como consecuencia de la caída de Napoleón, definitiva después del episodio de los Cien Días en 1815, se conformó en Europa un nuevo orden político, el de la Restauración. Este nuevo orden no equivalió a una simple vuelta al estado de cosas anterior a 1789, sino que se plasmó en una transacción política respecto a las herencias de la Revolución francesa y del imperio napoleónico<sup>339</sup>, con mayor o menor grado de implantación según los territorios<sup>340</sup>. En este contexto, la monarquía de Fernando VII, considerada

---

<sup>338</sup> La Guerra de la Independencia constituía “un *topos* de la mémorialistique libérale, à la fois par son caractère traumatique dû à l’ampleur et à la longueur d’un combat lointain et par le modèle qu’elle a fourni aux guerres de libération européennes en permettant l’autodétermination nationale, le refus de l’occupation étrangère et en constituant un terrain d’expression privilégié à la modernité politique naissante.” Pierre-Marie Delpu, “Fraternités libérales et insurrections nationales : Naples et l’Espagne, 1820-1821” en *Revue d’histoire du XIX<sup>e</sup> siècle*, núm. 49 (2014/2), p. 202.

<sup>339</sup> La “Restauración, tal y como se concibe en 1815, se caracterizaba más por la búsqueda de un cierto equilibrio que por una vuelta sistemática al pasado que solo los ‘ultras’, o los realistas más exaltados, querían imponer sin ningún tipo de concesiones.” Como ejemplo de esta transacción política está la Carta Otorgada impuesta en Francia por Luis XVIII en 1814, así como algunas de las tentativas del zar Alejandro I “durante los primeros años de su reinado y en algunos momentos posteriores.” María Victoria López-Cordón, “España en la Europa de la Restauración (1814-1834)”, en *La España de Fernando VII. La posición europea y la emancipación americana*, tomo 32/2 de José María Jover Zamora (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 15. Sobre el nuevo orden de la Restauración, véanse las clásicas obras de Harold Nicolson, *The Congress of Vienna. A study in allied unity: 1812-1822*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1946 y Pierre Renouvin, *Histoire des relations internationales. Le XIX<sup>e</sup> siècle. I: de 1815 à 1871*, París, Hachette, 1955, tomo 5.

<sup>340</sup> Juan Luis Simal Durán: *Exilio, liberalismo...*, op. cit., pp. 76-79.

como legítima, se situaba en el extremo ultra del espectro político de la Europa de la Restauración, en la medida en que el rey español, desde 1814, se esforzó por conservar su poder absoluto y por negarse a transigir con las fuerzas políticas liberales, con la consiguiente represión de éstas en los periodos 1814-1819 y 1823-1833.

Mediante el Congreso de Viena (1814-1815) y la unión de distintas potencias en 1815 -aquellas que conformaron la Santa Alianza, es decir, Prusia, Austria y Rusia, así como la Cuádruple Alianza, a saber, Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia-, se estableció un nuevo orden en el continente europeo, un “sistema de solidaridad concertado”<sup>341</sup> entre las potencias citadas, basado en dos principios. “En primer lugar, el equilibrio de poderes entre las potencias europeas que garantizara una paz basada en el orden y la obediencia. En segundo lugar, la legitimidad monárquica.”<sup>342</sup>

La revolución española es la primera brecha en este sistema de legitimidad monárquica, y la aceptación de la Constitución de 1812 por Fernando VII fue la confirmación de este trastorno del orden europeo posnapoleónico. La admiración por España, ya suscitada por el episodio de la Guerra de la Independencia<sup>343</sup>, alcanzó un nuevo grado por su mutación política en el año

---

<sup>341</sup> María Victoria López-Cordón, “España...”, op. cit., p. 16.

<sup>342</sup> Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo...*, op. cit., p. 80.

<sup>343</sup> Corciulo, en un análisis de la recepción italiana de la Constitución de Cádiz, retoma el título de la obra de Giorgio Spini *Mito e realtà della Spagna nelle rivoluzioni italiane del 1820-1821*, para establecer lo siguiente: “Ma quali furono le congiunture storico-politiche che portarono alla nascita di tale mito? L’origine fu la guerra, potremmo dire di liberazione, combattuta con ardimentoso coraggio e indomita fierezza per ben sei anni, dal 1808 al 1814, dagli spagnoli contro Napoleone, all’insegna dell’indipendenza nazionale, peraltro da mantenere sotto lo scettro del sovrano borbonico Ferdinando VII. Le fasi di questa lotta di indipendenza vennero seguite con ammirata trepidazione da quella parte dell’opinione pubblica europea più politicamente avanzata che avrebbe voluto imitare l’esempio spagnolo, individuato essenzialmente in una guerra patriottica nazionale, rivoluzionaria, condotta con metodi e strumenti militari anche del tutto nuovi: la guerriglia fu sperimentata per la prima volta in quel frangente.” Maria Sofia Corciulo, “La Costituzione di Cadice e le rivoluzioni italiane del 1820-’21” en *La carta e la storia*, núm. 2 (diciembre 2000), p. 18.



veinte, y se asoció entonces la Península con la idea misma de libertad<sup>344</sup>. Esta fascinación, además de una voluntad patente de imitar el ejemplo español y reivindicar una relación de parentesco, se ve reflejada desde los inicios de la revolución napolitana, por ejemplo en palabras que pronunció Guglielmo Pepe<sup>345</sup> ante el congreso napolitano en octubre de 1820, cuando declaraba que quería hacer de Nápoles una segunda Isla de León<sup>346</sup>. Además de esta voluntad de imitación, está presente el uso, por parte de los revolucionarios napolitanos, de distintos elementos propios de la experiencia española: desde la táctica del pronunciamiento de militares politizados y conectados a través de sociedades secretas<sup>347</sup> -un *modus operandi* que formaba parte también de planes de revolucionarios franceses<sup>348</sup>-, hasta la propia Constitución de 1812, que ya había circulado por el territorio italiano y había sido objeto de

---

<sup>344</sup> Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 34. En un contexto más amplio, Bron señala lo siguiente: "l'attention des patriotes (européens) de 1820 se porte désormais sur l'Espagne. Non seulement c'est là que le mouvement a commencé, mais dans toute l'Europe, le pays jouit d'une image extrêmement positive, qui rejaillit sur le Portugal, et qui repose sur la valorisation du soulèvement 'national' de 1808 contre les troupes d'invasion françaises, sur la guerre à mort menée contre l'envahisseur et sur la Constitution libérale -les révolutionnaires espagnols de 1808 sont les premiers à utiliser cet adjectif- dont se sont dotés les insurgés. En conséquence, les révolutionnaires de 1820 prennent exemple sur les libéraux espagnols." Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie. Les relations politiques luso-italiennes des Lumières à l'Internationale libérale de 1830*, Tesis doctoral, Ecole Pratique des Hautes Etudes, 2013, tomo 1, p. 214.

<sup>345</sup> Véase la reseña biográfica de Pepe (1783-1855), uno de los mayores protagonistas de la revolución napolitana, en Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., pp. 240-241.

<sup>346</sup> Pepe en el Parlamento napolitano, el 3 de octubre de 1820. Citado por Pierre-Marie Delpu, "Fraternités libérales et insurrections nationales...", op. cit., p. 195. Para referirse a lo que podía representar España para un liberal napolitano como Pepe, Delpu retoma el concepto de "arquetipo revolucionario", utilizado por Irene Castells en su estudio del liberalismo insurreccional español.

<sup>347</sup> Para la revolución napolitana, Delpu analiza por ejemplo el caso del notable Lorenzo De Conciliis, uno de los oficiales que promovió la revolución de julio de 1820. Así, reconstruye cómo De Conciliis -jefe del estado mayor en la provincia de Avellino-, sin ser miembro de ninguna sociedad secreta pero apoyándose en los contactos que tenía en ellas por su papel de notable, mandó a militares a reclutar a combatientes en la zona, con el fin de formar un batallón de patriotas. Este batallón fue el primero en sublevarse antes del estallido global de la revolución, y sería de los primeros efectivos en formar parte del ejército constitucional compuesto por Pepe, el 6 de julio de 1820. Pierre-Marie Delpu, "Fraternités libérales et insurrections nationales...", op. cit., p. 204.

<sup>348</sup> "Una parte de la oposición en las Cámaras -liderada por La Fayette, Constant, Foy o Perier- abandonó la vía política y terminó por lanzarse a la estrategia insurreccional. En buena medida inducidos por el ejemplo revolucionario español e italiano, los revolucionarios franceses adoptaron el modelo de pronunciamiento y llevaron a cabo una sucesión de acciones, todas fracasadas, en las que se combinaba la participación de sector civiles y militares organizados a través de sociedades secretas: la conspiración del Bazar de agosto de 1820 (...) que reunía a estudiantes republicanos y a militares descontentos; la conspiración en Saumur en diciembre de 1821 (...) liderada por el general Berton (...); y los más célebres cuatro sargentos de La Rochelle, que fueron ejecutados en septiembre de 1822 por su conexión con la carbonería parisina en un episodio de gran resonancia pública." Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo...*, op. cit., pp. 211-212.

reivindicación antes de la revolución española de 1820<sup>349</sup>. Finalmente, el que se comparase a Pepe con Riego, y a Quiroga con De Conciliis<sup>350</sup>, demuestra hasta qué punto pudo existir un sentimiento de admiración y parentesco hacia la revolución española y sus promotores por parte de los liberales napolitanos. Con el colapso de las revoluciones de Nápoles y Piamonte, en 1821, España constituyó un significativo refugio para todos aquellos que habían participado en ellas, pues parecía una “destinación natural”, por ser el país que precipitó la oleada de revoluciones de la Europa mediterránea y donde el proceso revolucionario seguía dándose<sup>351</sup>.

#### 4.2 Internacionalismo y fraternidad

Entre las valiosas aportaciones sobre las redes constituidas por liberales y revolucionarios europeos así como los elementos fundamentales de su ideología, me interesa recoger algunas vertientes que destaca Isabella en su estudio de las relaciones entre exiliados italianos y sus experiencias políticas de la revolución española<sup>352</sup>. En este sentido, Isabella subraya en primer lugar el internacionalismo inherente a la ideología y prácticas políticas de liberales europeos durante la revolución española y más allá en el siglo XIX. Existía entonces una voluntad de ver triunfar las ideas liberales en distintos territorios, se concebía que “the defence or promotion of freedom as a cause demanded the coordinated efforts of liberals in all European countries.”<sup>353</sup> Este internacionalismo conllevaba tres fenómenos, siendo el primero la cooperación entre revolucionarios y liberales de países europeos para crear y actuar a

---

<sup>349</sup> Pierre-Marie Delpu, “Fraternités libérales et insurrections nationales...”, op. cit., p. 199. Una primera traducción de la Constitución de 1812 se publicó en Messina en 1813, “avant que d’autres éditions du texte ne paraissent à Rome, à Milan et à Piacenza.” Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l’Italie...*, op. cit., p. 218.

<sup>350</sup> Pierre-Marie Delpu, “Fraternités libérales et insurrections nationales...”, op. cit., p. 204. Delpu habla de los “modèles d’héroïsme” que proporcionó la experiencia revolucionaria española.

<sup>351</sup> Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 33. Para un examen del desencanto experimentado por estos revolucionarios refugiados en España, véase en ibid., pp. 38-40 y Grégoire Bron, “Learning lessons from the Iberian Peninsula: Italian Exiles and the Making of a Risorgimento without People, 1820-48” en Maurizio Isabella y Konstantina Zanou (eds.), *Mediterranean Diasporas...*, op. cit., pp. 59-76.

<sup>352</sup> Me refiero particularmente al capítulo 2 de su obra *Risorgimento in exile...*, op. cit., pp. 32-41.

<sup>353</sup> Ibid., p. 35.

través de sociedades secretas. En el caso de la Península, por parte de refugiados italianos que llegaron a raíz de la represión de las revoluciones napolitana y piamontesa, se difundió por un lado la carbonería<sup>354</sup>, que no “terminó de arraigar en España”<sup>355</sup>. Luego, se tiene constancia de la creación de una sociedad secreta cuyo cosmopolitismo era una característica fundamental, además de su declarada intención de fraternidad y solidaridad: la *Società Europea dei Fratelli Costituzionali*, fundada primero en Madrid en 1821 bajo el impulso de Pepe y Pecchio, y con la participación del general Lafayette<sup>356</sup> y del general Ballesteros. Se establece que se logró la implantación de la *Società* en Portugal e Inglaterra<sup>357</sup>, y era en este último país que se encontraba la mayor parte de sus apoyos financieros<sup>358</sup>. Por lo que respecta a Portugal, ya en 1822 se había implantado la *Società* -con una

<sup>354</sup> “Las investigaciones policiales de la época afirman que el carbonarismo era casi desconocido en España hasta que llegaron a Barcelona los desterrados piamonteses, aunque algunos años antes los marinos ingleses habían difundido la secta en Menorca.” Iris M. Zavala, *Masones...*, op. cit., pp. 100-101.

<sup>355</sup> Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo...*, op. cit., p. 397. Como introductores de la carbonería en España, Simal cita a los napolitanos Attelis y Pacchiarotti. Isabella establece que fue el milanés Pecchio quien importó la carbonería en Madrid en *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 35. También se evoca a Fiorenzo Galli, militar que tuvo parte en la revolución piamontesa, se refugió en España y fue ayudante de campo de Mina entre 1822 y 1823, como uno de los exiliados italianos que contribuyó a la difusión de la carbonería en España. Francisco Miguel Espino Jiménez, “La presencia de refugiados napolitanos en la España del Trienio Liberal y su papel en las sociedades secretas”, en Carmen Blanco Valdés, Linda Garosi, Giorgia Marangon Bacciolo, Francisco José Rodríguez Mesa (coords.), *Il Mezzogiorno italiano: riflessi e immagini culturali del Sud d'Italia*, Florencia, Franco Cesati Editore, 2016, vol. 2, p. 608. Asimismo, los revolucionarios franceses Vaudoncourt y Cugnet de Montarlot, refugiados en España durante parte del Trienio, colaboraron en la implantación de ventas carbonarias en la Península. Cugnet hubiera iniciado a Riego en la *Legión de la libertad Europea*, un grupo adscrito al carbonarismo. Iris M. Zavala, *Masones...*, op. cit., p. 104.

<sup>356</sup> Según las memorias del general Pepe, Lafayette hubiera expresado su deseo de formar parte de la sociedad hacia mayo de 1822, después de que Pepe le enviara los estatutos. Lafayette le escribió a este último el 3 de mayo de 1822: “C’est avec grand plaisir, mon cher Pepe, que je me suis associé à votre fédération de patriotes européens. Cette sainte alliance, opposée à celle du despotisme et du privilège, ne peut qu’être fort utile.” Guglielmo Pepe, *Mémoires du général Pepe sur les principaux événements politiques et militaires de l’Italie moderne*, París, Librairie d’Amyot Editeur, 1847, tomo 3, p. 375. Citado por Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 122.

<sup>357</sup> Iris M. Zavala, *Masones...*, op. cit., p. 102. Sobre la implantación en Portugal de organizaciones secretas de carácter transnacional y el papel desempeñado por refugiados italianos, Bron recalca que “dans leur tentative de coordonner les efforts des différents libéraux européens et de susciter une réelle solidarité internationale, plusieurs libéraux radicaux italiens viennent au Portugal pendant le *Triénio vintista* pour tenter d’y implanter ces organisations, et d’obtenir l’adhésion du gouvernement constitutionnel portugais aux projets révolutionnaires internationalistes dont ils sont les promoteurs.” Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l’Italie...*, op. cit., p. 245.

<sup>358</sup> Pierre-Marie Delpu, *Politisation et monde libéral en Italie méridionale (1815-1856). Le malgoverno et ses opposants: acteurs et pratiques dans le royaume des Deux-Siciles*, Tesis doctoral, Universidad París 1, 2017, p. 193. Agradezco a Pierre-Marie Delpu por haberme dado acceso a su trabajo.

participación de ministros y diputados portugueses<sup>359</sup>-, y servían de principales intermediarios entre los núcleos portugueses y españoles los italianos Pisa y Cobianchi<sup>360</sup>. Poco se conoce de los trabajos y posible número de miembros de esta confederación de patriotas europeos, aunque se supone inserta en una red transnacional filhelénica cuyas ramificaciones llegaban hasta Inglaterra<sup>361</sup>. Lo cierto es que la colaboración de Lafayette en la sociedad

“brought with it the support of French liberals and the carbonari, who were disturbed by the rise of the ultras and firmly convinced that the defence of the French charter and the rights of parliament could be achieved only within a broader fight for liberalism in Europe.”<sup>362</sup>

Aquello significa que, en la mente de liberales franceses como Lafayette, existía la idea de que, para preservar a Francia de los ultras, además de una defensa interna de la Carta Otorgada y de los poderes del parlamento francés, era vital articular una lucha entre movimientos liberales en Europa. Y no estaba solamente el peligro de los ultras franceses sino que, en un contexto europeo, se trataba de un combate contra la Santa Alianza<sup>363</sup>. En este sentido, como lo define Delpu, la fundación de esta *Società* estaba vinculada a la toma de conciencia, por parte de protagonistas de las revoluciones italianas, de su aislamiento -de ahí el fracaso de las revoluciones de 1820 y 1821-, y de la

---

<sup>359</sup> Parece que la implantación de la *Società* fue más exitosa en Lisboa que en Madrid, según lo que cuenta Pepe en sus memorias: “Pendant le peu de jours que je passai à Lisbonne, je m’occupai d’établir la société qui s’était instituée à Madrid, et elle se forma sans la moindre difficulté, mieux même que dans la capitale de l’Espagne, deux ministres s’y étant inscrits de même que presque tous les conseillers d’Etat, et plusieurs députés. Almeida Moraes (président des Cortes portugaises) en fut enfin président. Ces circonstances me firent espérer que la société prendrait racine et s’étendrait dans plusieurs grandes villes d’Europe.” Guglielmo Pepe, *Mémoires du général Pepe...*, op. cit., tomo 3, p. 349. Citado por Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l’Italie...*, op. cit., p. 246.

<sup>360</sup> “La société a ainsi recouru à plusieurs intermédiaires dont les principaux sont Vincenzo Pisa et Gabriele Cobianchi, qui ont secondé Pepe dans la révolution de Naples en 1820. Ils constituent des intermédiaires entre les comités espagnols et portugais d’une part, et Guglielmo Pepe d’autre part, qui se charge des relations avec les milieux libéraux et philhellènes français et britannique.” Pierre-Marie Delpu, *Politisation et monde libéral...*, op. cit., p. 192.

<sup>361</sup> Gianni Korinthis, *I liberali napoletani e la Rivoluzione greca (1821-1830)*, Nápoles, l’Officina tipografica, 1990, p. 128. Citado por Pierre-Marie Delpu, “Les correspondances, un outil pour reconstituer les réseaux libéraux napolitains dans le premier XIXème siècle”, en *Page 19. Bulletin des doctorants et jeunes chercheurs du Centre d’histoire du XIXème siècle*, núm. 1 (invierno 2013), p. 70.

<sup>362</sup> Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 35.

<sup>363</sup> “The promoters of the society believed that a successful struggle against the Holy Alliance could be waged only if there were cooperation between liberales throughout Europe.” Idem.

necesidad de coordinar en un nivel supranacional la lucha contra el orden legitimista europeo<sup>364</sup>.

Es seguramente en el marco de esta *Società* que Pepe, llegado a Madrid desde Inglaterra después del 7 de julio de 1822, reunió a distintos corifeos del bando exaltado para darles a conocer un plan de Lafayette, destinado a orquestar la caída de la dinastía borbónica:

“Il leur recommandait avec chaleur de reconnaître l'indépendance de la Colombie et du Mexique; ils auraient reçu en compensation de ces deux gouvernements cent millions de francs (...). Lafayette en même temps aurait désiré que l'Espagne employât deux millions de francs pour mettre les patriotes français en mesure de faire révolter les troupes du cordon. Le résultat infaillible de cette rébellion eût été la chute des Bourbons, et dès lors la liberté eût cessé d'être menacée en Espagne et en Portugal”<sup>365</sup>.

Estuvieron reunidos en casa de Riego alrededor de doce diputados de las Cortes, representantes de la tendencia exaltada en toda su diversidad, es decir, desde los más cercanos al gobierno San Miguel hasta los comuneros más desconfiados. Según lo que recuerda Pepe, estaban presentes por lo menos el duque del Parque, Riego, Ballesteros, Quiroga, Istúriz, Alcalá Galiano, Flórez Estrada, Salvato, Manuel Beltrán de Lis, Romero Alpuente y Palarea. Pepe recalca que había mucha rivalidad entre los asistentes: “L'on a aucune idée des jalousies qui existaient entre eux et qui rendait extrêmement difficile de les réunir. (...) Le général Ballesteros m'assurait que j'avais fait un miracle d'obtenir cette réunion.”<sup>366</sup>

En el relato que hace Pepe del encuentro, es patente su desilusión frente a la actitud de los liberales exaltados reunidos. Recalca la apatía de algunos de ellos -cuenta que varios diputados llegaron a las cuatro de la tarde en vez de a la una- así como su cortedad de vista. Según Pepe, fue por culpa de Alcalá Galiano que el plan de Lafayette fracasó. Mientras iba explicando “qu'en reconnaissant l'indépendance des colonies d'Amérique, ils pourraient fournir à

---

<sup>364</sup> Pierre-Marie Delpu, *Politisation et monde libéral...*, op. cit., p. 191. Después del Trienio, en el contexto del exilio liberal a Inglaterra, al parecer, “Spanish exiles kept alive the society originally founded by Pepe and Pecchio in Madrid.” Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 35. Castells duda de la continuación de la *Società Europea dei Fratelli Costituzionali*, aunque evoca una posible continuidad en Londres con la Asamblea de Constitucionales Europeos. Irene Castells, *La utopía insurreccional del liberalismo...*, op. cit., p. 39.

<sup>365</sup> Guglielmo Pepe, *Mémoires du général Pepe...*, op. cit., tomo 3, p. 378. Citado por Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 123.

<sup>366</sup> Citado por idem.

Lafayette des secours d'argent et se préparer à la défense (...); qu'en outre le gouvernement espagnol pourrait renforcer ses légions avec les troupes qu'il aurait rappelées des colonies", Alcalá Galiano le cortó la palabra para exponer sus argumentos en contra, basados en la hipotética participación del pueblo español en una guerra contra Francia y lo impopular que sería reconocer la independencia de las colonias de América<sup>367</sup>. Ahí estamos ante otro ejemplo del rechazo de algunos exaltados -en este caso Alcalá Galiano- de reconocer la independencia de las colonias americanas, cuando ya a estas alturas tanto México como Colombia estaban *de facto* independientes<sup>368</sup>. Es llamativa la actuación de Alcalá Galiano en 1822 con respecto a este tema ya que, a principios de 1820, se había declarado a favor de la independencia<sup>369</sup>. Puede que este cambio de actitud se debiese a la evolución ideológica de este liberal exaltado, pero también es factible que estuviese motivado por su ambición y búsqueda de popularidad, unos rasgos definitorios del personaje según ha demostrado Sánchez García<sup>370</sup>.

El segundo fenómeno que conllevaba el internacionalismo de los liberales y revolucionarios europeos en aquella época es la implicación de los exiliados,

---

<sup>367</sup> "Le discours semblait obtenir l'approbation de plusieurs membres du conseil, mais Galiano se leva et dit que, pour défendre la patrie, il faudrait que les Cortes fussent populaires, et que reconnaître l'indépendance des colonies serait une mesure des plus contraires à sa popularité; que si le gouvernement constitutionnel espagnol provoquait la guerre en favorisant les libéraux français, le peuple (espagnol) ne regarderait pas comme injuste l'agression de Louis XVIII, et qu'alors il serait lent à la défense. Ce raisonnement de Galiano, qu'il étendit et orna beaucoup, me fit perdre ma cause, car on finit par conclure *que l'on ne devait en aucune manière seconder Lafayette ni reconnaître l'indépendance américaine*." Ambas citas están en Guglielmo Pepe, *Mémoires du général Pepe...*, op. cit., tomo 3, pp. 391-392. Citado por Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 124 (la cursiva es mía).

<sup>368</sup> En su exposición del plan de Lafayette a los diputados exaltados, Pepe añadió "qu'on ne pouvait espérer que les (espagnols) parvinssent à remettre sous leur domination les territoires qu'ils avaient possédé en Amérique." Una vez acabada la reunión, cuando cada asistente caminaba hacia su casa, Pepe cuenta que le dijo a Alcalá Galiano "que dans peu de temps nous nous reverrions à Londres, et que je lui souhaitais d'avoir durant sa proscription des parents aussi affectueux que mon frère se montrait envers moi". Con estas palabras, Pepe indica que ya está convencido de la próxima caída del régimen constitucional español. Guglielmo Pepe, *Mémoires du général Pepe...*, op. cit., tomo 3, pp. 392-393.

<sup>369</sup> En la *Gaceta del Ejército Patriótico Nacional* de 19 de febrero de 1820, Alcalá Galiano escribió lo siguiente: "Debería enviar(se) agentes a las Américas para tratar de que la independencia de aquellas vasta regiones, inevitable ya, quedase asegurada de un modo pacífico, y que se celebrasen tratados de amistad y comercio tan íntimos como deben reinar entre pueblos con quienes nos son más comunes el origen, las costumbres, la religión y el idioma". Citado por Raquel Sánchez García, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, p. 108

<sup>370</sup> En su estudio biográfico, Sánchez García subraya en distintas ocasiones la ambición política de Alcalá Galiano, que en la época del Trienio le llevó a crearse una imagen de demagogo exaltado que se presentaba "como guardián de las esencias revolucionarias". Ibid., p. 109.

especialmente los italianos y franceses, en la defensa militar del régimen español. Isabella define que la contribución de tropas y oficiales italianos “started spontaneously and (was) often motivated by the exiles’ need to make a living”<sup>371</sup>. En distintas partes del territorio peninsular se formaron grupos de exiliados que lucharon con las tropas constitucionales españolas en contra de las partidas realistas y del ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis. En el caso de los refugiados italianos, Morán Ortí recalca que fue el fenómeno contrarrevolucionario, especialmente en Cataluña, el que llevó primero a la participación de estos refugiados en la defensa militar del régimen constitucional español, se trate de acciones personales o colectivas<sup>372</sup>. Ya en 1821, se había barajado la idea de crear una *Legión Itálica*, en un artículo de Camillo Trompeo publicado en *El Universal* de 13 de abril de 1822<sup>373</sup>.

Algunos trabajos subrayan la pasividad del gobierno San Miguel en la organización de cuerpos militares extranjeros -compuestos tanto por exiliados como por voluntarios-, las llamadas legiones liberales extranjeras. En el caso francés, está por ejemplo la figura de Charles Nicolas Fabvier, general del ejército napoleónico, conspirador contra la monarquía de Luis XVIII, que llegó a España desde Inglaterra a principios de 1823. Según su biógrafo Débidour, Fabvier propuso al gobierno San Miguel un plan para unir militarmente España y Francia y combatir el ejército francés en su propio territorio, con el fin de evitar una invasión francesa en España<sup>374</sup>. Fue cuando se retiró el embajador francés La Garde a finales de enero de 1823 que el gobierno español aceptó la

---

<sup>371</sup> Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 36.

<sup>372</sup> Manuel Morán Ortí, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal” en *Hispania*, núm. 49/173 (1989), pp. 1000-1001.

<sup>373</sup> Ibid., p. 1004.

<sup>374</sup> Entre las condiciones que Fabvier hubiera propuesto a los ministros del cuarto gabinete del Trienio destacan las siguientes: “1. Arrêter en principe que le gouvernement espagnol veut concourir à l’affranchissement de la France, qui aura occasion de lui rendre un service au moins égal./ 2. Faire partir les opérations d’un centre commun (...)/ 4. Toute la partie inférieure de l’armée (française) étant patriote et n’étant contenue que par des chefs imposés par un gouvernement qui a la conscience de son illégitimité, des défections sont organisées, mais elles ne peuvent avoir lieu que sur le territoire français./ 5. La situation personnelle de plusieurs de ces chefs placés par le gouvernement dans sa confiance et leurs besoins exigeant que leur sort soit fixé en cas de revers, les premiers moments de cette opération et les dispositions préparatoires demandant de l’argent, qu’on ne peut se procurer en France sans compromettre le secret, et les fortunes des principaux coopérateurs ayant été épuisées par plusieurs années de travaux, l’Espagne ferait l’avance d’une somme suffisante, qui serait remboursée aussitôt que nous aurions mis le pied sur le territoire français, toutes les bourses nous étant ouvertes pour un si noble but”. Antonin Débidour, *Le général Fabvier. Sa vie politique et militaire*, Paris, Plon, 1904, pp. 208-209.

propuesta de Fabvier, quien entonces ideó la creación de un comité director en Madrid para coordinar la lucha contra las potencias legitimistas de la Santa Alianza en el contexto de una ruptura inminente con Francia. San Miguel, el entonces presidente de las Cortes Istúriz y los diputados Infante y Grases hubieran integrado este comité<sup>375</sup>. Sin embargo, los esfuerzos de Fabvier no fueron exitosos, ante todo por la penuria de fondo del gobierno español y la relativa indiferencia del ministro San Miguel<sup>376</sup>. A pesar de la falta de apoyos, el 6 de abril de 1823 en el paso de Behobia, “Fabvier décide tout de même de se jeter au contact de l’armée française” con un cuerpo de ochenta hombres aproximadamente, que salió derrotado del encuentro con las tropas francesas<sup>377</sup>.

En el caso inglés, está el general Wilson<sup>378</sup>, quien firmó con el gobierno español en mayo de 1823 un convenio para la formación de un ejército de tropas extranjeras al servicio de España, “concluyendo así meses de largas discusiones”, pues “habían pasado ya más de siete semanas desde el comienzo de la intervención francesa.”<sup>379</sup> Antes de 1823, Wilson ya se había implicado ideológicamente en la defensa del régimen constitucional español, pues en 1821, tras la intervención austriaca en Nápoles y Piamonte, había

---

<sup>375</sup> Ibid., p. 212. Citado por Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 36.

<sup>376</sup> Antonin Débidour, *Le général Fabvier...*, op. cit., pp. 206-227. Débidour recalca en distintas ocasiones el descontento de Fabvier ante el comportamiento indeciso de los ministros, particularmente San Miguel, como por ejemplo en este fragmento: “Le 19 janvier il eut encore un long entretien, aussi décevant que les autres, avec le ministre des Affaires Etrangères. ‘San Miguel me fait venir pour me dire qu’il trouve mon projet fort bon. Mais il n’a point d’argent. Il appuie sur la faculté qu’on a en France d’en avoir, etc. Je lui représente tout ce qu’on peut penser (...). Il entend peu et mal. Il me demande quand il faudrait cet argent, etc. Enfin j’en suis mécontent. Il prend l’affaire comme si nous lui demandions un service’.” Ibid., pp. 209-210.

<sup>377</sup> Walter Bruyère-Ostells, *La Grande Armée de la liberté...*, op. cit., p. 92. Según Nagy, la tropa que mandaba Fabvier decidió atacar el 6 de abril ante la sorpresa causada por la orden repentina del duque de Angulema de iniciar la campaña militar en España. Esta orden venía motivada por los numerosos informes de autoridades francesas, muy inquietas ante los movimientos de refugiados en la frontera pirenaica y los viajes emprendidos por antiguos militares y civiles que, desde distintas partes del territorio francés, se dirigían hacia la frontera y conseguían entrar en España. Laurent Nagy, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes” en Jean-Yves Mollier, Martine Reid, Jean-Claude Yon (coord.), *Repenser la Restauration*, París, Nouveau Monde Editions, 2005, p. 52.

<sup>378</sup> Para una semblanza de Robert Thomas Wilson, militar inglés que participó en la Guerra de la Independencia y luego colaboró con entusiasmo con los movimientos liberales europeos de la década de 1820, véase Christiana Brennecke, “Sir Robert Wilson y el nacimiento de las *Legiones liberales extranjeras* del Trienio Liberal (1820-1823)” en Ricardo Robledo, Irene Castells, María Cruz Romeo, *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 2-4 (publicación en formato CD-ROM).

<sup>379</sup> Ibid., p. 1.



propuesto para España la creación de un “cuerpo militar al que bautizó como *Pyrenaen Guards*, compuesto por 3.000 españoles, 3.000 portugueses y 2.000 veteranos de los demás países europeos.”<sup>380</sup>

La lentitud con que se autorizó la creación de legiones extranjeras no se debía solamente al ministerio San Miguel. En efecto, las Cortes tuvieron también su parte de responsabilidad en ello. Es sabido que fue Alcalá Galiano el primero que propuso oficialmente, en la sesión de Cortes del 15 de junio de 1822, la formación de un cuerpo militar integrado por refugiados italianos<sup>381</sup>. La propuesta pasó a la comisión de Guerra pero no se resolvió nada sobre ella ya que la legislatura estaba a punto de concluirse. Fue en la legislatura extraordinaria de 1822-1823 que volvió a activarse el tema de las legiones extranjeras, por una proposición de los diputados exaltados Saavedra, Serrano y González Alonso<sup>382</sup>, que pasó a la comisión de Guerra. Esta dio su dictamen el 10 de noviembre que, de manera escueta, expresaba lo siguiente: la comisión opinaba “que la iniciativa de la proposición debería proceder del gobierno, y por consiguiente que las Cortes declaren no haber lugar a deliberar sobre ella por ahora.”<sup>383</sup> Sucedió un debate entre partidarios de la proposición - Saavedra y Alcalá Galiano- y aquellos que la rechazaban -Argüelles, Valdés, Canga Argüelles e Infante- en el que, a mi gusto, se distinguió sobre todo Canga Argüelles, al afirmar que los “españoles somos bastante amantes de nuestra libertad para que necesitemos de extranjeros que vengan a defenderla. (...) Una nación libre debe aborrecer todo lo que sean cuerpos extranjeros”<sup>384</sup>. Ahí está otro elemento que permitiría distinguir entre integrantes de la corriente exaltada del liberalismo del Trienio. Canga, al esgrimir argumentos patrióticos excluyentes -nacionalistas-, representa en este sentido el sector opuesto a una alianza transnacional en contra de las potencias legitimistas europeas. A este

---

<sup>380</sup> Ibid., p. 5.

<sup>381</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1911. La propuesta venía motivada por la exposición de refugiados napolitanos.

<sup>382</sup> DS, 13 de octubre de 1822, pp. 161-162. La proposición venía formulada de la siguiente manera: “Las Cortes autorizan al gobierno para formar, si lo halla oportuno, legiones de extranjeros refugiados que presenten suficientes garantías de amor a la libertad española.” Con esta formulación se intentaba “soslayar una objeción muy obvia”, debida a la condición de Cortes Extraordinarias, que solo debían ocuparse de los asuntos por los cuales habían sido convocadas y aquellos propuestos por el gobierno. Manuel Morán Ortí, “La cuestión de los refugiados extranjeros...”, op. cit., p. 1006.

<sup>383</sup> DS, 11 de noviembre de 1822, pp. 565-566.

<sup>384</sup> Ibid., pp. 568-569.

sector pertenece también Infante quien, como bien lo recalca Morán Ortí, era en ese momento el director de *El Espectador*, que San Miguel había fundado y dirigía antes de su nombramiento en la secretaría de Estado<sup>385</sup>. Finalmente, el dictamen de la comisión de Guerra se aprobó en la misma sesión del 10 de noviembre. Solo pudieron dejar constancia de su voto particular algunos diputados exaltados<sup>386</sup>, y habría que esperar hasta mayo de 1823, con la firma del citado convenio entre el general Wilson y el gobierno San Miguel, para la formación de tropas extranjeras al servicio de España autorizadas por las instituciones constitucionales.

#### 4.3 Publicaciones francesas radicales en Madrid: *L'Echo de l'Europe* y *Le Régulateur*

El tercer fenómeno que destaca Isabella en su estudio de las relaciones entre exiliados italianos y sus experiencias políticas de la revolución española es la actividad periodística de algunos de ellos en España durante el Trienio. Cita el caso del periódico *El Europeo*, creado y publicado en Barcelona entre 1823 y 1824 por los refugiados italianos Fiorenzo Galli y Luigi Monteggia, el irlandés Charles Ernest Cook y los catalanes Bonaventura Carlos Aribau y Ramón López Soler<sup>387</sup>.

Los liberales y revolucionarios franceses también tuvieron empresas periodísticas en la España del Trienio. Por lo que respecta a Madrid, se tiene constancia de cuatro periódicos, todos a priori publicados entre 1821 y 1822: *La Boussole espagnole*, *L'observateur espagnol ou le guide des libéraux*, *L'Echo de l'Europe* y *Le Régulateur, journal politique et littéraire*. Es sobre estos últimos dos que más datos se tiene.

---

<sup>385</sup> Manuel Morán Ortí, "La cuestión de los refugiados extranjeros...", op. cit., p. 1007.

<sup>386</sup> "Se mandaron insertar en el acta de este día los votos particulares siguientes: (...) de los sres. Grases, Zulueta, Saavedra y Serrano, contrario a la aprobación del dictamen de la comisión de Guerra para que por ahora no se deliberase sobre autorizar al gobierno para la formación de cuerpos extranjeros adictos a la causa de la nación." *DS*, 11 de noviembre de 1822, p. 573.

<sup>387</sup> Maurizio Isabella, *Risorgimento in exile...*, op. cit., p. 36. Bron caracteriza este periódico de la siguiente manera: "Revue culturelle plus que politique, les rédacteurs des trois nations différentes lui impriment cependant, comme son nom l'indique, une ligne éditoriale extrêmement ouverte sur l'étranger. Leur but est de promouvoir la connaissance des progrès des sciences, des arts et des lettres pour l'utilité de toutes les nations". Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie...*, op. cit., p. 242.

Por lo que respecta a *L'Echo de l'Europe*, fue Jacques-Lucien Bousquet-Deschamps quien lo publicó. Se desconoce si tuvo colaboradores en la publicación. Bousquet-Deschamps era un liberal francés, publicista. Antes de pasar a España, en la Francia de la Restauración se le condenó distintas veces a multas y penas de cárcel por delito de prensa, especialmente por incitación a la desobediencia. No queda claro adonde se fue después de su estancia en Madrid en 1821 ya que, por un lado, según el informe de un espía francés de 1821 que cito más abajo, se fue a Portugal pero, por otro lado, existen otras fuentes que establecen que, después de Madrid, Bousquet se fue a Barcelona y allí ayudó a médicos franceses en el contexto de la epidemia de fiebre amarilla. De ahí, hubiera vuelto a Francia:

“Pendant l'épidémie, il se mit (...) à la disposition des médecins français. (...) (qui) firent des démarches auprès du gouvernement pour obtenir la grâce du courageux proscrit. Par ordre du roi, le chancelier Pasquier (...) écrivit au consul de France de lui délivrer un passeport. Pasquier ajoute: 'Ce jeune homme (...), est en effet rentré avec ce passeport...' Malgré les instances des médecins ses protecteurs, M. de Peyronnet, garde des sceaux qui avait succédé à M. de Serre, s'obstina à lui faire subir une détention (...). Bousquet-Deschamps fut arrêté à Agen quinze jours après son retour en France. Il purga un an de prison. De retour à Paris, il devint rédacteur à *L'Album*, qui fut d'ailleurs supprimé quelques mois plus tard. Le pouvoir eut soin de faire donner à cet acte de clémence la plus grande publicité. Il voulait prouver qu'il travaillait à la réconciliation nationale et qu'il était prêt à pardonner à ses adversaires politiques.”<sup>388</sup>

Solo se ha localizado el primer número de *L'Echo de l'Europe*, fechado en 18 de febrero de 1821. Voy a analizar su contenido, sumamente interesante en la medida en que Bousquet afirma la existencia de valores políticos comunes a los pueblos de Europa, y porque considera a España como la nación más avanzada del continente en término de leyes y libertades públicas.

Este primer número está compuesto por una dedicatoria a los “braves espagnols” y siete secciones, que contienen noticias de Francia, Nápoles, Portugal, Inglaterra, España, y una última de noticias diversas, titulada “Macédoine” (menestra). En la dedicatoria, Bousquet se presenta como refugiado, perseguido por su defensa de los derechos del pueblo “contre les

---

<sup>388</sup> Léon-François Hoffmann, *En marge de l'histoire politique et littéraire de la France sous la Restauration. La peste à Barcelone*, Nueva Jersey, París, Universidad de Princeton, Presses Universitaires de France, 1964, pp. 29-30. En otra fuente, se señala que, en 1827, Bousquet podía estar en Egipto, redactando otro periódico en francés: “les journaux du mois d'août 1827, viennent d'annoncer qu'il rédigeait en ce moment à Alexandrie un nouveau journal intitulé *Le Phare Egyptien*”. Aug. Imbert, B.-L. Bellet, *Biographie des condamnés politiques, depuis la restauration des Bourbons en France jusqu'en 1827*, Bruxelles, Aug. Imbert Libraire-Editeur, 1827, p. 36.

prétentions inconstitutionnelles d'un ministère despotique et d'une faction ennemie de la liberté"<sup>389</sup>. Es más que perceptible su admiración por la España constitucional. Afirma que, con su revolución, ha dado un ejemplo de patriotismo al mundo, y define a España como una

"nation généreuse, qui est devenue l'asile des amis d'une liberté sage et basée sur les lois, une nation qui vient de donner à l'Europe le grand exemple de la force et de la modération et qui se fait distinguer, autant par son ardent amour pour l'ordre que pour la liberté"<sup>390</sup>.

Además, considera necesaria la propagación de las ideas liberales en toda Europa para asegurar a España "le repos qui lui est nécessaire pour cicatriser les plaies profondes causées par un long esclavage."<sup>391</sup> Al final de la dedicatoria, anuncia el doble objetivo de su periódico. Por una parte, quiere difundir en Europa los hechos y acontecimientos más importantes que ocurren en España. Por otra, quiere contribuir a ilustrar -"éclairer"- el espíritu público español, al dar cuenta de los acontecimientos que sobrevienen "chez les autres peuples, et qui peuvent influer, même indirectement, sur le sort de la Péninsule."<sup>392</sup> Para alcanzar su doble objetivo, Bousquet indica que utilizará con moderación la libertad de prensa para fiscalizar a los gobernantes españoles, sea cual sea su rango y poder<sup>393</sup>. Esta regla vale también para las naciones extranjeras, ya que el publicista considera imprescindible dar a conocer en su periódico "la politique, l'administration, et généralement tous les actes qui sont susceptibles de porter atteinte aux droits des gens, au bonheur des peuples, à la liberté."<sup>394</sup> La dedicatoria acaba con unas palabras que demuestran el compromiso radical de Bousquet y contrastan con su afirmación de utilizar con moderación la libertad de prensa. En efecto, considera como deber suyo criticar toda disposición que le parezca opuesta al bien público:

---

<sup>389</sup> *L'Echo de l'Europe*, núm. 1, 18 de febrero de 1821, p. 1.

<sup>390</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>391</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>392</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>393</sup> Así, afirma que es esencial "exprimer librement son opinion sur les abus qui pourraient y être commis, sans s'embarrasser du poste et du pouvoir qu'exerceraient leurs auteurs." *Ibid.*, p. 3.

<sup>394</sup> *Idem.*

“si au lieu de fautes nous avions des crimes à reprocher, si ces crimes avaient été commis par des gens dont la vie antérieure pourrait les faire considérer comme les auteurs des maux qui accablent ou menacent leur patrie, nous les présenterons à nos lecteurs tels qu’ils sont, et nous croirions manquer à notre devoir si nous ne dévoilions pas tout ce que leur conduite offre de hideux.”<sup>395</sup>

La primera sección después de la dedicatoria versa sobre Francia. Bousquet da su propia definición de los dos mayores grupos políticos allí enfrentados, los ultras y los liberales. En cuanto a los primeros, la definición es altamente peyorativa: quieren destruir la Carta Otorgada, son casi todos antiguos nobles, “partisans déclarés des vieilles doctrines, soutiens intrépides du pouvoir absolu, sous lequel ils exerçaient une autorité despotique, (ils) ne cherchent qu’à ramener ces temps désastreux”. Buscan recobrar sus privilegios y poder para vengarse “des contrariétés qu’ils ont éprouvées, depuis trente années, soit par la privation de leurs droits, soit par les humiliations qu’ils ont eues à supporter de Napoléon et des siens, soit enfin des maux qu’ils ont souffert dans l’émigration”. Sobre la emigración de la nobleza francesa a raíz del estallido de la Revolución de 1789, Bousquet dice que los nobles no tenían porque irse y que podrían haberse quedado en Francia para defender a su rey, “dont ils se disent aujourd’hui le plus ferme appui, et qu’ils abandonnèrent alors avec la dernière lâcheté.” Así podría explicarse, según Bousquet, la exaltación de aquellos ultras -que llama conspiradores contra las libertades del pueblo- que, en 1821, ocupan un escaño parlamentario: intentan hacer olvidar su pasado turbio -respecto a Luis XVI pero también respecto a Napoleón- al presentarse como los defensores más intransigentes de la monarquía francesa<sup>396</sup>. Con lo que respecta a los liberales, evidentemente, su descripción es muy elogiosa:

“la plupart ayant rendue des services importants à l’Etat, n’ayant jamais quitté leur patrie qu’ils ont défendue, dont ils ont augmenté les richesses par le commerce et leur industrie, possesseurs presque tous d’une fortune indépendante, fruits de leurs travaux, sans emplois, ennemis des privilèges et du despotisme, mais éminemment soumis aux lois, (ils) n’aspirent qu’après le repos et la prospérité de la nation.”<sup>397</sup>

Después de esta categorización de ambos grupos, Bousquet carga contra la política del gabinete de Luis XVIII al mostrar su enfado y profunda inquietud

---

<sup>395</sup> *L’Echo de l’Europe*, núm. 1, 18 de febrero de 1821, p. 4.

<sup>396</sup> Las tres citas sobre los ultras franceses están en *ibid.*, pp. 7-8.

<sup>397</sup> *Ibid.*, p. 8.

ante la posible prolongación de las leyes de excepción sobre restricción de la libertad individual y libertad de prensa votadas en 1820 a raíz del asesinato del duque de Berry en febrero del mismo año<sup>398</sup>. Acusa al gobierno francés de utilizar a agentes provocadores para prolongarlas, y da el ejemplo de “l’affaire de Gravier et Bouton” para ilustrar semejante táctica<sup>399</sup>. Otro motivo de enfado para Bousquet con respecto a la censura de la prensa en Francia es la licencia de los periodistas ultras para atacar y criticar diariamente el régimen constitucional español. Para este publicista liberal, la razón de semejantes ataques es evidente. El gobierno francés incentiva a sus periodistas ultras para desacreditar a España porque recela una propagación de las ideas revolucionarias en su territorio: “c’est dans la crainte qu’ils (les français) vous imitent qu’on veut jeter de l’odieux sur votre admirable conduite.”<sup>400</sup>

Después de esta sección dedicada a Francia, el periodista entra a hablar de Nápoles, en una mezcla de utopía y pesimismo. Por una parte, retrata como ventajosa la situación del ejército constitucional napolitano así como el estado del espíritu público, al afirmar que más de cien mil hombres se alistaron y que cada día llegan numerosos voluntarios para defender la causa sagrada de la libertad. Se nota el deseo de enfrentamiento de Bousquet, así como sus

---

<sup>398</sup> Entre las intervenciones parlamentarias a favor de estas leyes de excepción, una de las más famosas es la que pronunció el ministro de Asuntos Exteriores Pasquier, el 8 de marzo de 1820: “Oui, je demande l’arbitraire, (...) mais pour deux motifs : le premier, parce que quand on sort de l’égalité, ce ne peut être que pour un but important, pour un grand objet à remplir. L’arbitraire ne peut être justifié que par la nécessité des circonstances (...); le deuxième, parce que nul inconvénient n’est plus grand que celui de l’arbitraire déguisé, introduit dans un gouvernement libre; c’est alors véritablement la corruption de toutes les constitutions : au contraire, l’arbitraire nettement exprimé peut être un remède salutaire dans de grands périls. Les hommes ne sont pas les maîtres de reculer devant les lois d’exception : parce que les lois sont commandées par des circonstances d’exception, qui se produisent malgré eux et en dépit de leur volonté. Il faut encore ajouter que les lois d’exception n’appartiennent qu’aux gouvernements libres, (...) dans les gouvernements libres, la puissance publique est constituée de manière à porter un tel respect à la liberté des citoyens, que quand viennent les événements extraordinaires, elle doit demander secours à la législation.” Charles-Louis Lesur, *Annuaire historique universel pour 1820*, París, Imprimerie d’Ange Clo, 1821, p. 50.

<sup>399</sup> Se acusó a Gravier y a Bouton de tentativa de asesinato y aborto sobre la persona de la duquesa de Berry, por haber provocado una explosión de petardo cerca de su morada en abril y por haberlo intentado de nuevo en mayo de 1820. Se condenó a ambos a la pena de muerte aunque, por intercesión de la duquesa, se les conmutó la pena en cadena perpetua con trabajos forzados. A lo largo de sus testimonios, Gravier mencionó a un tal Leydet como instigador del proyecto. François Guizot establece terminantemente que Leydet era un agente provocador, y recalca lo siguiente: “Dans le procès Gravier et Bouton, les accusés ont voulu rejeter la responsabilité du crime sur le nommé Leydet, qui, disaient-ils, les y avait provoqués et presque conduits. Ils ont demandé qu’il parût devant la cour. Leydet n’a été ni amené ni entendu.” François Guizot, *Mélanges politiques et historiques*, París, Michel Lévy Frères, 1869, p. 164.

<sup>400</sup> *L’Echo de l’Europe*, núm. 1, 18 de febrero de 1821, p. 11.

esperanzas utópicas, pues espera ardientemente que todos los hombres libres se levanten contra la amenaza que supone Austria para la pervivencia del régimen constitucional napolitano<sup>401</sup>. Asimismo, explicita su confianza en principios de unión de alcance universal en contra de las potencias legitimistas: la libertad constitucional y la fraternidad acabarán triunfando contra el despotismo, porque

“ce qui fait la force des amis de la liberté constitutionnelle, c’est qu’il n’est besoin pour eux ni de congrès, ni de manifestes; que d’un bout de l’univers à l’autre ils s’entendent par la seule puissance de la vérité, de la raison, de la justice (...). Les amis de la liberté constitutionnelle sont cent contre un”<sup>402</sup>.

Sin embargo, por otra parte, Bousquet se muestra pesimista, pues enuncia que no se cree las noticias lisonjeras contenidas en algunas cartas particulares mandadas desde Nápoles, y que tienen por objeto el Congreso de Laibach que estaba teniendo lugar en aquel momento:

“Les lettres arrivées d’Italie (...) disent que l’opinion générale est que l’Autriche bornera ses hostilités aux mouvements que ses troupes ont déjà fait, et que la paix sera la résultat du congrès de Laibach. Je désire ardemment voir se réaliser cette espérance (...) mais je n’y crois pas. *Les grands de la terre ne se réunissent jamais pour faire le mal sans en faire.*”<sup>403</sup>

La sección que dedica el publicista a Portugal se basa en una cronología de los principales acontecimientos de la revolución portuguesa iniciada en 1820, mientras que en la dedicada a Inglaterra, se regocija Bousquet de que Jorge IV haya declarado que no tomaría parte en los actos de sus aliados contra los gobiernos constitucionales de España, Portugal y Nápoles. En su concepto, aquella declaración del soberano británico deja la Austria de Metternich aún más aislada a nivel diplomático.

Por lo que respecta la sección dedicada a España, Bousquet anuncia que tenía la intención de describir en un artículo la situación política de la Península. Sin embargo, por disturbios sobrevenidos en la capital del reino a

---

<sup>401</sup> “Cependant, attendons encore quelques instants; et si elle s’ouvre enfin cette campagne de quelques oppresseurs contre des millions d’hommes libres, digne de l’être ou qui veulent le devenir, qu’un concert unanime des peuples se forme à l’instant; que le *rendez-vous* soit dans les villes, dans les villages, dans les hameaux, au milieu des campagnes, dans l’hôtel du riche comme dans la chaumière du pauvre”. Ibid., p. 15.

<sup>402</sup> Ibid., p. 16.

<sup>403</sup> Ibid., p. 12 (la cursiva es mía).

principios de febrero, y porque estima que los periódicos ultras de Francia deformarían lo ocurrido, estima necesario relatar los sucesos ocurridos en Madrid entre los días 5 y 9 de febrero de 1821, con punto álgido el 5 de febrero cuando cargaron con sus espadas una treintena de guardias reales sobre gente alrededor de Palacio que asistía al paseo de Fernando VII. De resultas de este choque, hubo mucha efervescencia en la capital: Bousquet recalca que en la noche del 5 al 6 “le peuple circula dans les rues, en chantant des hymnes patriotiques auxquels on répondait par les cris de vive la Constitution, vive le peuple souverain”<sup>404</sup>. Aunque para el publicista liberal estos vitoreos no tengan nada de alarmante, ya nos imaginamos el efecto que podía tener en la capital grupos de gente del pueblo proclamando la soberanía popular...

Bousquet recalca asimismo la actuación del general Ballesteros y del príncipe de Anglona, que lograron el 7 de febrero el desarme de los guardias que habían cargado contra la gente. En los días siguientes, hubo distintos arrestos en la capital.

En las últimas páginas de este número de *L'Echo de l'Europe* aparecen unas frases que cito aquí en su totalidad, porque resumen el espíritu internacionalista de la publicación y expresan la utopía y mayor esperanza que albergaba Bousquet, su creencia en un genuino amor por la libertad y su anhelo de ver el triunfo global de la libertad de los pueblos:

“Partout le peuple aime la liberté; partout les rois et quelques grands ne l'aiment pas. Partout le peuple demande des garanties, partout les rois et quelques grands les lui refusent. Partout le peuple imbu de nouvelles idées veut faire marcher le siècle avec les lumières; partout les rois et quelques grands veulent faire rétrograder le siècle et le plonger dans l'obscurité. Partout le peuple fait la force et le sait; partout les rois et quelques grands semblent l'ignorer. Presque partout le peuple est esclave; bientôt il sera libre.”<sup>405</sup>

Paso ahora a considerar el periódico *Le Régulateur*, dirigido en un principio por Jean Thiébault -pero parece que pronto dejó de participar en el

---

<sup>404</sup> Ibid., p. 26.

<sup>405</sup> Ibid., p. 31.



periódico<sup>406</sup>- y Pierre Chapuis<sup>407</sup>. Fernández Sebastián describe a este último de la manera siguiente:

“Militar, periodista, político y pedagogo, el ex-teniente de caballería del ejército napoleónico Pedro Chapuis -como iba a ser conocido en el mundo ibérico- entró en España como refugiado político al proclamarse por segunda vez la Constitución de 1812, ocupándose casi de inmediato de la edición de un periódico madrileño en lengua francesa (*Le Régulateur*). A comienzos del año siguiente lo encontramos en Lisboa, donde publica *Le Nouveau Régulateur*, y tres años después en Río de Janeiro, donde además del efímero *O Verdadeiro Liberal* (1826), la publicación de un folleto político fuertemente crítico con la naciente monarquía imperial brasileña le costó ser detenido y deportado a Europa. Emigrado de nuevo a América del Sur, en enero de 1827, empezaba a publicar en Santiago de Chile *El Verdadero Liberal*, a la par que trataba de poner en marcha un centro de enseñanza que rivalizaba, desde posiciones más moderadas, con el colegio establecido en la misma ciudad por el español José Joaquín de Mora. El de Pedro Chapuis es solo un ejemplo entre muchos otros casos similares de vidas errantes y azarosas que se desarrollaron en aquellos años convulsos en el vasto escenario intercontinental de las revoluciones (sobre todo de las revoluciones ibéricas).”<sup>408</sup>

Morán Ortí menciona *Le Régulateur* como un periódico de “refugiados bonapartistas” y evoca su relación con un importante gabinete de lectura madrileño<sup>409</sup>, situado en la calle Montera, núm. 40, cuyo gestor o propietario era el señor Corne -del cual no se conoce nada aparte de su probable nacionalidad francesa-. De este gabinete dice Morán Ortí que fue el más prestigioso que hubo en el Madrid del Trienio. Se especializó en

---

<sup>406</sup> Thiébault es un antiguo oficial francés del ejército napoleónico, que combatió en la Guerra de la Independencia. En la época del Trienio, entró en España con el general Mina, en febrero de 1820. Según el espía francés de la época del Trienio Louis Pêche, Thiébault trabajaba “à la rédaction du *Régulateur*, mais (il) s’est retiré, parce qu’il est plus sage que les autres.” Archives Nationales (en adelante AN), serie F7, leg. 6644, informe de Louis Pêche, Bayona el 7 de agosto de 1821. Agradezco a Laurent Nagy por haber compartido conmigo esta serie documental.

<sup>407</sup> “Dès le 13 juillet 1821, Pierre Chapuis fait paraître le premier numéro du *Régulateur*. Ce journaliste a travaillé auparavant à Paris au *Miroir des Spectacles*.” Laurent Nagy, “*La Sainte-Alliance des Peuples...*”, op. cit., p. 108.

<sup>408</sup> Javier Fernández Sebastián, “Liberales sin fronteras. Cádiz y el primer constitucionalismo hispánico”, en Fernando García Sanz, Vittorio Scotti Douglas, Romano Ugolini, José Ramón Urquijo Goitia (eds.), *Cadice e oltre: Costituzione, nazione e libertà: la carta gaditana nel bicentenario della sua promulgazione*, Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento italiano, 2015, pp. 478-479. Chapuis hubiera llegado a España por Bilbao, desde Inglaterra. AN, serie F7, leg. 6644, informe de Louis Pêche, Bayona el 21 de agosto de 1821.

<sup>409</sup> Manuel Morán Ortí, “Los gabinetes de lectura de Madrid en el Trienio Liberal”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer*, Madrid, Ediciones Rialp, 1991, p. 297. Comenta el vínculo entre *Le Régulateur* y este gabinete para señalar que los gabinetes de lectura del Trienio “pudieron encubrir eventualmente actividades políticas subrepticias”. Y, como otro ejemplo de las posibles actividades encubiertas de los gabinetes de lectura en el Trienio, cita también el caso de la rama barcelonesa de la sociedad del Anillo, instalada en el palacio de la Virreina y que “disimulaba sus actividades como gabinete de lectura privado.” Idem.

“la oferta de periódicos -españoles, franceses- a un público pudiente. Es lo que sugieren sus precios, más bien elevados, y cierto aire de refinamiento en los servicios complementarios: reservado, despacho de licores y por supuesto, sistema preferente de acceso mediante abono. Más adelante, en 1822, se instalará también allí el despacho de los vecinos baños de la calle del Caballero de Gracia, núm. 28, un establecimiento con especiales pretensiones de confort entre los del ramo.”<sup>410</sup>

La redacción del *Régulateur* se traspasó a este gabinete de lectura hacia octubre de 1821<sup>411</sup>. Entre los colaboradores de este periódico estarían los italianos Pecchio, el conde Alerino Palma, uno de los hermanos Trompeo -posiblemente Camillo-<sup>412</sup> y el español José Joaquín de Mora<sup>413</sup>, lo que podría esclarecer algo la rivalidad entre Chapuis y Mora en 1827 evocada por Fernández Sebastián.

Según los informes del espía Louis Pêche -que se apoya en este caso sobre un informe de Dessaleux, un capitán francés de infantería que hubiera llegado a Madrid en 1820 después de combatir dos años en la región de Buenos Aires-, fue Bousquet-Deschamps quien tuvo la idea de editar un periódico titulado *Le Régulateur*, como continuación de su fallido *L'Echo de l'Europe*. Siguiendo el

---

<sup>410</sup> El anuncio de apertura del gabinete de lectura, publicado en *El Constitucional, Correo General de Madrid* del 28 de mayo de 1821, comunicaba lo siguiente: “Aviso a los aficionados a la literatura y a la política. Gabinete de lectura. Se avisa al público que acaba de establecerse en la calle de la Montera, número 40 cuarto bajo y entre-suelo, un gabinete de lectura, en que se hallan todos los periódicos nacionales y extranjeros, e igualmente un completo surtido de libros nuevos, en francés y en español. Los periódicos que allí se leen son los siguientes. *Nacionales*. Gaceta de Madrid. El Espectador. Universal. El Censor. Constitucional. La Periódico-manía. Miscelánea. El Mensajero. Diario. *Extranjeros*. Moniteur. Journal de Paris. Journal des débats. Courier français. Constitutionnel. Journal de commerce. Gazette de France. Journal de Bayonne. Journal de Bordeaux. Journal de Lyon: donnant toutes les nouvelles du midi de la France. *Los precios de suscripción son*: 24 rs. al mes para tener entrada todos los días, desde la mañana hasta la noche para la lectura de todas las Gazetas. 40 rs. por las personas que desearan leer en un cuarto entre-suelo, separado de Gabinete. 20 rs. al mes para la lectura de libros, los cuales se confiarán a los suscriptores para llevarlos a su casa, mediante un depósito de 60 rs. 40 rs. al mes, por la suscripción reunida de libros y gazetas. Los señores que no son suscriptores pagarán un real diario, por la lectura de todas las gazetas y periódicos. Se admitirán también suscriptores para aquellos que quieran llevar las gazetas a su casa. Por un nuevo anuncio, se darán otros pormenores acerca de este establecimiento, cuyo dueño nada omitirá por complacer al público. En el mismo cuarto bajo hay un despacho de licores de todas calidades por botellas” (*sic*). La cita sobre el gabinete y su anuncio de apertura están en Manuel Morán Ortí, “Los gabinetes de lectura...”, op. cit., p. 291.

<sup>411</sup> Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas...*, op. cit., tomo 2, p. 1036.

<sup>412</sup> Manuel Morán Ortí, “Los Piamonteses en el Trienio Constitucional español” en *L'émigration politique en Europe aux XIXème et XXème siècles. Actes du colloque de Rome (3-5 mars 1988)*, Rome, Publications de l'Ecole française de Rome, 1991, p. 227 (edición digital: [http://www.persee.fr/doc/efr\\_0000-0000\\_1991\\_act\\_146\\_1\\_4140](http://www.persee.fr/doc/efr_0000-0000_1991_act_146_1_4140)). Camillo Trompeo y Palma también colaboraron en *El Universal*. Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie...*, op. cit., p. 241.

<sup>413</sup> “Le *Régulateur* vient de s'associer le trop fameux, l'illustre Mora, ex rédacteur et directeur du *Constitutionnel* de Madrid”. AN, serie F7, leg. 6644, informe de Louis Pêche, Bayona el 21 de agosto de 1821. Pêche se refiere a *El Constitucional, Correo General de Madrid*, donde se había publicado el anuncio de apertura del gabinete de lectura de Corne.

informe de Pêche, parece que Bousquet se entrevistó con el ministro de Estado del segundo gobierno del Trienio, Bardají -queda por esclarecer cómo llegaron a conocerse Bousquet y Bardají- para comentarle este proyecto periodístico. Pêche presenta al ministro español como deseoso de desengañar a Europa sobre lo que ocurre en la España constitucional, es decir, animado por la voluntad de hacer a nivel europeo una propaganda favorable al régimen constitucional español. Bardají se hubiera comprometido a pagar todos los gastos vinculados a la nueva publicación. Sin embargo, Bousquet tenía grandes deudas e intentó obtener por parte del ministro un anticipo de cinco o seis mil francos, cosa que Bardají rechazó. Entonces Bousquet, acuciado por las dificultades económicas, habría formado el proyecto de dejar Madrid, pero antes de su partida habría presentado a Bardají los franceses Chapuis<sup>414</sup> y Thiébault, para que se encargasen de seguir con el proyecto del *Régulateur*<sup>415</sup>. Chapuis, informa Pêche, tenía la intención de ir a Grecia para tomar parte en la revolución iniciada allí ese mismo año pero se habría quedado entonces en la capital española para dirigir *Le Régulateur*. En 21 de agosto de 1821, Pêche informaba que el

“ministère paie tous les frais d'impression et (...) fournit tous les articles de politique et donne 500 francs par mois pour la rédaction qui consiste à extraire des journaux espagnols ce qu'il y a en faveur du système (...). Le ministre (Bardají) reçoit 100 exemplaires par numéro qu'il envoie dans diverses cours étrangères”<sup>416</sup>.

---

<sup>414</sup> Según Pêche, Chapuis llegó a Madrid y lo primero que hizo fue ir a casa de Bousquet, “qui le reçut, le traita et l'habilla”. Luego, se retrata a Chapuis como un ingrato hacia el ex embajador francés Montmorency-Laval, aunque sospecho que Pêche tiende, por un lado, a la exageración en su descripción de Chapuis y, por otro, al halago en su mención de la generosidad de Montmorency-Laval: “A son arrivée, Chapuis fut trouver l'ex ambassadeur, Mr. de Laval, qui eut la générosité de lui remettre l'argent nécessaire pour payer son voyage de Bilbao à Madrid qu'il n'avait pas payé. (...) et la première chose qu'il fait, c'est d'attaquer S. E., qu'il menaçait même de son courroux. Il est présenté dans une maison où il reçoit de l'argent et des faveurs, et dénigre le chef de famille qui l'avait obligé.” AN, serie F7, leg. 6644, informe de Louis Pêche, Bayona el 21 de agosto de 1821.

<sup>415</sup> AN, serie F7, leg. 6644, s. a., París el 3 de agosto de 1821. En este informe, se relata que Bousquet-Deschamps “a disparu après avoir abondamment puisé dans les bourses libérales françaises et espagnoles; qu'il s'est déterminé à ce parti en voyant que l'enthousiasme diminuait et qu'il laissait pour dix à douze mille francs de dettes.” Y se añade que Bousquet “est allé faire de nouvelles dupes dans le Portugal.”

<sup>416</sup> AN, serie F7, leg. 6644, informe de Louis Pêche, Bayona el 21 de agosto de 1821.

De esta manera se habría concebido este periódico francés, del cual se publicaron por lo menos 61 números<sup>417</sup>.

Mediante la documentación localizada en el Archivo de las Cortes, es posible reconstituir algo más de la trayectoria y contenido de la publicación. El 11 de agosto de 1821, el embajador británico en Madrid, Lionel Hervey, se quejó a Bardají de un artículo publicado en *El Universal* del 4 de agosto sobre la muerte de Napoleón, que sugería que se trataba de un asesinato por envenenamiento patrocinado por el gobernador británico de la isla de Santa Elena, Hudson Lowe<sup>418</sup>. El embajador pedía el enjuiciamiento del redactor del *Universal*, por calumniar al gobierno británico. Hervey concluía su queja expresando lo siguiente:

“El infrascrito no puede concluir esta nota sin manifestar lo mucho que ha extrañado que el *Régulateur* del 7 del corriente, periódico que se cree publicarse bajo la protección del gobierno de S. M. hubiese copiado el indicado artículo, añadiéndole una introducción insidiosa; y puesto además otro artículo, que ofende muy personalmente a S. M. británica.”<sup>419</sup>

A esta queja contestó Bardají a finales de agosto, asegurando que *Le Régulateur* no estaba publicado bajo la protección del gobierno<sup>420</sup>. En su respuesta al ministro español, Hervey volvió a la carga aunque matizara su afirmación:

“Está muy lejos el infrascripto de disputar acerca de la exactitud de la aserción de que el *Régulateur* no se halla actualmente protegido, o asalariado por el gobierno, pero tiene

---

<sup>417</sup> Un ejemplar de la primera página del número 61 del *Régulateur*, fechado en 1 de enero de 1822, está en AN, F7, leg. 6644. Contiene noticias nacionales de España.

<sup>418</sup> “El rumor de que Napoleón ha muerto envenenado, adquiere cada día mayor consistencia, principalmente en Londres, en donde se goza de mayor libertad para hablar de esta clase de negocios. Hemos visto (una) carta de aquella ciudad, que dice: que muchos empiezan a mirar este hecho como cosa segura (...). Añaden hasta que el veneno se le dio en café, y que cuando Napoleón lo conoció algún tiempo después, fue cuando dijo al mariscal Bertrand, que su mal no tenía cura. Confirman estas sospechas con la repentina alteración que se hizo en la constitución del enfermo, que fue consumiéndose hasta quedarse en los huesos, y sobre todo con haberse negado los facultativos franceses que presenciaron la apertura del cadáver a firmar la relación enviada al gobierno. Todos acusan de este horroroso atentado al gobernador de Santa Elena”. *El Universal*, núm. 216, 4 de agosto de 1821, p. 815.

<sup>419</sup> Archivo de las Cortes (en adelante AC), leg. 130, núm. 47, reclamación del enviado de Inglaterra cerca de S. M. contra un artículo inserto en el *Universal* del 4 de agosto de 1821, de 11 de agosto de 1821.

<sup>420</sup> En “cuanto al *Regulador*, no conteniendo la nota una queja tan determinada y formal, solo debe contradecirse, como positivamente se contradice, la aserción de que dicho periódico sea protegido por el gobierno de S. M.” AC, leg. 130, núm. 47, nota verbal pasada al enviado de Inglaterra en 24 de agosto de 1821.

fuertes razones para afirmar que cuando presentó la indicada nota, había recibido el editor del *Régulateur* auxilios pecuniarios del gobierno de S. M. Católica.”<sup>421</sup>

Acompañaba la respuesta con otra queja contra *Le Régulateur*, esta vez por un artículo insertado en su número 15, de 31 de agosto de 1821<sup>422</sup>. A raíz de esta última queja, Bardají transmitió un ejemplar del número 15 del *Régulateur* al jefe político de Madrid, Martínez de San Martín, para que procediese a la calificación de los fragmentos denunciados por el embajador inglés como injuriosos a la persona del monarca británico. San Martín informó en 12 de septiembre que se había convocado el jurado encargado de calificarlos y, al día siguiente, comunicaba al ministro de Estado que no había lugar a la formación de causa<sup>423</sup>. A su vez, Bardají informó a Hervey de la decisión del jurado, y no consta ninguna respuesta del embajador inglés. Lo que sí consta es una carta que dirigió el marqués de Casa-Irujo a Bardají en la que le advertía del gran descontento de parte de la legación británica por su gestión de las quejas contra *El Universal* y *Le Régulateur*. Añadía que si no se le daba satisfacción, se corría el riesgo de una ruptura diplomática con Inglaterra, ya que ¡la legación británica consideraba la posibilidad de retirarse de Madrid!<sup>424</sup>

Además de estas fricciones diplomáticas causadas en un principio por artículos del *Régulateur*, el o los redactores de la publicación ocasionaron también polémicas con refugiados franceses e italianos. Morán Ortí señala al respecto que desde la redacción del *Régulateur* se atacó al general francés

---

<sup>421</sup> AC, leg. 130, núm. 47, carta de Hervey a Bardají, 1 de septiembre de 1821.

<sup>422</sup> Al parecer, en este número estaba un artículo que insinuaba que el rey Jorge IV había asesinado a su mujer Carolina de Brunswick.

<sup>423</sup> AC, leg. 130, núm. 47, San Martín a Bardají, 13 de septiembre de 1821.

<sup>424</sup> “... creo que debo llamar la atención de V. E., informándola de que algunos miembros del cuerpo diplomático en Madrid escriben muy resentidos del modo insultante e indecoroso con que se la trata en algunas de nuestras gacetas, sin que el gobierno aparezca tomar parte para su defensa y protección; y aun como una prueba de la indiferencia con que se trata este negocio, se cita como muy poco satisfactoria la respuesta que se ha dado por ese ministerio al enviado británico con motivo de un párrafo del *Regulador* en que se da a entender que el rey de Inglaterra ha sido un asesino de su mujer. El cuerpo diplomático de resultas de estas publicaciones reiteradas (...) (convino) en ir recogiendo todas las publicaciones de esta especie, presentándolas a V. E. a su vuelta de San Ildefonso originales, a fin de que no pueda decir que no las ha leído, que es la respuesta que se atribuye a V. E. (...). De resultas de este paso y de sus efectos, (consultará) (...) sobre retirar o no a sus agentes diplomáticos de una corte donde su decoro se halla comprometido sin la protección acostumbrada del derecho de gentes. Por si acaso V. E. ignorase estas circunstancias me ha parecido deber comunicárselas”. AC, leg. 130, núm. 47, marqués de Casa-Irujo a Bardají, 17 de septiembre de 1821.

Guillaume de Vaudoncourt<sup>425</sup> -probablemente sobre su estado de servicio y compromiso liberal- y al piemontés Pedro Gallotti<sup>426</sup>. Este último denunció ataques del *Régulateur* en una carta publicada en *El Imparcial*<sup>427</sup>. En cuanto a Vaudoncourt, se vio atacado en un artículo del número 19 del *Régulateur*. Respondió publicando una carta de desmentido en *El Universal* y otra dirigida a Chapuis en *El Espectador*<sup>428</sup>. Thiébault, quien como queda dicho había colaborado en *Le Régulateur* en un principio, también defendió a Vaudoncourt de los ataques contenidos en el número 19, mediante carta publicada en *El Imparcial*<sup>429</sup>.

Dando por verosímiles los datos de Louis Pêche sobre *Le Régulateur*, infiero que, con la caída del segundo gobierno del Trienio, el redactor Chapuis se vio privado de los mayores apoyos para editar el periódico, que no tardaría en dejar de publicar. Seguiría entonces con su aventura política y periodística, pero fuera de España.

---

<sup>425</sup> Para una semblanza del personaje, véase Laurent Nagy, "Frédéric Guillaume de Vaudoncourt. Un républicain au cœur des révolutions européennes (1820-1823)", en Jean-Claude Caron, Jean-Philippe Luis (coord.), *Rien appris, rien oublié ? Les Restaurations dans l'Europe postnapoléonienne (1814-1830)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015, pp. 381-391.

<sup>426</sup> Gallotti, autor de *Treinta preguntas de un oficial piemontés al teniente Guillermo Pepe. Acerca de su conducta política y militar en los últimos sucesos de Nápoles* -Barcelona, Imprenta de José Torner, 1821-, es el "mayor general que fue en la revolución piemontesa". *El Imparcial*, núm. 38, 17 de octubre de 1821, p. 152. Citado por Manuel Morán Orti, "Los Piemonteses en el Trienio Constitucional español"..., op. cit., p. 226.

<sup>427</sup> El objeto de la disputa parecen ser las *Treinta preguntas* de Gallotti a Pepe: "¿Por qué (...) tratándose de dar satisfacción a treinta preguntas que yo hago relativas a la conducta del general Guillermo Pepe a ninguna se da satisfacción y solo se me responde con calumnias e injurias o con expresiones insignificantes?" Citado por idem.

<sup>428</sup> La primera carta está en *El Universal*, núm. 270, 27 de septiembre de 1821, p. 1036. Citado por Manuel Morán Orti, "Los Piemonteses en el Trienio Constitucional español"..., op. cit., p. 224. En cuanto a la segunda carta, dirigida a Chapuis, concluía de esta manera: "Aunque tengo justos motivos para quejarme de vd. por haber dado acogida con tanta ligereza a semejante calumnia no por eso estoy menos persuadido de la justicia y honor que distinguen a vd. por cuya razón y en nombre de tan sagrados títulos le suplico me dé a conocer el autor de la citada calumnia cumpliendo de esta manera el sagrado deber de un hombre honrado y evitándome el disgusto de tener que citar a vd. ante el tribunal con este objeto." *El Espectador*, núm. 170, 1 de octubre de 1821, p. 80. Citado por Alberto Gil Novales, *Las sociedades patrióticas*..., op. cit., tomo 2, p. 1036.

<sup>429</sup> "Cualquiera que lea el tal artículo conocerá que solo algún resentimiento del articulista ha podido dictarle las atroces calumnias que vomita contra un jefe que no cede a ninguno en *mérito* y *valor* (...). El general Raudaincourt es francés, y su causa es la mía y la de todos sus compañeros de armas, que como yo estamos prontos a probarle donde están, y quienes son los *cobardes* y *traidores*." (sic) *El Imparcial*, núm. 37, 16 de octubre de 1821, p. 148. Citado por Manuel Morán Orti, "Los Piemonteses en el Trienio Constitucional español"..., op. cit., p. 225.

## Capítulo III. 1822: desde el nuevo gobierno hasta el 7 de julio

### 1. *El ministerio Martínez de la Rosa*

#### 1.1 Evaluación del gobierno por los exaltados

De los siete ministros que compusieron el nuevo gobierno, cinco fueron diputados en la primera legislatura -Martínez de la Rosa, Moscoso, Sierra Pambley, Gareli y Clemencín-. Aunque aquello no constituyese una infracción de Constitución, sí que alteraba el esquema de relaciones entre los poderes del Estado que los exaltados consideraban válido, a saber, una estricta separación y desconfianza del poder legislativo hacia el ejecutivo. Este elemento cobra mucha importancia cuando se observa la composición de las nuevas Cortes que abrirían sus sesiones el 1 de marzo de 1822. En efecto, se considera que en el nuevo parlamento configurado por las elecciones legislativas de finales de 1821 había una mayoría exaltada<sup>430</sup>. Desde el nombramiento de este tercer gobierno, se recela entonces de sus futuras actuaciones con respecto a las facultades y capacidades de la Asamblea.

Los cinco ex-diputados del nuevo ministerio se hicieron famosos en la primera legislatura de Cortes por su apoyo a las políticas restrictivas de los dos primeros gobiernos, sea con respecto a la disolución del Ejército de la Isla, la adopción de limitaciones a la libertad de imprenta y suspensión de sociedades patrióticas, o incluso la restricción del derecho de petición. Por lo tanto, por parte de los liberales exaltados, ya se sabía que los miembros más destacados del tercer gobierno pretendían seguir el camino trazado por los dos ministerios anteriores, en el que se fomentaba la indefensión del régimen constitucional con respecto a sus enemigos interiores y exteriores, y se contrarrestaba los actos radicales de las Cortes. En este sentido, como elemento emblemático de la parálisis consciente del proceso revolucionario según liberales exaltados,

---

<sup>430</sup> Quintí Casals Bergés, *La representación parlamentaria...*, op. cit., p. 148.

puede recordarse la actuación de Moscoso, cuando fue presidente de las Cortes en junio de 1821, con respecto a la abolición de los señoríos. Por su intervención se desechó momentáneamente una de las medidas que, si hubiese sido adoptada y aplicada con diligencia y esfuerzo, hubiese puesto a parte del pueblo en mejores disposiciones con respecto al régimen liberal<sup>431</sup>.

Con lo que se refiere a los posibles apoyos de este tercer gobierno, hace falta nombrar aquí a la Sociedad Constitucional o del Anillo, que constituyó el principal soporte del gobierno Martínez de la Rosa. Aunque la creación del Anillo pueda atribuirse a algunas personas concretas -por ejemplo Gil Novales recalca que se atribuye a Calatrava la idea de crear esta sociedad<sup>432</sup> y en el *Diario Gaditano* se explicaba que fue creada por los ministros del segundo gobierno liberal que se negaban a dejar sus puestos<sup>433</sup>- no se han localizado hasta ahora fuentes que permitan establecer quién o quiénes fueron los creadores originales de la sociedad. Al final del *Reglamento* interno de la sociedad, fechado en 31 de diciembre de 1821, figura una lista de ciento cuatro miembros. De este total, pude establecer de manera cierta la identidad de noventa personas. Mi propósito fue, a través de la elaboración de reseñas biográficas para cada individuo identificado, establecer los cargos ocupados por estos socios del Anillo, los anilleros. Para tener una imagen más global, tomé en cuenta los cargos que habían desempeñado desde la época de la Guerra de la Independencia hasta el final del reinado de Isabel II. De esta manera, disponemos de un periodo de sesenta años que coincide plenamente con la construcción del Estado liberal en España. Los resultados obtenidos son elocuentes. Entre estos noventa anilleros están representados varios núcleos de poder: político, económico, militar, judicial, académico. También encontramos distintas categorías socio-profesionales: eclesiásticos, comerciantes, abogados,

---

<sup>431</sup> Interesándose en esta abolición “trece mil pueblos de la Península, es claro que ella hubiera hecho los prodigios que los asignados hicieron en la revolución de Francia; y por consiguiente estos trece mil pueblos y los veintidós mil que componen la Península hubieran peleado como leones en defensa de un sistema que los había librado de unos tributos tan insoportables”. Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 273.

<sup>432</sup> Véase la reseña biográfica de Calatrava en Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=84530>.

<sup>433</sup> El 27 de octubre de 1821, en el *Diario Gaditano* se señala que los ministros del gobierno liderado por Feliú no quieren abandonar sus poltronas y acaban de crear una sociedad de “socorro mutuo” para afianzar su poder. Albert Dérozier, *L’histoire de la Sociedad del Anillo de Oro pendant le triennat constitutionnel 1820-1823: la faillite du système libéral*, París, Les Belles Lettres, 1965, p. 10.



nobles -entre ellos varios Grandes de España-, etcétera. Para presentar parte de los resultados obtenidos, puedo decir aquí que, para el periodo del Trienio Liberal, dentro de estos noventa anilleros identificados encontramos a:

- 46 diputados
- 9 ministros
- 10 consejeros de Estado
- 21 oficiales de algún ministerio
- 10 jefes políticos y 2 capitanes generales
- 24 militares, todos oficiales
- 12 académicos de la Nacional
- 11 nobles, de lo cuales cinco eran Grandes de España.

Para la época 1834-1868, entre los noventa anilleros identificados hallamos a:

- 21 diputados
- 15 ministros
- 14 senadores
- 4 jefes políticos y 3 capitanes generales.

En vista de los resultados presentados aquí, queda patente cómo los anilleros del Trienio estaban presentes en todas las esferas del poder, tanto político como militar o académico. Numerosas preguntas surgen entonces: ¿hasta qué punto lograron los diputados anilleros influir en el rumbo político de las Cortes? ¿De qué manera influyeron sobre la política local los jefes políticos anilleros? De manera general, la gran pregunta es ¿qué esfera de poder estuvo fuera de la influencia anillera? Una primera respuesta sería: ninguna. Pues bien, en el nuevo gobierno conformado a finales de febrero de 1822, los cinco ex-diputados de la primera legislatura de Cortes eran también anilleros de la primera hora. Volveré sobre la evaluación de este gobierno por los liberales exaltados en el cuarto capítulo de este trabajo, al tratar una exposición de 68 diputados fechada en 9 de octubre de 1822.

## 1.2 Balance gubernativo del tercer ministerio

En este apartado, voy a evocar dos puntos: la cuestión de la independencia de las colonias americanas y la gestión, por parte del gobierno, de los flujos contrarrevolucionarios que se multiplicaron por el territorio peninsular en la primera mitad de 1822.

Los procesos de independencia de las posesiones coloniales españolas en América, arrancados en 1808, fueron uno de los temas que monopolizó la atención de las Cortes y de los gobiernos del Trienio Liberal. En este sentido, el año de 1822 fue uno de particular relevancia, pues ya a finales de 1821 se conocieron en España las noticias de independencia de México así como de otros varios puntos del continente americano. En las Cortes, desde finales de enero de 1822 varios diputados, a la vez que criticaban la inacción del gobierno, intentaban presionarlo para que tomase medidas<sup>434</sup>. El 13 de febrero de 1822 se promulgaba un decreto de Cortes sobre medidas para la conciliación de Ultramar, en el cual se preveía, entre otros, el envío de comisionados a las tierras americanas sublevadas cuyo propósito era recoger todas las proposiciones que se les hiciesen para transmitir las a la metrópoli. Además, mediante este decreto se declaraba nulo el tratado de Córdoba celebrado entre O'Donoghú e Iturbide, el cual reconocía la independencia de México, y se establecía que el gobierno español, mediante declaración a las demás potencias, reconocía como infracción de los tratados el que algún país reconociese la independencia de una tierra americana sublevada. En el resto del decreto, se enunciaban medidas imprecisas tendentes a reforzar la unión entre la metrópoli y las colonias que le seguían siendo fieles<sup>435</sup>.

El 6 de marzo de 1822, cinco días después de la apertura de la segunda legislatura de Cortes, se leyó la memoria del ministerio de Ultramar<sup>436</sup>. Contenía muchos detalles sobre el progreso de la causa independentista y lo poco que había hecho y podía hacer España para recobrar sus posesiones. Luego, se dio el 28 de junio un decreto de Cortes que retomaba el dictamen de

---

<sup>434</sup> Véase por ejemplo la intervención de Oliver en *DS*, 24 de enero de 1822, pp. 1975-1976.

<sup>435</sup> Decreto de 13 de febrero de 1822, "Medidas para la conciliación de las provincias de Ultramar", *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, op. cit., tomo 8, pp. 272-274.

<sup>436</sup> *DS*, 6 de marzo de 1822, pp. 201-211.

la comisión de Ultramar<sup>437</sup> sobre la memoria del ministro de este ramo, dictamen leído en la sesión del 25 de junio de 1822<sup>438</sup>. Mediante este decreto, se quitaba a las Cortes gran parte de sus facultades ya que se autorizaba al gobierno para “que proceda respecto de los negocios de Ultramar según conviniese”<sup>439</sup>. No se mencionaba en absoluto la posibilidad por parte de los comisionados mandados a negociar de reconocer la independencia de los países sublevados, solo se abría la puerta a que concluyesen convenios de comercio.

En los debates sobre la cuestión de las independencias americanas que precedieron la adopción del decreto de 28 de junio, se enfrentaron dos posturas en el seno de la comisión de Ultramar. La primera postura, mayoritaria, fue defendida por diputados afines al gobierno tales como Sanchez. Consistía por una parte en suspender las hostilidades entre España y los países ya independientes o a punto de serlo, establecer tratados comerciales y proteger militarmente Puerto-Rico y Cuba. Por otra parte, se intentaba dejar un amplio margen de actuación al gobierno, pues el diputado Sanchez propuso que el ministerio se valiese de las Cortes para que éstas le otorgasen las medidas y recursos que estimase necesarios para la pacificación de América<sup>440</sup>. Por lo tanto, en esta opción, se rechazaba la posibilidad de que España reconociese la independencia de los países ya sublevados, y se intentaba confiscar a las Cortes un asunto tan importante. Frente a ello, estaba otro diputado de la comisión de Ultramar, Ibarra -representante de Guatemala-, quien presentó un dictamen distinto del de la mayoría de la comisión. Además de reclamar la suspensión de las hostilidades, Ibarra quería que las Cortes autorizasen al gobierno para hacer tratados con los países ya independientes, reconociendo en primer lugar su independencia en caso de que tuviesen un gobierno legítimo -es decir, conforme a la voluntad general de los habitantes del país- o si Francia, Inglaterra o Estados-Unidos intentaban reconocer su

---

<sup>437</sup> Esta comisión se componía de Gil de la Cuadra, Cayetano Valdés, Murfi, Quiñones, Joaquín Ferrer, Cuevas e Ibarra.

<sup>438</sup> *DS*, 25 de junio de 1822, pp. 2156-2160.

<sup>439</sup> Artículo primero del decreto 28 de junio de 1822, “Se autoriza al gobierno para que proceda respecto de los negocios de Ultramar según conviniera y los exijan las circunstancias”, *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes*, Madrid, Imprenta Nacional, 1822, tomo 9, p. 499.

<sup>440</sup> *DS*, 18 de marzo de 1822, pp. 409-410 y 14 de abril de 1822, p. 831.

independencia. En cuanto a los tratados que habían de establecerse entre España y los nuevos países independientes, sus bases debían ser las de igualdad de derechos entre americanos y españoles, libertad de comercio entre países americanos y España así como libertad de circulación entre ambos continentes respetando las leyes del país de destino<sup>441</sup>.

La adopción del dictamen mayoritario de la comisión de Ultramar, y su publicación como decreto el 28 de junio de 1822, barría absolutamente todas las medidas concretas y benevolentes que habían podido presentar diputados tales como Ibarra y, de esta manera, se condenaba el régimen liberal a seguir en la irresolución e inacción con respecto al proceso de independencia de sus posesiones americanas. En este momento, paso a examinar la cuestión de la contrarrevolución y guerra civil.

La amplitud de la contrarrevolución realista con sus correspondientes conspiraciones y enfrentamientos militares explota ya en el año 1822<sup>442</sup>. Tanto en la opinión pública española como en los testimonios de observadores extranjeros se ve reflejada la guerra civil que asolaba varias partes del territorio peninsular, notablemente Cataluña, Navarra, las Provincias Vascongadas y Galicia. Sobre esta primera provincia, el conde de La Garde, embajador francés en Madrid, escribía por ejemplo que podía considerarse “comme entièrement soulevée.”<sup>443</sup> Los acontecimientos de Cataluña, por su magnitud, ocuparon la atención del Congreso en el mes de mayo. A raíz de una exposición de los principales conflictos existentes en esta provincia -entre otros, la existencia de pueblos enteros contrarios a la Constitución, la propaganda eclesiástica contra el régimen liberal, la protección de facciosos fugitivos, los enfrentamientos militares contra tropas constitucionales, el rechazo de pagar las contribuciones

---

<sup>441</sup> DS, 25 de junio de 1822, p. 2160.

<sup>442</sup> Como lo subrayó Rújula, las “actitudes contrarrevolucionarias” aparecieron desde el restablecimiento de la Constitución en 1820, “aunque el enfrentamiento (entre liberales y realistas) solo alcanzará la condición de guerra civil abierta ya entrado el año 1822. Fue entonces cuando se desataron viejos discursos y viejos comportamientos para movilizar contra la Constitución a los antiguos combatientes absolutistas de la Guerra de la Independencia. Se levantaron partidas realistas en buena parte del país y la conflictividad arraigó en algunas comarcas del territorio nororiental de la península.” Pedro Rújula, “La guerra civil en la España del siglo XIX: usos políticos de una idea”, en Eduardo González Calleja y Jordi Canal (eds.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 47.

<sup>443</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 19 de mayo de 1822, p. 51.

y tributos decretados por las Cortes<sup>444</sup>-, el diputado Surra propuso se nombrase una comisión especial encargada de proponer a las Cortes medidas legislativas que permitiesen “sofocar en su origen los horrorosos desastres” de Cataluña<sup>445</sup>. De esta comisión especial<sup>446</sup> salió un dictamen, presentado por primera vez el 20 de mayo y en segunda lectura el 22<sup>447</sup>, que contenía medidas de excepción duras, como por ejemplo el pasar por las armas a cualquier faccioso que no se hubiese rendido pasadas cuarenta y ocho horas desde la publicación de estas medidas o el declarar en estado de sitio y sujetar a las leyes de guerra a los pueblos en los que más de la mitad del vecindario “tome parte activa en la sedición y proteja las intenciones de los facciosos”<sup>448</sup>. Sin embargo, en la sesión del 22 no se admitió a discusión el dictamen de la comisión. Se rechazó y se mandó que presentase otro proyecto, uniéndose con la comisión encargada de averiguar el estado político de la Nación<sup>449</sup>. La razón de este rechazo debe encontrarse en las sucesivas victorias de Torrijos -especialmente la de 17 de mayo contra las partidas del *Trapense* y la del 18 en la que tomó Cervera- que había sido mandado a Cataluña en la primavera de 1822 como brigadier de los ejércitos nacionales para combatir las insurrecciones realistas. Ya que había variado el estado de Cataluña, varios diputados estimaron que las medidas de excepción propuestas por la comisión ya no se ajustaban a las circunstancias.

En el caso de Cataluña, la actividad del alto clero en la organización de la contrarrevolución era decisiva. Pero este fenómeno también se reproducía en otras partes del territorio peninsular. Era notoria la implicación en la contrarrevolución realista de distintos arzobispos y obispos, estén o no extrañados de su diócesis. La influencia que podían ejercer llegaba entre otros a Francia. En el caso del obispo de Tarazona, Jerónimo Castellón y Salas, quien había sido expulsado de España a principios del Trienio y fijó entonces su residencia en Bayona, se sabe que mantenía una activa correspondencia con

---

<sup>444</sup> DS, 15 de mayo de 1822, pp. 1367-1368.

<sup>445</sup> DS, 17 de mayo de 1822, p. 1396.

<sup>446</sup> En esta comisión especial estaban Surra, Bages y Oliva, Soria, Canga Argüelles y Romero.

<sup>447</sup> DS, 22 de mayo de 1822, pp. 1471-1472.

<sup>448</sup> Ibid., p. 1472.

<sup>449</sup> Ibid., p. 1474.

su cabildo<sup>450</sup>. Frente a tanta actividad contrarrevolucionaria de miembros del alto clero, el ministro de Justicia del tercer gobierno, Gareli, tomó medidas relativamente benignas tales como ordenar el traslado de obispos sospechosos a otra ciudad -caso del obispo de Málaga, Alfonso Cañedo Vigil, trasladado a Córdoba- o que redactasen pastorales a favor de la Constitución<sup>451</sup>.

Si a estas ausencia de medidas firmes por parte del ministerio de Justicia se le añade la actuación del ministro de la Gobernación, Moscoso, ya se percibe claramente por qué hubo exaltados que acusaron al tercer gobierno del Trienio el haber fomentado la contrarrevolución. En efecto, el ministro de la Gobernación, en su política de nombramientos para jefaturas políticas y capitanías generales, se distinguió, por una parte, por dejar en su cargo a autoridades muy mal consideradas por los exaltados -San Martín en Madrid por ejemplo- y, por otra parte, al nombrar en otras jefaturas políticas de importancia a individuos de poco concepto público<sup>452</sup> y, en algunos casos, de poco compromiso liberal. La influencia que ejerció la Sociedad del Anillo en esta política de nombramientos es perceptible, pues parte de los nombrados por Moscoso eran anilleros<sup>453</sup>.

Al fin y al cabo, aunque existiesen medidas legales tales como la ley de 17 de abril de 1821 sobre delitos de conspiración y las penas correspondientes, el tercer gobierno, cuando las aplicó, lo hizo de manera tan tenue que no surtieron efecto. Más bien lo contrario, dado que la debilidad de las providencias adoptadas por el gobierno, y los numerosos ejemplos de impunidad de realistas complicados en conspiraciones, fomentaban a su vez la actividad de los contrarrevolucionarios.

---

<sup>450</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 281.

<sup>451</sup> Ibid., p. 282.

<sup>452</sup> Según Romero Alpuente, a ojos del ministerio de la Gobernación “no había a propósito para jefes políticos otros sujetos que aquellos que en la Diputación de Cortes habían opinado constantemente como él contra los derechos del pueblo y la marcha de la revolución, estando siempre por las medidas de mansedumbre hacia los enemigos y de rigor inexorable contra los constitucionales.” Ibid., p. 278.

<sup>453</sup> Entre ellos destacan Golfín, diputado a Cortes por Extremadura entre 1820-1822, nombrado jefe político de Alicante en abril de 1822; José de Hezeta, quién al parecer intentó asesinar a Félix Mejía, editor del *Zurriago*, en enero de 1822, y recibió en marzo del mismo año la jefatura política de Granada; Vicente Sancho, diputado a Cortes por Valencia entre 1820-1822, jefe político de Barcelona a partir de marzo de 1822; Mariano Villa, diputado a Cortes por Aragón entre 1820-1822, jefe político de Valencia en momentos de la sublevación de los artilleros de la ciudadela de Valencia en mayo de 1822.

### 1.3 El estado de la nación en junio de 1822

En este apartado, analizaré por una parte las circunstancias que motivaron el nombramiento, a principios de marzo de 1822, de una comisión encargada de informar sobre el estado de la nación. Por otra, me interesa subrayar algunos aspectos del dictamen que dio esta comisión, en la sesión del 15 de junio de 1822, ya que se trata de un documento que ofrece datos muy significativos para entender mejor la disputa entre liberales en el Trienio y, mediante ello, poder establecer una línea divisoria entre exaltados o clasificados como tal en un momento.

Se nombró una comisión encargada de informar sobre el estado de la nación el 6 de marzo de 1822, a petición del diputado Gil de la Cuadra -ministro de Ultramar en el gobierno Argüelles entre septiembre de 1820 y marzo de 1821-. No obstante, fue otro el que motivó el nombramiento de semejante comisión. En efecto, en un principio, fue en una sesión anterior a la lectura de las memorias ministeriales que el moderado Gómez Becerra propuso la formación de una comisión especial de tranquilidad pública “que entienda en todos los negocios tocantes a este ramo”. Esta petición venía motivada por las dudas surgidas anteriormente en la sesión ante distintos expedientes que habían llegado a las Cortes -que abrieron sus sesiones el 1 de marzo- y a qué comisión tenían que pasarse<sup>454</sup>. Además, su proposición se veía nutrida por una inquietud latente: no se trataba solo de los expedientes “en que nos hemos visto perplejos para determinar su curso, sino los que temo que vengan en lo sucesivo”. Por lo tanto, le parecía conveniente “proponer que haya (una) comisión con el título de tranquilidad pública, por ser una cosa importantísima para afianzar el sistema constitucional.”<sup>455</sup> Se admitió directamente a discusión la propuesta, que ocasionó entonces un debate sumamente interesante, principalmente por dos motivos. Por un lado, porque ilustra la apreciación más o menos crítica que los diputados tenían con respecto a las circunstancias del estado de la nación en ese momento. Por otro, porque en él se percibe

---

<sup>454</sup> Entre otros, una lista de infracciones de Constitución elaborada por la Diputación Permanente y una exposición del jefe político de Ceuta -en la que manifestaba haber denunciado una pastoral que había publicado en febrero el obispo Rafael Vélez-, sobre las cuales se acordó que pasasen a una comisión especial que se nombraría. *DS*, 2 de marzo de 1822, pp. 57-58.

<sup>455</sup> Las tres citas de Gómez Becerra están en *ibid.*, p. 60.

nítidamente una de las características del sistema de relación entre los poderes del Estado que defendían los liberales moderados: la preeminencia del poder ejecutivo sobre el legislativo.

Con respecto al primer objeto, las circunstancias del estado de la nación, el diputado exaltado Seoane apoya en esta sesión del 2 de marzo la propuesta de Gómez Becerra porque quiere que se averigüe por qué medios se están manteniendo los grupos contrarrevolucionarios. Además, estima necesario tomar en consideración la causa de los movimientos de desobediencia al Gobierno de finales de 1821 y principios de 1822 que se desarrollaron en “las provincias más afectas al sistema” constitucional. Cuestiona el carácter sedicioso de aquellos movimientos, al aludir a las “medidas antipolíticas y misteriosas” del gobierno Feliú y, al mismo tiempo, no esconde sus recelos ante los efectos que podría llegar a tener la conducta del gabinete de Martínez de la Rosa, en su persecución de los liberales exaltados, ya que considera como factible el estallido de movimientos similares “ahora que el gobierno parece que trata de hacer inquisiciones oscuras” sobre los patriotas. En este sentido, Seoane insiste en que no hay que perder de vista que el mayor peligro para el sistema constitucional son los contrarrevolucionarios, porque son la “verdadera causa de la desobediencia”. Finalmente, este diputado concibe que el trabajo y dictamen de la comisión que se nombraría -que para él debe examinar tanto los asuntos relativos a la tranquilidad pública como al estado de la nación- serviría de “saludable lección, o bien para los agentes del gobierno si se equivocaron en su conducta, o bien para el pueblo si manifestó una desconfianza injusta.”<sup>456</sup>

Entre los exaltados a favor de la propuesta de Gómez Becerra se encuentra también Salvato, quien inicia su intervención de la siguiente manera: “Cuando vemos por todas partes las horribles explosiones de un volcán, ¿nos acercaremos al cráter y plácida y tranquilamente nos calentaremos a las llamas que despiden?”<sup>457</sup> Este diputado está convencido de que cunde por todas partes

---

<sup>456</sup> Todas las citas de Seoane están en *DS*, 2 de marzo de 1822, p. 61.

<sup>457</sup> *Ibid.*, p. 62. El diputado Infante, secretario de las Cortes en este momento, retoma luego la retórica del volcán para recalcar la urgencia de tomar medidas, en las Cortes, en contra de los insurgentes absolutistas: “¿Hay quien ignore que pisamos un terreno volcanizado, que a cualquier parte que dirijamos la vista vemos un volcán? ¿No hemos sido testigos de las rebeliones en este y el otro punto? ¿Y las Cortes han de ser indiferentes a los lamentos públicos y a las necesidades urgentes de la patria?” *Ibid.*, p. 64.



una guerra abierta contra los patriotas<sup>458</sup>, que los “enemigos de la patria caminan agigantadamente a su último fin”<sup>459</sup>, y que el gobierno no está en absoluto a la altura de las circunstancias, por su apatía ante la agitación contrarrevolucionaria.

Las posturas contrarias a las de Seoane y Salvato llevan a considerar el segundo aspecto interesante de este debate, la concepción defendida por los moderados de las relaciones entre poder ejecutivo y legislativo. En efecto, para rebatir los argumentos de los diputados exaltados, los moderados La Puerta y Argüelles -aunque estuvieran de acuerdo con el fondo de la propuesta de Gómez Becerra- cuestionaron, por una parte, el carácter crítico de las circunstancias del estado de la nación y, por otra, afirmaron la importancia de esperar a que los ministros leyesen sus memorias antes de que las Cortes resolviesen sobre este punto<sup>460</sup>. Pero la intervención más relevante en este sentido es la de Melo, quien se opuso al nombramiento de una comisión especial porque equivalía, en su opinión, a instaurar un vicio en la separación de poderes. En efecto, este diputado consideraba que los negocios de orden público y seguridad interior eran competencias del poder ejecutivo y que era el gobierno el que tenía que ejercer la iniciativa, para luego pedir la colaboración de las Cortes: “diré que cuando las circunstancias lo exijan, cuando el gobierno crea indispensable la cooperación del Cuerpo legislativo para la conservación de la tranquilidad pública, el mismo gobierno, como que es el que mayor interés tiene en que ésta se conserve, será el primero en pedirla”. Lo conveniente era entonces dejar la iniciativa al gobierno y, si cometía errores, se podría exigirle la responsabilidad a posteriori:

---

<sup>458</sup> Se refiere por ejemplo al resurgimiento del folleto *Constitución fundamental del género humano* en un periódico de Barcelona. Sobre este texto de probable origen absolutista, que se hubiera redactado antes de la proclamación de la Constitución de Cádiz y que volvió a aparecer durante el Trienio, véase Ignacio Fernández Sarasola, *Proyectos Constitucionales en España (1786-1824)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, pp. 685-698 y Jordi Roca Vernet, *La Barcelona revolucionària...*, op. cit., pp. 118-123.

<sup>459</sup> DS, 22 de marzo de 1822, p. 62.

<sup>460</sup> La Puerta dijo: “Ese cráter de que se ha hablado, ¿ha de reventar hoy mismo, y no nos ha de dar tregua para que oigamos mañana o pasado mañana cuanto el gobierno nos diga?” Argüelles manifestó lo siguiente: “Un señor en quien preveo un talento singular para el debate ha dicho que nos hallábamos en una situación terrible, y tuvo la feliz ocurrencia de comparar nuestra situación a la del que se halla al cráter de un volcán. Confieso que S. S. habrá exagerado algo por exceso de celo esta figura retórica; pero no convengo en que sea tan inminente el riesgo, que no permita una pequeña dilación en obsequio del acierto.” Ibid., p. 62 (La Puerta) y 65 (Argüelles).

“soy el primero que quiero que se vigile al gobierno; pero quiero que al mismo tiempo se le respete. El poder ejecutivo es el áncora de los demás poderes, es su alma: el poder ejecutivo es el que pone en juego todos los demás poderes, es el alma de todos ellos. (...) yo no puedo aprobar esta proposición, porque considero que el objeto que en ella se propone corresponde al poder ejecutivo, y si se trata de la vigilancia sobre éste, todos tenemos una obligación de acusar al gobierno y hacerle cargos siempre que delinca, en cuyo caso mi voto será el primero hasta morir.”<sup>461</sup>

Después de este debate, el secretario Infante leyó la propuesta de Gil de la Cuadra para ver si Gómez Becerra aceptaba sustituirla a la suya. Este se negó y se declaró entonces que no había lugar a votar sobre su proposición. Quedó leída por primera vez la de Gil de la Cuadra<sup>462</sup>, que luego fue aprobada en la sesión del 6 de marzo, día en el cual se nombró también la comisión especial que había de examinar el estado de la nación<sup>463</sup>.

Esta comisión especial tardó tres meses en presentar sus trabajos, ya que fue en la sesión del 15 de junio de 1822 que se leyó su dictamen. Este es otro documento sumamente interesante, ya que ese día se extendió un dictamen firmado por Gil de la Cuadra, Canga Argüelles, Meléndez Fernández, Castejón, Melo y Vega Infanzón<sup>464</sup> así como un voto particular suscrito por Ruiz de la Vega y Zulueta. La principal divergencia entre ambos textos se sitúa en la apreciación del origen y desarrollo de la división entre liberales. Para estudiar este punto me referiré en un primer tiempo al dictamen mayoritario de la comisión y, luego, pasaré a examinar el voto particular de Ruiz de la Vega y Zulueta.

Los temas del dictamen suscrito por la mayoría de la comisión son los siguientes: el estado de la nación está seriamente degradado por la actuación de la contrarrevolución y por el pésimo estado del espíritu público. En cuanto al

---

<sup>461</sup> Ambas citas de Melo están en *ibid*, p. 62. Fernández Sarasola cita esta intervención de Melo para ilustrar cómo “los moderados entendieron que en muchos casos el Gobierno era el órgano adecuado para ejercer la iniciativa del gobierno del Estado, hasta el punto de considerar que las Cortes solo podían deliberar sobre ciertos asuntos después de que el Gobierno lo hubiese impulsado; por ejemplo en materia de hacienda y ejecutiva”. Ignacio Fernández Sarasola, *Poder y Libertad...*, op. cit., p. 555.

<sup>462</sup> “Pido que se nombre una comisión para que examine el estado político del reino, tomando todas las noticias que crea convenientes, además de las que resulten de las memorias de los secretarios del despacho.” *DS*, 2 de marzo de 1822, p. 66.

<sup>463</sup> Los miembros de esta comisión especial eran: Gil de la Cuadra, Alava, Zulueta, Ruiz de la Vega, Canga Argüelles (nombrados el 6 de marzo), Castejón, Meléndez Fernández (incorporados el 8 de marzo), Melo y Vega Infanzón (nombrados el 2 de abril).

<sup>464</sup> No sé porque no aparece también Alava entre los firmantes del dictamen, porque no consta en el *Diario de las sesiones de Cortes* que haya dejado de formar parte de esta comisión.

primer punto, en el dictamen se enuncia que los distintos grupos contrarrevolucionarios españoles son ramificaciones de un mismo árbol, aunque no se pueda probar semejante hecho de manera legal. Asimismo, ya es sabido que Francia -que mencionan aquí sin nombrarla explícitamente, ya que se habla de un Gobierno vecino que no procede “con la buena fe que por más de una razón tenía la España derecho de esperar y de exigir”<sup>465</sup>- forma parte de este árbol contrarrevolucionario. Viene a continuación una frase muy significativa que ilustra, por una parte, el pudor de los miembros de la comisión a la hora de designar a los máximos responsables interiores de la contrarrevolución y, por otra, la infravaloración que contiene este dictamen en cuanto a las fuerzas de estos movimientos anticonstitucionales. En efecto, después de hablar de la desigualdad de recursos y poder entre los distintos núcleos insurgentes -citando únicamente a Merino “que hemos visto al frente de estas insurrecciones necias” y a Jaime Alfonso-, los miembros de la comisión enuncian lo siguiente:

“Podrán quizás personas de más consideración dirigir en secreto estos movimientos; mas si así fuese, que la comisión no tiene datos para asegurarlo, aunque sí lo sospecha fundadamente, sería una nueva prueba de la insuficiencia de sus recursos y de que todo proyecto criminal se estrella contra la cordura y sensatez de esta nación magnánima.”<sup>466</sup>

En el dictamen se critica también a una porción del clero -tomando igual la precaución de asegurar que hay una “considerable mayoría” de buenos eclesiásticos que reprueban la conducta de los que participan en la contrarrevolución-, tanto aquellos del clero bajo que directamente entraron en las filas de los insurrectos como los de las jerarquías superiores que toleran los abusos de los eclesiásticos rebeldes al orden constitucional. La culpa recae sobre todo en la pasividad de los prelados: “los pastores callan, los perros se duermen y dejan el rebaño a discreción de los lobos”<sup>467</sup>.

Otro aspecto relevante de este dictamen en cuanto a la contrarrevolución es la conciencia nítida que expresan los miembros de la comisión en cuanto a la falta de cohesión y conexión entre el sistema constitucional y el mundo rural, los “habitantes del campo”, que aquí se describen como gente sencilla

---

<sup>465</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1926.

<sup>466</sup> Idem.

<sup>467</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1926.

acostumbrada a respetar a los eclesiásticos, estos mismos que a menudo se oponen al sistema constitucional presentándolo como ilegítimo. Por lo tanto, se considera en este dictamen como urgentísimo el generar vínculos con el mundo rural, hacerle patentes las medidas que se tomaron para asegurarle un porvenir dichoso. Se recalca entonces la necesidad de establecer escuelas de primeras letras y publicar catecismos políticos “al alcance de los labradores, para que vayan empapándose en la doctrina constitucional así como en la cristiana.”<sup>468</sup> Solo de esta forma los pueblos entenderían los beneficios que suponen para ellos medidas tales como la desamortización eclesiástica, la distribución de propios y baldíos, la reforma del sistema de contribuciones, el fijar éstas “a lo puramente necesario, y suprimiendo las que puedan parecer más odiosas, como (se ha) hecho ya con la de registro.”<sup>469</sup> Sobre este último elemento, el de la racionalización del sistema impositivo y mejor reparto de las cuotas de contribución, puede observarse que esta comisión presenta un balance lisonjero de la acción económica del gobierno y de las Cortes, cuando parece más bien que los resultados en este campo eran lamentables<sup>470</sup>. En este sentido, es importante recordar aquí que Canga Argüelles, miembro de esta comisión sobre el estado de la nación, fue el primer ministro de Hacienda del Trienio y aquel que impulsó esta reforma del sistema impositivo.

Después de haber tratado el tema de la contrarrevolución, se entra en un terreno más polémico, otra causa del mal estado de la nación: la cuestión espinosa de la división interna del liberalismo. Puede observarse en esta parte del dictamen cierta llamada a la unión entre liberales así como un deseo de reconciliación entre los dos bandos enemistados. Para referirse a la división

---

<sup>468</sup> Ibid., p. 1927.

<sup>469</sup> Idem.

<sup>470</sup> Para un análisis de las consecuencias de la política fiscal llevada a cabo por el primer gobierno del Trienio, y retomada por los gabinetes sucesivos, véase Sophie Bustos, “Consideraciones sobre la reforma tributaria de Canga Argüelles (1820)”, en Pilar Folguera, Juan Carlos Pereira, Carmen García, Jesús Izquierdo, Rubén Pallol, Raquel Sánchez, Carlos Sanz, Pilar Toboso (eds.), *Pensar con la historia desde el siglo XIX. Actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, UAM Ediciones, 2015, pp. 5211-5227 y Jaume Torras Elías, “En torno a la política tributaria de los gobiernos del Trienio Constitucional (1820-1823)”, en *Moneda y Crédito*, núm. 122 (1972), pp. 153-170. Para cuestiones más generales sobre temas hacendísticos en el Trienio, véase Miguel Artola, *La Hacienda del siglo XIX: progresistas y moderados*, Madrid, Alianza Editorial, 1986; Carmen García García, *La crisis de las haciendas locales. De la reforma administrativa a la reforma fiscal (1743-1845)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1996; Josep Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979 y Joaquín del Moral Ruiz, *Hacienda y Sociedad en el Trienio Constitucional*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1975.

mencionada, se habla de “excisión funesta” y se subraya la violencia del enfrentamiento entre los constitucionales: se trata de una “guerra cruel” que ha llegado a un grado más que manifiesto de hostilidad y encarnizamiento<sup>471</sup>. Existen cuatro motivos principales, en opinión de los firmantes de este dictamen, que generaron la lucha entre liberales: el recuerdo del año 1814, las maquinaciones en contra del sistema constitucional desde su restablecimiento en 1820, “la lentitud que se observaba en algunos procesos célebres” y algunas disposiciones de los distintos ministerios que gobernaron hasta el momento<sup>472</sup>.

Sin embargo, lo que hasta el momento parecía ser un sincero lamento en cuanto a la división funesta de los liberales pasa a cobrar una forma totalmente distinta: la atribución de la responsabilidad de semejante fractura a los liberales más entusiastas con la Constitución. En efecto, puede leerse en el dictamen las frases siguientes: los cuatro motivos principales anteriormente mencionados

“inspiraron desconfianza a varios de imaginación ardiente, y que acérrimos defensores de la libertad (...), creyeron que peligraba, y manifestaron su opinión sin rebozo, extendiendo sus sospechas contra aquellos mismos que igualmente decididos a sostenerla, y no menos expuestos a perecer si ella pereziese un día, o no veían este día tan cercano, o dotados de una fibra menos irritable caminaban con más pausa y detenimiento al mismo fin. Estos, por su parte, resentidos de semejantes sospechas, no siempre vieron en ellos un exceso de celo por el bien, y una consecuencia de la mayor o menor viveza; vieron una hostilidad declarada y miras peligrosas, y empezaron también a sospechar de sus contrarios.”<sup>473</sup>

Dicho de otro modo, según este dictamen, los causantes de la fractura entre liberales fueron los de “imaginación ardiente”, porque empezaron a acusar al gobierno de perder la revolución y el régimen, y éste, ante semejante cuestionamiento de su actividad, se quedó preocupado y comenzó a sospechar de las intenciones de aquellos que criticaban su gestión política, porque pensaba que, en el fondo, lo que se pedía era peligroso para la estabilidad de España.

Luego, se observa en el dictamen cierto intento de normalizar lo que la propia comisión retrata como progresiva radicalización del enfrentamiento entre liberales:

---

<sup>471</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1927.

<sup>472</sup> Idem.

<sup>473</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1927.

*“Así, en poco tiempo y con una progresión nada extraña para quien conoce el corazón humano, de la sospecha se pasó a la desconfianza absoluta, de la frialdad a la aversión, de ésta a la intolerancia, y por fin a tratarse como enemigos irreconciliables y formarse abiertamente dos partidos entre los mismos que por sus opiniones y por el bien de la patria no debieran haberse desunido jamás.”*<sup>474</sup>

Por un lado, podría verse en esta declaración la expresión de la incompreensión de los partidarios de una revolución que caminase “con más pausa y detenimiento” ante el surgimiento y fortalecimiento de una corriente radical que cada día formulaba nuevas reivindicaciones que superaban el horizonte político del gobierno. Por otro lado, pueden interpretarse estas líneas como una llamada a la reconciliación entre liberales. No obstante, se trata a mi juicio de una llamada truncada, ya que se establece desde un principio que los que motivaron la discordia fueron los de “imaginación ardiente” y fibra irritable que, con sus peticiones y reivindicaciones, desafiaban al gobierno. No se cuestiona la gestión política de los tres gabinetes ministeriales que hubo hasta el momento, y el dictamen concluye en esta parte que el espíritu de partidos llevó a ambos bandos a cometer excesos<sup>475</sup>. Después de haber considerado este crítico estado de la nación, se entra ya, en el dictamen, en la serie de medidas preconizadas para mejorarlo<sup>476</sup>.

Ahora paso a examinar el voto particular formado por dos individuos de la comisión sobre el estado de la nación, los diputados Ruiz de la Vega y

---

<sup>474</sup> Idem (la cursiva es mía).

<sup>475</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1927.

<sup>476</sup> No voy a entrar en el detalle de estas medidas -que son un total de treinta- cuya mayoría se refiere a la necesidad de activar distintas reformas, como por ejemplo la aprobación del reglamento de la milicia nacional local y la presentación de un proyecto de decreto sobre la distribución del medio diezmo. Hay también distintas propuestas sobre el clero -cuya finalidad es sujetar a un control más estrecho por parte del gobierno a los eclesiásticos-, otra destinada a mejorar el espíritu público -difundiendo un decreto que autoriza a los jefes políticos a tomar medidas para restablecer las virtudes de la libertad, franqueza y unión mediante el teatro, las canciones patrióticas y convites cívicos-, y varias medidas represivas sobre insurgentes absolutistas y pueblos que protegen a partidas contrarrevolucionarias. La última disposición del dictamen es bastante llamativa, ya que expresa a la vez el convencimiento, por parte de los miembros de la comisión que suscriben a este dictamen, de una amenaza inminente sobre el régimen constitucional y, por otra, indica un deseo de cooperación de las Cortes con el gobierno pero también cierta sumisión suya con respecto a éste. La última medida es: que se “diga al gobierno que las Cortes se hallan decididas a decretar la fuerza militar extraordinaria y los recursos pecuniarios que necesitare para sostenerla, siempre que el mismo gobierno creyese necesario cubrir nuestras fronteras”. Las treinta propuestas de esta comisión sobre el estado de la nación están en *ibid.*, pp. 1928-1929.

Zulueta<sup>477</sup>. Ambos se conforman con la mayoría del dictamen extendido por el resto de miembros de la comisión aunque estén en desacuerdo sobre la causa principal que apunta el dictamen en cuanto al estado del espíritu público. En este sentido, arremeten más bien contra el segundo gobierno del Trienio por haber perseguido a los patriotas y haber favorecido a gente impopular así como la contrarrevolución.

En su voto particular, Ruiz de la Vega y Zulueta se proponen en un primer tiempo, en base a la correspondencia oficial, es decir, los partes de las autoridades constitucionales, examinar las agitaciones que sacudieron la Península entre 1821 y los primeros meses de 1822. Establecen entonces dos tipos de alteraciones. Por un lado, las ejecutadas por contrarrevolucionarios y, por el otro, las cometidas por patriotas; y califican el objeto, las modalidades y el área geográfica de ambas categorías. En cuanto a la primera, se trata de movimientos en los que, además de hostilizar a los patriotas y desacreditarlos, hubo muchos actos de violencia contra tropas, instituciones y símbolos constitucionales<sup>478</sup>. Los pueblos más afectados por estas agitaciones son

“los más atrasados en la instrucción y los más fanatizados, tales como los de las provincias centrales y retiradas de comunicación externa, y los que siendo de escaso vecindario encierran (en) sus recintos catedrales considerables, número de clero desproporcionado al de los habitantes, conventos y monasterios pingües, (...) y que se hallan fuera del nivel de la verdadera ilustración del siglo”<sup>479</sup>.

Por lo que toca al segundo tipo de alteraciones que ocurrieron entre 1821 y principios de 1822, los dos diputados los retratan aquí como movimientos dirigidos a “pedir a las autoridades la expulsión de personas a quienes

---

<sup>477</sup> Ambos están vinculados en cierto grado a los movimientos de desobediencia al gobierno de finales de 1821 y principios de 1822. En efecto, en 1821 Ruiz de la Vega fue alcalde segundo de Granada e “(intervino) en la preparación de la exposición de (la ciudad de) Granada en noviembre de 1821, con motivo de las representaciones de Cádiz, Sevilla y otras ciudades”. En cuanto a Zulueta, “es uno de los que el 15 de noviembre de 1821 pide la deposición del ministerio”. Reseña biográfica de Domingo María Ruiz de la Vega (<http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=107026>) y Pedro Juan Zulueta (<http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=112105>) en Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico...*, op. cit.

<sup>478</sup> Los alborotadores se pronunciaban “contra los que se decían afectos a la Constitución, atribuyéndoles proyectos de república e ideas de irreligión (...), acometiendo a los objetos contra quienes se expresaban, apoderándose de las puertas del pueblo, casas consistoriales y de milicianos, hiriéndolos, maltratándolos en sus personas y desarmándolos, apedreando ventanas, dando gritos subversivos, derribando lápidas, y otras demostraciones de este orden, con más o menos exceso”. *DS*, 15 de junio de 1822, pp. 1930-1931.

<sup>479</sup> *Ibid.*, p. 1931.

tachaban de desafectas a la Constitución o de conspiradoras; a reclamar la remoción de funcionarios contra quienes presentaban quejas y acriminaciones, y a manifestar desconfianza del gobierno y sus principales agentes”. Plantean que no hubo tanta violencia en este género de agitaciones, al contrario de las de tendencia contrarrevolucionaria, ya que se plasmaron las primeras sobre todo a través de canciones, paseos y festejos cívicos, la formulación de peticiones a las autoridades “en reuniones numerosas con diputación de personas que (llevasen) la palabra, representaciones suscritas por gran número de ciudadanos y aun de autoridades, y otras demostraciones con más o menos vehemencia”. Los pueblos que se agitaron en este sentido

“resultan más ilustrados y adelantados en la civilización, tales como las grandes capitales y los pueblos litorales, que por las circunstancias de su mayor conversación y trato con toda clase de gentes, sus escuelas o liceos de mejor gusto, u otros accidentes favorables, han tenido más ocasión de desplegar los conocimientos humanos, de adquirir nociones de política, de apreciar las ventajas de la libertad y de sentir el temor de su pérdida.”<sup>480</sup>

Para Zulueta y Ruiz de la Vega, estamos entonces ante dos tipos totalmente distintos de alteraciones, con el uno mucho más peligroso que el otro para la existencia del sistema constitucional.

Siguiendo su razonamiento, los dos diputados reflejan lo que en una mayoría de partes de autoridades constitucionales se preconiza para luchar contra ambos tipos de alteración. Un detalle importante es el que, en esta correspondencia oficial, no parece hacerse ninguna distinción entre las agitaciones de patriotas y las de realistas<sup>481</sup>. Se proponen medidas destinadas a restaurar en general el orden público, limitar el ejercicio de ciertas libertades y

---

<sup>480</sup> Las tres citas están en *ibid.*, pp. 1930-1931.

<sup>481</sup> El punto común de los partes oficiales se encuentra en el atribuir gran parte de las perturbaciones del orden público “al fanatismo de los malos eclesiásticos y siniestro influjo que por el abuso de su ministerio ejercen sobre los pueblos, faltos de instrucción y abrumados con el peso y mal repartimiento de las contribuciones, a la lenta administración de justicia e impunidad de los delitos, a la ignorancia y apatía de muchos ayuntamientos y autoridades populares, al abuso de los derechos de la libertad y exaltación de principios de muchos que afectando ser los más adictos a la Constitución, conciben ideas anárquicas y desorganizadoras para violentar a las autoridades y enervar la acción y fuerza moral del gobierno.” *Ibid.*, pp. 1929-1930.



mejorar el estado de ilustración de los pueblos<sup>482</sup>. Estas son las causas y los remedios al estado político de la nación si uno se limita al contenido de los partes oficiales. En este sentido, con esta correspondencia oficial como única fuente documental las medidas que se deberían tomar tendrían efectos a medio o largo plazo, y consistirían sobre todo en reprimir las manifestaciones entusiastas de los liberales patriotas -para de este modo presionar y cambiar la opinión- y aumentar los poderes del ejecutivo y sus representantes<sup>483</sup>.

Ahora bien, en opinión de Ruiz de la Vega y Zulueta, es necesario apartarse de la correspondencia oficial para entrar en un examen más profundo, dedicado a conocer a fondo por qué está tan degradado el espíritu público. Semejante indagación es necesaria para estos diputados ya que consideran que se está iniciando una guerra civil, alimentada no solo por la división de opiniones entre realistas y liberales sino también por las maquinaciones de Francia -que otra vez no se nombra como tal- y las de núcleos que “probablemente existen en el mismo centro de la corte”<sup>484</sup>. Lo que estiman ser la principal razón de la degradación flagrante del espíritu público entre 1821 y principios de 1822 es un elemento que había sido apuntado por muchos patriotas exaltados, es decir, el convencimiento, por parte del gobierno Feliú, de que los movimientos de patriotas eran más peligrosos para la España que los

---

<sup>482</sup> Los “remedios que más comúnmente (se) indican (son): el establecimiento de escuelas y catecismos para el progreso de la instrucción pública; la reforma y dotación del clero, con el arreglo y alivio de las contribuciones; la de las milicias locales, con las medidas oportunas para remover los desórdenes a que inducen los vicios de su reglamento; el establecimiento de un sistema de policía de seguridad; la represión de algunos derechos mal entendidos, de que abusan los díscolos y propensos al desorden, y aun la ampliación de algunas facultades a las autoridades políticas.” Ibid, p. 1930.

<sup>483</sup> De “manera que si hubiese de seguirse sin más examen la opinión de las autoridades (...), las Cortes deberían contentarse con decretar los medios ordinarios y siempre lentos de promover la instrucción y de hacer reformas en los principales ramos de administración pública, estableciendo medidas represivas de los derechos más análogos a la libertad, y encaminadas a refrenar todos los impulsos de los sentimientos de los ciudadanos, a forzar el curso de la opinión, a amoldarla a un tipo determinado y a ensanchar las facultades de todos los agentes del poder ejecutivo.” Idem.

<sup>484</sup> *DS*, 15 de junio de 1822, p. 1930. Parecen tener más valor aquellos dos diputados al mencionar abiertamente la existencia probable de núcleos conspiradores en el centro de la corte, cuando en el dictamen mayoritario de la comisión solo se hacía referencia a la posible participación de personas “de más consideración” sin tener pruebas legales para afirmarlo.

de signo contrarrevolucionario<sup>485</sup>. Frente a este pensamiento, ambos diputados expresan el axioma siguiente: “por más que se ponderen los excesos del espíritu dicho de exaltación, no pueden ser tan fatales a la causa de la libertad como los excesos contrarios”<sup>486</sup>. Para robustecer el espíritu público, consideran que el gobierno debería favorecer la expresión y desarrollo de las opiniones más favorables al sistema constitucional, y “desarraigar lenta e indirectamente”<sup>487</sup> las partidarias del absolutismo. Por todo ello, Ruiz de la Vega y Zulueta concluyen pidiendo se activen lo más pronto posible las disposiciones contenidas en el dictamen de la comisión relativas a fortalecer el entusiasmo nacional y excitar el espíritu público<sup>488</sup>.

El voto particular analizado es útil para darse cuenta de una potencial división ideológica interna a la corriente exaltada ya que contiene un buen ejemplo de cómo hubo tentativas -y logros-, por parte de diputados que fueron calificados en su momento como “descamisados”<sup>489</sup>, de imputar a los más entusiastas el origen de la confrontación y fractura entre liberales. El pensamiento desarrollado por Ruiz de la Vega y Zulueta es muy significativo en

---

<sup>485</sup> “... parece que se propuso combatir aquel espíritu (de exaltación) y anonadarlo. (...) ha ido reprimiendo y desalentando a todas las personas e instituciones que le favorecen, protegiendo y fortificando las contrarias, y ha pretendido forzar el curso de la opinión y amoldarla al carácter que más acomoda para robustecer el poder. Debilitando así la fuerza moral de los unos, y dando de consiguiente osadía a los otros, ha contribuido a la encarnizada división de partidos, y ocasionado por consecuencia forzosa la falta de un conveniente espíritu público. Removió lentamente todas las autoridades y jefes, así civiles como militares, que no le contrariaron, y que se mostraron más populares; sustituyó en su lugar otras de prevenciones contrarias; se empezó a tratar de díscolos a los que seguían las primeras opiniones; se colmó de elogios y premio la conducta de las autoridades que más se esmeraban en reprimirlas, y cambiando poco a poco el aspecto de las cosas, en vez del aire alegre y bullicioso de la libertad, de las reuniones y festejos que inspiraban las virtudes de la franqueza y de la unión, y de la voz de los cánticos y vivas expresivos de satisfacción y del gozo, se sustituyó el más sombrío silencio, la reserva más austera y las agitaciones e inquietud de la desconfianza y del temor, y se oyeron los gritos de la subversión y del fanatismo.” Ibid., p. 1932.

<sup>486</sup> Idem.

<sup>487</sup> DS, 15 de junio de 1822, p. 1930.

<sup>488</sup> Ibid., p. 1932.

<sup>489</sup> Me refiero aquí a Canga Argüelles y a Meléndez Fernández que gozaron, aunque de manera intermitente, de fama de exaltados. Véase por ejemplo en las *Condiciones y Semblanzas de los diputados a Cortes para los años de 1822 y 1823*, Madrid, Imprenta del Zurriago, 1822, p. 25 (Canga) y p. 14 (Meléndez).

cuanto a esta división interna<sup>490</sup>, en la medida en que, por un lado, insisten en la necesidad de no exagerar el peligro de los movimientos patrióticos y piden que se deje de amalgamar la sustancia de éstos con sus manifestaciones extremas. Por otro, este voto particular contradice la sobria llamada a la reconciliación presente en el dictamen firmado por la mayoría de miembros de la comisión. Según Ruiz de la Vega y Zulueta, no se trata de abandonar el espíritu de partido denunciado en el dictamen para alcanzar un espíritu público robustecido. Para conseguir este objetivo, además de proveer educación e ilustración liberal mediante catecismos -una tarea que daría sus frutos en un plazo medio-, aquellos dos diputados estiman que hace falta promover la exaltación patriótica y satisfacer las justas demandas de los ciudadanos. Estas no tienen nada que ver con la aplicación de teorías anarquistas o republicanas, sino que se vinculan con elementos concretos y fenómenos inherentes a la implantación de un nuevo orden social y político; se trata, ante todo, de la expresión de un deseo de justicia y seguridad.

## 2. *Auge contrarrevolucionario*

### 2.1 Ciudades precursoras

Antes de que estallasen en Madrid a finales de junio los disturbios motivados por la guardia real y que llevarían a la batalla del 7 de julio, en distintas partes de la península se encendieron varios focos de tumultos y perturbaciones de origen realista que, a posteriori, podrían calificarse de precursores de los acontecimientos de julio de 1822 en Madrid. Entre ellos mencionaré lo ocurrido en las ciudades de Orihuela, Aranjuez, Valencia, Córdoba y Sigüenza para dar

---

<sup>490</sup> Concluida la lectura, Alcalá Galiano tomó la palabra a favor del voto particular de Zulueta y Ruiz de la Vega para manifestar que estaba en profundo desacuerdo con el dictamen de la comisión en cuanto a los motivos y orígenes de la progresiva fractura entre los liberales: “hay esta división (...). Data desde que disuelto el ejército de San Fernando (Ejército de la Isla), se quiso hacer sospechosos a los que clamaron contra su disolución; desde el momento en que se hizo creer la existencia de una facción republicana, y se dio pretexto para que con ese nombre se designase a los patriotas más decididos (...), que lejos de amedrentarse por esta acusación, empezaron a clamar contra el gobierno. De ahí nació una guerra que se ha estado manifestando desde entonces (...). Por consiguiente, no podía yo dejar que la comisión indicase como el origen de esta división la exaltación de algunos y el deseo de llevar las reformas a más o con más precipitación de lo que algunos desearan”. *DS*, 15 de junio de 1822, pp. 1933-1934.

cuenta del estado interno de la península en la primavera de 1822 y qué impacto podía tener en las sesiones de Cortes.

A finales de mayo, en Orihuela, una partida realista asesinó a un oficial del regimiento de infantería de Navarra e hirió a un cabo y a cuatro soldados. Aquella ciudad tenía fama de bastión realista y, aunque varios soldados del regimiento de infantería de Málaga estacionados en Orihuela pidiesen a las Cortes el exigir la responsabilidad a los alcaldes de la ciudad por haberse mantenido “fríos espectadores de los escandalosos atentados cometidos”<sup>491</sup>, la única providencia que se tomó fue la desorganización de la milicia nacional de la ciudad. A principios de julio se mantenía en Orihuela la agitación realista y, después del 7 de aquel mes, las autoridades constitucionales y militares de la ciudad seguían su lucha contra las partidas de facciosos.

En cuanto a Aranjuez, ocurrió un episodio contrarrevolucionario el 30 de mayo, día de San Fernando. Al estar la corte en Aranjuez, los soldados de la guardia real se sublevaron al grito de “Viva el rey absoluto”. Al parecer, el infante don Carlos estuvo ese día entre la muchedumbre, alentando a los soldados e intentando dar enjundia a la rebelión<sup>492</sup>.

Por lo que respecta a Valencia, los sucesos más graves, de 30 y 31 de mayo de 1822, se debieron al segundo regimiento de artilleros estacionado en la ciudad. Este cuerpo ya había sido denunciado en las Cortes por haber agredido y matado a distintos ciudadanos el 17 de marzo de 1822, y varios diputados tales como Manuel Beltrán de Lis habían pedido en estas circunstancias su salida de la ciudad<sup>493</sup>. Hasta el propio ayuntamiento de Valencia pidió a las Cortes y al ministerio de la Gobernación que accediese a disolver este cuerpo de artillería<sup>494</sup>. Sin embargo, Moscoso desatendió las peticiones de los diputados, cuestionó la legitimidad del ayuntamiento así como la veracidad de los datos que éste había transmitido al gobierno sobre el segundo regimiento de artillería y, afectando cierto pudor, acusó a uno de los regidores del

---

<sup>491</sup> DS, 1 de junio de 1822, p. 1648.

<sup>492</sup> Albert Dérozier, *L'histoire de la Sociedad del Anillo de Oro...*, op. cit., p. 21.

<sup>493</sup> DS, 22 de marzo de 1822, p. 484.

<sup>494</sup> Ibid., p. 471.

ayuntamiento, el liberal Mariano Cabrerizo, de ser el promotor de los disturbios ocurridos en Valencia el 17 de marzo<sup>495</sup>.

El 30 de mayo, el regimiento de artillería que había acometido a ciudadanos en el mes de marzo se sublevó, proclamando a Elío, prisionero en la ciudadela de Valencia, como jefe suyo. La conmoción fue rápidamente reprimida, pues por la mañana del 31 de mayo la milicia nacional venció y apresó a los artilleros sublevados.

Las ocurrencias de Valencia y Aranjuez originaron un tenso debate en las Cortes el 3 de junio de 1822. Aquel día, se solicitó la presencia del gobierno en el recinto parlamentario para que diese cuenta de lo ocurrido en estas dos ciudades y las medidas que había tomado para reprimir la sublevación. Los ministros que hablaron en esta sesión fueron los de Estado, Martínez de la Rosa, y de Justicia, Gareli, pues el ministro de la Gobernación se hallaba en Aranjuez. Entre los distintos ataques que se hicieron al gobierno, destacan los del diputado exaltado Salva, quien recriminó al ministerio por no haber tomado las medidas que las circunstancias ya indicaban, especialmente en Valencia. En este sentido, expresa que desde el 29 de mayo se tenían noticias de planes de sublevación destinados a liberar a Elío y reprocha al ministerio que no mencionase en sus informes a las Cortes que fueron liberales exaltados de la milicia nacional los que asaltaron la ciudadela de Valencia y forzaron la rendición de los artilleros<sup>496</sup>.

Después de lo ocurrido en Orihuela, Aranjuez y Valencia, pasaron tres semanas durante las cuales creció la alarma por distintas partes de España. Ya era patente, desde principios de junio, que planes contrarrevolucionarios de gran magnitud estaban a punto de estallar, y se acusaba al gobierno de contribuir a ello por su inacción<sup>497</sup>. Por si no fuera poco, hacia el 25 de junio se

---

<sup>495</sup> Ibid., p. 474. El ministro Moscoso, que se apoyaba en los partes del jefe político de Valencia, Francisco Plasencia, no tenía previsto revelar la identidad del regidor que acusaba de ser el primer autor de los disturbios del 17 de marzo. Beltrán de Lis pidió a Moscoso que nombrase al que acusaba, Moscoso se negó, Alcalá Galiano insistió para que revelase la identidad del presunto culpable y Canga Argüelles cortó el problema nombrando a Cabrerizo y añadiendo que "él mismo le conocía." En el debate posterior, varios diputados tales como Beltrán de Lis y Navarro Tejeiro defendieron a Cabrerizo, dejando claro que se trataba de un patriota.

<sup>496</sup> DS, 3 de junio de 1822, p. 1687.

<sup>497</sup> Véanse por ejemplo las declaraciones del diputado exaltado Marau en la sesión del 3 de junio: "No hay español que no lo comprenda: se combina un plan general de revolución, y se combina casi a salvo, porque el gobierno desoye los anuncios positivos del mal, mira con indiferencia los riesgos, y solo obra cuando tiene ya encima el desorden." Ibid., p. 1697.

rebelaron en Castro del Río unos miembros de la brigada de carabineros -cuya extinción había sido decretada por las Cortes el 19 de mayo de 1822 para ser aplicada el 1 de julio- y, vinculado a ello, ocurrió la sublevación de parte de las milicias activas de Córdoba, “ejecutada con asesinatos de patriotas de aquella milicia nacional local”<sup>498</sup>. Finalmente, hacia el 26 de mayo, estalló también en Sigüenza otra sublevación de carácter realista en la cual los facciosos se apoderaron “del armamento y vestuario de la milicia activa perteneciente a aquella ciudad y sus pueblos”<sup>499</sup>.

Todos estos acontecimientos fueron los precursores de lo que ocurrió en Madrid, ciudad en la que se esperó a que las Cortes cerrasen sus sesiones, el 30 de junio, para poner en marcha el golpe destinado a derrocar la Constitución de Cádiz desde la capital del reino.

## 2.2 Desencadenamiento del golpe en Madrid

Cuando Fernando VII volvía de cerrar las sesiones de Cortes, se produjo alrededor de Palacio un tumulto motivado por un enfrentamiento entre guardias reales y ciudadanos. Según Romero Alpuente, parte de estos guardias intentaba sublevar al resto de sus compañeros y fue en estas circunstancias que se asesinó a Mamerto Landaburu, teniente de la guardia real. Landaburu era un oficial liberal, y quien lo asesinó era otro oficial de la guardia real, un francés al servicio de la casa de Borbón, Teodoro Goiffieux.

A raíz de este suceso, se fundó en Madrid el llamado “Batallón Sagrado”. No puede estimarse ciertamente el número de integrantes que tuvo, pero consta que fueron por lo menos más de 228<sup>500</sup>. Este cuerpo de voluntarios liberales, movilizado y armado desde el 1 de julio, participó en la batalla del día 7.

---

<sup>498</sup> *Actas Secretas de la Diputación Permanente* (en adelante *ASDP*), sesión del 11 de julio de 1822, p. 455. Gil Novales sugiere que “si la brigada decidió a sublevarse, lo hizo por creer que el infante (don Carlos) iba a ponerse a su cabeza”. Alberto Gil Novales, *El Trienio Liberal...*, op. cit., p. 51.

<sup>499</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 278.

<sup>500</sup> AV, sección 2a, leg. 275-34, carta de Agustín Miró al ayuntamiento de Madrid, 23 de septiembre de 1822. Según el embajador francés en Madrid, el Batallón Sagrado contaba entre doscientos y cuatrocientos hombres, y estaba formado por oficiales sin tropas, militares “de toutes espèces et de la quintessence révolutionnaire”. AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 4 de julio de 1822, p. 176. En cuanto a la identidad del jefe del Batallón Sagrado, según el embajador el jefe es Ballesteros, pero otras fuentes indican que San Miguel fue su jefe. Véase por ejemplo en Benigno Morales, *Carta a Félix Mejía...*, op. cit., p. 146.

Después del asesinato de Landaburu, los acontecimientos alarmantes fueron aumentándose, en una suerte de aceleración del tiempo histórico. En la noche del 1 al 2 de julio, cuatro batallones del cuerpo de infantería de la guardia real abandonan sus cuarteles y se dirigen hacia Alcobendas. Encabezados por el Conde de Moy, afirman que “se prestarán obedientes a S. M., y a las leyes siempre que se les den las seguridades más positivas de que no serán insultados”<sup>501</sup>. El gobierno, frente a la Diputación Permanente de Cortes<sup>502</sup>, explica que se emplearon “todos los medios pacíficos para sofocar en su origen la insurrección de los cuatro batallones (...) que faltaron a su juramento, con escándalo”<sup>503</sup>. Y, aunque ninguno de estos medios surtieron el efecto deseado, el ministerio manifiesta que “todavía se persuade S. M., que podrá evitarse la efusión de sangre”<sup>504</sup>. Mientras tanto, se habían fijado dos batallones del cuerpo de infantería de la guardia real en el Palacio y, según la Diputación Permanente, manifestaban “el peor espíritu e indisciplina”<sup>505</sup>. Además, esa misma noche, las tropas de la guardia de las Cortes fueron a incorporarse a los guardias que se hallaban en el Palacio, desobedeciendo la orden de su oficial comandante.

Pérez Garzón destacó el papel fundamental que desempeñaron, en la primera semana de julio de 1822, el ayuntamiento de Madrid y el liberal exaltado que sería alcalde de la capital desde finales de julio, Vicente Bertrán de Lis. Estableció por ejemplo que la “enérgica postura del ayuntamiento de Madrid que se declara en sesión permanente asumiendo el control de la capital y la movilización de las masas populares a través de la milicia nacional impidieron en aquel momento el retroceso político al absolutismo”. Sobre Bertrán de Lis escribió: “Su casa (...) es el ‘cuartel general’ de los acontecimientos del 7 de julio”, en la medida en que es un lugar de reunión continua entre diputados y

---

<sup>501</sup> *ASDP*, 2 de julio de 1822, p. 441.

<sup>502</sup> La Diputación Permanente se componía entonces de los diputados Valdés -presidente-, Quiñones, Castejón, Romero, Flores Calderón, Núñez y Benito -secretario-.

<sup>503</sup> *ASDP*, 2 de julio de 1822, p. 441.

<sup>504</sup> *Ibid.*, p. 442.

<sup>505</sup> *Ibid.*, p. 441.

desde el cual se reparten armas y se mandan órdenes para movilizar a tropas estacionadas cerca de la capital<sup>506</sup>.

Pero además del ayuntamiento, hubo otra institución liberal que desempeñó un papel fundamental, la Diputación Permanente. Desde el 2 de julio, se intercambiaron numerosas exposiciones entre la Diputación Permanente y el rey, en las que ésta mostraba su viva inquietud con respecto a los acontecimientos de la capital y pedía que se le diesen noticias positivas para, de acuerdo con sus facultades, tomar medidas efectivas. Añadía que la situación era grave, porque se corría el riesgo de que aumentasen los disturbios cuyo origen se situaba en “las inmediaciones de Palacio”<sup>507</sup> y seguían en su recinto. La Diputación Permanente también estableció que, además de tomar medidas firmes para restablecer el orden y asegurar la conservación de las libertades públicas, lo fundamental era que Fernando VII fuese custodiado por tropas fieles al régimen constitucional. En caso contrario, afirmaba que se vería “en la precisión de adoptar las providencias que (en las leyes) se hallan determinadas”<sup>508</sup>. Entre estas providencias estaría la de inhabilitar a Fernando VII para gobernar puesto que estaba custodiado por tropas rebeldes. Frente a ello, el monarca mantuvo una actitud contemporizadora ya que su conducta consistió en dar largas lo más posible a las peticiones de la Diputación Permanente.

El gobierno, en tales circunstancias, no dejaba de garantizar que Fernando VII estaba “en absoluta libertad de obrar con la precisión y energía necesarias para mantener la tranquilidad pública y hacerse respetar”<sup>509</sup>. Asimismo, para calmar la ansiedad de la Diputación, manifestaba que una de las medidas más enérgicas tomadas por el rey era el nombramiento de Morillo -ya capitán general de Madrid- como coronel interino de los batallones de la guardia real. Finalmente, afirmaba que el pueblo de Madrid conservaba “una actitud

---

<sup>506</sup> Ambas citas están en Juan Sisinio Pérez Garzón, “Los acontecimientos del 7 de julio de 1822. Datos para un análisis socio-político” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 11 (1975), p. 222 y 227 respectivamente.

<sup>507</sup> *ASDP*, 2 de julio de 1822, p. 441.

<sup>508</sup> *Idem*.

<sup>509</sup> *ASDP*, 2 de julio de 1822, p. 441.



imponente y aquel espíritu de orden y circunspección que le han distinguido siempre”<sup>510</sup>.

El 4 de julio, la Diputación Permanente, después de haber enviado una exposición al rey, se enteró de que el Consejo de Estado se hallaba reunido en Palacio. Pidió que éste examinase la exposición que acababa de enviar al monarca, en la que le instaban a tomar las medidas necesarias para restaurar la calma y desarmar a los sublevados o, en caso contrario, iba a aplicarse el articulado constitucional. La respuesta que obtuvo la Diputación fue la siguiente: el Consejo de Estado “ha evacuado otra consulta que, en su concepto, debía preceder a la que motivara la exposición de la Diputación”<sup>511</sup>. Asuntos tan urgentes e importantes como la deserción de batallones de la guardia real, la custodia del monarca por tropas sublevadas y todas las señales que indican un trastorno inminente son dejados de lado, considerados como secundarios. La Diputación tendrá que insistir una vez más para que el dictamen del Consejo de Estado le sea comunicado, al día siguiente. Este dictamen no carece de hipocresía. Lo que la Diputación califica de insubordinación y desorden, refiriéndose a los dos batallones de la guardia real que se quedaron en Palacio -además de las tropas que normalmente custodiaban las Cortes y que también fueron a fijarse allí-, el Consejo de Estado lo muestra como “medida de precaución”<sup>512</sup> frente al proceder de los cuatro batallones fugados. Asimismo, el Consejo de Estado no estima que el rey carezca de libertad y opina, para sosegar a la Diputación, que “podría ser la respuesta dar S. M. sobre su libertad personal las seguridades y pruebas que pueda tener por sentimiento propio”<sup>513</sup>. Ese mismo día 4 de julio, el gobierno entero presentó su dimisión, pero Fernando VII no tuvo a bien admitirla<sup>514</sup>.

El 5 de julio, el rey expidió una real orden por la cual mandaba a los cuatro batallones de guardias fugados -que se habían fijado en el Pardo- que se

---

<sup>510</sup> Idem. El nombramiento de Morillo es la única medida indicada por el gobierno. Se trata del mismo Morillo que, pocos días después del 7 de julio, se hubiese jactado de haber dejado a Madrid sin defensas. Romero Alpuente indica que los batallones de la guardia real no aceptaron el nombramiento de Morillo. Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 288.

<sup>511</sup> *ASDP*, 4 de julio de 1822, p. 445.

<sup>512</sup> *ASDP*, 6 de julio de 1822, p. 447.

<sup>513</sup> Idem.

<sup>514</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 295.

trasladasen a ciertos puntos designados. Sin embargo, ellos se negaron a hacerlo, “supuesto que no se les daban ningunas seguridades, y que resueltos a morir con honra desde que salieron de sus cuarteles, no podían prestarse a una muerte por otra parte segura y vergonzosa”<sup>515</sup>.

Fue el día 6 que se puso en práctica la parte del plan de Vinuesa relativa al encierro en Palacio de las principales autoridades constitucionales. Por la tarde de aquel día, cuando acababa de disolverse una reunión del Consejo de Estado, se “impidió a cuantas personas se hallaban a la sazón en Palacio sin excepción alguna, el poder salir de su recinto.”<sup>516</sup> Los ministros, cuyas secretarías estaban radicadas en el Palacio Real, quedaron entonces encerrados allí<sup>517</sup>. Finalmente, en la madrugada del 7 de julio, cayeron los cuatro batallones de la guardia real sobre Madrid.

La mayor parte de la contienda entre tropas de la guardia real sublevadas y el bando constitucional -es decir, tropas de la guarnición de Madrid así como de la milicia nacional y ciudadanos armados- ocurrió en los alrededores de la entonces llamada Plaza de la Constitución, hoy Plaza Mayor. El mismo día 7 fueron vencidos los sublevados de la guardia real -aunque se tuvo que perseguir fuera de Madrid a tropas sublevadas que rechazaban rendirse<sup>518</sup>- y se liberó a los retenidos en el Palacio Real. Durante la batalla, el general Ballesteros se encargó principalmente de la defensa de la plaza de la Constitución y miembros del Batallón Sagrado lucharon con las tropas constitucionales regulares alrededor de Palacio.

---

<sup>515</sup> *ASDP*, 6 de julio de 1822, p. 448.

<sup>516</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 299.

<sup>517</sup> El embajador francés en Madrid detalla el trato que recibieron los ministros por parte de Fernando VII así como su servidumbre. Su descripción evidencia la implicación del monarca en el golpe que estaba a punto de darse en Madrid: “Le 6 (juillet), les ministres qui, insultés par la valetaille du palais, s’attendaient à en être égorgés, chaque fois qu’ils sortaient de leur secrétairerie pour passer chez le roi, y furent mandés à minuit. Interrogés ironiquement s’ils avaient pris leurs mesures pour le maintien de la tranquillité, ils répondirent que leur captivité leur en avait ôté tous les moyens. On les renvoya pour les rappeler à trois heures du matin, lors des premiers coups de canon pris légèrement pour le signal de la victoire. C’est alors qu’ils furent le plus maltraités et que le masque fut entièrement levé.” AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 12 de julio de 1822, pp. 204-204 v.

<sup>518</sup> Cuando ya “se creía que se estaba procediendo al desarme de la guardia real para cuyo objeto se había dirigido Ballesteros con la milicia al Palacio, se produjo de nuevo un ataque de los guardias que se resistían a su derrota. Se fugaron por la puerta de la Vega y por el Campo del Moro ‘pero fueron perseguidos (...) siendo el resultado, según las noticias que de continuo recibe el ayuntamiento, haberles destrozado y dispersado completamente.” Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 294.

A raíz de la liberación de Fernando el día 7 de julio, la Diputación Permanente se vuelve insistente y formula nítidamente sus peticiones: “V. M. ha recobrado felizmente el esplendor y dignidad de que carecía (...). Separe de sí, con indignación, ese linaje espurio de hombres que no conocen otros intereses que los suyos propios en grave daño de la patria y de V. M.”<sup>519</sup> Desde el 8 de julio, reclama el nombramiento de nuevos ministros, y se culpan abiertamente a los consejeros de Fernando VII de haber provocado el golpe del 7, aunque no se les designe específicamente, pues no es facultad de la Diputación Permanente la de acusar. Solo se puede limitar a pedir, repetidas veces, una depuración en el entorno palaciego para restablecer la tranquilidad y alejar a los conspiradores realistas.

Con respecto a esta petición, en un primer tiempo, Fernando solo expresa que aprecia “muchísimo los patrióticos deseos”<sup>520</sup> que manifiesta la Diputación. Sin embargo, ésta insiste y, en los días 16 y 18 de julio, manda dos exposiciones al rey en las cuales le pide que continúe “con actividad la reforma de su real casa; la separación de personas sospechosas”<sup>521</sup>. En efecto, ya había efectuado dos sustituciones: nombró como mayordomo mayor de Palacio al marqués de Santa Cruz, y como general de la guardia real al duque de Zaragoza. No obstante, esto no se estima suficiente: “Pero como la remoción de (los) principales jefes de Palacio quedó suspensa, la Diputación ha repetido su exposición del 16, de que solo se ha acusado el recibo, sin que se hayan visto nuevos resultados”<sup>522</sup>.

A partir del 20 de julio, esta situación se vuelve más incómoda ya que aquel día se dio cuenta de la resolución del rey con respecto a la petición de separación de los consejeros y jefes de Palacio. Fernando VII expone que, para aplicar tal medida “desearía se le designasen *personas y causas*”<sup>523</sup>. Ante semejante comportamiento la Diputación no cede. Vuelve a enviar en dos ocasiones su exposición del 18 de julio, explicando que las “causas son de tal notoriedad, que la nación toda tiene conocimiento de ellas, y S. M. no puede

---

<sup>519</sup> *ASDP*, 8 de julio de 1822, p. 451.

<sup>520</sup> *ASDP*, 11 de julio de 1822, p. 454.

<sup>521</sup> *ASDP*, 16 de julio de 1822, p. 466

<sup>522</sup> *ASDP*, 18 de julio de 1822, p. 468.

<sup>523</sup> *ASDP*, 20 de julio de 1822, p. 471 (la cursiva es mía).

ignorarlas”<sup>524</sup>. En cuanto a las personas, se niega a designarlas puesto que aquello corresponde con una facultad del poder judicial. Añade que el separar a los conspiradores y rodearse de hombres adictos a la Constitución es esencial para atajar los males “que de lo contrario pueden seguirse” y que “de no accederse a tan justos deseos se verá la Diputación (en la dolorosa necesidad) de hacer público el contenido de la citada exposición y de toda su conducta en esta crisis”<sup>525</sup>. Esta mención de revelar el asunto sirve, por una parte, para presionar al rey, que tendría entonces que responder públicamente de su falta de sinceridad constitucional. Pero, por otra parte, es posible que se evoque este procedimiento porque la Diputación se encuentra en una postura difícil: le llegan cada día exposiciones que reclaman el castigo de los sublevados así como la separación de los implicados en la conspiración y, al mismo tiempo, se enfrenta a la reticencia del rey, que por medio de su ruego de designarle “personas y causas” intenta dilatar el mayor tiempo posible la depuración de su entorno. Al hacer público este asunto, la Diputación podría mostrar que su comportamiento es intachable y que si no se han notado todavía las reformas necesarias al restablecimiento del orden constitucional y de la tranquilidad, es obra del monarca.

La Diputación sigue insistiendo a lo largo del mes de julio y, en otras dos ocasiones -24 de julio y 1 de agosto-, Fernando reproduce la misma respuesta con respecto a la separación de jefes de Palacio: pide que se le designen personas y causas. En estas circunstancias, el tono de la Diputación se endurece. En un primer tiempo, establece que “no es fácil disuadir hallarse la raíz del mal en vuestra real casa y familia, en vuestra servidumbre y caballerizas, y en muchos de aquellos que falsamente se titulan vuestros fieles servidores y que se hallan más inmediatos a vuestra real persona”. La Diputación subraya que este elemento es muy nefasto ya que está extraviando la opinión del pueblo. En efecto, éste ve que el rey sigue rodeado de malvados, por lo tanto se siente engañado y, si esta opinión de que se le engaña se robustece más, “nada será capaz de contenerle, y cual torrente impetuoso arrastrará tras sí el trono constitucional, envuelto entre las ruinas de las

---

<sup>524</sup> *ASDP*, 21 de julio de 1822, p. 472.

<sup>525</sup> *Idem*.

garantías sociales”<sup>526</sup>. En relación con la designación de las personas implicadas, la Diputación explica que tal petición corresponde con una medida de justicia<sup>527</sup>, pero llega a extralimitarse en sus facultades al designar explícitamente a uno de los que considera como culpables: el sumiller de corps, caballerizo mayor y patriarca. Finalmente, el 4 de agosto, se obtiene del rey que separe a su camarero mayor, el conde de la Puebla del Maestre, y al que había sido designado por la Diputación Permanente, el caballerizo mayor, el marqués de Mondéjar y Bélgida. Debieron de ser éstas las separaciones ansiadas por la Diputación, pues en este punto concluye su insistencia para que Fernando siga separando a sus consejeros y, en las actas siguientes, no se observa ya la menor referencia a este tema.

### 3. *Diversas consecuencias del 7 de julio*

#### 3.1 Diplomacia e intrigas

A nivel diplomático, la conmoción del 7 de julio llevó a los representantes diplomáticos de las potencias europeas a dirigir el mismo día una nota al ministro de Estado Martínez de la Rosa<sup>528</sup>. Tanto el tono como el fondo de este escrito tenían un carácter amenazador: “de la conducta que se observe respecto de S. M. C., van a depender las relaciones de España con la Europa entera, y que el más leve ultraje a la majestad real, sumergirá a la Península en un abismo de calamidades.”<sup>529</sup> Martínez de la Rosa contestó al día siguiente,

---

<sup>526</sup> Ambas citas están en *ASDP*, 24 de julio de 1822, p. 475.

<sup>527</sup> “El cuidado de calificar con especificación los acontecimientos de vuestro real palacio, y otros anteriores, corresponde a los tribunales de justicia, para el condigno castigo de los delincuentes; pero nada tienen que ver con esto las medidas gubernativas que se proponen a V. M., las cuales por su naturaleza, ni pueden reputarse como castigo, ni exigen un juicio contradictorio”. Además, la Diputación establece esta misma distinción entre “calificar los acontecimientos” del Palacio Real -función propia del poder judicial- y el aconsejar la separación de los consejeros sospechosos -una medida emanada del poder legislativo-, al explicar al rey que hay suficientes motivos para la separación de los jefes de Palacio, “sin perjuicio de los pronunciamientos judiciales a que se hayan hecho acreedores”. *ASDP*, 1 de agosto de 1822, p. 481.

<sup>528</sup> Véase la nota en Marqués de Miraflores, *Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes histórico-críticos sobre la revolución de España*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, tomo 2, p. 15. Los firmantes de la representación son: Giustiniani (Nuncio), conde de Brunetti (Austria), conde de La Garde (Francia), Biedermann (Sajonia), De Scheperler (Prusia), conde Bulgari (Rusia), De Sarubuy, conde de Dornath (Dinamarca), De Castro (Portugal).

<sup>529</sup> *Idem*.

asegurando primero que el gobierno había tomado las providencias necesarias para evitar desórdenes en la capital y que el pueblo madrileño se distinguía por su espíritu de moderación. Luego, dejaba entender que también se habían tomado medidas para imposibilitar cualquier asociación entre la guardia real sublevada y el monarca, como por ejemplo el haber asignado para la guardia del rey a un regimiento “modelo de subordinación y de disciplina”, para que de esa manera se conociese y respetase “la inmensa distancia que había entre una guardia real insubordinada, y responsable ante la ley de sus extravíos, y la augusta persona del rey declarada sagrada e inviolable por la ley fundamental del Estado.”<sup>530</sup>

Pero aparte de la reacción oficial de las potencias europeas, en las semanas posteriores al 7 de julio de 1822 ocurrieron episodios de significativa tensión entre Fernando VII y el embajador francés en Madrid, el conde de La Garde, quien ocupaba este puesto desde junio de 1821. Para entender estos episodios, es necesario examinar la línea política oficiosa marcada por Luis XVIII y su gabinete a través de los agentes diplomáticos franceses en Madrid durante el Trienio.

Además de recomendar franqueza y firmeza a Fernando VII cuando ya había aceptado la Constitución<sup>531</sup>, en marzo de 1820 Luis XVIII decidió mandar a Madrid un emisario extraordinario, el marqués de La Tour du Pin -entonces enviado extraordinario en Holanda- quien, secundado por Montmorency, tenía que aconsejar políticamente a Fernando VII. En el proyecto de instrucciones para La Tour du Pin, se observa que la voluntad de Luis XVIII, hostil a una restauración absolutista en España, era que Fernando VII reformase la Constitución de 1812. En efecto, este código le parecía imposible de aplicar, especialmente por la “plénitude de pouvoir qu'elle accorde aux représentants de la nation”<sup>532</sup>. Para remediar esta situación, y antes de que se reuniesen las

---

<sup>530</sup> Marqués de Miraflores, *Documentos...*, op. cit., tomo 2, p. 17.

<sup>531</sup> A finales de marzo, se escribe al embajador francés en Madrid el duque de Montmorency para que sugiera a Fernando una línea de conducta propia de un rey constitucional. Esta pasaría por actuar francamente -para que nadie le sospeche tener segundas intenciones- pero al mismo tiempo firmemente, para hacerse respetar como rey y enseñar a los españoles “que les intérêts de leur liberté exigent la conservation et le maintien des droits de la couronne non moins impérieusement que celle des garanties populaires que peut ou que pourra leur faire la nouvelle Constitution.” AMAE, *CPE*, tomo 705, carta a Montmorency, s. a., 26 de marzo de 1820, p. 191 v.

<sup>532</sup> AMAE, *CPE*, tomo 705, proyecto de instrucciones para el marqués de La Tour du Pin, s. a., marzo de 1820, p. 222 v.

Cortes en el mes de julio, se aconsejaba a Fernando reformar por sí mismo la Constitución y promulgar una Carta Otorgada similar a la implantada en Francia en 1814. En el caso de que fuese imposible seguir esa vía, se recomendaba entonces esperar a la reunión de los diputados y conseguir de ellos un fortalecimiento del poder real. Esta tentativa parecía factible, considerando "à quelle profondeur les idées monarchiques doivent encore être enracinées en Espagne, et au crédit que doivent conserver les grandes familles et le clergé"<sup>533</sup>. Se advertía además que esta reforma era una objetivo necesario ya que, si no se conseguía, se corría un riesgo de contagio revolucionario<sup>534</sup>. Sin embargo, se decidió anular la misión de La Tour du Pin, por el descontento y recelo de parte del cuerpo diplomático inglés al enterarse de esta misión<sup>535</sup> así como por la desaprobación de la Junta Provisional<sup>536</sup>.

No se consiguió plasmar ninguna de las dos vías recomendadas por Luis XVIII en marzo de 1820 y, a la altura de 1822, cuando Fernando VII había compuesto su tercer gabinete ministerial, la mediación francesa se centró entonces en la colaboración con estos ministros. En efecto, el gobierno francés los consideraba, en la primavera de 1822, como los únicos interlocutores razonables y deseables. Era sabido que los miembros de este gabinete anhelaban y trabajaban para establecer "una reforma constitucional en sentido monárquico, con vocación transaccional"<sup>537</sup>, notablemente a través de la Sociedad del Anillo. En mayo de 1822, el ministro de Asuntos Exteriores

---

<sup>533</sup> Idem.

<sup>534</sup> "... ce but, la réforme de la Constitution de 1812, il faut nécessairement qu'il soit atteint sous peine d'un bouleversement total en Espagne, bouleversement qui compromettrait la tranquillité du monde entier". AMAE, *CPE*, tomo 705, s. a., proyecto de instrucciones para el marqués de La Tour du Pin, marzo de 1820, p. 223.

<sup>535</sup> Según Roquette, "il advient que l'ambassadeur d'Angleterre à Paris, M. Stuart, a vent du projet. Mécontent de trouver un rival dans une tâche que Londres a tout intérêt à garder pour elle, Stuart informe immédiatement ses chefs et surtout Madrid des dispositions françaises en les parant des plus sombres arrière-pensées. (...) il faut abandonner l'idée de la mission de M. La Tour du Pin. La position de la France est bien délicate." Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 96

<sup>536</sup> Un miembro de la Junta Provisional declaró a Fernando VII que no podía recibir a La Tour du Pin sin herir la confianza del pueblo y sus representantes. Quizás en forma de amenaza velada, insistió en que si el rey recibía al enviado francés, se destruirían "les garanties qui assuraient au trône la tranquillité et l'exercice de ces droits." AMAE, *CPE*, tomo 705, carta de Montmorency a Pasquier, 3 de abril de 1820, p. 233.

<sup>537</sup> Juan Ignacio Marcuello Benedicto y Manuel Pérez Ledesma, "Parlamento y poder ejecutivo en la España contemporánea (1810-1936)", en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), núm. 93 (julio-septiembre 1996), p. 20.

Montmorency le pedía a La Garde que siguiese en contacto con Martínez de la Rosa para despejar el tema de la reforma de la Constitución:

“Notre opinion arrêtée (...) est que vous devez, monsieur le comte, profiter des ouvertures que vous fait monsieur Martínez de la Rosa, pour reprendre avec lui une explication approfondie sur les rapports des deux gouvernements (Espagne et France) et sur les dispositions de celui de France, à l'égard du nouveau ministère. Nous ne pouvons que faire des vœux pour qu'il triomphe dans la noble lutte qu'il entreprend, pour qu'il puisse atteindre le but qu'il se propose de défendre l'autorité du roi, de l'agrandir même et de la fortifier par des institutions solides et conformes aux intérêts d'une véritable liberté.”<sup>538</sup>

La tarea no era fácil para el conde de La Garde, ya que la protección acordada por Francia a los insurgentes absolutistas españoles que se refugiaban en su territorio irritaba al gobierno español<sup>539</sup>.

En numerosas ocasiones, destacados liberales le propusieron a Fernando VII un proyecto de reforma constitucional, que éste rechazó. Asimismo, llegaron a aconsejarle cambiar de gobierno para que los que ocupaban las sillas ministeriales en ese momento pudiesen, desde una postura privada, ayudarle a reformar la Constitución<sup>540</sup>. Según las instrucciones mandadas a La Garde en mayo de 1822, y de las cuales tenía constancia Fernando VII, Luis XVIII consideraba que los dos únicos casos en el cuales Francia podría intervenir en

---

<sup>538</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de Montmorency a La Garde, 13 de mayo de 1822, p. 33.

<sup>539</sup> En una entrevista con el embajador francés, Martínez de la Rosa le dijo: “Mais vous comprendrez combien ma position est délicate et critique quand j'ai, d'ailleurs, la certitude de la faveur, si ce n'est de la protection ouverte, que trouvent nos réfugiés en France. (...) Comment douterai-je de leur exactitude (celle des rapports officiels des autorités espagnoles) quand ils nous répètent: qu'Eguía conspire ouvertement; qu'on recrutait assez publiquement à Perpignan (...); que Quesada se remue avec moins de ménagements encore à Bordeaux?”. AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 16 de mayo de 1822, pp. 44 v.-45.

<sup>540</sup> La Garde escribía el 12 de julio, con cierto resentimiento hacia Fernando VII, que antes de la tentativa de golpe de Estado del 7, “les ministres et autres chefs du parti modéré s'étaient avancés avec le roi, au point de lui faire les propositions les plus satisfaisantes (...). Ceux-là avaient été jusqu'à lui dire que pour changer la Constitution, il fallait qu'il nommât un autre ministère, mais que redevenus particuliers, ils lui aideraient de tout leur crédit et de leurs amis. Mais cela paraissait trop peu; que dis-je? Tout ce qui n'était pas le retour de l'absolu, semblait une trahison et on ne tarda pas à ne plus le dissimuler.” AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 12 de julio de 1822, pp. 203 v.-204. Desde otra perspectiva, Fernández de Córdoba asegura en *Mis memorias íntimas* que Fernando VII y los ministros del gabinete de Martínez de la Rosa se habían puesto de acuerdo para reformar la Constitución. Fracasó la tentativa ya que el proyecto, redactado por Martínez de la Rosa, incluía un segundo cuerpo legislativo, similar a un Senado. Al parecer, cuando Fernando se dio cuenta de esta disposición, exclamó: “¡Cómo! ¿dos Cámaras? ¿dos Cámaras cuando no podemos con una!... ¡jamás!” Fernando Fernández de Córdoba, *Mis memorias íntimas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1886, p. 41. Véase este proyecto constitucional analizado y reproducido por Clara Álvarez Alonso, “Las bases constitucionales del moderantismo español: el Fuero Real de España” en Ignacio Fernández Sarasola (edit.), *Constituciones en la sombra. Proyectos constitucionales españoles (1809-1823)*, Oviedo, In Itinere, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014.



España era que la vida de Fernando VII estuviese amenazada o siempre que hubiese fracasado la vía de la reforma constitucional<sup>541</sup>.

Ahora bien, las ocurrencias de la primera semana de julio en Madrid echaron a perder la táctica de la colaboración con destacados liberales moderados para reformar la Constitución, y las instrucciones que le habían mandado a La Garde en mayo ya no podían aplicarse. Así, el embajador relataba lo siguiente: he visto al rey “ce matin et suis entré en explications; j'ai observé d'abord que l'état des choses étant bien changé (...), de nouvelles instructions devenaient indispensables sans que les obstacles à l'entrée d'une armée française se fussent aplanis.”<sup>542</sup> En efecto, el golpe del 7 empeoró la situación. En este sentido, La Garde establece que con la intentona se frustraron dos conspiraciones. Por un lado, se refería a la trama realista, encabezada por el rey y su entorno más cercano, destinada a derrocar el régimen liberal. Por el otro, evocaba la conspiración llevada a cabo por los liberales moderados eminentes. La decisión de Fernando de optar por una sublevación realista arruinó las posibilidades de esta segunda conspiración:

“Il est notoire aujourd'hui qu'il y avait simultanément de conspirations: l'une compressant l'immense majorité des hommes influents modérés et raisonnables: l'autre, les partisans aveugles ou serviles de l'absolu tout pur (...). Le poids de la volonté royale a précipité la balance de son côté et, dès lors, tout a été perdu, probablement sans ressource”<sup>543</sup>.

En aquellas tensas circunstancias, Fernando VII se dedicó a jugar un peligroso juego diplomático -porque buscaba comprometer a La Garde como representante de Luis XVIII-, que culminó a finales de julio.

Después de la victoria liberal del 7, el monarca español veía muy a menudo al embajador francés. La Garde tenía que lidiar con la impaciencia del rey, que deseaba con todas sus fuerzas la entrada de un ejército francés en España. Todavía a estas alturas, el embajador consideraba que semejante movimiento militar constituiría una agresión directa por parte de Francia. Además de contener la ansiedad e irritación de Fernando, La Garde tenía que obtener de su parte una declaración formal de que no buscaba recobrar su poder absoluto.

---

<sup>541</sup> AMAE, *CPE*, tomo 716, carta a La Garde, s. a., 13 de mayo de 1822, p. 35.

<sup>542</sup> AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 19 de julio de 1822, p. 230 v. La carta está fechada en 19 de julio, que es cuando La Garde empezó a escribirla, pero acabó su redacción el 27 de julio.

<sup>543</sup> AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 12 de julio de 1822, p. 203 v.

Esta declaración, destinada a los soberanos de las potencias europeas, interesaba particularmente a Luis XVIII y era para él un requisito previo y obligatorio a cualquier gestión que implicase la entrada de tropas francesas en España<sup>544</sup>.

Siguiendo la correspondencia del embajador francés, el peligroso juego de Fernando se hizo patente a partir de mediados de julio. El 18, La Garde escribía que el monarca español le había pedido dejarle uno de los documentos que le había mandado Montmorency desde París. La parte del documento que más le interesaba al soberano se refería a la necesidad “d’une déclaration pour qu’il fut possible au roi (Louis XVIII) de joindre ses forces à celles de S. M. C. dans l’hypothèse où elles se trouveraient soutenues de quelques troupes fidèles.”<sup>545</sup> En el momento, el embajador evadió la petición pero, de noche, vino un enviado de Palacio a su casa para pedirle de nuevo el documento. La Garde se las arregló para darle solo un fragmento de ello, porque sabía que no iba a quedar secreto durante mucho tiempo<sup>546</sup>. Relata asimismo que el enviado, hablando en nombre de Fernando VII, le dijo: “Il est impossible aujourd’hui au roi de s’entourer de troupes dévouées; ainsi *il faut bien que l’armée française agisse toute seule. Quant à la déclaration, vous n’avez qu’à en dicter vous-même les termes, et le roi la signera et vous la ferez parvenir.*”<sup>547</sup> El embajador no le contestó nada al enviado sobre este punto.

A continuación, entre el 18 y el 25 de julio, La Garde recibió de parte de Fernando VII tres mensajes. En el primero, el monarca le pedía al embajador redactar un borrador de la declaración que tenía que mandar a Luis XVIII. Luego, hacía una lista de los puntos sobre los que tenía que insistir La Garde ante el rey francés: el deseo de Fernando de no volver al absolutismo, las condiciones de entrada de un ejército francés en España y el tema de las indemnizaciones que se pagarían a Francia para todos los gastos ocasionados

---

<sup>544</sup> El ministro Montmorency le pedía a La Garde que desengañase a Fernando, alucinado por consejeros oscuros: “C’est le seul moyen de faire évanouir sans retour les illusions que les confidents ont présenté à ce prince infortuné, sur les secours qu’ils attendaient de la France; il faut surtout convaincre le roi Ferdinand que, sans la déclaration que vous êtes chargé de lui demander, jamais et dans aucune hypothèse le roi n’aurait le pouvoir de fournir à S. M. C. les secours que le roi éprouverait tant de satisfaction à lui donner”. AMAE, CPE, tomo 716, carta de Montmorency a La Garde, 23 de julio de 1822, pp. 248-248 v.

<sup>545</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 18 de julio de 1822, p. 226.

<sup>546</sup> “Je suis trop prévenu du secret du Palais”. Ibid., p. 225 v.

<sup>547</sup> Ibid., pp. 226-226 v. (la cursiva es mía).

por la campaña militar. Este mensaje, cuyo fondo y forma demuestran la duplicidad de Fernando VII, merece ser reproducido íntegramente:

“Monsieur le comte de La Garde,

Je désire que vous veniez le plus tôt possible me faire les réflexions que vous m’avez promises sur les instructions que vous avez reçues de votre cour, et j’espère qu’au plus tard ce sera après demain samedi puisque je n’attends que cela pour répondre au roi. Faites-moi aussi le plaisir d’apporter, en même temps, un brouillon ou minute de la déclaration que je dois donner par écrit au roi de France; rédigez la telle que vous la voudrez afin que je retranche ou ajoute après ce qui me paraîtra convenable. Je m’en rapporte en toute confiance à vous, et me mets entre vos mains. En attendant, je vais vous faire quelques observations sur les trois points principaux à l’égard desquels vous devez insister près du roi votre maître.

1° Qu’on ne revienne pas au régime absolu

2° L’entrée des troupes

3° Les indemnités

Relativement au premier, je vous ai déjà dit et je le répète en ce moment, que mon intention n’a jamais été que les choses revinssent au régime qu’on appelle improprement absolu, quoique je sois bien sûr de ne pas en avoir abusé. Cependant, pour effacer cette idée répandue par ceux qui ont leurs vues particulières, je répète que je suis prêt et décidé à n’y point revenir; et vous parlant à présent avec la réserve et la confiance convenables, ce n’est pas une chose nouvelle en moi; car avant même votre arrivée à Madrid, je l’avais manifesté à mon oncle le roi de France par le moyen du prince de Laval (le duc de Montmorency) et d’autres voies; et si j’eusse reçu réponse à tout, il y a plus d’un an que cet objet aurait pu être terminé. Cependant, je vous répète que je suis prêt à la confirmer de nouveau, en l’écrivant de ma main; car je ne désire autre chose que rendre conciliables l’ordre, la sécurité et la dignité de ma couronne, avec les intérêts des autres puissances. Ainsi, comme je suis prêt à écrire cette déclaration de ma main, il me semble juste que vous me remettiez les instructions qui vous ont été envoyées, signées également par vous, afin qu’il conste en tout temps, de l’un et des autres, et pour prévenir les doutes par la suite en des affaires de tant d’importance.

Quant au second, mon consentement à ne pas revenir au régime absolu est pour base; il paraît qu’il ne pourrait y avoir d’obstacle à l’entrée des troupes et qu’elle doit être d’autant plus accélérée dans les circonstances actuelles; cependant, j’ai besoin d’en être instruit à l’avance et avec beaucoup de réserve, pour prendre les mesures convenables non seulement pour préserver le mieux possible ma personne et ma royale famille mais encore pour convenir du moment et de la forme de l’entrée des dites troupes.

Pour ce qui regarde le troisième, les indemnités, pour tout ce qui aura été dépensé, sont justes et sans difficulté, soit en effets, ou à titre de récompense de la manière qui convienne le mieux aux intéressés.

J’espère que vous me dicterez tout cela et croyez que je vous estime.”<sup>548</sup>

En este mensaje se observa nítidamente el doble juego llevado por el monarca español sin mucha finura. Por un lado, Fernando quiere saber lo que tiene en mente La Garde, como representante de Francia, para poder mandar una respuesta similar a Luis XVIII, que así se aceptaría sin muchos problemas, pues lo que más espera el rey francés es obtener garantías por parte de Fernando de que, en caso de intervención, no vuelva al régimen absoluto como lo hizo en 1814 y como lo acababa de intentar en julio de 1822. Lo que

---

<sup>548</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de Fernando VII a La Garde, 18 de julio de 1822, pp. 227-228 (el subrayado está en el original).

pretende hacer Fernando VII es valerse de lo que le dice La Garde para mostrarse dispuesto a concesiones razonables, aquietar las sospechas de Francia y así activar el tema de la intervención armada. Por otro lado, expresiones como “il me semble juste que vous me remettiez les instructions qui vous ont été envoyées, signées également par vous” suponen una trampa grosera: procurarse un papel de la legación francesa en Madrid, refrendado por el embajador, que confirme tajantemente la existencia de negociaciones entre Francia y España relativas a la entrada de un ejército francés en territorio español. ¿Qué consecuencias podría tener semejante hecho en un contexto post 7 de julio, es decir, tan tenso? La expresión citada indica que Fernando VII buscaba comprometer a La Garde y, quién sabe, ¿quizás provocar una guerra contra España? Por lo menos, así es cómo lo interpretó el embajador:

“La tentative pour me soutirer mes instructions avec ma signature se rattache à un dessein que j’ai pénétré dans plusieurs circonstances, celui de *provoquer, à quelque prix que ce soit, l’invasion étrangère et l’idée qu’en me compromettant et en m’attirant par là quelqu’insulte grave, on multiplierait les chances de guerre.*”<sup>549</sup>

Es llamativo ver cómo La Garde sospecha en seguida que el autor de la tentativa de sonsacarle sus instrucciones firmadas por él es Antonio Ugarte, intrigante y consejero oculto de Fernando VII, que describe de la siguiente manera: se trata de un “homme sorti de la lie du peuple, créature de M. Tatischeff, intrigant consommé, flatteur, d’ailleurs aussi peu estimable que peu estimé.”<sup>550</sup>

El segundo mensaje que recibió La Garde, el 21 de julio, le fue remitido por un mensajero real. Expresaba las dudas de Fernando sobre el momento idóneo para escribir la declaración pedida por Luis XVIII. El elemento turbio no está en el mensaje en sí -aunque Fernando, en una entrevista anterior con La Garde, sí que parecía saber cuándo redactar la declaración-, sino que tiene que ver con el mensajero real, que le pidió a La Garde “mettre quelques mots par écrit pour

---

<sup>549</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 19 de julio de 1822, pp. 232 v.-233 (la cursiva es mía).

<sup>550</sup> Ibid., p. 232 v. Tatischeff fue el embajador ruso en España entre 1813 y 1820. Para una caracterización de Ugarte, véase Sophie Bustos, “Un intrigante en Palacio: apuntes sobre Antonio Ugarte, consejero de Fernando VII”, en Damián A. González Madrid, Manuel Ortiz Heras, Juan Sisinio Pérez Garzón (eds.), *La Historia, lost in translation ? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La-Mancha, 2017, pp. 215-221.

fixer sa mémoire”. El embajador ya está más que convencido de que se trama algo muy inquietante<sup>551</sup>.

Finalmente, el 25 de julio, La Garde recibía el tercer mensaje de Fernando VII en el cual le transmitía su carta para Luis XVIII así como instrucciones para Fernán Núñez -representante secreto del monarca español ante Luis XVIII- y el general Eguía, entonces refugiado en Bayona. En el mensaje, Fernando asegura que las instrucciones que despacha a Fernán Núñez y Eguía reflejan sus intenciones -no detalla si se trata de su promesa de no volver al absolutismo o las condiciones de entrada de un ejército francés en España-, y acaba la carta pidiendo que se den órdenes en París para que se entregue dos millones de reales a Fernán Núñez, porque los necesita<sup>552</sup>.

La conclusión que saca La Garde sobre los tres mensajes es que difieren profundamente de lo que hasta aquí había hablado con Fernando. Evocando el tercer mensaje, de 25 de julio, el embajador escribe: “poursuivant invariablement une idée fixe, cette lettre est aussi peu en rapport avec les entretiens sur la matière que les antérieures. La forme de la demande de deux millions de réaux concoure à me confirmer dans l'idée d'une rédaction étrangère.”<sup>553</sup>

Pero la sorpresa no acaba allí. En efecto, en la carta de Fernando a Luis XVIII, fechada en 24 de julio, el monarca español subrayaba que La Garde le había aconsejado restablecer las Cortes estamentales. Bien es cierto que Fernando le había pedido anteriormente a La Garde que le indicase cuáles eran, en su opinión, las modificaciones que había que aportar a la Constitución de 1812 para que fuese aceptada por las potencias europeas, y que el embajador francés, quizás sobrepasando su papel, le dio una respuesta en

---

<sup>551</sup> Ibid., p. 236. En esta misma carta, el embajador escribe que vio “clairement que c'était après (sa) signature qu'on courait”. Idem.

<sup>552</sup> “Si vous pouviez donner ordre à Paris pour qu'on remît à Fernán Nuñez jusqu'à la concurrence de deux millions de réaux dont j'ai besoin, je vous en serais très obligé.” AMAE, CPE, tomo 716, carta de Fernando VII a La Garde, 25 de julio de 1822, p. 228.

<sup>553</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 19 de julio de 1822, p. 236 v.

términos generales<sup>554</sup>. Ahora bien, Fernando certificaba en su carta a Luis XVIII que era La Garde quien le había aconsejado restablecer las Cortes por estamentos. Así, Fernando escribe que el embajador le presentó

“parmi diverses formes de gouvernement, celle des Cortes divisées par ordres comme la plus conforme à la dignité de ma couronne, à la religion, aux lois, usages et mœurs du peuple espagnol, et comme la plus utile en même temps aux intérêts de la nation espagnole ainsi que le prouve l'expérience des temps où l'Espagne fut soumise à cet heureux régime.”

Igualmente, confirma su aceptación de las Cortes estamentales de este modo: “Après avoir ainsi posé la base fondamentale du système de gouvernement que désirent Votre Majesté et les cours alliées, *je fais volontiers le sacrifice d'une grande partie de l'autorité absolue dont je jouissais en 1814 (quoique sûr de n'en avoir point abusé)*”<sup>555</sup>. La Garde, percatándose de la jugada del monarca<sup>556</sup>, prefirió dejar de lado el asunto cara a Fernando VII, aunque en una ocasión le pidió detalles sobre la naturaleza de las Cortes estamentales y cómo podían convocarse. El rey le contestó: “Mais comme autrefois (...); c'est, au fond, comme des chambres.”<sup>557</sup> Asimismo, el embajador dejó constancia al ministro Montmorency que nunca le había propuesto al rey reunir Cortes por estamentos, por la simple razón de que no sabía muy bien lo que eran.

Así es cómo Fernando VII intentó, a finales de julio de 1822, robarle su firma e instrucciones al embajador La Garde así como atribuirle la idea de restablecer las Cortes estamentales. Es difícil evaluar lo que habría podido ocurrir si se hubiese logrado sustraer la firma y las instrucciones, pero es cierto que hubiera contribuido a un fuerte aumento de las tensiones entre Francia y la

---

<sup>554</sup> En palabras del embajador, eso fue lo que indicó al monarca español: “j'ai pris la liberté de lui dire, que sans pouvoir préjuger les dispositions de détail, je pensais qu'il fallait établir pour base générale, l'initiative royale, le veto absolu, le libre vote de l'impôt, la propriété pour condition nécessaire d'éligibilité à la représentation nationale, *une division dans cette représentation accommodée aux mœurs et besoins du pays tant anciens que modernes*, et enfin la liberté individuelle; que ces points me paraissaient d'une nécessité commune à tout Etat régi par des institutions monarchiques et analogues au vœu général actuel”. Ibid., p. 231 (la cursiva es mía).

<sup>555</sup> Ambas citas están en AMAE, CPE, tomo 716, carta de Fernando VII a Luis XVIII, 24 de julio de 1822, pp. 251-251 v. (la cursiva es mía).

<sup>556</sup> Suponía que “(l')idée (...) a dû être suggérée au roi, dans l'intention de pouvoir m'en attribuer la dangereuse responsabilité.” AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 25 de julio de 1822, p. 237 v.

<sup>557</sup> Idem.

España constitucional que, en un contexto como el causado por el golpe de Estado fracasado, tenía todas las posibilidades de desembocar en una guerra entre ambos países. La Garde siguió cumpliendo con su deber y sirvió lo mejor que pudo a Fernando VII hasta que el gabinete francés le mandase retirarse de la capital a finales de enero de 1823. Sin embargo, al leer la correspondencia política de este embajador con Montmorency, queda patente su desesperación. Por un lado, porque desaprobaba el modo de gobernar de Fernando, que se negaba a tratar honestamente con sus ministros constitucionales y prefería gobernar encubiertamente con gente extrema y a veces oscura. Por otro lado, porque sabía que Fernando no confiaba en él y no le hacía caso cuando le aconsejaba moderación y prudencia en su conducta. La Garde acabó resignándose a esta realidad, y concluyó que “en faisant tout pour le roi, il faut tout faire sans lui. Il fera irrévocablement tourner à son préjudice tout ce dont il pourra se mêler.”<sup>558</sup>

### 3.2 Algunas reacciones exaltadas

Entre la oleada de reacciones que provocó en los exaltados madrileños el intento de golpe de Estado del 7 de julio, escojo aquí analizar por una parte un folleto satírico, titulado *Elogio de la Sociedad del Anillo* y, por otra, me interesa evocar tres obras de teatro satíricas que se publicaron en *El Zurriago* después de este mismo día -“Los Cañonazos”, “Los duelos del Anillo. Segunda parte de los Cañonazos” y “La Pastelería”-.

Publicado después del 7 de julio, el *Elogio de la Sociedad del Anillo* analiza satíricamente la corrupción de las élites liberales moderadas que, durante los dos primeros años y medio del régimen, se adueñaron del poder político y controlaron extensamente los cargos públicos<sup>559</sup>. Se hable de malversación de

---

<sup>558</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 5 de agosto de 1822, p. 286 v.

<sup>559</sup> “Si subimos al origen de las cosas (...), hallaremos que los hombres grandes y eminentes que concibieron tan feliz idea (la creación del Anillo), apiadados de la triste España cuyos funcionarios públicos salían indistintamente de todas las clases y de todas las profesiones, pensaron ante todas cosas en cortar este abuso y en formar una especie de casta, o si se quiere almaciga, o llámese depósito de donde hubieran de salir todos los empleados de la nación impregnados ya con los buenos principios y aptos para regir ¿qué son ínsulas? reinos, imperios y aún jefaturas políticas. (...) formarse la Sociedad del Anillo y salir magníficamente colocados todos sus miembros fueron dos cosas simultáneas, momentáneas y extemporáneas.” Anónimo, *Elogio de la Sociedad del Anillo. Primera parte*, Imprenta de Antonio Fernández, Madrid, 1822, pp. 2-3.

fondos, de nombramiento de favoritos en puestos claves o de ataques contra los liberales exaltados, el *Elogio* detalla todas las trabas que pudo generar la Sociedad del Anillo desde su creación en 1821 en Madrid. Lo que me interesa recalcar de este folleto son algunas de sus consideraciones sobre la estrategia que desarrolló el Anillo para perjudicar y desacreditar a los liberales exaltados. A este respecto se señala en el *Elogio* que, desde el Anillo establecido en Madrid, se difundieron en sus sociedades subalternas creadas en las provincias circulares que responsabilizaban a los exaltados del intento de golpe de Estado del 7 de julio de 1822<sup>560</sup>. El autor del folleto atribuye este acto a la voluntad de la sociedad que se persiga con más esfuerzo y urgencia a los exaltados, retratándoles como temibles revolucionarios que amenazan con destruir el país<sup>561</sup>. Y a esta táctica de demonización se sumaba una labor de descalificación destinada a mermar el mérito de distintos exaltados, especialmente el de los revolucionarios que contribuyeron al cambio de régimen en 1820. En este sentido, se indicaba irónicamente que el mayor servicio que la Sociedad del Anillo

“ha hecho a la nación y a la especie humana es haber puesto en su verdadero punto de vista a eso que llaman liberalismo exaltado, dándole los epítetos que merece, y colmándole del desprecio a que es acreedor. Así es que es dogma de fe entre los miembros del Anillo que Riego ha sido sobradamente recompensado de lo poco que ha hecho. (...) El más inútil de estos (los anilleros), el más rutinero de los oficinistas que concurren a sus sesiones, se cree superior al más empinado de los héroes de la Isla, como la robusta encina lo es al humilde arbusto.”<sup>562</sup>

En *El Zurriago* se publicaron entre agosto y octubre de 1822 tres obras de teatro satíricas que tratan el golpe de Estado fracasado del 7 de julio. Antes de adentrarme en el estudio de los temas manejados en estas obras, me gustaría indicar que los redactores del *Zurriago* tienen una visión partidista de los hechos -que hay que analizar con precaución- pero que sirve para hacerse una idea de las maniobras políticas que provocaron algunas de las grandes conmociones del Trienio y constituyeron uno de los núcleos de la crítica

---

<sup>560</sup> Ibid., p. 8.

<sup>561</sup> Idem.

<sup>562</sup> También se añade en este folleto que, en boca de los anilleros, todos los destacados exaltados son “unos pillos, danzantes, trastos que no tienen sobre qué caerse muertos, y que solo van a ver quién puede agarrar más y destruir más pronto a la pobre nación.” Ambas citas están en *Elogio...*, op cit., pp. 9-10.



exaltada. Lo que desvela *El Zurriago* a través de sus obras de teatro satíricas es que, desde la cumbre del poder, hay gente y corporaciones que extienden su influencia sobre las Cortes, la administración del Estado, el rey así como el ámbito palaciego. La base de estos grupos se hallaría en un entendimiento más o menos delimitado entre moderados eminentes, realistas y afrancesados -representado por la Sociedad del Anillo-, cuya finalidad sería confiscar la revolución desencadenada por el pronunciamiento de Riego, poniendo por ejemplo en práctica el “plan de cámaras”.

La primera característica notable de las obras de teatro satíricas del *Zurriago* relativas tanto a la Sociedad del Anillo como al 7 de julio es que sus protagonistas están designados con un apodo. De esta manera, los redactores del *Zurriago* se adueñan totalmente de sus personajes y los rebajan, tanto con un propósito peyorativo como en un sentido social: los altos gobernantes del Trienio, aparentemente intocables y sagrados, se vuelven unos títeres, expuestos simbólicamente al escarnio público. Ya hacia junio de 1822 se publicó en este periódico la obra titulada “Los Caballeros Anilleros”<sup>563</sup>, que daba una visión burlesca y ridícula de la Sociedad del Anillo, representándola como una congregación de oportunistas con gran sed de empleo y poder y cuyos miembros son dueños de una parte del poder central, sea político o militar<sup>564</sup>.

Con respecto a la jornada del 7 de julio, *El Zurriago* publicó primero en agosto de 1822 la obra “Los Cañonazos”<sup>565</sup>. Los protagonistas de esta obra, que siguen apareciendo bajo apodos<sup>566</sup>, son una representación del grupo palaciego conspirador, acompañado del jefe político de Madrid. A nivel escénico, esta obra de teatro sitúa a todos los personajes en Palacio,

---

<sup>563</sup> “Los Caballeros Anilleros”, tragicomedia. *El Zurriago*, núm. 42, s. f., 1822, pp. 3-16. Los personajes de la obra son: el Aprendiz, “primer galán” (Moscoso de Altamira), Rosita la Pastelera “dama” (Martínez de la Rosa), el Divino, “segundo galán” (Argüelles), el general Castañuelas, “vejete” (Castaños), Tintín de Navarra, “paje” (San Martín) y un Gorro Descamisado. Véase la transcripción de esta obra en el apéndice documental.

<sup>564</sup> Moscoso asegura que los empleos son y serán del Anillo, Castaños promete encargarse del rey, Argüelles confirma que controla el Parlamento y San Martín declara que seguirá con sus conductas arbitrarias y moderadas.

<sup>565</sup> “Los Cañonazos o la proclamación cachifollada”, comi-tragedia. *El Zurriago*, núms. 57-58, s. f., 1822, pp. 4-28. Véase la transcripción de esta obra en el apéndice documental.

<sup>566</sup> Los personajes de esta comi-tragedia son: Tigrekán, “emperador de la China” (Fernando VII), el Príncipe Alfeñike, “hermano del emperador” (don Carlos), el Príncipe Pakorrito, “hermano del emperador por parte de madre” (don Francisco de Paula), Therreño, “gran director del emperador” (conde de Castroterreño), Jir-om, “jefe del ejército imperial” (marqués de las Amarillas), Infantok y Casarrik, “consejeros secretos de Tigrekán” (duque del Infantado y marqués de Casasarria), Tintín, “gobernador de Pekín” (San Martín).

esperando el desenlace del golpe de Estado arrancado por la caída de los batallones de la guardia real sobre Madrid. Hay elementos burlescos que ridiculizan absolutamente a todos los protagonistas. Por ejemplo, cuando los conspiradores se enteran de la derrota de las guardias reales sublevadas, ocurre una escena de caos poco decorosa<sup>567</sup>. No aparecen los pilares anilleros -Martínez de la Rosa o Argüelles- pero está San Martín, personificado como portero del Anillo, que es el nexo entre moderados anilleros y realistas. Esta segunda obra retrata como igualmente culpables y responsables de la jornada del 7 de julio a dos núcleos de poder. Se acusa conjuntamente a los círculos palaciegos -autores de la conspiración- y a la cabeza del grupo liberal moderado, encarnado por el ministerio Martínez de la Rosa, por haber dejado que se produjera semejante catástrofe.

La segunda obra que publicaron los editores del *Zurriago* relativa a los acontecimientos del día 7 se titula “Los duelos del Anillo. Segunda parte de los Cañonazos”<sup>568</sup>. Se desarrolla en Palacio y los protagonistas son de nuevo el rey y sus dos hermanos, pero esta vez también está presente Argüelles, acompañado de Javier de Burgos. A estos se suma un personaje llamado “El Gorro” -López Baños, futuro ministro de Guerra-<sup>569</sup>. Esta obra representa la desbandada de los responsables del 7 de julio. El personaje de Argüelles pide a Fernando VII que pacte con los anilleros, le promete un régimen a su gusto a cambio de que los miembros de la sociedad obtengan todos los empleos. Le aconseja igualmente que acceda a la reforma de la Constitución proyectada por

---

<sup>567</sup> Después de muchas escenas de júbilo, llega un oficial de la guardia real que anuncia el fracaso del golpe realista. Ocurre entonces lo siguiente: “Todo el mundo empieza a tirar los uniformes de gala. El salón parece una ropería. A las princesas les da la pataleta. Las damas se mean. Tintín se da contra las paredes, Alfeñike se araña, Pakorrito llora, Infantok patear, Jir-om brama como un toro, Casarrik y Therreño hacen pucheros y el emperador corona la fiesta pidiendo a gritos un sillico.” *El Zurriago*, núms. 57-58, s. f., 1822, p. 25.

<sup>568</sup> “Los duelos del Anillo. Segunda parte de los Cañonazos”, tragicomedia. *El Zurriago*, núms. 61-62, s. f., 1822, pp. 12-36. Véase la transcripción de esta obra en el apéndice documental.

<sup>569</sup> Los personajes de esta tragicomedia son: el emperador de la China (Fernando VII), Alfeñike, “su hermano” (don Carlos), Pakorrito, “hijo de su madre” (don Francisco de Paula), el Gorro, “ilustre general de las tropas chinas” (López-Baños), Trementín, “ministro doble del emperador” (persona sin identificar), el sapientísimo Burgo-Brigán, “jefe supremo de los caballeros berenjenarios” (Burgos), el Divino, “gran protector de la congregación del Anillo” (Argüelles). Javier de Burgos está representado aquí como jefe de los afrancesados y como un personaje al cual le gusta tanto el dinero que haría cualquier cosa mediante pago; está preparando el camino de la restauración.

los moderados<sup>570</sup>. Sin embargo, la llegada del Gorro lo echa todo a perder ya que expulsa a los anilleros de la sala y propone a Fernando VII un ministerio con liberales apreciados por la opinión pública. Este momento, en la realidad política del Trienio, es la época del triunfo efímero de los exaltados, que corresponde con la remoción del ministerio liderado por Martínez de la Rosa y el nombramiento del encabezado por San Miguel.

No obstante, la alegría y entusiasmo con respecto a este ministerio fue de corta duración. Además de lamentarse por la poca energía del nuevo gobierno, los editores del *Zurriago* publicaron otra obra de teatro satírica hacia octubre de 1822, “La Pastelería”<sup>571</sup>, en la cual dejaban patente que San Miguel no era un liberal exaltado sino un seguidor de las políticas liberticidas de los tres gobiernos anteriores. Como protagonistas encontramos a los pilares anilleros - Martínez de la Rosa y Argüelles-, a los representantes de las autoridades madrileñas -San Martín y Morillo- y al personaje de “Gorrete” -descrito como “sucesor de Rosita”<sup>572</sup>-. El sufijo peyorativo “-ete” indica ya la perversión del que, en algún momento del Trienio, fue exaltado. En esta obra, los socios del Anillo intentan recobrarse y confiscar el poder que está ahora en manos de los exaltados. Se abre una posibilidad para conseguirlo ya que el personaje de Gorrete se declara admirador fiel de la sociedad y pacta con los anilleros<sup>573</sup>. La obra concluye con un discurso heroico de Incinillas, quien presenció la escena del abrazo entre Gorrete y los anilleros: “Antes que esa alianza se celebre,/ Todos los Gorros perderán la vida./ No pasteleros: de la noble España/ No

---

<sup>570</sup> “Pero olvidemos todo y que renazca/ La santa paz: unámonos de nuevo/ A trabajar en pro de nuestra causa./ Cámaras, gran señor, no seáis necio./ Que con ellas, después nos será fácil/ Hacer lo que queramos del imperio./ Cámaras... acceded a nuestros votos: dadnos todo, toditos los empleos/ Y echaos a dormir a pierna suelta/ Que ya os harán feliz los anilleros.” *El Zurriago*, núms. 61-62, s. f., 1822, p. 28.

<sup>571</sup> “La Pastelería”, drama en un acto. *El Zurriago*, núms. 67-68-69, s. f., 1822, pp. 19-36.

<sup>572</sup> Los personajes de esta tragedia son: Rosita (Martínez de la Rosa), el Divino (Argüelles), el Aprendiz (Moscoso de Altamira), Trabuco (Morillo), Tintín (San Martín), “todos pasteleros”; Gorrete, “sucesor de Rosita” (Evaristo San Miguel), Incinillas, “Gorro descamisado” (Encinillas). Encinillas es un comunero eminente que formó parte de la columna de Riego en momentos del pronunciamiento de enero de 1820 y que se distinguió en la lucha del 7 de julio de 1822 por haber detenido a Luis Mon, oficial realista sublevado de la guardia real.

<sup>573</sup> La acotación de la escena VI indica lo siguiente: “Gorrete se presenta con semblante cariñoso; abraza a todos los pasteleros; llega adonde está Tintín, se detiene, vacila, por fin le da un abrazo.” Y las primeras palabras de Gorrete son: “Nata y flor de la gente distinguida;/ Ilustres y prudentes pasteleros/ Aquí tenéis a un hombre que os admira,/ Que seguirá constante en vuestros pasos,/ Que en agradaros su ventura cifra.” *El Zurriago*, núms. 67-68-69, s. f., 1822, pp. 33.

estará más la suerte sometida/ De vuestros planes al funesto influjo.”<sup>574</sup> Este personaje expresa algunas de las más agudas críticas que los exaltados del Trienio formularon en contra de los moderados. En este sentido, Incinillas culpa a los moderados anilleros del estallido de la guerra civil en distintas provincias y declara que, por la política que aplicaron a través de los tres primeros gobiernos, los moderados impusieron un nuevo yugo a España, no tan distinto del anterior a 1820<sup>575</sup>.

---

<sup>574</sup> Ibid., pp. 34-35.

<sup>575</sup> “No se abatió del déspota el emporio/ Para que se erigiese en sus ruinas/ Vuestro poder, no menos arbitrario./ Leyes queremos, leyes que nos rijan,/ No partidos, no sectas, no facciones./ (...) Huid, huid del suelo que de espinas/ Y de abrojos sembrasteis, miserables./ A donde quiera que tendáis la vista/ Señal de vuestros crímenes veréis./ De la guerra civil la tea impía/ Con llamas voracísimas incendia/ Las más bellas y plácidas provincias.” Ibid., p. 35.

## Capítulo IV. El gobierno San Miguel y el final del Trienio en Madrid

### 1. *El gobierno San Miguel*

En el ámbito de la política interior, el 7 de julio tiene como primera consecuencia la remoción del ministerio de Martínez de la Rosa y la conformación definitiva, el 6 de agosto, del cuarto gobierno del Trienio Liberal, integrado por Evaristo San Miguel (Estado), Francisco Fernández Gasco (Gobernación), Felipe Navarro (Gracia y Justicia), Miguel López-Baños (Guerra), Mariano Egea (Hacienda), Dionisio Capaz (Marina) y José Manuel del Vadillo (Ultramar). Ya los ministros del tercer gobierno habían presentado su dimisión distintas veces durante el mes de julio -el 6 de julio, el monarca aceptó la dimisión del ministro de Guerra, Balanzat-, pero Fernando VII solo admitió la mayor parte de ellas a partir de finales de julio -notablemente las de Martínez de la Rosa y Gareli-.

Antes de que Fernando VII nombrase a San Miguel ministro de Estado, éste, desde el 14 de julio hasta el 5 de agosto, fue el fiscal judicial de la causa del 7 de julio. Como lo examinaré en este capítulo, se le acusó de haber desviado los golpes de la justicia hacia los soldados y oficiales que se habían sublevado, dejando impunes a aquellos que elaboraron la conspiración que desembocó en la batalla del 7, desde el rey y sus dos hermanos hasta los altos cargos de Palacio. La posible pertenencia de San Miguel a la Sociedad del Anillo pudo jugar mucho en ello, pues se sospecha que, a través de esta sociedad, logró concluir un pacto que permitiese dejar sin castigar a los conspiradores del 7 de julio y, a modo de recompensa, se le diese una silla ministerial de primer orden. Pero antes de entrar en esta cuestión, voy a analizar las primeras sesiones de las Cortes Extraordinarias de 1822-1823, centrándome en una exposición de 68 diputados leída en la sesión del 9 de octubre de 1822 y las medidas que se tomaron a raíz de ella.

### 1.1 Inicios de la legislatura extraordinaria de 1822-1823

Por real orden del 5 de septiembre de 1822, se convocaban Cortes Extraordinarias<sup>576</sup>. Estas Cortes se reunieron entre el 7 de octubre de 1822 y el 19 de febrero de 1823. Los ministros de Guerra y Hacienda leyeron sus memorias en la sesión del 8 de octubre de 1822. Estas reflejaban un estado lastimoso del ejército y de la hacienda española. Con respecto al ejército, el dato más llamativo es la falta de contingente para combatir contra los insurgentes absolutistas. En efecto, el ministro de Guerra pide a las Cortes que decreten un reemplazo del ejército permanente de 29.973 hombres. En cuanto al ramo de Hacienda, el ministro expresa al Congreso que, para cubrir las atenciones del servicio público, hacen falta 784.896.957 reales. Después de enterarse de estas peticiones, diputados como Istúriz y Buruaga pidieron la comparecencia del gobierno para informar sobre el estado de la nación<sup>577</sup>.

Al día siguiente, Canga Argüelles leyó una exposición firmada por él y 67 diputados más<sup>578</sup>. El objeto de ésta, dirigida a los pueblos de España, era explicar el origen de los males que aquejaban la nación y así justificar la exigencia por el gobierno de los “costosos sacrificios” que se les pedía, a saber, las peticiones de caudales y aumento del ejército<sup>579</sup>. De modo general, se estima en este texto que el origen de los males que afectan España tiene tres motivos: la impunidad de los conspiradores realistas y el desprecio de su influencia, el equivocado concepto que se tiene sobre la exaltación política y, por último, las maquinaciones de las potencias extranjeras en contra del régimen constitucional español. Si se consideran estos elementos, puede deducirse que este texto es el producto puro de la exaltación política,

---

<sup>576</sup> Los objetos de esta convocatoria, deseada por muchos liberales a raíz del golpe realista fracasado de julio de 1822, eran los siguientes: “proporcionar recursos al gobierno, tanto de hombres como de dinero, para hacer frente a las urgentes necesidades del Estado, y desembarazar cuanto antes la nación de las bandas de facciosos que infestan sus provincias fronterizas; (...) arreglar negocios sumamente interesantes con algunas potencias extranjeras; (...) dar al ejército español las ordenanzas militares, cuya discusión quedó pendiente en la última legislatura (...), (y) dar el código de procedimientos, tan necesario para la recta y pronta administración de justicia.” *ASDP*, 6 de septiembre de 1822, p. 512.

<sup>577</sup> *DS*, 8 de octubre de 1822, p. 23.

<sup>578</sup> Tomando como referencia las *Condiciones y Semblanzas de los diputados a Cortes para los años de 1822 y 1823*, puede establecerse que, entre estos 68 firmantes, seis no forman parte de la corriente liberal exaltada: Sanz de Villavieja, Silva, Montesinos, Gómez Becerra, Trujillo y Fernández Cid.

<sup>579</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 75. Varios diputados se refirieron en la sesión anterior a las contribuciones de sangre y dinero, como por ejemplo Adán e Istúriz. *DS*, 8 de octubre de 1822, p. 22 y 23.

concebida ésta como defensa de los intereses constitucionales y lucha contra los conspiradores realistas.

Me interesa analizar esta exposición, formada por una introducción y tres epígrafes que diagnostican el origen de los males que afectan España, puesto que es un ataque en regla contra el tercer ministerio del Trienio. En este ataque pueden distinguirse dos ejes. Por un lado, se critica la moderación política tal y como la siguieron los ministros de este gabinete y, por el otro, se carga especialmente contra sus figuras emblemáticas: Martínez de la Rosa (Estado), Moscoso (Gobernación) y Gareli (Gracia y Justicia).

En cuanto al primer eje, el núcleo de la crítica se sitúa en la impunidad casi total de los contrarrevolucionarios, la apatía del gobierno mencionado, su rechazo en colaborar con las Cortes y la persecución de los exaltados -tanto aquella llevada a cabo por las autoridades nombradas por este ministerio como aquella practicada por los realistas y tolerada por las autoridades constitucionales moderadas-. Por lo que respecta al segundo eje, la censura de la actividad ministerial de los miembros destacados del tercer gobierno, se recalca en esta exposición la falta de vigor absoluta de Martínez de la Rosa ante la Europa legitimista que amenaza la España liberal, la mala fe de Moscoso en su negativa de rendir cuentas en las Cortes en algunas ocasiones así como su política reaccionaria en el nombramiento de autoridades y denuncia de liberales patriotas. Por último, se valora muy negativamente la actuación de Gareli por su lenidad frente a los contrarrevolucionarios -además de su minimización de la fuerza de este grupo- y su ataque a los exaltados, retratándolos como anarquistas.

Antes de entrar en el examen pormenorizado del origen de los males que aquejan España, se mencionan en la introducción de la exposición los desastres ocurridos en Madrid desde la última sesión de Cortes de la legislatura ordinaria, es decir, desde el 30 de junio de 1822: el asesinato de Landaburu, la proclamación del rey absoluto y la lucha armada contra el sistema constitucional. Se reconoce que hubo tentativa de golpe de Estado, que hubo conspiración destinada a restaurar el absolutismo -cosa que negaría poco tiempo después el primer firmante de la exposición, Canga Argüelles-, y se establece que sin las tropas constitucionales y sus esfuerzos contra los

realistas golpistas, los diputados hubiesen sido condenados a una “muerte patibularia”<sup>580</sup>. Los firmantes están convencidos de que, desde finales de la legislatura ordinaria de 1822, había sospechas y recelos de ver el bando realista dar un movimiento hostil y generalizado contra el sistema constitucional. Hasta indican que tenían el presentimiento de que las armas constitucionales iban a ser el único baluarte contra las intenciones y golpes de los contrarrevolucionarios. Los firmantes se felicitan entonces de que los resultados de los primeros días de julio dieron “lecciones amargas a los gabinetes extranjeros”, porque los constitucionales supieron mantener el régimen liberal a pesar de la embestida realista, y los diputados se consideran encargados de “deberes terribles”<sup>581</sup>. En efecto, conciben que toda España tiene sus ojos puestos en el Congreso y que se espera mucho de ellos: que encuentren el remedio radical de los males que afectan el país, que se fomente la paz y tranquilidad -pero después de haber exterminado a los que se levantaron contra la Constitución-, y que se faciliten al gobierno recursos extraordinarios para vencer la contrarrevolución. Finalmente, se insinúa que hay que estar dispuesto a medidas extremas en las circunstancias actuales. La radicalidad de las acciones y la firme decisión y energía son los rasgos deseados para esta legislatura extraordinaria<sup>582</sup>. Paso ahora a examinar más en detalle cada uno de las partes que componen este escrito.

El primer punto de la exposición es el de la impunidad de los contrarrevolucionarios y la influencia que tuvieron en la situación política del país. En este sentido, se hace un recorrido de sus progresos y se cotejan éstos con las acciones del tercer gobierno en este ámbito. Los firmantes aseguran que ya en la apertura de las sesiones de Cortes ordinarias, el 1 de marzo de 1822, se veía que los enemigos del sistema constitucional tenían planes para derrocarlo, y el maltrato a los patriotas fue un incentivo para romper las hostilidades. El diagnóstico de los 68 diputados es claro: hubo y sigue habiendo lenidad hacia los enemigos del régimen liberal. Antes, se quiso calificar esta conducta de prudente pero, en realidad, se trata de un comportamiento

---

<sup>580</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 76.

<sup>581</sup> Ambas citas están en *idem*.

<sup>582</sup> “El que no sintiere su alma dispuesta para entrar en una lid semejante, cuyo éxito es indudablemente venturoso, no puede corresponder a los deseos de la patria.” *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 76.



marcado por la cobardía o, por lo menos, debilidad de las mayores instituciones liberales. Se sostiene además que si los primeros conspiradores y asesinos realistas -remontándose al año veinte- se hubiesen castigado de manera proporcionada a la gravedad de sus crímenes, se hubiesen ahogado "en la cuna los proyectos liberticidas" y no se habrían presenciado "las tristes escenas que estamos viendo"<sup>583</sup>. El velo de la moderación política sirvió para cubrir posturas de impunidad y apatía, y es por este mismo espíritu de moderación que los contrarrevolucionarios se envalentonaron.

Centrándose en el ministerio llevado por Martínez de la Rosa, los firmantes, en un principio, no parecen imputar toda la responsabilidad de semejantes fracasos a los ministros moderados. En efecto evocan, por un lado, la inexperiencia de los miembros de este tercer gabinete y, por otro, la "dulzura y comedimiento de los representantes españoles"<sup>584</sup>. Sin embargo, estos firmantes se exculpan casi inmediatamente, presentándose como deseosos de cooperar con un gobierno que les hizo oídos sordos. Para ello, se toma como elemento principal el discurso de la Corona en la apertura de la legislatura ordinaria de 1822. En este mensaje, se decía que se habían desconcertado los planes de los enemigos de la Constitución y el presidente de las Cortes, en su respuesta, se regocijó por las victorias, manifestó su condolencia por las disensiones, ofreció la colaboración del cuerpo legislativo para remover los obstáculos a la felicidad pública y afirmó el compromiso de los diputados de caminar acorde con la opinión pública. Esta última, que ya denunciaba el origen de los males que afectaban España, esperaba de manos del Congreso el remedio oportuno. Así, se presenta a los diputados de la legislatura ordinaria de 1822 como dispuestos a mejorar la suerte de su patria, cueste lo que cueste. La exculpación de estos diputados en esta exposición se hace evidente cuando en ella se afirma que, por no querer vulnerar la separación de poderes inscrita en la Constitución y quizás por una "delicadeza tal vez extremada para con el gobierno, de cuyos desvelos y sabiduría lo esperaba todo", las Cortes no tomaron "las providencias fuertes que el ardiente celo de algunos diputados (pedía) con energía."<sup>585</sup> Con esta aserción se establece además que, en la

---

<sup>583</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 77.

<sup>584</sup> *Idem*.

<sup>585</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 77.

pasada legislatura, varios diputados se manifestaron con propuestas radicales, propias de patriotas, que fueron paralizadas, interceptadas por la acción del Gobierno, y que esta paralización constituyó un aliento para la contrarrevolución. Luego, en una confesión sin duda involuntaria por parte de los firmantes, se enuncia que las Cortes esperaban del gobierno que les “preparase la senda de la salvación con proyectos enérgicos”<sup>586</sup>. Hablo de confesión involuntaria ya que esta frase parece reflejar que el tercer gobierno era el motor de la política estatal y que las Cortes se quedaron pendientes de proyectos oportunos suyos sin promover mucho por su parte.

Para demostrar la inacción y apatía del ministerio encabezado por Martínez de la Rosa, se cita en primer lugar una propuesta hecha por cuarenta diputados en la sesión del 9 de marzo de 1822. Aquellos diputados pedían la comparecencia del gobierno para que informase sobre el origen de las turbulencias y reacciones contra el sistema que se observaban en las provincias -con una persecución casi sistemática de patriotas como consecuencia- y para que comunicase qué medidas había tomado para cortar estas turbulencias y persecuciones<sup>587</sup>. A raíz de la petición se presentaron en las Cortes Martínez de la Rosa, Moscoso, Balanzat y Gareli pero, en opinión de los firmantes de esta exposición, aquella comparecencia

“solo sirvió para convencer a los patriotas de que el ministerio despreciaba las maquinaciones serviles: que miraba con desdén las noticias que le comunicaban los diputados; que no conocía la raíz del mal, o si la conocía, se consideraba sin posibilidad, sin fuerza y sin medios para atajarle.”<sup>588</sup>

Una demostración similar volvió a producirse tres días después de la comparecencia de los ministros, con ocasión de tumultos sobrevenidos en Madrid

---

<sup>586</sup> Idem.

<sup>587</sup> Se pedía en especial la comparecencia de los ministro de Gobernación (Moscoso), Guerra (Balanzat) y Gracia y Justicia (Gareli). *DS*, 9 de marzo de 1822, p. 257.

<sup>588</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 77. A modo de ejemplo, puede citarse la intervención de los diputados Reillo y Rico acerca de la situación en Orihuela -ciudad donde quedan muy pocos patriotas y donde el faccioso Jaime hace incursiones sin que le puedan prender-. Moscoso contestó que, según los partes del jefe político de la provincia, “se disfruta(ba) de la más completa salud por todos sus habitantes”, a lo cual respondió Rico: “Si atendemos, señor, a las cartas que todos los días recibimos de diferentes puntos de las provincias, y a lo que hemos visto, verdaderamente el espíritu público está extraviado hasta lo sumo. Cada ciudadano particular creo yo sabe más que el gobierno, o el gobierno no tiene la franqueza necesaria para manifestar al Congreso el estado en que se halla la patria, capaz de llevarla acaso al sepulcro.” *DS*, 9 de marzo de 1822, p. 272.

los 9, 10 y 11 de marzo - particularmente durante el último de aquellos días- en las zonas del Prado, Lavapiés y Puerta de Toledo<sup>589</sup>. De todo ello resulta, según los firmantes, que el gobierno de Martínez de la Rosa, frente a los enemigos de la Constitución, se mantuvo en una actitud de pasividad que aumentó su impunidad y atrevimiento.

Siguiendo con la demostración de la pasividad del tercer gobierno frente a la contrarrevolución, los firmantes evocan disturbios sobrevenidos en Valencia y Pamplona en el mes de marzo de 1822. En efecto, después de los referidos sucesos de Madrid, ocurrió en Valencia, el 17 de marzo, un ataque violento a ciudadanos que daban vivas a la Constitución y a Riego, con varios muertos y heridos, perpetrado por soldados del cuerpo de artillería estacionado en aquella ciudad. A raíz de estas ocurrencias, los ministros volvieron a comparecer ante las Cortes, y se desarrollaron entonces dos sesiones en las que Moscoso cuestionó los informes del Ayuntamiento de aquella ciudad, disculpó al cuerpo de artilleros e "hizo recaer las sospechas sobre los anarquistas y exaltados, apoyándose en el parte del jefe político"<sup>590</sup>. Después de Valencia, fue en Pamplona, el 19 de marzo, que hubo graves disturbios originados por contrarrevolucionarios -hubo por lo menos siete muertos y veintinueve heridos-. El tema fue evocado en Cortes por Riego, en ese momento presidente del cuerpo legislativo, quien mencionó que había recibido una carta particular que le anunciaba el estallido de una "nueva revolución en Pamplona"<sup>591</sup>. Estaban presentes en aquella sesión los ministros Gareli, Martínez de la Rosa y Moscoso, y fue el primero de ellos quien informó sobre lo ocurrido en Pamplona. Gareli señaló que las ocurrencias de aquella ciudad -que califica de "chispazos"- se debían al "genio del mal, que se ha propuesto sembrar la desunión entre nosotros", no sin establecer una equivalencia de responsabilidad,

---

<sup>589</sup> Los firmantes de la exposición se refieren a un "ensayo de las armas de los malvados" en la corte, es decir, a una agrupación de al menos cuatrocientas personas, entre las cuales algunas profirieron gritos de "Viva el rey absoluto", con riñas entre individuos de la guarnición y participación de soldados de la guardia real. El gobierno informó a las Cortes sobre la ocurrencia pero no se mostró muy inquieto ante ella. *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 78. En *El Zurriago* se encuentra una referencia a este acontecimiento, que se califica de motín. El periódico también se burla y ataca a los diarios *El Censor*, *El Imparcial* y *El Universal* por no haber hecho ni una mención del asunto. *El Zurriago*, núm. 32, s. f., 1822, p. 9.

<sup>590</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 78. Ya me refiero a este episodio en el capítulo III, en el que subrayo la actuación de Moscoso, que responsabiliza al liberal exaltado Cabrerizo de los disturbios del 17 de marzo y del mal espíritu que se manifiesta en Valencia.

<sup>591</sup> *DS*, 23 de marzo de 1822, p. 493.

en la desunión constatada, esta vez no solo en Pamplona sino en todo el territorio peninsular, entre los contrarrevolucionarios -“quienes quisieran volver a las ollas de Egipto”- y los liberales exaltados -aquellos que “quisieran tal vez ir más allá” de la estrecha senda de la ley<sup>592</sup>-. Finalmente, y como otra muestra de la inacción del tercer gobierno, se menciona en la exposición a un criado de Eguía -entonces refugiado en Bayona y a la cabeza de una red contrarrevolucionaria- quien delató, en tiempos del segundo gobierno, un plan de conspiración de su amo que involucraba a fuerzas militares francesas y cuyo objetivo era reformar la Constitución en un sentido similar a la Carta Otorgada francesa<sup>593</sup>. Sobre ello Moscoso contestó que no tenía absolutamente ningún dato<sup>594</sup>.

Llegó así el mes de mayo de 1822, calificado por los firmantes de la exposición como mes “señalado por los serviles para cantar victoria”<sup>595</sup>. El descubrimiento de facciones contrarrevolucionarias en Navarra y Vizcaya así como la actuación de partidas del mismo signo en Cataluña llevaron a varios diputados a solicitar de nuevo la presencia del gobierno en el Congreso. En la sesión extraordinaria del 3 de mayo comparecieron los miembros del tercer gabinete, y hubo en particular un debate sobre el estado de la provincia de Cataluña y los progresos de las partidas llevadas por Misas. Fue en este contexto que el ministro de la Gobernación retomó las palabras del jefe político de la provincia de Gerona -que informaba de los efectivos que emplearía para reprimir las partidas del guerrillero realista citado- y dijo: “es probable que todos los triunfos de Misas paren en misas de difuntos”, y aseguró que estas circunstancias “no causa(ban) de manera alguna miedo ni consternación al

---

<sup>592</sup> Las palabras citadas de Gareli están en *ibid*, p. 494. Se nota cierta tensión en el transcurso de esta sesión, pues inmediatamente después de estas palabras del ministro de Gracia y Justicia, Riego le dijo: “Señor secretario, no hay español alguno que quiera eso; yo debo responder a eso, porque soy uno de los que han sido denigrados como principales motores de tales intentos.” *Idem*.

<sup>593</sup> Es Ferrer quien menciona aquella delación de un criado de Eguía, subrayando que uno de los objetivos de la conspiración revelada era apoderarse de San Sebastián y de la ciudadela de Pamplona. Recalca asimismo el diputado que tanto él como las autoridades constitucionales de Madrid vieron el expediente que se abrió a raíz de la delación. El ministerio llevado por Feliú “despreció estos avisos” y finalmente estalló la conmoción en Pamplona. *DS*, 26 de marzo de 1822, p. 575.

<sup>594</sup> “Las Cortes me parece que harán al actual ministerio la justicia de creer que no tiene conocimiento alguno de los progresos de esta conspiración; porque si los hubiese tenido y lo hubiese ocultado, la conducta del gobierno sería reprehensible.” *Ibid*, p. 576.

<sup>595</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 79.

gobierno”<sup>596</sup>. Para los firmantes de la exposición, el resultado de esta indiferencia y de semejantes juegos de palabras no tiene nada de positivo. En efecto, consideran que se infravaloró la potencia de las partidas de Misas -que sirvió de base para la sublevación del resto de provincias-, con la principal consecuencia de que se declaró en estado de guerra la provincia más rica e industrial de España y que efectivamente había misas de difuntos, porque murieron y siguen muriendo los españoles que luchan contra los realistas insurrectos y sus partidas.

Las insurrecciones de Cataluña y Navarra llegaron entonces “sordamente a minar los cimientos de la corte”<sup>597</sup>. En Aranjuez se observaban movimientos de notorios absolutistas, que diariamente acudían al Real Sitio<sup>598</sup>, y no tardó en sobrevenir el disturbio del 30 de mayo en esta misma ciudad, cuando ya anteriormente en la guardia real se habían visto inquietantes síntomas de rebelión.

Al fin y al cabo, recalcan los firmantes en la exposición, había diputados que desde el mes de marzo alertaban al gobierno sobre los planes contrarrevolucionarios que se tramaban. Estos pidieron al ministerio que tomase las medidas necesarias para “apartar la borrasca deshecha que amenazaba” con romper<sup>599</sup>, se ofrecieron a la colaboración del gobierno, pero tuvieron que enfrentarse a su fría indiferencia. De nuevo, se percibe con esta afirmación cómo se exculpan los diputados firmantes para cargar contra el tercer ministerio: ellos reclamaban la cooperación del gobierno, tenían datos certeros sobre la agitación y los planes de los contrarrevolucionarios pero éste desatendió todo aquello y no quiso apartarse de sus principios de moderación e

---

<sup>596</sup> DS, 3 de mayo de 1822, p. 1154. Después de esta intervención de Moscoso, Alcalá Galiano tomó la palabra para expresar que, en su concepto, el ministerio no estaba apto para gobernar -“los ministros actuales, aunque sea sin culpa suya, no son los que pueden conducir la nave del Estado a puerto de seguridad y salvamento”-, entre otros porque gran parte de sus integrantes habían aceptado un cargo ministerial cuando acababan de dejar su escaño de diputado y que, cuando lo ocupaban, habían votado en contra de leyes fundamentales para el régimen, como la de señoríos. Idem.

<sup>597</sup> DS, 9 de octubre de 1822, p. 79.

<sup>598</sup> Según los “Papeles de Ugarte”, Fernando VII recibía efectivamente visitas de notorios realistas opuestos al régimen constitucional. Véase por ejemplo la carta del 1 de mayo de 1822, que se refiere a la visita del general Negrete. Ortiz de la Torre lo califica de “esbirro de Fernando VII”, que el monarca, en 1814, “mandó a Sevilla con amplísimas facultades para sembrar el terror y la desolación en aquella provincia.” Elías Ortiz de la Torre, “Papeles de Ugarte. Documentos para la historia de Fernando VII”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, núm. 16 (1934), p. 25.

<sup>599</sup> DS, 9 de octubre de 1822, p. 79.

indiferencia. Se concluye esta primera parte con un diagnóstico inapelable: el gobierno llevado por Martínez de la Rosa no estaba en absoluto a la altura de las circunstancias; se estima que fue inútil y hasta perjudicial para el régimen constitucional<sup>600</sup>. Para rematar este cuadro, se menciona brevemente en la exposición la inacción de este ministerio en la primera semana de julio de 1822, al no dar ninguna señal de vitalidad y al rechazar desplegar los recursos que le quedaban -como por ejemplo la movilización de cuerpos militares y batallones de milicia nacional estacionados alrededor de la capital- para enfrentarse a los sublevados realistas.

La infravaloración de la fuerza de la corriente contrarrevolucionaria no es lo único que se reprocha al gobierno de Martínez de la Rosa. Este es el objeto de la segunda parte de la exposición, el del “concepto equivocado que formó el gobierno de la exaltación del patriotismo”<sup>601</sup>.

Mientras frente a los realistas insurrectos el tercer gabinete fue un modelo de apatía e indiferencia, se estima aquí que se convirtió en enemigo implacable de los liberales exaltados. Los firmantes de la exposición distinguen cuatro formas de represión que sufrieron estos patriotas. Por un lado, está la que los jefes políticos de provincias pusieron en movimiento frente a aquellos que daban vivas a Riego, cantaban coplas patrióticas y festejaban públicamente su entusiasmo por el sistema constitucional. Por otro, se identifica como represión el abandono de los teatros y el cierre de las sociedades patrióticas. Luego, se menciona la multiplicación de las confinaciones y los destierros en contra de patriotas y, finalmente, se establece en la exposición que el gobierno usaba de dos varas de medir, de manera muy visible, en contra de los patriotas: “el menor desliz de su parte y las efusiones del cielo por la libertad se calificaban de crímenes desorganizadores del Estado y se corregían con dureza”<sup>602</sup>. Frente a semejante persecución de los patriotas, con activa participación de

---

<sup>600</sup> El gobierno “convenció a los que le escuchaban imparcialmente, de que la nación no debía esperar el remedio de los males que la afligían, sino de sus propios esfuerzos”. Idem. Asimismo, se afirma en la exposición que, por culpa de este tercer gabinete, por su inacción frente a la contrarrevolución cada día más organizada y robustecida, mueren y seguirán muriendo patriotas enfrentados a realistas: “Si el gobierno (...) hubiera conocido las tramas de los malévolos (...) el mal se hubiera atajado, y la nación no lloraría ahora la pérdida de las muchas víctimas que diariamente se sacrifican, y que probablemente se sacrificarán, a la necesidad de asegurar las instituciones liberales.” *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 78.

<sup>601</sup> Ibid., p. 80.

<sup>602</sup> Ibid., p. 79.

magistrados y otros jueces, se observaba una casi impunidad de los conspiradores realistas con el argumento del respeto a las leyes.

De cierto modo, se limita la responsabilidad del tercer gobierno en este tema de la persecución de los patriotas ya que los firmantes recuerdan lo moderado que era su antecesor, el ministerio llevado por Feliú. En este sentido, establecen que el tercer gobierno siguió el camino de desconfianza y acoso trazado por el segundo, y que miraba la nación por “el prisma que le había legado el de 1821”. Aquello significa ver “en el fecundo calor del patriotismo la cruenta demagogia que llenó de luto a la Francia”, y significa también dejarse llevar “por los fantasmas que le ofrecía su imaginación enfermiza” mediante la cual “calificaba de republicanos a los constitucionales más o menos ardientes sostenedores de la libertad, y daba el nombre de desorden a las voces que expresaban los sentimientos libres que llenan de pavor a los malvados”<sup>603</sup>. Es decir, con este fantasma de la república, tanto el segundo como el tercer gobierno afectaron asimilar la exaltación patriótica con políticas de terror revolucionario. Este impulso fue seguido, según los firmantes, por funcionarios y jefes de provincia -o porque tenían la misma imaginación que el gobierno o porque buscaban adularlo- que se pusieron a buscar rastros de republicanismo y empezaron a confundir ellos también las manifestaciones patrióticas con unas de signo republicano<sup>604</sup>. Se utilizan palabras llamativas para calificar al tercer gobierno: se retrata como hechizado con los “encantos de la intriga” y llevado por una moderación fatal que desembocó en un estado de demencia. Asimismo, los firmantes certifican que éste compuso “libros de reprobación” para discernir a los exaltados y apartarlos de los puestos de influencia<sup>605</sup>. Los realistas insurrectos se aprovecharon entonces de este clima de persecución de los exaltados para reforzar su obra propagandística, que presentaba a los liberales como republicanos y herejes. De esta manera, mediante la propaganda contrarrevolucionaria y la persecución del gobierno “tomó un

---

<sup>603</sup> Las cuatro citas están en *idem*.

<sup>604</sup> En esta parte de la exposición se encuentra una misteriosa referencia a la reunión de hombres miedosos de ver cundir por todas partes el republicanismo y la demagogia. Estos hombres, unidos por el miedo, se juntaron para “contrarrestar las ideas desorganizadoras que arbitrariamente se atribuían a los que, como ellos, amaban la Constitución”. Aquello podría ser una referencia velada a la Sociedad del Anillo. *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 80.

<sup>605</sup> Ambas citas están en *idem*.

carácter de verdad la impostura republicana”, y cualquier diputado que intentó denunciar esta persecución se vio calificado de alborotador<sup>606</sup>.

La última parte de esta exposición de 68 diputados trata la influencia de los gabinetes extranjeros sobre los males interiores de España. Se habla sobre todo de Francia, aunque se tome un especial cuidado en distinguir al gabinete de Luis XVIII del pueblo francés. Esta sección se compone de varias partes. En primer lugar, se hacen unas consideraciones generales sobre la responsabilidad del gobierno francés en la pervivencia y fortalecimiento de la contrarrevolución española. Luego, los firmantes retoman para criticarlos unos fragmentos de la memoria ministerial presentada por Martínez de la Rosa al inicio de la legislatura ordinaria de 1822. Asimismo, se contesta a un discurso pronunciado por el ministro de Asuntos Exteriores Montmorency en la cámara francesa el 23 de julio<sup>607</sup> y, por último, se hacen algunas observaciones sobre las notas diplomáticas mandadas por potencias europeas a raíz de la victoria liberal del 7 de julio.

Desde el inicio de esta parte, se establece que la equivocación del tercer gobierno sobre los contrarrevolucionarios tuvo los mismos efectos para con los enemigos exteriores del régimen constitucional<sup>608</sup>. Asimismo, se considera culpable al gobierno francés con respecto a la falta de fuerza y vigencia del régimen constitucional español, y se le responsabiliza en parte del estallido de la guerra civil en el territorio peninsular. Francia, indican los firmantes, reconoció en un principio la Constitución de Cádiz, pero luego empezó a mirarla con desconfianza. Este recelo la llevó a actuar de manera indirecta en contra de España, presentando el sistema de gobierno de esta última como peligroso y tolerando ataques diarios contra el régimen español y sus más altos funcionarios por parte de publicistas franceses. Se recalca además que, ya desde la apertura de las Cortes ordinarias en 1822, una mayoría de patriotas

---

<sup>606</sup> DS, 9 de octubre de 1822, p. 80.

<sup>607</sup> Para una transcripción de este discurso, en el que Montmorency justifica la línea política de Francia con respecto a España y asegura que se harán todos los “esfuerzos legítimos” para proteger la inviolabilidad de Fernando VII, véase Charles-Louis Lesur, *Annuaire historique universel pour 1822*, París, Imprimerie de Rignoux, 1823, pp. 232-233.

<sup>608</sup> “La equivocación del ministerio que ejerció su imperio fatal en el ánimo de los serviles del interior, sirvió de pretexto a los extranjeros para dar un colorido de justicia a sus proyectos.” DS, 9 de octubre de 1822, p. 80.



consideraban a Francia como enemiga del régimen español<sup>609</sup>. Se afirma entonces que España es una nación que, “contenta con arreglar el plan de su gobierno interior, respeta el de las demás, y sin propagar los principios que la dirigen, solo desea que se respeten sus derechos”<sup>610</sup>.

Después de haber trazado las grandes líneas de las relaciones con Francia, se entra a disecar la memoria presentada por Martínez de la Rosa en la sesión del 3 de marzo de 1822 con el fin de ir demostrando paso a paso hasta qué punto el ministro no desempeñó adecuadamente esta tarea, esencial para el conocimiento de los diputados y buen desarrollo de la legislatura. Así, empieza una serie de epígrafes, todos basados en fragmentos de la citada memoria ministerial y acompañados por una respuesta de los firmantes de la presente exposición.

En un principio, los firmantes se muestran indignados ante una afirmación contenida en la memoria y según la cual las relaciones de amistad de España con Francia no habían sufrido alteración ninguna<sup>611</sup>. Asimismo, se muestran muy críticos con la explicación que dio en su memoria Martínez de la Rosa con respecto al cordón sanitario instalado y mantenido por el gobierno francés en la frontera pirenaica ya que éste lo presentó como simple medida sanitaria que iba perdurando, tal vez por el temor de ver nuevos brotes de fiebre amarilla. A esta defensa dudosa del cordón contestan los firmantes:

“¡Pretextar miedo a la peste, cuando los pueblos que la sufrieron no le tenían, y cuando se habían levantado los cordones de la Península! El gobierno, con la voz *tal vez*, que

---

<sup>609</sup> Esta reflexión había llevado a Canga Argüelles -señalado en la presente exposición como “un diputado”- a hacer algunas consideraciones, en la sesión del 7 de marzo, sobre el refugio que encontraban en el país vecino notorios insurgentes realistas que, mediante sus conspiraciones, hacían levantarse partidas realistas armadas en territorio español: la “voz pública denuncia a la avizoradora vigilancia de los patriotas una confederación liberticida que forja sus planes en territorio extranjero, desde el cual ataca descaradamente la Constitución, lanza las teas sangrientas de la discordia sobre la Península, conturba a sus pacíficos habitantes, pone en movimiento las armas envenenadas de la calumnia, de la seducción y del fanatismo, derrama las lágrimas y la orfandad en las familias, y hace gemir los patíbulos con el peso ominoso de los desgraciados que por seguir su impulso caen en las manos victoriosas de nuestros intrépidos guerreros. Las escandalosas insurrecciones de Aragón, Cataluña y Navarra se dicen ser producto horrible de las maquinaciones de algunos españoles espúreos que han hallado más franca acogida en un país amigo”. *DS*, 7 de marzo de 1822, p. 228.

<sup>610</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 80.

<sup>611</sup> “Y qué ¿el ministerio no hallaba alteración en la amistad de un gobierno que tan a las claras amparaba a nuestros enemigos? (...) ¿Podía decirse inalterable amigo nuestro un gobierno que se complacía en que sus periodistas presentaran a los españoles como unos jacobinos rabiosos y como unos hombres anárquicos?” *Ibid.*, pp. 80-81.

usa para poner a cubierto al de Francia, manifestó que ignoraba absolutamente el objeto del cordón.”<sup>612</sup>

Seguidamente, los firmantes se preguntan si el gobierno de Martínez de la Rosa conocía verdaderamente la protección que en Francia encontraban los realistas como Quesada, Eguía o Abreu, ya que se quedó impasible ante las alarmas de diputados que le avisaban de los oscuros movimientos de esta y otras facciones realistas refugiadas en el país vecino. De nuevo, puede observarse cómo los firmantes denuncian que el gobierno paralizó la actividad de las Cortes, rechazó colaborar con ellas y se negó a compartir los datos que tenía. En definitiva, se establece una vez más que el ministerio no quiso contar con las Cortes para gobernar<sup>613</sup>.

Otro reproche que se le hace al antiguo ministro de Estado fue corresponder a los deseos de Francia, en la petición del gabinete de Luis XVIII de que se internase a los revolucionarios franceses en territorio español, de manera superlativa. Cuando el gobierno español solicitó que se hiciese lo mismo para con los refugiados realistas en territorio francés, no se cumplieron estas expectativas<sup>614</sup>. De paso, los firmantes de la exposición recalcan la debilidad del gobierno de Martínez de la Rosa en sus peticiones al gabinete francés. En lugar de exigir, como país libre, se contentó el gobierno con suplicar y esperar que tomasen en consideración sus peticiones sobre internamiento de realistas refugiados y control de las fronteras para que no entrasen armas en territorio español.

Después de haber evocado esta memoria de Martínez de la Rosa, los firmantes de la exposición se apoyan en algunos debates de la Cámara de los

---

<sup>612</sup> Ibid., p. 81.

<sup>613</sup> "El ministerio con su silencio en negocio de importancia tal, embotó los filos de la acción de las Cortes, inutilizó sus esfuerzos, y condenó a una inhumana desesperación a sus individuos; porque hallándose muchos persuadidos de la gravedad del mal, no podían contenerle por falta de la cooperación del gobierno". *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 81.

<sup>614</sup> "No solo accedió, sino que fiel a sus palabras, realizó lo ofrecido tan extraordinariamente, como que las Cortes leyeron, no sin admiración, un informe del gobierno presentado en la última legislatura en el cual se oponía a que se señalara el socorro decretado para los emigrados italianos, a un corto número de los compañeros de Berton. ¿Y la Francia imitó nuestra conducta franca y leal?" Idem. Se menciona el informe citado y la negativa del gobierno en conceder un socorro en *DS*, 30 de mayo de 1822, p. 1618, pero solo hay una referencia a "varios oficiales franceses refugiados en la Península". No se evoca al general Berton, miembro de la carbonería. Este antiguo oficial napoleónico, que luchó por el imperio en la Guerra de la Independencia, fue incluido en la categoría de los *demi-solde* en momentos de la Restauración y encabezó una *tentative insurrectionnelle* el 24 de febrero de 1822. A raíz del fracaso de ésta fue detenido, condenado a muerte y ejecutado el 5 de octubre de 1822.

diputados en Francia, que incluyen una intervención del ministro de Asuntos Exteriores Montmorency, para establecer que mediante ellos se evidenciaron los planes del gabinete francés. Aquellas referencias les sirven también para felicitar a los pocos diputados franceses que cuestionaron y criticaron abiertamente los designios del gabinete francés con respecto al régimen español -citan a los liberales Manuel, Constant y Foy<sup>615</sup>-, y diagnostican un divorcio entre la opinión pública francesa y la política seguida por su gabinete. En efecto, el compromiso de los tres diputados citados es para los firmantes una prueba de que

"los franceses son amigos nuestros, que profesan nuestra creencia política, que desaprueban el tortuoso y atentatorio manejo de sus mandantes, y que la opinión pública de la Francia respecto a los negocios de la Península está en contradicción con la del ministerio que dirige a la nación francesa, noble modelo de ilustración"<sup>616</sup>.

Los firmantes denuncian que el gobierno francés piensa ser el tutor voluntario de España. Rechazan absolutamente las palabras de Montmorency referentes a la necesidad de tener en la Península una autoridad monárquica fuerte que proteja las libertades públicas, ya que asocian este modelo con el de un gobierno absoluto<sup>617</sup>, y aseguran, en un razonamiento marcado por el historicismo que, además de la falta de legitimidad del gobierno francés para semejantes recomendaciones, la Constitución de Cádiz hace la felicidad de España puesto que "encierra el espíritu de nuestras antiguas leyes, asegura nuestras justas libertades, y restablece la monarquía moderada, que es la originaria de las Españas"<sup>618</sup>.

Del mismo modo que los firmantes censuran la doctrina de Montmorency relativa a la autoridad monárquica, condenan la doble política que mantiene Francia con respecto a España: por un lado, una apariencia de relaciones

---

<sup>615</sup> El diputado Foy responsabilizó al gobierno de Luis XVIII de la tentativa de golpe de Estado del 7 de julio, afirmando lo siguiente: "Je n'essaierai pas de soulever le voile qui couvre des intrigues perverses. Il y a, dans des récits officiels et dans les résultats patents, beaucoup plus qu'il ne faut pour rendre le ministère français responsable du sang qui a coulé (...) à Madrid." Charles-Louis Lesur, *Annuaire historique universel pour 1822...*, op. cit., p. 229.

<sup>616</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 82.

<sup>617</sup> La autoridad monárquica fuerte es para los firmantes una expresión que, "traducida del idioma de la diplomacia al de los hombres libres, equivale a decir 'que España solo hallará felicidad en un gobierno absoluto'." Ibid., pp. 82-83.

<sup>618</sup> Ibid, p. 83.

amistosas pero, por el otro, una fuerte guerra encubierta<sup>619</sup>. No tiene cabida para ellos esta doble política puesto que España no habría dado ningún motivo para provocar los recelos y el temor de Francia. En estas consideraciones veo yo un intento de cubrirse las espaldas -presentando el régimen constitucional español como únicamente interesado en su política interior- y quizás un elemento que permitiría establecer una separación entre miembros de la corriente liberal exaltada. Aquí estamos ante el caso de diputados exaltados que no quieren reconocer oficialmente la relación entre la revolución española de 1820 y algunas que se dieron en Europa después de ella. El argumento esgrimido por los diputados firmantes se funda en el que España, como régimen constitucional, no tiene ni la menor intención de sembrar la revolución en Francia. Parecen no tomar en cuenta que, a la altura de octubre de 1822, el régimen español es un potente modelo para los revolucionarios liberales de Europa. Se distancian del legado que dejó en muy poco tiempo la revolución española de 1820, pero ¿qué peso podía tener el argumento cuando las potencias legitimistas que se unieron después de la caída de Napoleón ya tenían más que asociado el régimen español -por la propia Constitución de Cádiz y las prácticas políticas desarrolladas por los liberales a nivel europeo- con las oleadas revolucionarias de los territorios de la Italia pre-unitaria, la de Portugal y los brotes presentes en Francia?

Otra de las declaraciones de Montmorency ante la Cámara de los diputados francesa que provoca el enfado de los diputados firmantes es una referencia al golpe de Estado fracasado del 7 de julio. En efecto, el ministro de Asuntos Exteriores francés dijo que, en las ocurrencias de la capital, la sangre se había vertido hasta las escaleras del Palacio Real. En primer lugar, los firmantes consideran estas palabras como hechas para “concitar el odio de la Cámara contra nosotros.”<sup>620</sup> Luego, recalcan que no fue una sedición revolucionaria que amenazó la estabilidad del régimen en esta ocasión sino que fueron realistas insurrectos los que pusieron en peligro la vida del monarca que pretendían

---

<sup>619</sup> Algunos fragmentos de la correspondencia entre el embajador La Garde y el ministro Montmorency confirman las características de esta doble política. En efecto, a principios de agosto de 1822, el primero indicaba a Montmorency “(les) quatre partis qui peuvent être pris avec l’Espagne”. El segundo de ellos era seguir con unas aparentes relaciones amicales, “avec une guerre clandestine comme aujourd’hui”. AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 5 de agosto de 1822, p. 283.

<sup>620</sup> *DS*, 9 de octubre de 1822, p. 84.

salvar. Finalmente, recuerdan la moderación de los vencedores del 7 de julio ya que no hubo represalias contra los sublevados<sup>621</sup>.

La última parte de esta sección se compone de referencias a las notas diplomáticas pasadas por los gabinetes extranjeros a Martínez de la Rosa después del 7 de julio. El primer detalle que recalcan los firmantes es el que solo después de la derrota de los realistas sublevados las potencias extranjeras pasaron sus notas sobre la seguridad de Fernando VII al ministro de Estado. No lo hicieron antes, cuando sí que la situación del monarca español era peligrosa<sup>622</sup>. Retomando una frase contenida en las notas diplomáticas -“de la conducta que se observe respecto de S. M. C. van a depender las relaciones de España con la Europa entera, y que el más leve ultraje a la majestad real sumergirá a la Península en un abismo de calamidades”-, los firmantes denuncian una declaración “verdaderamente amenazadora de un rompimiento, y para lo cual el pueblo español no había dado motivo”, y reafirman el profundo compromiso monárquico de todos los españoles<sup>623</sup>.

En la conclusión de esta nutrida exposición, los firmantes retoman los elementos que, según ellos, causaron las desgracias de la España constitucional en sus tres primeros años de regeneración: la impunidad de los realistas sublevados, la opinión equivocada sobre la exaltación política, equiparada con la anarquía y, por último, la falta de energía y vigor del tercer gobierno para con los enemigos interiores y exteriores del régimen constitucional. Se preguntan retóricamente: “¿Y permaneceremos en igual posición que hasta aquí? ¿Fiaremos nuestra salvación a los prodigios del civismo?”<sup>624</sup>. Lo que procuraron demostrar a lo largo de su exposición es que la moderación política ensayada en los tres primeros años del régimen fue

---

<sup>621</sup> Los “patriotas y los soldados, los ciudadanos pacíficos y todas las clases (...) han sabido celebrar el triunfo sin abusar de la victoria”. Ibid., p. 85.

<sup>622</sup> “Cuando los ciudadanos pacíficos, los oficiales de las secretarías, y hasta los dependientes y criados de Palacio no se atrevían a acercarse a sus puertas por miedo a los atentados de la guardia, que apellidándose amante del rey y sostenedora de sus derechos, no conocía freno, ni sujeción, haciendo alarde del perjurio, ¿los ministros de las cortes extranjeras no consideraban al rey y a su familia en peligro, y solo le temieron después de una gloriosa victoria, exterminando y ahuyentando a los asesinos y a los desacatados sediciosos, restableció la calma y la tranquilidad en el Palacio?” Idem.

<sup>623</sup> “Los españoles no podrán ser acusados con justicia de una conducta sospechosa para con el Jefe Supremo del Estado, no por el miedo que les inspire la amenaza de los ministros extranjeros, sino por la fuerza irresistible de su carácter, leal a toda prueba.” DS, 9 de octubre de 1822, p. 86.

<sup>624</sup> Ibid., p. 87.

funesta, porque provocó la guerra civil que asola el territorio peninsular y minó enteramente la fuerza que podría haber tenido España ante los gabinetes extranjeros. La lección que sacan de todo ello es la necesidad de mudar “de táctica, adoptando de una vez la marcha que las circunstancias indican”, y la de salir de los derroteros marcados por los dos gobiernos anteriores, abandonar su apatía y tomar medidas vigorosas<sup>625</sup>. Concluye la exposición con una propuesta formal, luego aprobada por unanimidad: que antes de debatir y votar sobre las peticiones formuladas por el gobierno en la sesión del 8 de octubre sobre caudales y aumento del ejército, éste manifieste a las Cortes “las causas que han conducido la patria a la situación en que la vemos (...) así como las providencias que rápida e instantáneamente deberán adoptarse para atajar de una vez el progreso de los males que nos aquejan”<sup>626</sup>.

Me parece especialmente llamativo que, a lo largo de esta exposición, se incremine repetidamente al tercer gobierno -subrayando que retomó el “prisma” del gobierno Feliú<sup>627</sup>- y no se mencione ni una sola vez la política llevada a cabo por el gobierno de Argüelles, que integraba el primer firmante de la presente exposición, Canga Argüelles. Este podría ser otro criterio para establecer una distinción entre los que pertenecieron a la corriente liberal exaltada ya que, para los exaltados más radicales, el principal culpable de la senda de la moderación política trazada en los inicios del régimen era precisamente el gobierno llevado por Argüelles.

## 1.2 La unión entre Cortes y Gobierno

A raíz de la petición formulada al final de la exposición de los 68 diputados leída en la sesión del 9 de octubre de 1822, los ministros comparecieron el 12 de octubre y el secretario de la Gobernación leyó una memoria sobre el estado

---

<sup>625</sup> Idem.

<sup>626</sup> DS, 9 de octubre de 1822, p. 87.

<sup>627</sup> El fiscal Paredes, en su *Manifiesto* sobre la causa del 7 de julio, diría de esta exposición que “puede considerarse como la acusación fiscal más enérgica, y tan poderosa que es capaz de condenar a la última pena” a los ministros del tercer gobierno. Juan de Paredes, *Manifiesto que hace a la España el fiscal de la causa de conspiración del 7 de julio último don Juan de Paredes* (en adelante *Manifiesto*), Madrid, Imprenta de León Amarita, 1822, p. 91.

de la nación<sup>628</sup>. Se enunciaba en ella como causas generales del estado de la nación

“la ignorancia, la pobreza, el influjo del clero secular y regular, la indiferencia por la causa pública que muestran algunos magistrados, funcionarios civiles y autoridades municipales que han dejado apagar el espíritu público, descuidando sus deberes, el disgusto de algunos jefes de la guardia real, y las intrigas de los extranjeros.”<sup>629</sup>

Para remediar el estado deplorable del espíritu público así como luchar frente a la contrarrevolución que tenía cada vez más fuerza y apoyos, el gobierno proponía al final de la memoria una serie de medidas. Entre ellas destacan las que podrían calificarse de excepción, notablemente la novena, que preveía la suspensión de las garantías constitucionales en materia de arresto con respecto a los insurgentes absolutistas y “demás personas contra quienes se proceda directa o indirectamente por delito de conspiración.”<sup>630</sup> Asimismo, las medidas duodécima y decimotercera planteaban la posibilidad, por parte del gobierno, y por el tiempo que lo estimasen las Cortes, de remover y reemplazar discrecionalmente a los jefes militares así como separar “a cualquier empleado que no pertenezca a la clase de los magistrados propietarios, pudiéndolos reemplazar con las personas que reputé dignas y a propósito”<sup>631</sup>.

Aquella memoria pasó a una comisión especial -integrada por Domenech, Alcalá Galiano, Istúriz, Canga Argüelles, Afonso, Marau, Velasco, Ruiz de la Vega y Oliver-, que dio su dictamen el 17 de octubre. Mediante éste, se daba *carte blanche* al gobierno San Miguel en la aplicación de las medidas que preconizaba. Es más, para las disposiciones que el gobierno había circunscrito a la necesaria aprobación de las Cortes -la separación y sustitución de los jefes militares y empleados-, los miembros de la comisión proponían darle aún más facultades al gobierno al eliminar el control parlamentario sobre ellas<sup>632</sup>. Además, en una voluntad de someter a los eclesiásticos rebeldes -y de nuevo ensanchando las facultades del poder ejecutivo-, en el dictamen se estimaba conveniente facultar al gobierno para “trasladar de sus respectivas diócesis a

---

<sup>628</sup> DS, 12 de octubre de 1822, pp. 147-151.

<sup>629</sup> Ibid., p. 147.

<sup>630</sup> Ibid, p. 150.

<sup>631</sup> Idem.

<sup>632</sup> DS, 17 de octubre de 1822, p. 203.

otras, los párrocos y demás eclesiásticos que (...) hubiesen sido separados de su ministerio, o a quienes se les hayan recogido las licencias.”<sup>633</sup> Para justificar semejante actitud, los miembros de la comisión emplearon la retórica de las circunstancias excepcionales. En efecto, puede leerse en el dictamen: “hay épocas de tan exquisita calamidad, en que es necesario echar un velo sobre la estatua de la ley para afianzar la seguridad del Estado y la conservación de esa ley misma.”<sup>634</sup>

El dictamen de esta comisión especial se debatió entre el 20 y el 26 de octubre de 1822. Son notables las palabras de Alcalá Galiano, en la sesión del 20, para defender las facultades que la comisión quería atribuir al gobierno con respecto a la traslación de los eclesiásticos separados de su ministerio o cuyas licencias habían sido recogidas. En efecto, reconocía que lo que se proponía era una medida de excepción, arbitraria -en el sentido de que dependía del arbitrio del gobierno- pero que, por las circunstancias críticas en que estaba el régimen constitucional, y por el peso visible del clero en la contrarrevolución, era necesario tomar semejantes decisiones: “(la comisión) no puede más que acogerse a un seguro, pero del mayor valor: éste es aquella máxima, falible muchas veces, acomodativa, usada también por los tiranos, pero cierta y venerable: *salus populi suprema lex est*”<sup>635</sup>. Alcalá Galiano también hablaba de adoptar leyes propias de una dictadura, pero “restringida por la opinión pública” y siempre sujeta a las Cortes. Llegó a afirmar que la aplicación de las medidas propuestas era poner la soberanía nacional en ejercicio<sup>636</sup>, y que descansaba

---

<sup>633</sup> Ibid, p. 205.

<sup>634</sup> Ibid., p. 203.

<sup>635</sup> DS, 20 de octubre de 1822, p. 242.

<sup>636</sup> “Consideremos las medidas todas que propone la comisión, en un conjunto, porque el considerarlas por separado las presentaría a una luz muy odiosa: consideremos que al tiempo que se da esta acción arbitraria al gobierno, se abre un campo más ancho a la censura pública; que cuando se ha tratado de crear esta especie de dictadura, porque dictadura es en efecto, la comisión, cuidadosa siempre de los intereses de nuestra libertad, de que es amantísima, ha procurado restringirla; de modo que será una dictadura, pero restringida por la opinión pública; será, si se quiere, la soberanía nacional puesta en ejercicio. He aquí lo que conviene. Esta misma concesión será decretada para la permanencia de las Cortes; será limitada al propio tiempo por la facultad que las Cortes tienen para recogerla cuando no la juzguen por más tiempo útil.” Ibid., p. 243



en la buena fe del gobierno ya que estaba compuesto por patriotas<sup>637</sup>. En el curso del mismo debate, Canga Argüelles justificó la medida en un sentido similar al de Alcalá Galiano -aunque sin recurrir al concepto de “dictadura”- al asegurar que existían contrapesos legales al ensanche de facultades del gobierno propuesto por la comisión: la exigencia de responsabilidad y el ejercicio de la libertad de imprenta<sup>638</sup>.

El moderado Munárriz se opuso a lo expuesto por Alcalá Galiano recordando que, en sus propuestas, el gobierno se limitaba a exigir de los prelados que ellos mismos expulsasen de su diócesis a los eclesiásticos separados de su ministerio o cuyas licencias habían sido recogidas. Lo que la comisión había dictaminado era algo muy diferente ya que daba directamente al gobierno la capacidad de operar semejante traslado -una facultad que la Constitución no recogía-. Añadía que la máxima de la salud del pueblo como ley suprema era el origen de muchas arbitrariedades y excesos<sup>639</sup>, y que si se llegaba a adoptar la medida, aumentarían los motivos de desunión y discordia entre españoles, porque solo se atacaba visiblemente al clero, como agente de la contrarrevolución, cuando se dejaba de lado el caso de los militares que también estaban implicados en ella<sup>640</sup>.

El diputado Ruiz de la Vega, otro miembro de la comisión, retomó parte de los argumentos de Alcalá Galiano para justificar la adopción de medidas excepcionales. Sin embargo, no recuperó ni el concepto de “dictadura”, ni el de “ley de excepción”, aunque sí el de las circunstancias excepcionales. En efecto,

---

<sup>637</sup> Esta afirmación del carácter patriótico de los ministros del cuarto gobierno no convenció del todo a algunos publicistas, quienes se inquietaban ante semejantes argumentos: “sabemos por experiencia que el hombre *ministro* es un ser enteramente distinto del hombre considerado bajo cualquier otro aspecto en la sociedad. El apego que insensiblemente van tomando al poder (...); el coro de cortesanos (...); las sugerencias de los instrumentos de que tienen que valerse, mil veces más avezados que ellos mismos a una autoridad sin límites; todo en fin conspira para que los ministros por filántropos y justos que hayan sido como hombres privados, adquieran en su elevación conciencia política y hábitos enteramente distintos.” *El Amigo del Pueblo*, núm. 12, s. f., 1822, pp. 329-330.

<sup>638</sup> *DS*, 20 de octubre de 1822, p. 246.

<sup>639</sup> “Se ha dicho que la salud del pueblo es la ley suprema. Yo lo conozco, lo confieso, lo sé hace mucho tiempo; pero casi siempre, todas las arbitrariedades y excesos que se han cometido en los pueblos libres y en los gobiernos despóticos han sido con este pretexto.” *Ibid.*, p. 243.

<sup>640</sup> “Bastantes motivos hay de desunión y de disgusto sin que los aumentemos más. Hay muchos facciosos, hay muchos eclesiásticos entre ellos (...): ¿y no hay otras clases? En la Junta de Urgel hay un eclesiástico, un marqués y un general; en la Junta de Bayona lo mismo, y en todas partes (...); la facción no se hubiera aumentado sin los militares de más o menos crédito, y sin otras personas de alguna consideración.” *Ibid.*, p. 244.

en su opinión, lo prescrito por la comisión correspondía con leyes de prevención, para evitar que la libertad se viese comprometida “de una manera más terrible.”<sup>641</sup> Desplegaba entonces el diputado un argumento relacionado con el golpe del 7 de julio y lo que calificó como insuficiencias de la Constitución de 1812, aunque el propio Ruiz de la Vega no se exprese de esta manera en los debates. En este sentido, este diputado preguntaba al resto de la Cámara qué hubiese pasado si, en la primera semana de julio de 1822, solo se hubiese recurrido a lo prescrito por la Constitución -es decir, la aplicación del artículo 308, el cual hacía posible la suspensión de las garantías constitucionales en materia de arresto en caso de circunstancias extraordinarias-. ¿Habrían vencido los liberales si no se hubiera aplicado la máxima de “*salus populi lex est*”?<sup>642</sup> Acababa su intervención con la idea de que, en el contexto de las circunstancias excepcionales en las que estaba España, era necesario distanciarse del articulado constitucional para adaptarse a la realidad del momento y tomar medidas a propósito<sup>643</sup>.

En la sesión del 23, ocurrió un debate sobre la medida novena propuesta por el gobierno en la sesión del 12 de octubre: el caso de la suspensión de las garantías constitucionales en materia de arresto con respecto a los insurgentes y a los procesados en causas de conspiración. Hubo votación nominal sobre este punto: gran parte de los que estaban a favor eran exaltados, y entre los que votaron en contra se encontraban algunos exaltados pero sobre todo liberales moderados. Finalmente, la disposición fue rechazada por 74 votos contra 57<sup>644</sup>. El resto de medidas que se aprobaron a raíz de las propuestas del gobierno así como del dictamen de la comisión especial se plasmaron en una

---

<sup>641</sup> Ibid., p. 245.

<sup>642</sup> Idem.

<sup>643</sup> “... creo que estamos en circunstancias tales, en que no se deba tener una veneración nimia, y no sé si diga supersticiosa, por la material letra de las leyes, cuando la tranquilidad y la libertad se hallan comprometidas y se trata de evitar que volvamos a ponernos en una crisis igual a la pasada.” *DS*, 20 de octubre de 1822, p. 245.

<sup>644</sup> *DS*, 23 de octubre de 1822, pp. 305-306.

serie de decretos que se publicaron separadamente durante el mes de noviembre<sup>645</sup>.

### 1.3 El ministro San Miguel, ¿un liberal exaltado?

El nombramiento de los nuevos ministros fue bien recibido por buena parte de los publicistas exaltados, aunque se percibe, en la apreciación de este nuevo gabinete, cierta circunspección. No se trata de depreciar el mérito de los nuevos ministros, sino más bien considerar que no puede ciegamente confiarse en ellos<sup>646</sup>. Además, las expectativas con respecto a este cuarto gobierno son altas. En efecto, se estima que la libertad se halla en peligro: la derrota del bando realista en la primera semana de julio no es suficiente para calmar los ánimos y es necesario paralizar la contrarrevolución que sigue expandiéndose en el territorio peninsular<sup>647</sup>.

---

<sup>645</sup> Entre ellos, el más significativo a mi juicio -en la medida en que confirma cierta ampliación de las facultades del poder ejecutivo concedida por las Cortes Extraordinarias-, es el decreto VI ("Se faculta al gobierno para trasladar de un punto a otro, remover y separar a empleados eclesiásticos, civiles y militares y suspender los individuos de los ayuntamientos"). No obstante, una variación importante entre la medida propuesta por la comisión -que no preveía sujetar esta facultad del gobierno a las Cortes- y lo que finalmente se decretó es la condición expresada en el artículo 8 de este decreto: "Las facultades contenidas en los siete artículos precedentes subsistirán únicamente mientras se hallen reunidas las presentes Cortes Extraordinarias, o hasta que ellas mismas por sí o a propuesta del gobierno las declaren extinguidas en todo o en parte." *Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, Madrid, Imprenta de Tomás Alban y compañía, 1823, tomo 10, pp. 17-19.

<sup>646</sup> "Que los nuevos ministros están identificados con el sistema constitucional, que son patriotas, incorruptibles, desinteresados, íntegros, que desean sinceramente el acierto, y que pondrán para alcanzarlo cuanto esté de su parte, son otras tantas verdades de Pero Grullo reconocidas como tales (...); pero que podrán equivocarse en sus conceptos como sucede a cada paso a cualquier hijo de vecino, y fiarse de quien no deberían, y creer a quien les engañe, y apoyarse en quien tenga más ahínco en que den un batacazo, y tomar en fin el rábano por las hojas, son también axiomas de tanto bulto y transparencia que es menester no tener claraboyas en la cara ni ojos en el entendimiento para negar la posibilidad de semejante *possum*. Porque, y sea dicho sin que nadie se alborote, esto de ser uno infalible se queda solo para el que tenga paloma o grajo que le cuchichee a la oreja (...): *ergo* están sujetos a los mismos inconvenientes que los demás hombres, y necesitan como todos alguno que les advierta y amoneste." La calidad de liberal exaltado no exime de la fiscalización por la opinión pública, y estos ministros no son irremplazables: "Cuando a Pepa la planta/ su infiel mozuelo,/ en lugar de matarse,/ pone otro al puesto:/ Y por si acaso/ prepara sustituto/ para el reemplazo". *El Amigo del Pueblo*, núm. 1, s. f., 1822, pp. 1-2 y 4.

<sup>647</sup> El ministerio debe impregnarse de la doctrina "*la libertad se halla en peligro*, y de que para salvarla forzoso es apelar a grandes recursos". *El Amigo del Pueblo*, núm. 2, s. f., 1822, p. 32.

Se suele considerar que los miembros de este cuarto gobierno eran liberales exaltados<sup>648</sup>. Esta asunción se debe, por una parte, al papel desempeñado por algunos de sus integrantes desde el inicio del Trienio. San Miguel y López Baños eran en efecto, en la época del Trienio, percibidos como vinculados a Riego desde el inicio de su pronunciamiento. Ambos participaron militarmente en el pronunciamiento y San Miguel, al que se atribuye la autoría de la letra del *Himno de Riego*, redactó también, en momentos de la campaña por el restablecimiento de la Constitución, una *Memoria sucinta* sobre las operaciones de las tropas mandadas por Riego en los primeros meses de 1820<sup>649</sup>. En cuanto a Fernández Gasco, Navarro y Vadillo, fueron diputados de la corriente exaltada en la legislatura de 1820-1822. Por otra parte, potencias como Francia consideraban este nuevo gabinete como radical e integrado por algunos miembros de la “minoría anárquica” de las Cortes<sup>650</sup>.

Sin embargo, esta afirmación del carácter exaltado del cuarto gobierno del Trienio puede matizarse, especialmente en el caso de San Miguel. Para explicar aquello, voy a referirme a dos elementos. Por un lado, evocaré cómo ciertos exaltados calificaron la actitud de San Miguel como jefe del Batallón Sagrado, este cuerpo de patriotas que luchó durante la primera semana de julio en Madrid, en momentos del golpe de Estado realista. Por otro, me interesa aludir a un elemento que, entre agosto y enero de 1823, causó un distanciamiento progresivo entre la corriente liberal exaltada de Madrid y los partidarios del gobierno de San Miguel: la suerte de la causa del 7 de julio.

---

<sup>648</sup> “Como consecuencia de los sucesos de julio, Fernando VII se vio obligado a cesar al Gobierno Martínez de la Rosa y a nombrar, en agosto de 1822, a su cuarto Gabinete, presidido esta vez por un ‘exaltado’, San Miguel, conocido miembro de la masonería”. Joaquín Varela Suanes-Carpegna, *La monarquía imposible...*, op. cit.

<sup>649</sup> Evaristo San Miguel, *Memoria sucinta sobre lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del comandante general de la primera división don Rafael del Riego, desde su salida de la ciudad de San Fernando el 27 de enero de 1820, hasta su total disolución en Bienvenida el 11 de marzo del mismo año*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1820.

<sup>650</sup> En la *Correspondance Politique Espagne* se encuentra una nota que detalla la composición del cuarto gabinete del Trienio: el nuevo ministerio se compone de “deux hommes obscurs et peu connus (Egea y Capaz), de deux officiers de l’île de León (San Miguel y López Baños), et de trois députés de la minorité anarchique des Cortes de 1820 (Vadillo, Navarro y Gasco)”. Es llamativa la descripción que se hace de los tres antiguos diputados. Vadillo es un orador violento y brutal, “partisan des doctrines subversives et défenseur forcené de la désobéissance de Séville et de Cadix”; Navarro es un “révolutionnaire cynique, appelé le Danton aux Cortes de 1820, il parlait avec autant de rage quoiqu’avec moins de verve”; Gasco está sentado “à côté de Navarro sur la Montagne”, es un “orateur sophistiqué (qui) réunit une élocution facile et brillante à beaucoup d’astuce et beaucoup de violence”. AMAE, CPE, tomo 716, s. f., pp. 291-291 v.

En las semanas posteriores al 7 de julio, en Madrid, se remodela el equilibrio entre los distintos bandos políticos. Los moderados están desprestigiados y los exaltados los acusan de no haberse opuesto, o por decisión, o por ignorancia, al golpe absolutista. Con respecto a los exaltados, puede decirse que, en un primer momento, está el regocijo por la victoria del 7 a la vez que surgen en sus núcleos una serie de expectativas relativas a la causa judicial del 7 de julio -que podría corresponder con la derrota legal del absolutismo, mediante el enjuiciamiento de altos cargos de Palacio y presiones sobre el monarca para que se rodee de constitucionales-. No obstante, ciertos núcleos exaltados desconfían y se desengañan pronto, especialmente con la persona de San Miguel.

Y es que San Miguel, ya en los primeros días de julio de 1822, tuvo actuaciones que disgustaron profundamente a exaltados como los editores del *Zurriago*. Los motivos de estos disgustos pueden encontrarse, entre otros, en la actitud de San Miguel en el Batallón Sagrado formado el 1 de julio en Madrid. Según cuenta Benigno Morales, que luchó en este batallón, San Miguel logró hacerse jefe del cuerpo al obtener armas que había solicitado al ayuntamiento, en los primeros días de julio. Luego, como jefe auto-proclamado, hizo todo lo posible para “contener el valor y entusiasmo” de los individuos del batallón, “como en efecto lo logró”<sup>651</sup>. Entre sus distintas acciones, destacarían la de haber actuado en unión con el capitán general Morillo -que disgustaba profundamente a muchos exaltados- y la de haber evitado un ataque al Palacio Real el día 4 de julio, oponiéndose de esta manera a Riego<sup>652</sup>. Morales recalca también que San Miguel, en vez de fomentar la unión entre los miembros del

---

<sup>651</sup> Benigno Morales, *Carta a Félix Mejía...*, op. cit., p. 146.

<sup>652</sup> Ibid., pp. 146-148. Sobre el ataque al Palacio Real, Morales explica lo siguiente: “En la tarde del 4 de julio los guardias rebeldes que existían en la Plaza de Palacio hicieron fuego a la partida de patriotas que mandaba Selles situada en la subida de los ángeles: Riego corrió entonces al Parque de Artillería, mandó preparar los cañones y dio demás disposiciones necesarias para atacar al Palacio. Los patriotas llenos de valor y entusiasmo con la vista del héroe ansiaban impacientes el momento de atacar (...): pero llegó en este momento el general Morillo, que (...) mandaba las armas, y tuvo la osadía de prevenir al general Riego que se retirase, a presencia de San Miguel. El Batallón Sagrado bramó de ira entonces, corrió hacia Palacio, y hubiera sin duda en aquel momento acabado con el tirano y con todos sus prosélitos si San Miguel, auxiliado de sus amigos anilleros que existían en el batallón, no hubiera ocupado, con las espadas desnudas, el principio de la calle de las Caballerizas diciendo *orden señores, moderación por Dios que nos perdemos, al instante se va a atacar, pero hagámoslo en regla*.” Ibid., pp. 147-148.

batallón, sembró discordia y causó a propósito conflictos para apartar del cuerpo a muchos individuos<sup>653</sup>.

En los meses posteriores al 7 de julio, hubo varios enfrentamientos entre los editores del *Zurriago* y los del *Espectador*, siendo éste último un periódico que había fundado el propio San Miguel en 1821. Parte de estos enfrentamientos tiene que ver con aseveraciones publicadas en *El Espectador* sobre los editores Morales y Mejía. Entre ellas puede distinguirse la afirmación según la cual los *zurriaguistas* no hubieran participado en las luchas de la primera semana de julio. Esta declaración llevó a la publicación, en el número 74 del *Zurriago*, de un manifiesto de una treintena de miembros del Batallón Sagrado, que afirmaban que Mejía y Morales habían estado con las armas en la mano durante los primeros días de julio y que, el día 7, combatieron contra los guardias sublevados<sup>654</sup>.

Ahora bien, las polémicas entre el *Zurriago* y *El Espectador* tenían otros motivos, entre los cuales destacan las críticas y ataques de Morales y Mejía hacia San Miguel por el estado de casi parálisis de la causa del 7 de julio. En su *Carta a Félix Mejía*, Morales vincula a San Miguel a la Sociedad del Anillo, al expresar que fue secretario de esta sociedad, pero también al afirmar que fue por una transacción entre San Miguel, el gobierno Martínez de la Rosa y Fernando VII que aquel obtuvo la secretaría de Estado, después de haber complicado la causa del 7 de julio. Paso a examinar el devenir de esta causa.

Ya hice mención, al principio del presente capítulo, del papel que le tocó a San Miguel a raíz del golpe fracasado del 7 de julio: se le nombró fiscal de la causa del 7 de julio antes de que accediese a la secretaría de Estado. Como bien lo dijo Quintana,

---

<sup>653</sup> “Esto era justamente lo que deseaba el señor San Miguel, y para ello no dejó de hacer cuanto estuvo de su parte, ya disgustando a unos, ya negando las armas a infinitos, y ya despidiendo a otros, como sucedió a Encinillas... al valiente y patriota Encinillas que había sido soldado de la columna volante que salió de la Isla a dar la libertad a la España. (...) San Miguel había echado del batallón a este patriota porque no gastaba frac”. Ibid., pp. 147-148.

<sup>654</sup> Puede leerse en el *Zurriago*: “Pero... dicen los señores Espectadores para acabar de completar su descrédito que los Zurriaguistas abandonaron el batallón sagrado en la tarde del tres, y que no se hallaron en la Plaza de Santo Domingo ni los Zurriaguistas ni sus allegados en la mañana del 7 cuando el señor San Miguel desenvainó su espada para hacer que todos estuviesen firmes en sus puestos. Esto ya es algo: y los que se precian de atletas impertérritos de la libertad no deben callar en cosas de tanta monta. No denunciemos el artículo pero allá va un bofetón a los señores Espectadores”. Después de estas líneas aparecía el “Bofetón con mano zurda”, es decir, la declaración de los individuos del Batallón Sagrado que confirmaba la participación de los editores del *Zurriago* en la defensa madrileña de la primera semana de julio. *El Zurriago*, núm. 74, s. f., 1822, pp. 11-13.

“o por favor, o por justicia, o por generosidad, o por todo junto, (San Miguel) no quiso sustanciar el proceso con la brevedad que el público esperaba, y cuando subió al ministerio lo dejó en un estado de complicación a propósito para dilatarlo cuanto se quisiese y conviniese”<sup>655</sup>.

Si nos fijamos en palabras de liberales exaltados, encontramos por ejemplo a Morales, quien acusa a San Miguel de ser el autor de la prevaricación de la causa del 7 de julio. Según él, fue San Miguel quien separó la causa en dos partes, una de sublevación de la guardia real y otra de conspiración contra el sistema constitucional, para luego borrar la segunda parte y convertir la causa del 7 de julio en simple causa de sedición militar<sup>656</sup>. El 25 de agosto de 1822, Juan de Paredes -un comunero- fue nombrado fiscal de la causa del 7 de julio. Paredes tenía la intención de investigar e interrogar hasta los infantes, pero no se le dejó hacer. En efecto el tribunal especial de Guerra y Marina le arrebató la causa el 5 de noviembre de 1822, dejándole solo la instrucción de la causa contra oficiales sublevados de la guardia real como Luis Mon y, en algunas sesiones parlamentarias como la del 9 de noviembre, se reprendió a Paredes por abuso de poder. A raíz de esta prevaricación en la causa del 7 de julio, no se encarceló a los ministros del tercer gobierno -cuando muchos los consideraban culpables, por lo menos de haberse dejado complicar en la conspiración absolutista, como lo muestran las tragicomédias del *Zurriago* que evoqué en el capítulo anterior-, y la detención de algunas autoridades constitucionales, como San Martín y Morillo, fue de corta duración<sup>657</sup>. Voy a analizar algunos aspectos de la suerte de la causa del 7 de julio tomando como fuente principal el *Manifiesto que hace a la España el fiscal de la causa de conspiración del 7 de julio último don Juan de Paredes*, publicado hacia diciembre de 1822. Examinaré igualmente los principales efectos vinculados al devenir de la causa del 7 de julio, especialmente la división que provocó en la corriente liberal exaltada madrileña.

El *Manifiesto* de Paredes es un texto vindicativo en el que este magistrado sale de su reserva para justificar su proceder como fiscal de la causa del 7 de julio. Esta reacción de defensa se debe a los numerosos ataques que le

---

<sup>655</sup> Citado por Albert Dérozier, *L'histoire de la Sociedad del Anillo...*, op. cit., p. 23.

<sup>656</sup> Benigno Morales, *Carta a Felix Mejía...*, op. cit., pp. 149-150.

<sup>657</sup> Albert Dérozier, *L'histoire de la Sociedad del Anillo...*, op. cit., p. 25.

dirigieron tanto en distintos periódicos -notablemente *El Espectador* y *El Universal*- como desde las Cortes. Queda patente, desde el inicio del *Manifiesto*, que según Paredes el fiscal San Miguel vició la causa del 7 de julio: la tuvo a su cargo durante 23 días y la dejó concluida con respecto a 18 acusados para ir a ocupar la secretaría de Estado. Paredes añade que cuando asumió el cargo de fiscal, le tocó volver a empezar la instrucción de la causa casi desde el principio, pues no estaba conforme en absoluto con el giro que le había dado San Miguel. En efecto, éste le había dado el carácter de una insurrección militar cuando, según Paredes, se trataba en realidad de una causa de conspiración contra el sistema constitucional que abarcaba también, pero de manera secundaria, un delito de sedición militar. Para demostrar lo fundado de su planteamiento, Paredes explica que la naturaleza de una causa judicial se deriva de la esencia de los hechos que se investigan. Define entonces que lo que motivó la sublevación de las guardias reales entre el 30 de junio y el 7 de julio fue una conspiración preparada de antemano<sup>658</sup>. En su concepto, para administrar correctamente la justicia, es necesario enjuiciar a los guardias y civiles insurrectos pero también a aquellos que proyectaron esta sublevación cuyo fin era derrocar la Constitución de 1812.

A pesar de la dispersión inicial de la multitud de piezas que conformaban la causa del 7 de julio -Paredes es fiscal de la causa desde el 25 de agosto pero solo a partir del 13 de octubre se le confirma la unidad de la causa<sup>659</sup>-, Paredes afirma en su *Manifiesto* haber actuado con energía y rapidez. Añade que las mayores dificultades y trabas se le aparecieron cuando dio, el 28 de octubre, la orden de detener a los antiguos ministros del gobierno Martínez de la Rosa. Ya antes habían ocurrido algunos hechos inquietantes, como la fuga de Morillo a principios de octubre y la resistencia momentánea en declarar del antiguo alcalde de Madrid, Cayetano Rubio. Estos dos elementos le inclinaron a pensar que sus determinaciones como fiscal no eran secretas y que una o varias personas revelaban detalles de sus providencias para impedir que se cumpliesen<sup>660</sup>. Este último elemento se le hizo patente cuando, el 29 de

---

<sup>658</sup> Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 78.

<sup>659</sup> Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 309.

<sup>660</sup> Paredes se refiere por ejemplo a las “manos subalternas” de que se vale el comandante general para obrar en la causa. *Manifiesto*, p. 38.



octubre, fue a las casas de los ministros del gobierno Martínez de la Rosa para detenerlos y que las familias de éstos le informaron que se habían ausentado el día anterior y que no habían vuelto todavía<sup>661</sup>.

La providencia de arresto de los ex-ministros desencadenó un debate de gran magnitud tanto a nivel periodístico como parlamentario. Me centraré en los debates desarrollados en las Cortes ya que son un buen reflejo de las posturas que coexistieron en torno a este tema. Rápidamente, en este debate se planteó una cuestión principal: ¿tenía o no la facultad el fiscal Paredes de mandar el arresto de los ex-ministros, o su acción fue ilegal ya que no respetó el procedimiento legal recogido en la Constitución<sup>662</sup> sobre el enjuiciamiento de los ministros? El propio fiscal defiende su actuación al indicar primero que la Constitución de Cádiz no recoge, en sus artículos sobre exigencia de responsabilidad a los secretarios del Despacho, la figura del “ex-ministro”. Por consiguiente, ninguna disposición presente en la Constitución y relativa a los secretarios del Despacho puede aplicarse a los antiguos ministros del tercer gobierno del Trienio Liberal<sup>663</sup>. Asimismo, justifica su orden de detención de los ex-ministros al afirmar que los halló cómplices en la conspiración que desembocó en los disturbios madrileños de principios de julio y que, como fiscal de la causa, la ley le facultaba para mandar semejante orden<sup>664</sup>.

Ahora bien, el asunto cobró nueva dimensión al remitir el gobierno San Miguel a las Cortes, el 1 de noviembre de 1822, una exposición del antiguo ministro de Gracia y Justicia del tercer gobierno, Gareli, fechada en 30 de octubre. En ella el ex-ministro, encarcelado por orden de Paredes, protestaba contra esta orden de detención y pedía a las Cortes que actuasen para proteger el fuero de los miembros del tercer gobierno, pues el motivo de la

---

<sup>661</sup> Más tarde, cinco de los siete ministros del tercer gobierno mandaron una exposición al rey - publicada íntegra en *El Espectador*- en la que atacaban duramente el proceder de Paredes y aseguraban que si no se hubiesen ocultado, hubiesen sido atropellados por la violencia de la conducta del fiscal. Los firmantes son: Martínez de la Rosa, Romarate, Clemencín, Sierra y Pambley y Balanzat. Véase la exposición en *El Espectador*, núm. 578, 13 de noviembre de 1822, p. 883. Paredes expresa en el *Manifiesto* su indignación ante la exposición de estos ex-ministros que admiten abiertamente haberse fugado. Según él, este comportamiento es señal de mala conciencia, aunque los ex-ministros afirmen en su exposición estar “tranquilos con el testimonio de (su) conciencia”. Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 87.

<sup>662</sup> Con respecto al proceso de enjuiciamiento de los secretarios del Despacho recogido en la Constitución de Cádiz, véase capítulo I, epígrafe 3.

<sup>663</sup> Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 64.

<sup>664</sup> *Ibid.*, p. 67. Paredes califica su orden de detención como una “simple providencia de arresto”.

detención estaba vinculado a hechos ocurridos cuando desempeñaba su cargo ministerial<sup>665</sup>. El fondo de la exposición estaba dirigido a reclamar la incompetencia del fiscal Paredes y pedir la anulación de la orden de arresto dada por él.

El debate suscitado por esta exposición de Gareli y la petición del gobierno que las Cortes la tomen en consideración tuvo lugar los días 1 y 9 de noviembre de 1822. En la sesión del 1, se mandó pasar la exposición a una comisión especial de siete diputados, integrada por Santafé, Navarro Tejeiro, Batges, Flores Calderón, Salva, Villanueva y Garoz y, en la sesión del 9, ésta presentó su dictamen, que planteaba

“primero, que un ex-secretario debe ser juzgado, cuando se le exija la responsabilidad del mismo modo que si estuviese ejerciendo su cargo; y segundo, que jamás puede procederse contra un funcionario público por el delito de conspiración cometido durante el tiempo de su empleo, sino en calidad de funcionario.”<sup>666</sup>

En su *Manifiesto*, Paredes desaprueba este dictamen, entre otros porque se adoptó sobre bases inconexas y porque “(involucraba) poderes de muy diversas atribuciones”<sup>667</sup>. Con ligeras modificaciones se aprobó este dictamen en la misma sesión del 9 de noviembre, por 105 votos contra 35. Esta resolución se asemeja a un blindaje legal de los ministros y ex-ministros. Paso ahora a estudiar este punto.

En el debate originado por la exposición de Gareli, en la sesión del 1 de noviembre, algunos diputados manifestaron que las Cortes no debían mezclarse en el asunto de la orden de detención de los ministros del tercer gobierno porque era competencia del poder judicial<sup>668</sup>. Otros afirmaron que, por el momento, las Cortes no podían entrometerse en ello porque no había datos

---

<sup>665</sup> DS, 1 de noviembre de 1822, p. 433.

<sup>666</sup> DS, 9 de noviembre de 1822, p. 544.

<sup>667</sup> Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 69.

<sup>668</sup> El diputado Oliver expresaba lo siguiente: “las Cortes no pueden abogar a sí causas pendientes, según la Constitución.” Recuerda también el trato que recibieron ante las Cortes varios liberales encausados en 1821 por haber hecho un desfile con el retrato de Riego - episodio conocido como “Batalla de las Platerías”-. En su momento, las Cortes se negaron a entrometerse en el asunto alegando que era competencia exclusiva del poder judicial: “Muchas veces se han oído aquí clamores de patriotas que se quejaban de atropellos cometidos contra ellos: ¿y qué se les contestó?” DS, 1 de noviembre de 1822, p. 434.

suficientes, pues había que respetar el secreto del sumario<sup>669</sup>. Frente a estas posturas, hubo otros diputados que, pensando tanto en Gareli como en ellos mismos, sostuvieron a toda costa que era el deber del cuerpo legislativo tomar cartas en el asunto porque había que proteger a Gareli. Esta última postura tiene como fundamento el considerar que los derechos del antiguo ministro habían sido atropellados por la violenta marcha del fiscal Paredes<sup>670</sup>.

En la sesión del 9 de noviembre, la propia comisión especial reconoció que no sabía muy bien sobre qué tenía que dictaminar: “La comisión confiesa francamente que por más que ha mirado a todas luces este expediente, no ve claro cómo ni con qué objeto ha podido someterse a la deliberación de las Cortes”<sup>671</sup>. Con respecto a este elemento, en su *Manifiesto*, Paredes establece que la comisión habría desempeñado correctamente su función si se hubiese quedado en esta etapa: reconocer la complejidad del asunto pero a la vez desentenderse de ello, por ser la cuestión de la detención de los ex-ministros una materia que, en ese momento, dependía exclusivamente del poder judicial<sup>672</sup>. Sin embargo, a pesar de las dudas e incoherencias de la consulta hecha por el gobierno sobre la exposición de Gareli, la comisión dictaminó un blindaje legal para los ministros y ex-ministros.

En el debate que siguió la lectura del dictamen, se manifestaron dos posturas opuestas: una en contra de la mayoría del dictamen, y por lo tanto favorable a que no se vote sus tres últimas partes, y otra, decididamente a favor de la extensión legal del fuero de los ministros y ex-ministros. Como

---

<sup>669</sup> “Cuando esta representación venga documentada, no me opondré a que se pase a una comisión, pero por ahora debemos dejar que las leyes tengan su curso expedito (...). Para mi concepto no es llegado el caso en que el Congreso deba ocuparse de esto”. Alcalá Galiano en *idem*.

<sup>670</sup> El diputado Manuel Beltrán de Lis, hermano de Vicente Bertrán de Lis, alcalde de Madrid desde septiembre de 1822, considera que Gareli “se ve atacado en sus derechos” y prevé que “si no se toma alguna resolución, mañana, a pesar de nuestra inviolabilidad, nos veremos en el caso de Gareli.” En cuanto a Argüelles, establecía lo siguiente: “Las Cortes, que tienen obligación de dispensar protección, no a personas determinadas, sino a los que se ven en el caso de D. Nicolás Gareli, no pueden ver con indiferencia este ataque: los mismos diputados pueden ser víctimas del propio modo que el que recurre.” Ambas citas están en *DS*, 1 de noviembre de 1822, p. 434.

<sup>671</sup> *DS*, 9 de noviembre de 1822, p. 542.

<sup>672</sup> “Si la comisión se hubiera limitado a solo este periodo presentando las razones claras y luminosas que obran para convencerlo hasta la evidencia, su informe fuera una cosa acabada. En efecto, nada más sencillo y fácil de demostrar, que la exposición del ex-ministro Gareli iba en busca de un auto o providencia puramente judicial (...). Y hallándose los poderes divididos por la Constitución: y siendo relativa la reclamación del ex-ministro Gareli al judicial: y compitiendo a las Cortes solo el legislativo, es demasiado evidente no podían entender en aquella”. Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 69.

representante de la primera postura encontramos al diputado Oliver quien, atendiendo algunas formulaciones incluidas en la exposición de Gareli, como por ejemplo “toca a las Cortes...”, sostuvo que había que respetar la separación de poderes inscrita en la Constitución y desestimar por lo tanto la petición de Gareli<sup>673</sup>. Oliver discurre también en esta misma sesión sobre la condición de ex-ministro<sup>674</sup> y sobre el que las leyes de 17 de abril de 1821 - relativas a las penas para delitos de conspiración y modo de proceder en causas de esta naturaleza- planteen la existencia de “tribunales constitucionales”, encargados de conocer de delitos de conspiración<sup>675</sup>. Finaliza su intervención razonando sobre la posible implicación de los ex-ministros en la conspiración que desembocó en el 7 de julio: no acepta la validación automática de la condición de ministro o ex-ministro en causas de conspiración, pues “esta conspiración es cierto que estalló en julio, pero podía suceder que estuviese tramada mucho antes y estar inculpado en ella el sr. Gareli antes de haber sido ministro”<sup>676</sup>.

Frente a Oliver encontramos a diputados como Argüelles o Canga Argüelles, partidarios de la extensión del fuero de ministros y ex-ministros a las causas de conspiración. En cuanto a Argüelles, además de estimar que Paredes es juez incompetente, considera que el gobierno tiene la facultad de enterarse de las

---

<sup>673</sup> “Esto, a mi modo de ver, es querer convertir a las Cortes en un tribunal de apelaciones, donde se venga a reclamar de los agravios hechos por otro, lo que según la Constitución no se puede permitir, pues terminantemente dice en el art. 243 que jamás podrán las Cortes ejercer funciones judiciales.” *DS*, 9 de noviembre de 1822, p. 544.

<sup>674</sup> Para Oliver no puede ser lo mismo un ministro, que “representa al gobierno, y bajo este concepto necesita una independencia particular”, y un ex-ministro, que ya no necesita esta independencia particular. El considerar que ministro y ex-ministro son lo mismo corresponde con una interpretación de la Constitución. *Idem*.

<sup>675</sup> “El art. 278 de la Constitución establece que las leyes decidirán si ha de haber tribunales especiales para conocer de determinados negocios, y en virtud de este artículo se estableció un tribunal especial para los conspiradores, el cual puede llamarse constitucional y tiene sus fueros y preeminencias. De modo que están en contradicción el fuero de la causa y el fuero de la persona. Y en este caso ¿cuál debe prevalecer? Yo creo que el de la causa. De consiguiente, es claro que puede haberse derogado este fuero de los secretarios por la ley de 17 de abril: esto es una cosa que pide mucha meditación.” *DS*, 9 de noviembre de 1822, p. 544.

<sup>676</sup> *Ibid.*, p. 545. En la misma página Oliver establece también que, en su concepto, es erróneo el principio propuesto por la comisión según el cual siempre debe procederse contra un funcionario público por delito de conspiración cometido durante el tiempo de su empleo sino en calidad de funcionario. Su argumento principal es el siguiente: “puede haber funcionarios públicos que no sean conspiradores como funcionarios, es decir, que procedan bien en todos sus pasos públicos, y al mismo tiempo que den medios y faciliten armas reservadamente a los facciosos, y en este caso no debe mirarse el delito como de tal funcionario.” *Idem*.

causas que motivaron el arresto de Gareli sin atentar al secreto del sumario<sup>677</sup>. Está de acuerdo con la mayor parte del dictamen de la comisión pero quiere que se cambie su final y que se investigue para ver si ha lugar o no a la formación de causa contra Paredes por infracción de Constitución y de leyes relativas al fuero de los secretarios y ex-secretarios del Despacho<sup>678</sup>. Con lo que respecta a la intervención de Canga en ese debate, éste aclara en un primer tiempo que la condición de ex-ministro es igual a la de ministro -“para exigir la responsabilidad a un secretario del Despacho, o al que lo haya sido”-, y que “el crimen de conspiración en un funcionario público, y más en los ministros, jamás puede considerarse como común y privado, ni separársele de las consideraciones que envuelve su alto destino”<sup>679</sup>. Según Canga, en lo que toca a los ex-ministros del tercer gobierno, el fiscal Paredes arrebató la instrucción de la causa al tribunal que por disposiciones constitucionales debe enjuiciarles, es decir, el Tribunal Supremo de Justicia<sup>680</sup>. Este diputado va también interpretando la exposición de Gareli a las Cortes, para intentar demostrar que lo que se busca y desea, en el fondo, es pedirle la responsabilidad a Paredes por infracción de Constitución<sup>681</sup>. Sin embargo, lo más notable de la intervención de Canga, a mi entender, se encuentra en el siguiente elemento: siguiendo la polémica iniciada por San Miguel y su instrucción de la causa como de “sedición militar”, este diputado afirma que “la

---

<sup>677</sup> “¿(Cómo) podía dudar el gobierno que, reclamada la infracción directamente por un ciudadano español que se ve en el caso de ser preso por una autoridad incompetente, tiene todas las facultades necesarias para enterarse del negocio, sin faltar por otra parte a las reglas de los tribunales ni a la independencia del poder judicial?” *DS*, 9 de noviembre de 1822, p. 555.

<sup>678</sup> *Ibid.*, p. 557.

<sup>679</sup> *DS*, 9 de noviembre de 1822, p. 545.

<sup>680</sup> *Ibid.*, p. 546.

<sup>681</sup> “Es cierto que el sr. Gareli no pide la responsabilidad en términos de un ‘pido y suplico’; pero de lo que dice en su exposición se deduce que lo que le ha llevado a acudir a las Cortes por medio del rey, ha sido el reclamar los agravios que se le causan y la infracción de Constitución que en él se ha cometido”. *Ibid.*, p. 547.

causa que sigue Paredes es causa puramente militar y no de conspiración”<sup>682</sup>. Por lo tanto, el fiscal hubiese debido pasar los reos aforados a los tribunales que les señala la ley, sin poder aplicar las medidas contenidas en las dos leyes de abril de 1821 sobre delitos de conspiración contra el Estado constitucional.

En todos los argumentos esgrimidos en pro o en contra del aforamiento general de los ministros y ex-ministros, me interesa volver sobre uno que enunció Oliver, y que Paredes también retoma en su *Manifiesto*: la existencia de tribunales especiales para juzgar determinados delitos como el de conspiración contra el sistema constitucional. Dejando de lado el dictamen que finalmente se aprobó en la sesión del 9 de noviembre, y considerando que las disposiciones de la Constitución relativas a los secretarios del Despacho se aplican también a los ex-secretarios, Paredes retoma el artículo 226 que enuncia lo siguiente: “los secretarios del Despacho serán responsables a las Cortes de las órdenes que autoricen contra la Constitución o las leyes”. En este sentido, solo cuando un ministro da una orden contraria a la Constitución o a las leyes puede exigírsele la responsabilidad. Ahora bien -y es allí donde entramos en la cuestión de la responsabilidad política de los ministros y ex-ministros-, según Paredes, ellos “pueden delinquir de otros mil modos más que autorizando *órdenes* contra la Constitución y las leyes, (y) es preciso darles tribunal que conozca de sus causas.”<sup>683</sup> El artículo 278, citado por Oliver en la sesión del 9 de noviembre, plantea la posibilidad de crear tribunales especiales para conocer de determinados negocios y, si se le relaciona con las disposiciones contenidas en la ley de 17 de abril de 1821 sobre el conocimiento y modo de proceder en las causas de conspiración -especialmente el artículo 2-, puede establecerse que el conocimiento de las causas con reos de delito de

---

<sup>682</sup> Para fundar su interpretación, Canga recoge las palabras de la real orden de 8 de julio que mandaba la formación de causa “sobre la fuga que hicieron de Madrid los batallones de guardias que se situaron en el Pardo, y sobre la invasión hostil que contra la capital verificaron los mismos.” Ibid., p. 546. Paredes pone de relieve en su *Manifiesto* el cambio de discurso de Canga quien, el 9 de octubre de 1822, leía en las Cortes la exposición firmada por él y 67 diputados más en la que se expresaba claramente la existencia de una conspiración destinada a derrocar la Constitución a principios de julio de 1822: “El mismo (...) extendió de su mano la exposición (...) en donde se dice casi en las primeras líneas: ‘*los conspiradores proclamaron ante las puertas de palacio al rey absoluto*, y arrojando la máscara que encubría sus pérfidos designios, declararon la guerra al sistema político que nos dirige.’ (...) Y ¿es posible, españoles, que el que estampó estas líneas en la exposición (...) sea el que en el día 9 de noviembre, esto es, un mes después, diga que la causa que se está formando sobre aquellos mismos hechos no es de conspiración? ¡Se dará una antilogía más bochornosa!”. Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 77.

<sup>683</sup> Ibid., p. 82.

conspiración detenidos por orden de las autoridades civiles compete a la jurisdicción ordinaria<sup>684</sup>.

Al fin y al cabo, el debate en torno a la orden de detención contra los antiguos secretarios del Despacho es muy llamativo porque evidencia un vacío legal en la Constitución de 1812 o, por lo menos, un entramado poco inteligible de leyes. Es especialmente relevante la cuestión del ordenamiento jurídico, puesta de relieve en las sesiones de Cortes de 1 y 9 de noviembre de 1822. Frente a los defensores del fuero ministerial extendido -en el sentido de que se aplica a los ex-ministros y que siempre debe juzgárseles en calidad de funcionarios-, que consideran que ninguna ley puede derrocar una disposición constitucional, están aquellos que ven una vía intermedia, por ejemplo a través del artículo 278 de la Constitución y las leyes de abril de 1821 sobre delitos de conspiración. Es complejo zanjar este asunto, pero me parece imprescindible especificar que, mediante las leyes de abril de 1821, se establece un desafuero para aquel que incurra en el delito de conspiración<sup>685</sup>, y que éstas normas legales son, cuando Paredes es fiscal de la causa del 7 de julio, las únicas modernas que rigen en la materia.

He aquí una de las mayores decepciones que pudo causar San Miguel en los exaltados madrileños. Algunos equipararon la victoria del 7 de julio y el nombramiento de su gobierno con una “segunda regeneración”<sup>686</sup>, es decir, con una nueva oportunidad de empezar sobre bases sanas, mediante rigurosas depuraciones en todos los ramos de la administración estatal así como en el ámbito eclesiástico. Sin embargo, las esperanzas en la rectitud del gobierno San Miguel fueron de corta duración. En *El Zurriago*, aquello se traduce primero en un cuestionamiento progresivo de la actuación de San Miguel como

---

<sup>684</sup> “Si la aprehensión se hiciere por orden, requerimiento o en auxilio de las autoridades civiles, el conocimiento de la causa tocará a la jurisdicción ordinaria.” Artículo 2 de la ley de 17 de abril de 1821 sobre causas de conspiración.

<sup>685</sup> La ley de 17 de abril de 1821, que establece las penas que habrán de imponerse a los conspiradores contra la Constitución, recoge lo siguiente en su artículo primero: “Cualquier persona, de cualquier clase y condición que sea, que conspirase directamente y de hecho a trastornar, o destruir, o alterar la Constitución política de la monarquía española (...), será perseguido como traidor, y condenada a muerte.”

<sup>686</sup> Véase por ejemplo en el periódico *El Amigo del Pueblo*, cuando se habla de la necesidad de depurar las secretarías para apartar a realistas y quitar a todos los favoritos de los gobiernos anteriores: “No es justo que unos ministros hijos de esta segunda regeneración vivan circundados de los instrumentos de un partido enteramente opuesto a ella.” *El Amigo del Pueblo*, núm. 10, s. f., 1822, p. 275.

fiscal de la causa. Los redactores de la publicación avisan en un primer tiempo que no abrigan “la menor idea de encono ni de resentimiento contra el señor San Miguel”, pero que se dieron por tarea el análisis crítico de su actuación como fiscal de la causa del 7 de julio porque “es preciso hacerlo en obsequio de la causa pública”. Estiman que San Miguel es, “en el número de los que *pecaron* en dicha causa, (...) el que ha *pecado* más gravemente.”<sup>687</sup> Su pecado ha sido el empastelar -corromper- la causa, favoreciendo la impunidad de los culpables y dejando “la sangre de los patriotas” sin vengar<sup>688</sup>. Finalmente, Morales y Mejía van resignándose, ya no confían en la persona del ministro de Estado y cifran sus esperanzas en un triunfo abstracto de la justicia<sup>689</sup>. Frente a los del *Zurriago* se alzó *El Espectador*, para defender la integridad de San Miguel como fiscal. Por ejemplo, en el suplemento de 6 de noviembre de 1822, se vindica el honor de San Miguel y se intentan rebatir todas las acusaciones proferidas por *El Zurriago*<sup>690</sup>. Sin embargo, como bien lo recalcan los redactores de otro periódico exaltado, *El Amigo del Pueblo*, los del *Espectador*, en sus ardientes defensas del ministro de Estado, le hacen un flaco favor a San Miguel pues, en lugar de defenderle con argumentos razonados, solo lanzan injurias a la cabeza de quien les contradice. En opinión de los redactores del *Amigo del Pueblo* -que admiten primero sentir una “sincera amistad” y tener una “casi identidad de opiniones y de principios” con los del *Espectador*<sup>691</sup>- San Miguel le dio un “giro vicioso (...) a la causa de los conspiradores del 7 de julio”<sup>692</sup>. *El Zurriago* fue el primer periódico en analizar los errores cometidos por él en la causa y “¿qué razones ha presentado *El Espectador* hasta el día en

---

<sup>687</sup> Las tres citas están en *El Zurriago*, núm. 65, s. f., 1822, p. 4.

<sup>688</sup> *El Zurriago*, núm. 66, s. f., 1822, p. 7.

<sup>689</sup> “Inútil es ya aducir nuevas razones para demostrar que el señor San Miguel al empastelar esta causa hizo una herida gravísima en el corazón de la patria: esto lo saben hasta los niños de la escuela. (...) Justicia, españoles: justicia para que escarmienten los ilusos con el castigo de los fautores de la contrarrevolución del 7 de julio: justicia, pues de otro modo el Estado se hunde. Estamos sobre un volcán próximo a desencadenar sus furias, y la justicia es el dique único con que podemos contener sus estragos.” *El Zurriago*, núm. 83, s. f., 1823, pp.19-20.

<sup>690</sup> “Sentar pues como lo hace el *Zurriago*, que San Miguel se limitó a proceder contra solo los oficiales de guardias, y respecto únicamente del delito de sedición militar, es una *falsedad probada*. Decir que omitió las diligencias dirigidas a descubrir los motores de la conspiración, es un *absurdo manifiesto*. Deducir que obró con temor, con ignorancia, con consideraciones de buena o mala intención y hasta de complicidad en el crimen, es una *malicia infame, una calumnia vil, propia solo de la soez canalla que la ha escrito*.” Suplemento al *Espectador*, núm. 571, 6 de noviembre de 1822, p. 3.

<sup>691</sup> *El Amigo del Pueblo*, núm. 6, s. f., 1822, p. 155.

<sup>692</sup> *Ibid.*, p. 157.



defensa de su cliente? ¿Qué ha producido que pueda debilitar la terrible acusación que contra él pesa? (...) Denuestos y sarcasmos”. Según *El Amigo del Pueblo*, son los redactores del *Zurriago* los que ganaron la batalla de cuestionar a San Miguel ya que *El Espectador* no supo contestarles adecuadamente:

“nada es peor que devolver desvergüenzas a razones que no se puede, o no se sabe contestar en regla. Así el triunfo ha sido indudablemente del *Zurriago*, sin que su contrincante haya cogido hasta ahora otro fruto que nos conste, sino el de (...) suplantarle en su privilegio exclusivo de lanzar injurias (...), perder suscriptores y hacer entrever una rabia impotente, porque se osó tocar a la niña de sus ojos, al infalible e impecable compañero suyo don Evaristo San Miguel.”<sup>693</sup>

Además de la polémica figura del ministro de Estado, aparece en el devenir de la causa del 7 de julio otro personaje que, antes de las ocurrencias de julio de 1822, podía incluirse en el grupo de los exaltados pero que, por su actuación con respecto a la causa llevada por Paredes, nos aparece hoy como de doble compromiso, o cuyo compromiso exaltado es variable y circunstancial: Vicente Bertrán de Lis. Alcalde de Madrid desde septiembre de 1822, Bertrán de Lis fue quién comunicó a los ex-ministros del tercer gobierno, con antelación, la orden de detención que había expedido contra ellos Paredes<sup>694</sup>. Fue también él quien le puso trabas al fiscal cuando éste reclamó en tres ocasiones, a lo largo del mes de octubre, las actas de las sesiones del ayuntamiento madrileño desde finales de junio hasta principios de julio. En efecto, el 5 de octubre, Paredes pidió al ayuntamiento que le remitiese copia de las actas de las sesiones presididas por San Martín. El 10 de octubre reiteró la petición -pero esta vez solicitando copia de todas las actas de sesiones, incluso las no presididas por San Martín- ya que no había recibido ninguna respuesta. El ayuntamiento le contestó el 17 de octubre, pidiéndole indicase los puntos sobre que se debían dar las copias de las actas y recordando a Paredes la existencia de leyes que prohibían las pesquisas<sup>695</sup>. Paredes contestó al ayuntamiento el 20 de octubre, expresando su sorpresa ante la respuesta recibida y aclarando que los puntos sobre que se debían dar las actas eran

---

<sup>693</sup> Las dos últimas citas están en *ibid.*, pp. 157-158.

<sup>694</sup> Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 310.

<sup>695</sup> Véase la correspondencia entre Paredes y el Ayuntamiento de Madrid en Juan de Paredes, *Manifiesto*, pp. XXXI-XXXV (piezas 23 a 28).

“todos los que digan relación con los sucesos y ocurrencias extraordinarios acaecidos”<sup>696</sup> desde 30 de junio hasta 8 de julio inclusive. Además, Paredes reflexiona sobre la prohibición de hacer pesquisas manifestada por el Ayuntamiento:

“Si pedir el juez fiscal de una causa criminal y de conspiración los documentos que conduzcan al descubrimiento únicamente del delito o delitos sobre que se le ha mandado proceder, y de los que resulten reos no es legal, el fiscal que suscribe ni sabe ni entiende lo que sea tal.”<sup>697</sup>

El fiscal concluye su carta exhortando al ayuntamiento a que le dé lo más rápidamente posible una copia de las actas solicitadas.

Paredes tuvo que esperar hasta el 29 de octubre para recibir una respuesta. En ella se le explicaba que se había recibido su petición del 20 de octubre con retraso -se recibió y leyó el 28 de octubre-, y se le pedía indicase qué persona había llevado el pliego al ayuntamiento, qué día y a quién se lo había entregado. Finalmente, el 2 de noviembre, el ayuntamiento desestimó la petición de Paredes, alegando que se hallaba concebida de manera ilegal “porque (...) (no) designa hechos marcados y específicos que deben ser objeto de la dación de actas”<sup>698</sup>. De esta manera se impedía al fiscal acceder a las actas del ayuntamiento, a pesar de que esta corporación certificase respetar “las leyes antiguas y modernas que reglan los procedimientos criminales” y asegurase se prestaría “gustosa a remitir las certificaciones que se le piden, siempre que sea en la forma que establecen las leyes que rigen en la materia.”<sup>699</sup>

No aparece el nombre de Vicente Bertrán de Lis en esta correspondencia entre el ayuntamiento y el fiscal Paredes, pero es plausible suponer que desempeñó un papel relevante a la hora de bloquear de esta forma las investigaciones de Paredes. Finalmente, Bertrán de Lis comunicó a Paredes, el 28 de octubre, “que había cesado su comisión”<sup>700</sup>. A este comportamiento de Vicente Bertrán de Lis puede añadirse el de su hermano Manuel -el diputado

---

<sup>696</sup> Ibid., pieza 26, p. XXXIII

<sup>697</sup> Idem.

<sup>698</sup> Juan de Paredes, *Manifiesto*, pieza 28, p. XXXV.

<sup>699</sup> Ambas citas están en idem.

<sup>700</sup> Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 310.

quien en la sesión de 1 de noviembre se mostró partidario de la extensión del fuero ministerial a las causas de conspiración y a los ex-ministros-, y así nos llega la imagen de los hermanos Bertrán de Lis que, al igual que San Miguel, se pasaron de la oposición exaltada al desempeño de un cargo político que les hizo variar en sus acciones y decisiones políticas. Como se destacó en algunos trabajos, la familia Bertrán de Lis tiene mucha importancia durante el Trienio y después de 1833. En cuanto a Vicente, de panadero en 1808 -que abastecía a las tropas-, pasó a ejercer altas responsabilidades y a financiar todo tipo de operaciones y gastos, sea con ministros de la monarquía absoluta o con ministros de los gobiernos liberales del Trienio. Familiares suyos -su hermano Manuel así como su hijo Félix Bertrán de Lis- participaron en pronunciamientos y conspiraciones liberales entre 1817 y 1819<sup>701</sup>. Entre 1820 y 1823, Vicente

“parece estar en posesión del don de ubicuidad política. En marzo, aparece como líder del liberalismo en Valencia, recién llegado de Gibraltar. (...) A los pocos meses los apuros hacendísticos del gobierno liberal no permiten atender los pagos debidos a la casa real. Bertrán de Lis resulta pagador de los 280.000 reales desde el 7 de julio al 7 de octubre de 1820”<sup>702</sup>.

Beltrán de Lis también promovió y costeó una partida militar, el Batallón Sagrado -distinto del encabezado por San Miguel en las jornadas de julio- que ocasionó polémicas entre las distintas autoridades civiles y militares de Madrid, pues se trataba de un cuerpo armado que no dependía de ninguna de ellas y que, por lo tanto, actuaba al margen de las leyes. Asimismo, fue miembro de la milicia nacional madrileña y gaditana, y tuvo un papel muy relevante durante la primera semana de julio de 1822, al contribuir decisivamente a la defensa de la ciudad contra el ataque de los guardias insurrectos. Pero, después de la victoria liberal del 7 de julio, Beltrán de Lis también parecía dispuesto a aceptar una reforma de la Constitución de Cádiz. Así lo relata el embajador La Garde, quien se entrevistó con él a mediados de agosto de 1822. Beltrán de Lis le hubiera dicho: “La Constitution ne peut pas marcher; d'accord. Eh bien ! Nous la changerons; mais nous ne passerons pas sous le joug de quelques

---

<sup>701</sup> El hermano Manuel “fue uno de los organizadores de la llamada conspiración del *Vidrier* del año 1817, tras cuyo fracaso tuvo que exiliarse en Gibraltar, y también, desde la distancia, de la conspiración de Vidal de 1819, tras cuya desarticulación fue preso y ejecutado Félix Bertrán de Lis y Ribes, hijo de Vicente.” Manuel Ardit Lucas, “Horneros, negociantes y corsarios. Los orígenes de la fortuna de Vicente Bertrán de Lis y Tomás” en *Estudis*, núm. 37 (2011), p. 156.

<sup>702</sup> Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 230.

sanguinares, imbéciles *serviles*.”<sup>703</sup> Cuando se trató de enjuiciar a los ministros moderados del tercer gobierno del Trienio, Vicente Beltrán de Lis bloqueó las pretensiones de Paredes, lo cual indica que no compartía las premisas de los exaltados más radicales que querían purgar el sistema constitucional de todos aquellos que consideraban culpables de debilitar el sistema constitucional. A raíz de la intervención francesa y consiguiente caída del régimen constitucional en 1823, Vicente Beltrán de Lis emigró y solo recibió “la amnistía última en 1834, con los liberales más radicales.”<sup>704</sup>

Con el devenir de la causa del 7 de julio, desapareció la posibilidad de depurar el sistema constitucional de sus enemigos. La victoria liberal del 7 de julio dio, en un principio, un margen de maniobra suficiente para detener las maquinaciones contrarrevolucionarias y poner a salvo el régimen constitucional<sup>705</sup>. La situación era tan excepcional y delicada que hasta había planes de interrogar a los Infantes<sup>706</sup>. No obstante, la actitud de San Miguel como fiscal así como el ensañamiento en contra de Paredes indican que parte de los depositarios del poder político no quisieron seguir la senda del castigo a todos los conspiradores que les ofrecía la victoria del 7. Retomando algunas reflexiones contenidas al final del *Manifiesto* de Paredes, puede decirse que con la paralización efectiva de la causa del 7 de julio, se perdió la ocasión de dar un toque de atención saludable a Fernando VII, que desde el inicio del régimen constitucional no reinaba con los sentimientos más nobles y

---

<sup>703</sup> AMAE, CPE, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 15 de agosto de 1822, p. 329.

<sup>704</sup> Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., p. 230. Para una caracterización de sus actividades políticas y económicas en España posteriores a 1834 véase Manuel Ardit Lucas, “Horneros, negociantes y corsarios...”, op. cit., pp. 155-178; Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia nacional...*, op. cit., pp. 231-232. Este último resume muy bien el oportunismo y destreza de Beltrán de Lis -que se declaró en sus memorias “liberal entre los absolutistas; monárquico entre los liberales exaltados; moderado entre los progresistas; y progresista entre los moderados”-: “... ayuda y beneficia de igual manera con Garay, absolutista, que con Canga Argüelles, liberal, o con Mendizábal, progresista, que con su propio hijo Manuel, moderado. Todos ellos ministros de Hacienda en sucesivos regímenes de distintos cariz político. (...) La vida de Vicente Beltrán de Lis reflejaba la parábola perfecta del proceso revolucionario de la burguesía. De ser un panadero acomodado en 1808 a recibir el ennoblecimiento en 1866. Del liberalismo más radical al moderantismo más aristocrático”. Ibid., p. 232.

<sup>705</sup> “Los instrumentos de la facción liberticida ya están rotos. Las miserables máquinas puestas en movimiento por el oro y mil inicuas seducciones han desaparecido de la escena donde no debieran presentarse.” *El Espectador*, núm. 455, 13 de julio de 1822, p. 367.

<sup>706</sup> Albert Dérozier, *L’histoire de la Sociedad del Anillo de Oro...*, op. cit., p. 24.

generosos<sup>707</sup>. También se perdió la ocasión o, dicho de otro modo, se logró evitar que la victoria liberal del 7 de julio se convirtiese en un hito fundacional del régimen liberal iniciado en 1820. Por parte del poder real existe, en las semanas posteriores al 7 de julio, un miedo en ver transformarse las celebraciones de la batalla del 7 en fiesta nacional, y el monarca, en algunas ocasiones, se niega a participar en dichas celebraciones. En el caso de Madrid, el ayuntamiento decidió organizar en la capital el 15 de septiembre de 1822 unas solemnes exequias para los liberales caídos en el día 7, y se invitó al rey así como a los infantes a asistir a esta función. El 14 de septiembre, pretextando una indisposición que hasta le impedía ir a su real capilla, Fernando VII rechazó la invitación del ayuntamiento. Tampoco iban a concurrir los infantes. Además, ese mismo día y por medio del jefe político Palarea, se recordó al ayuntamiento que estas exequias no eran una fiesta nacional sino una función cívica municipal<sup>708</sup>. No obstante, en la conciencia liberal progresista que se desarrolla a partir de 1833, se percibe la importancia que tiene el episodio del 7 de julio tanto como símbolo de los fracasos del pasado que deben servir de contra-ejemplo como señal de la heroicidad de los pueblos dispuestos a luchar por conservar su libertad<sup>709</sup>.

Además del comportamiento de San Miguel como jefe del Batallón Sagrado y fiscal de la causa del 7 de julio, otro elemento permite matizar la afirmación según la cual el cuarto gobierno del Trienio era exaltado: el rechazo de los

---

<sup>707</sup> Paredes explica, en la última página del *Manifiesto*, que en su tarea de fiscal siempre respetó la inviolabilidad del trono. Dirigiéndose a los emperadores, “reyes y demás potentados” que gobiernan las naciones -pero en mi opinión Paredes se dirige sobre todo a Fernando VII-, el fiscal indica que todos sus esfuerzos tenían como objetivo el llevar una depuración saludable, es decir, “a que habitéis entre amigos y no entre enemigos encubiertos; a que conozcáis los que os rodean; (...) a que conozcáis no son estos los que os quieren con sinceridad; (...) a que la nación que gobernéis sepa lo es de vosotros para que también sea vuestra; y a que vivais en medio de ellas (*sic*) con las relaciones de un verdadero cariño, de un estrecho amor, arrojando fuera de vosotros los sentimientos menos francos y nobles que hasta ahora parece os han infundido vuestros pedagogos, para haceros trabajar más bien en su provecho particular, que en el general de vosotros mismos y de vuestras naciones.” Juan de Paredes, *Manifiesto*, p. 106.

<sup>708</sup> AV, sección 2a, leg. 231-9, acta municipal del 14 de septiembre de 1822.

<sup>709</sup> “Mas ya que entonces se malogró la victoria de las victorias, sírvanos de escarmiento lo pasado para no fiar jamás en los enemigos descubiertos o enmascarados de la libertad. (...) Venid (...) madrileños de todas las clases, edades y sexos; y pues que el pueblo entero tomó parte hace trece años en la defensa contra viles agresores, regocíjense todos los ciudadanos al celebrar el aniversario del *siete de julio*, y dispóngase a repetir iguales hazañas si necesario fuese. Aclamaciones, himnos y músicas patrióticas pueblen el viento de la capital en memoria de tan fausto día, y mostremos por do quiera el regocijo, ‘Libertad para siempre clamando, / libertad, libertad, libertad.’” *El Eco del Comercio*, núm. 433, 7 de julio de 1835, p. 1.

ministros en dimitir a mediados de febrero de 1823. Volveré sobre este punto al evocar los preparativos para la guerra contra Francia. Paso ahora a tratar cómo se frustró una alianza defensiva entre Portugal y España a finales de 1822 así como el Congreso de Verona y el final del Trienio en Madrid.

## 2. *El Congreso de Verona y la intervención francesa*

### 2.1 La posibilidad de una alianza ibérica

Desde antes del inicio de la revolución portuguesa en Oporto, en agosto de 1820, liberales españoles radicales anhelaban ver en Portugal un cambio político similar al desencadenado por el pronunciamiento de Riego<sup>710</sup>. Era sabido también “que algunos liberales portugueses se habían trasladado a España para recabar apoyos y que en Portugal se distribuían ejemplares de la Constitución española y proclamas de las sociedades patrióticas”<sup>711</sup>. Asimismo, durante el Trienio, se multiplicaron los contactos entre España y Portugal a través de los refugiados políticos, notablemente italianos, que viajaron al Portugal constitucional, como por ejemplo el general Pepe y Pecchio, quien redactó *Trois mois au Portugal en 1822*<sup>712</sup>. La adopción en Portugal, en 1822,

---

<sup>710</sup> “Portugueses. No seáis los últimos en tomar una resolución que afianzará vuestra dicha. No perdáis el momento favorable que ofrece esta España, vuestra amiga que estrechará sus vínculos de fraternidad para unir vuestros intereses a los suyos”. *El Conservador*, 20 de agosto de 1820. Citado por Juan Luis Simal Durán, *Exilio, liberalismo...*, op. cit., p. 208.

<sup>711</sup> Idem.

<sup>712</sup> Giuseppe Pecchio, *Trois mois au Portugal en 1822. Lettres de Joseph Pecchio a Lady J. O.*, Paris, s. e., 1822.

de una Constitución inspirada en la de Cádiz -aunque más radical<sup>713</sup>-, estrechaba más aún los lazos existentes entre los dos países<sup>714</sup>.

En este contexto, es importante considerar la eventualidad de una alianza que podría haberse dado entre los regímenes constitucionales de España y Portugal. No voy a tratar estrictamente aquí los proyectos de unión política ibérica, objeto de estudio distinto del que me propongo en este epígrafe<sup>715</sup>. Me interesa analizar cómo el cuarto gabinete del Trienio, entre septiembre y diciembre de 1822, intentó concretar una alianza defensiva con el gobierno portugués a la vez que buscaba obtener el apoyo de Inglaterra, potencia tutelar de Portugal en aquella época, para hacer frente a la Santa Alianza.

En cuanto a la alianza con Portugal, un nuevo encargado de negocios portugués en Madrid fue nombrado en septiembre de 1822, João Freire de Andrade Salazar d'Eça<sup>716</sup>. El embajador francés La Garde sospechaba que una de sus principales tareas era negociar las condiciones de un tratado defensivo entre España y Portugal, y le atribuía las intenciones más negras. En efecto, el

---

<sup>713</sup> Según Bron, "la loi fondamentale portugaise est finalement plus radicale que son modèle espagnol et que la Constitution française de 1791. La *Pepa* ne prévoit pas de catalogue de droits des citoyens, les révolutionnaires portugais en introduisent un (...); contrairement au texte français, ils adoptent un système électoral quasi-universel, dépourvu de cens électoral (...), mais contrairement au texte espagnol, les élections se font par vote direct (...). En outre, ils diminuent encore le pouvoir royal déjà largement rogné par les deux textes précédents: il est précisé que le pouvoir du roi émane de la nation (...), le commandement des forces armées lui est retiré (...) et son droit de veto ne lui permet que de réclamer du Parlement une seconde lecture de la loi qu'il refuse". Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie...*, op. cit, p. 228.

<sup>714</sup> Para un análisis de las diferencias y similitudes entre la Constitución de Cádiz y la Constitución portuguesa de 1822, véase Carlos M. Rodríguez López-Brea, "El 'Viva la Pepa' traspasa fronteras: los retoños de la Constitución de Cádiz", en *Revista de historiografía*, núm. 20 (1/2014), pp. 115-138 y Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, "El constitucionalismo español y portugués en la primera mitad del siglo XIX. Un estudio comparado", en Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la Independencia americana. La Independencia de América, la Constitución de Cádiz y las Constituciones Iberoamericanas*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2007, pp. 13-51.

<sup>715</sup> Para un acercamiento a este tema véase Carmen García García, "Iberismo y unión dinástica durante el Sexenio revolucionario español", en Martim de Albuquerque, Inácio Guerreiro, Feliciano Novoa Portela, Elena Postigo Castellanos (coord.), *Encontros e desencontros ibéricos. Tratados hispano-portugueses desde a Idade Média*, Madrid, Lisboa, Lunwerg Editores y Chaves Ferreira Publicações, 2006, pp.213-225; Teodoro Martín Martín, *El movimiento iberista. Aproximación a la historia de una idea*, Madrid, Asociación de Profesores Universitarios Jubilados, 2009 e Hipólito de la Torre Gómez y Antonio Pedro Vicente (eds.), *España-Portugal. Estudios de historia contemporánea*, Madrid, Editorial Complutense, 1998. Para una perspectiva política del iberismo en el siglo XIX, véase Andrés Borrego, *Historia de una idea. España y Portugal*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1869.

<sup>716</sup> Bron recalca que es por sus contactos con revolucionarios franceses como Fabvier, que a su vez está en contacto con la élite liberal portuguesa, que Freire logró hacerse nombrar embajador en Madrid. Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie...*, op. cit, p. 252.

7 de octubre, La Garde escribía que el encargado de negocios portugués Freire tenía frecuentes entrevistas con liberales exaltados miembros de la comunería -no indica cuáles- y que proyectaban juntos expulsar “la dynastie régnante en Espagne.”<sup>717</sup>

Se desconocen las condiciones exactas que se barajaron en este tratado de alianza aunque plausiblemente implicaban que, en la eventualidad de una invasión, Portugal ayudase militarmente a España para rechazarla. En todo caso, es lo que publicitaba el gobierno San Miguel a través de *El Espectador*, en el que se publicó un artículo de noticias extranjeras fechado en 1 de octubre que decía lo siguiente:

“Podemos asegurar sin temor de que se nos desmienta que los gobiernos portugués y español se ocupan seriamente en arreglar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre sí. Las bases principales de este tratado serán la conservación del sistema constitucional y de la independencia de las dos naciones. (...) Sabemos positivamente que Portugal tiene dos divisiones prontas a entrar en España en caso de que los proyectos de invasión llegaran a realizarse. Si las circunstancias lo exigiesen sus ejércitos de mar y tierra se completarán al pie de guerra sin perder momento, y se dirigirán a los puntos amenazados. El mando de las dos divisiones de que hemos hablado se confiará según se asegura al general Luis de Rego.”<sup>718</sup>

¿Qué efecto podían tener semejantes declaraciones sino el de aumentar el temor de las potencias de la Santa Alianza ante la posible colaboración militar entre dos jóvenes naciones constitucionales?

Al final del mes, el embajador francés informaba Villèle que las negociaciones del tratado de alianza estaban avanzadas y que ya se notaban algunos efectos: Rego había puesto a disposición del general español Quiroga dos divisiones y el gobierno portugués expulsaba de su territorio a los españoles insurrectos que se habían refugiado allí<sup>719</sup>.

El tema de la alianza entre Portugal y España conllevaba otra cuestión de peso, la postura diplomática de Inglaterra con respecto a la España

---

<sup>717</sup> AMAE, CPE, tomo 717, carta de La Garde a Villèle, 7 de octubre de 1822, p. 117.

<sup>718</sup> Se añadía en el artículo que Rego -quien había luchado contra las tropas napoleónicas en la Guerra de la Independencia y que en 1822 era general del ejército constitucional portugués- “ha manifestado ya de lo que era capaz” y se citaban los distintos regimientos que mandaba y podría llegar a encabezar: “tiene a sus órdenes el 9º, 15º y 21º (...) de infantería y 12º de cazadores, a los cuales en caso urgente se reunirían el 12º de infantería, y 6º, 9º y 12º de caballería (...). A estas fuerzas podrían unir las que están en Oporto, y que se componen del 3º y 6º de infantería, 3º, 10º y 11º de cazadores y un parque de artillería.” *El Espectador*, núm. 547, 13 de octubre de 1822, p. 746.

<sup>719</sup> AMAE, CPE, tomo 717, carta de La Garde a Villèle, 21 de octubre de 1822, p. 175.



constitucional. El gobierno San Miguel deseaba asegurarse de la protección de Inglaterra, y así lo manifestó en algunas ocasiones, como por ejemplo en septiembre de 1822 cuando pasó una nota al embajador inglés Hervey “dans laquelle il lui demandait catégoriquement quelle serait la conduite tenue par son gouvernement à l’égard de l’Espagne en cas de résolutions hostiles prises contre elle au Congrès (de Vérone).”<sup>720</sup> La postura del gabinete británico con respecto al español era ambigua, pero parece que San Miguel se desengañó pronto con la posibilidad de una ayuda inglesa<sup>721</sup>.

En noviembre de 1822, este asunto preocupaba al gobierno de Luis XVIII. En efecto, uno de los temores de Villèle era la posibilidad de celebración de tratados entre España e Inglaterra que, según él, solo podían tener una consecuencia: el estallido de una “guerre générale entre l’Espagne, le Portugal et l’Angleterre d’une part; la Russie, l’Autriche, la Prusse et la France de l’autre”. No obstante, el ministro francés también pensaba que, en el fondo, lo que buscaba Inglaterra no era celebrar tratados con el gobierno español sino más bien posicionarse ventajosamente cara a España: “je persiste à croire que l’Angleterre (...) cherche uniquement à entraver les alliés, à dépouiller l’Espagne, et à jouer si elle le peut” el papel de mediadora entre España y las potencias aliadas<sup>722</sup>. Villèle también tenía la mirada puesta en la suerte de las colonias españolas de América ya que sabía que Inglaterra quería comerciar con ellas y buscaba el apoyo del gobierno San Miguel, mediante la promesa de una indemnización económica, para que España reconociese la independencia de Colombia<sup>723</sup>. En el contexto del Congreso de Verona, esta incertidumbre se mantuvo hasta después de que Rusia, Prusia y Austria acordasen secundar a Francia en sus actos solo si ésta lo pidiese, pues Inglaterra seguía persistiendo en su oferta de mediación. Sin embargo, cuando las potencias aliadas tomaron la decisión de intervenir militarmente en España, el gabinete inglés reveló su

---

<sup>720</sup> AMAE, *CPE*, tomo 717, carta de La Garde a Villèle, 16 de septiembre de 1822, p. 59.

<sup>721</sup> La Garde relata que William A’Court, enviado extraordinario del gobierno británico llegado a Madrid a finales de septiembre -y que antes desempeñaba el mismo cargo en Nápoles-, le contó que había visto a San Miguel desanimado al recibir noticias de un agente suyo en el Congreso de Verona que le informaba que Inglaterra no planeaba intervenir directamente en los asuntos de España. AMAE, *CPE*, tomo 717, carta de La Garde a Villèle, 30 de octubre de 1822, p. 207.

<sup>722</sup> AMAE, *CPE*, tomo 717, carta de Villèle a La Garde, 23 de noviembre de 1822, p. 330.

<sup>723</sup> AMAE, *CPE*, tomo 717, carta de Villèle a La Garde, 18 de octubre de 1822, p. 172 v.

estrategia. Aunque rechazó participar del principio de intervención adoptado, no se opuso a la intervención en sí<sup>724</sup>, y puso como condición “que l'intégralité territoriale du Portugal soit respectée et que les armées françaises ne marchent pas contre le régime constitutionnel de Lisbonne”<sup>725</sup>.

Es Bron quien da la clave para entender el desenlace de esta cuestión. En efecto, determina que es por la actuación del ministro de Estado portugués, Silvestre Pinheiro Ferreira, que Inglaterra toma semejante partido en el Congreso de Verona y que no se concluye la alianza entre Portugal y España. En efecto, estima que Pinheiro desarrolló una doble línea política destinada a proteger el régimen portugués y sus recursos. Este ministro

“cherche à maintenir l'alliance britannique, seule planche de salut possible pour le jeune régime portugais. Il doit pour cela esquiver l'hostilité d'un parlement très anglophobe et favorable à une alliance libérale révolutionnaire avec l'Espagne, qui le contraint d'entrer en négociations avec Madrid en vue d'un projet d'alliance. Mais le ministre des Affaires Etrangères a bien l'intention de ne pas obtenir de résultat : le but principal est de satisfaire les radicaux portugais majoritaires au Parlement et d'exercer une certaine pression sur l'Angleterre, en agitant devant les yeux du cabinet britannique le chiffon rouge d'une alliance ibérique que Londres craint. Cette stratégie est couronnée de succès puisqu'en décembre 1822, Londres finit par accepter de garantir le régime portugais contre des ennemis extérieurs, en échange de l'abandon de l'alliance espagnole”<sup>726</sup>.

A pesar de que en enero de 1823 se llevara a cabo una última tentativa de mediación inglesa para que los liberales reformasen la Constitución de

---

<sup>724</sup> Como lo recalcó Cosores, el gobierno inglés decidió no tomar parte en la intervención francesa en España, *come what may*. Nadyezdha Cosores, “England and the Spanish revolution of 1820-1823”, *Trienio*, núm. 9 (mayo 1987), pp. 39-132.

<sup>725</sup> Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie...*, op. cit., p. 249.

<sup>726</sup> *Ibid.*, p. 73.

Cádiz<sup>727</sup>, por parte de Portugal “les avances diplomatiques faites à l’Espagne (n’avaient) qu’un but de diversion”<sup>728</sup>.

## 2.2 El Congreso de Verona

El Congreso de Verona duró desde el 20 de octubre hasta el 14 de diciembre de 1822. Esta reunión de las principales potencias europeas -Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia- tenía distintos objetivos<sup>729</sup>, siendo el más candente la suerte del régimen constitucional español. Ya a finales de octubre Rusia, Austria y Prusia acordaron secundar a Francia en sus actos solo si ésta lo solicitaba, mientras Inglaterra seguía ofreciendo su mediación entre España y las potencias aliadas<sup>730</sup>. En noviembre fue cuando se estableció un compromiso entre Francia, Rusia, Austria y Prusia en el cual se plantearon tres posibles casos para desencadenar una intervención militar en territorio español:

---

<sup>727</sup> Ana Clara Guerrero señala lo siguiente: “En enero de 1823 llegaba a la península Lord Fitzroy Somerset. Amigo personal del duque de Wellington, había colaborado con él en la Guerra de la Independencia, fue su asistente en las deliberaciones de Verona y tenía buenas relaciones con España. (...) Las instrucciones de (...) Somerset eran muy claras. Debía entrevistarse con las personas adecuadas y hacerles ver que (...) era inevitable que concediesen al monarca los poderes y prerrogativas que le permitieran desempeñar sus funciones. (...) Somerset inició su labor inmediatamente y pronto comenzó a enviar decepcionantes informes sobre sus resultados. Aunque sus contactos reconocían de forma casi unánime los defectos de la Constitución de 1812, eran conscientes del peligro que el país corría y (...) no dudaban en afirmar que era demasiado tarde para tomar medidas. (...) Así se lo había comunicado también San Miguel a William A’Court, en una entrevista en la que se dio por enterado de la llegada de Somerset.” Ana Clara Guerrero Latorre, “La política británica hacia España en el Trienio Constitucional”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, S. V. Hª Contemporánea, tomo 4 (1991), pp. 234-235.

<sup>728</sup> Grégoire Bron, *Révolution et nation entre le Portugal et l’Italie...*, op. cit., p. 74.

<sup>729</sup> Además de la cuestión española, los temas programados para este Congreso eran: la trata de negros, la piratería en los mares de América, las discordias entre Rusia y el imperio Turco, “la rebelión de los griegos contra este último”, “la situación creada por la presencia de tropas austriacas en Nápoles y el Piamonte tras sofocar la revolución liberal y (...) la navegación del Rin. En realidad poco se avanzó en este vasto programa, debido a la maraña de intereses confrontados y a las diferencias respecto a casi todo entre Inglaterra y las monarquías continentales.” Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit., p. 110.

<sup>730</sup> El 6 de noviembre, Villèle escribía a La Garde: “Au moment où j’expédiais votre courrier il m’(en) est arrivé un de Vérone parti le 31 octobre. La Russie, l’Autriche et la Prusse sont décidées à suivre notre marche si nous jugeons nécessaire de retirer nos ministres de Madrid; si nous jugeons indispensable de faire entrer nos troupes dans la péninsule ces trois puissances déclareront qu’elles sont prêtes à nous donner tous les secours que nous réclameront. Elles ne feront (...) des déplacements de forces que sur notre demande, elles ne passeront sur notre territoire qu’après notre réquisition. L’Angleterre persiste à offrir sa médiation. On espère qu’elle déclarera quelle n’agira dans aucun cas en opposition avec les alliés.” AMAE, CPE, tomo 717, carta de Villèle a La Garde, 6 de noviembre de 1822, p. 248.

- en caso de ataque armado por parte de España contra el territorio francés - aquello también comprendía un acto oficial del gobierno español incitando a la rebelión de súbditos franceses o españoles-.
- en caso de ultraje a la familia real española, sea mediante la proclamación de una regencia, un juicio contra el monarca español o un ataque de semejante naturaleza contra cualquier miembro de la familia real.
- en caso de un acto formal por parte del gobierno español que atentase contra los derechos de sucesión de la familia real<sup>731</sup>.

A raíz de la resolución contraída en noviembre, los representantes diplomáticos de Francia, Austria, Prusia y Rusia dirigieron cada uno una nota al gobierno español -cuyo fondo era muy similar-, entre el 26 de noviembre y el 25 de diciembre de 1822<sup>732</sup>. En ellas se expresaba que era ya imposible mantener relaciones diplomáticas con España -puesto que las relaciones existentes llevaban algún tiempo siendo inadecuadas y no amicales- si ésta no efectuaba una serie de cambios, en su mayoría relativos a la Constitución -adoptando un sistema similar a la Carta Otorgada francesa-, la fuerza de la corriente revolucionaria -identificada con los liberales exaltados-, al estado de semi cautividad de Fernando VII y a la guerra civil que asolaba parte del territorio peninsular. San Miguel, como ministro de Estado, contestó a estas notas el 9 de enero de 1823<sup>733</sup>, de un modo que no dejaba lugar a dudas: el gobierno español no iba a permitir ninguna injerencia en sus asuntos de política interna, Fernando VII se encontraba en pleno estado de libertad y la Constitución de Cádiz seguiría siendo la ley fundamental del Estado. Mucho se ha dicho sobre el tono de San Miguel en estas respuestas. Los hay que lo calificaron de altanería, otros lo consideraron valiente. Me limito a estimar que San Miguel respondió francamente a las acusaciones formuladas por los gabinetes extranjeros, por ejemplo al defender la legitimidad del pronunciamiento de

---

<sup>731</sup> AMAE, *CPE*, tomo 717, copia de un acta firmado por los plenipotenciarios de Austria, Francia, Prusia y Rusia, Verona, 19 de noviembre de 1822, pp. 297-298.

<sup>732</sup> Pueden verse estas notas en Marqués de Miraflores, *Documentos...*, op. cit., tomo 2, pp. 172-174 (nota del gabinete francés, de 25 de diciembre), pp. 177-180 (nota del gabinete austriaco, de 25 de diciembre), pp. 180-183 (nota del gabinete de Prusia, de 22 de noviembre) y pp. 183-187 (nota del gabinete ruso, de 26 de noviembre).

<sup>733</sup> Pueden verse las contestaciones en *ibid.*, pp. 174-176 (respuesta al gabinete francés) y pp. 187-188 (respuesta a los gabinetes de Rusia, Austria y Prusia).

Riego, que las potencias europeas calificaban en sus notas de rebelión militar. Las relaciones entre España y el resto de potencias europeas eran ya demasiado tirantes como para seguir comunicando con un lenguaje amable. En enero de 1823 fue también cuando los representantes diplomáticos de las principales potencias europeas pidieron sus pasaportes y se marcharon de la capital de España. El 28 de enero, ante el Parlamento francés, Luis XVIII anunciaba la preparación de un ejército de cien mil hombres que iba a entrar en España.

En estas circunstancias, desde febrero de 1823, las Cortes dictaron medidas destinadas a preparar la defensa del país:

“se ordenó una leva de 30.000 hombres, la incorporación al ejército de la milicia activa y se autorizó la organización de cuerpos francos; un préstamo forzoso de doscientos millones de reales que recaía sobre todo los habitantes según el valor de su casa o el precio de su alquiler, y se utilizó la plata de los establecimientos públicos y de las iglesias tanto para hacer cañones como monedas.”<sup>734</sup>

La declaración de guerra de España hacia Francia se proclamó el 23 de abril de 1823, desde Sevilla. En efecto, el gobierno y la familia real habían salido de Madrid el 20 de marzo -los diputados salieron de la capital tres días después-, con la intención de ir a Andalucía, y llegaron a Sevilla el 10 de abril. Este viaje hasta Andalucía -como medida de protección frente a una posible invasión francesa- se había votado en Cortes, después de duros debates, el 15 de febrero. Sin embargo, es de notar que este traslado a Andalucía, aunque adoptado en febrero de 1823 por la presión del gobierno San Miguel, ya estaba previsto de antemano. En efecto, en mayo de 1822, el conde de La Garde comunicaba lo siguiente al ministro Montmorency: “On sait que, dans un moment pressant de danger, la résolution est prise de transporter le siège du gouvernement à Cadix.”<sup>735</sup> Fernando VII “se negó en redondo a dar su conformidad al viaje”<sup>736</sup>, a pesar de que los ministros del gobierno San Miguel insistiesen en varias ocasiones. El 19 se cerró la legislatura extraordinaria de Cortes. Fue ese día que el monarca decidió revocar a los miembros del gobierno San Miguel. Ocurrió ese mismo día un alboroto en la Puerta del Sol y

<sup>734</sup> Irene Castells, “La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)” en *Ayer*, núm. 41 (2001), p. 55.

<sup>735</sup> AMAE, *CPE*, tomo 716, carta de La Garde a Montmorency, 9 de mayo de 1822, p. 24.

<sup>736</sup> Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit., p. 31.

en la plaza del Palacio Real, que obligó a Fernando VII a reponer a los ministros del gobierno San Miguel. Según Romero Alpuente, hasta mil personas estuvieron pidiendo a gritos la reposición del ministerio. Añade que el alboroto fue promovido por el director general de Correos, Campos, y que se dijo públicamente que Alcalá Galiano había contribuido a dar enjundia al motín<sup>737</sup>.

El 28 de febrero de 1823, el rey nombró un nuevo gobierno, enteramente compuesto de comuneros, con Alvaro Flórez Estrada (Estado), Antonio Díaz del Moral (Gobernación e interino de Ultramar), José María Torrijos (Guerra), Lorenzo Calvo de Rozas (Hacienda), José Zorraquín (Gracia y Justicia), Ramón Romay (Marina). No obstante, este quinto gobierno, compuesto por liberales exaltados destacados, no entró en funciones. A raíz de un entendimiento entre el gobierno San Miguel y parte de los diputados de Cortes, se fijó que los ministros no podían dejar su cartera hasta la lectura de sus memorias ministeriales y se logró posponer la lectura de estas memorias hasta que se reanudasen las sesiones de Cortes en Sevilla<sup>738</sup>, pues la legislatura ordinaria que había empezado el 20 de marzo de 1823 en Madrid se suspendió y se volvió a abrir cuando habían llegado el gobierno y las Cortes a Sevilla, el 23 de abril. Ya en Sevilla, hubo otras maniobras para imposibilitar la entrada en funciones del gobierno de Flórez Estrada, maniobras que culminaron con el nombramiento de un nuevo gobierno -definitivamente conformado en junio de 1823- integrado por José María Pardo (Estado), José María Calatrava (Gobernación de la Península y Gracia y Justicia), Estanislao Sánchez

---

<sup>737</sup> Juan Romero Alpuente, *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 311. En sus memorias, Alcalá Galiano niega semejante implicación y acusa a Santiago y Rotalde de haber esparcido la noticia de su participación y promoción del alboroto. Antonio Alcalá Galiano, *Memorias de don Antonio Alcalá Galiano...*, op. cit., tomo 2, p. 418.

<sup>738</sup> Esto es lo que sostiene Romero Alpuente en su *Historia de la revolución...*, op. cit., tomo 2, p. 336: “invocaron el favor de sus amigos y parientes diputados para que cometieran el crimen de mantenerlos en sus sillas a despecho de la voluntad del rey (...), como lo cometieron reservando la lectura de las memorias para después de llegar a Sevilla.” No obstante, pude encontrar otra interpretación en el trabajo de Fuentes sobre Flórez Estrada en el Trienio Liberal. Según Fuentes, fue el propio Fernando VII quien, al ceder ante el motín del 19 de febrero de 1823, decidió reponer al gobierno San Miguel, “aunque de forma interina, hasta que pudiera rendir cuentas de su gestión a las Cortes, cosa difícil mientras éstas no reanudasen sus sesiones.” Juan Francisco Fuentes, “Flórez Estrada en el Trienio Liberal” en Joaquín Varela Suanzes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853): política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, p. 200.

Salvador (Guerra y Ultramar), Juan Antonio Yandiola (Hacienda) y Francisco de Paula Osorio (Marina)<sup>739</sup>.

### 2.3 Avance de las tropas francesas y caída de Madrid

Lo que fue la campaña del ejército francés, que entró en España el 7 de abril de 1823 cruzando el Bidasoa, ha sido estudiado tanto por Sánchez Mantero como por La Parra<sup>740</sup>. Solo me limitaré aquí a recordar ciertos elementos relativos a los ejércitos constitucionales y la caída de Madrid en manos del ejército francés mandado por el duque de Angulema, en mayo de 1823.

En febrero de aquel año se fijaron los ejércitos para la defensa del territorio peninsular. A Mina se le confirió el mando del ejército de Cataluña, Morillo fue nombrado jefe del ejército que actuaba en Galicia y Asturias, el conde de La Bisbal mandaba el ejército que tenía que actuar en el centro de la península y Ballesteros encabezaba el “llamado ejército de operaciones, destinado a ser el principal baluarte contra el avance francés y cuyo campo de actuación abarcaba Navarra, Aragón y el Mediterráneo”<sup>741</sup>.

Las tropas españolas contaban unos 130.000 hombres mientras que las francesas tenían unos 95.000 soldados, secundados por partidas de realistas españoles, estimadas en 10.000 individuos, que entraron con ellas<sup>742</sup>. El avance de éstas se hizo sin mucha dificultad ya que, excepto en Cataluña y algunas ciudades del norte -San Sebastián, Pamplona, Santoña y La Coruña, entre otras-, no hubo apenas combates contra las tropas españolas. Varios de los generales que mandaban los ejércitos constitucionales traicionaron, o sin librar ningún combate -caso de La Bisbal, quien intentó mediar una reforma de la Constitución<sup>743</sup>-, o después de haberse retirado numerosas veces por el

---

<sup>739</sup> Lo que dio lugar a la formación del sexto Gobierno del Trienio fue una reunión, en Sevilla, en casa del anillero Francisco Cabaleri. Entre los participantes de esta reunión destacan San Miguel, Canga Argüelles y Calatrava. Reseña biográfica de Francisco Cabaleri por Alberto Gil Novales, *Diccionario biográfico...*, op. cit., <http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/bio.php?id=84331>.

<sup>740</sup> Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit.; Rafael Sánchez Mantero, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit.

<sup>741</sup> Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit., pp. 25-26.

<sup>742</sup> Ibid., p. 22 y 26. No hay consenso sobre el contingente de tropas españolas, pues como lo señala La Parra, algunos historiados como Fontana evalúan en 50.000 hombres el grueso de las tropas españolas.

<sup>743</sup> Anónimo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII...*, op. cit., tomo 3, pp. 84-86.

territorio peninsular, evitando lo más posible combatir contra las tropas francesas -caso de Ballesteros-. En cuanto a la ciudad de Madrid, ya muchos liberales se habían ido, sea para tomar el camino del exilio o para seguir al gobierno y las Cortes en su retirada andaluza. Este último caso es el de los redactores de *El Zurriago*, Mejía y Morales, quienes concluían su último número publicado en la capital de la siguiente manera: “Adiós Madrid que te quedas sin gente: a la paz de Dios señores, hasta la primera si no nos vemos antes. VIVA LA CONSTITUCION DE 1812.”<sup>744</sup>

Fue el jefe político nombrado en marzo de 1823, José Pascual de Zayas, quien gestionó la evacuación militar y rendición de la capital frente a las tropas mandadas por Angulema. En efecto, hacia el 15 de mayo y a raíz del fracaso de su mediación para una reforma de la Constitución, La Bisbal había dejado su mando de general del ejército del Centro. Se escondió en una casa madrileña hasta la entrada de los franceses<sup>745</sup>. El 19 de mayo de 1823, Zayas anunció a la población madrileña la pronta entrada de las tropas francesas en la capital, pues estaba prevista para el 24 de mayo. Después de este anuncio, se multiplicaron los disturbios. Por una parte, el aventurero Bessières y sus tropas realistas intentaron ser los primeros en entrar en la capital, y Zayas tuvo que utilizar a las tropas constitucionales que quedaban en Madrid para enfrentarse con Bessières y sus facciosos, para terminar derrotándolos<sup>746</sup>. Por otra parte, desde el anuncio de la pronta entrada de los franceses, se multiplicaron las escenas de saqueo y pillaje. No queda muy claro hasta qué punto pudo haber individuos del clero que exhortaron a la población a saquear y amenazar, pero se estableció que se cometieron muchos excesos y hubo

---

<sup>744</sup> *El Zurriago*, núm. 94-95, s. f., 1823, p. 52.

<sup>745</sup> Anónimo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII...*, op. cit., tomo 3, p. 86.

<sup>746</sup> Según recalca Roquette, “Bessières décide d’entrer (...) dans Madrid (...). Il y pénètre le 20 mai au soir par la porte d’Alcalá où il est bien accueilli par une partie de la population. Mais Zayas le fait charger et l’oblige à reculer puis à s’enfuir. Il y a soixante-dix à quatre-vingts morts et plusieurs centaines de blessés parmi le peuple madrilène.” Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 195.



represalias contra liberales<sup>747</sup>. En estas circunstancias Zayas, a la vez que intentó mantener algo de orden en Madrid, “pidió a Angulema que acelerara su entrada en la ciudad y un día antes de lo previsto, el 23 de mayo, lo hicieron, al rayar el día, los primeros soldados franceses.”<sup>748</sup> De esta manera cayó la capital de España, donde a los pocos días, el 25 de mayo, se nombró una regencia en nombre de Fernando VII, integrada por el duque de Montemar, el barón de Eroles, el obispo de Osma, Antonio Gómez Calderón y Calomarde - este último como secretario de la regencia-. El 26 esta regencia nombró un gobierno realista, compuesto por Víctor Sáez (Estado), Juan Bautista Erro (Hacienda), José Aznárez (Interior), José García de la Torre (Gracia y Justicia), Luis de Salazar (Marina) y José San Juan (Guerra). Esta regencia no tardó en establecer un aparato represor ya que, el 8 de junio de 1823, se creó la Superintendencia de Vigilancia Pública, cuyo objetivo principal era “la persecución del liberalismo, elaborando listas de milicianos, masones y comuneros. Las detenciones de sospechosos fueron tan numerosas y

---

<sup>747</sup> Según el marqués de Miraflores, varios “curas y frailes se vieron en este día (23 de mayo) excitar al populacho a cometer los mayores excesos, y contemplar con feroz sonrisa las venganzas ejercidas sobre muchos desgraciados.” Marqués de Miraflores, *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la revolución de España, desde el año 1820 hasta 1823*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834, p. 205. Semejantes escenas se repitieron los días 24, 25 y 26 de mayo: “reinaron en la corte el desorden más espantoso y la rapiña: las manolas con bandas blancas formadas de pañuelos que terminaban en un lazo del propio color recorrían las calles (...) quitando de los retablos las imágenes de los santos y colocando en su lugar el retrato de Fernando. Los manolos y chisperos, la hez en fin de la plebe, saquearon varias casas, entre ellas muchas del comercio, e insultaron a cuantos ciudadanos no profesaban sus opiniones. Muchos frailes y curas excitaban al vulgo al desorden en medio de las calles, y celebraban con una feroz sonrisa (...) los atentados que cometía contra los desgraciados liberales. Este escándalo pasó a la vista del ejército francés, cuyos comandantes, después de saqueados los edificios, enviaban piquetes a custodiarlos, en vez de prevenir y estorbar tan bárbaras escenas por el decoro siquiera de la bandera francesa. Verdad es que no fue solo Madrid el teatro de semejantes iniquidades: repitieronse en muchos de los pueblos de la Península; pero pintadas las de la capital lo están las de los otros lugares. ¡Tanta fue su semejanza!” Anónimo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII...*, op. cit., tomo 3, p. 88.

<sup>748</sup> Emilio La Parra, *Los Cien Mil Hijos de San Luis...*, op. cit., pp. 53-54.

arbitrarias, que la Sala de Alcaldes protestó porque no tenía tiempo ni pruebas para fundamentar las causas”<sup>749</sup>.

La intervención francesa no acabó con la caída de Madrid, pues su meta era liberar a Fernando VII. Ante el rápido avance de las tropas francesas, las Cortes reunidas en Sevilla planearon un repliegue estratégico en la ciudad de Cádiz. Es sabido que el monarca español se opuso a ello -lo que más deseaba era la llegada de las tropas francesas- y que, en la sesión de Cortes del 11 de junio de 1823, a petición de Alcalá Galiano, se votó la inhabilitación temporal de Fernando VII. En efecto, el diputado exaltado consideraba que

“en vista de la negativa de S. M. a poner en salvo su real persona y familia de la invasión enemiga, se declare que es llegado el caso provisional de considerar a S. M. en el del impedimento moral señalado en el art. 187 de la Constitución, y que se nombre una regencia provisional que para el solo caso de la traslación reúna las facultades del poder ejecutivo.”<sup>750</sup>

En la misma sesión, se nombró una regencia integrada por Cayetano Valdés, Gabriel Ciscar y Gaspar Vigodet y, el 12 de junio, los diputados, el gobierno, el monarca y su familia iniciaron su traslado a Cádiz<sup>751</sup>. El general Zayas, quien antes había negociado la capitulación de Madrid con Angulema, custodiaba con sus tropas al rey y su comitiva. Cuando llegaron, el 15 de junio, los miembros de la regencia cesaron en sus funciones y devolvieron su poder a

---

<sup>749</sup> Alvaro París Martín, *“Se susurra en los barrios bajos”: policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, p. 199. París Martín recalca que los “criterios para discernir si un individuo había formado parte de una sociedad secreta” eran muy amplios. En un oficio de agosto de 1823 del superintendente Julián Cid, se detallaban los mencionados criterios: “el que contribuyó a la revolución de 1820 es sin duda sospechoso de masón. Todo empleado nombrado por el ministerio eminentemente revolucionario de San Miguel es masón. Todo empleado conservado en su destino por el mismo ministerio que antes de la entrada de las tropas auxiliaadoras no dio pruebas positivas de su amor al rey, es sospechoso de masón. Y todo particular que en el último periodo revolucionario era exaltado por la Constitución de Cádiz sin que de esta forma de gobierno le hayan resultado conocidas ventajas, es masón o de cualquiera otra de las criminales sectas indicadas”. Archivo Histórico Nacional, leg. 12.271, oficio del superintendente Julián Cid al ministro del Interior, 14 de agosto de 1823. Citado por Alvaro París Martín, *“Se susurra en los barrios bajos”...*, op. cit., p. 199.

<sup>750</sup> *DS*, 11 de junio de 1823, p. 242. La propuesta fue aprobada en la misma sesión. En el *Diario de las sesiones de Cortes*, no se especifica la identidad de los que votaron a favor.

<sup>751</sup> Roquette subraya que el viaje de Sevilla a Cádiz se hizo precipitadamente: “Le départ a lieu (...) dans un désordre indescriptible, en voitures, en barques.” Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 200.

Fernando VII<sup>752</sup>. A partir de agosto, el duque de Angulema participó al asedio de Cádiz por las tropas francesas, que duró hasta finales de septiembre. En esta inextricable situación, el ministro Calatrava logró obtener del rey un decreto, fechado en 30 de septiembre, que entre otros garantizaba una amnistía a los constitucionales. En este sentido, las principales determinaciones del decreto firmado por el rey eran las siguientes:

“1°. Declaro de mi libre y espontánea voluntad, y prometo bajo la fe y seguridad de mi real palabra, que si la necesidad exigiere la alteración de las actuales instituciones políticas de la monarquía, adoptaré un gobierno que haga la felicidad completa de la nación, afianzando la seguridad personal, la propiedad y la libertad civil de los españoles.

2°. De la misma manera prometo libre y espontáneamente, y he resuelto llevar y hacer llevar a efecto, un olvido general, completo y absoluto de todo lo pasado, sin excepción alguna”<sup>753</sup>.

El 1 de octubre, Fernando VII se puso en manos de las tropas francesas que asediaban Cádiz. El mismo día, el monarca dio un decreto que anulaba todos los actos del gobierno constitucional y que, por lo tanto, invalidaba el que había firmado a instancias de Calatrava el 30 de septiembre<sup>754</sup>. Así concluía el periodo constitucional del Trienio, y se inauguraba entonces un nuevo gobierno absoluto, muy activo a la hora de perseguir y reprimir a los que habían desempeñado alguna función durante el sistema constitucional o que, simplemente, habían mostrado su apoyo a la Constitución de Cádiz o tenían fama de liberales. Riego, el héroe de la revolución de 1820, fue capturado a mediados de septiembre de 1823 cerca de Jaén después de haber luchado valientemente contra las tropas francesas. Fue juzgado y sentenciado a muerte<sup>755</sup> y, el 7 de noviembre de 1823, fue ahorcado en Madrid, en la Plaza de

---

<sup>752</sup> El autor de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII* recalca lo inédito de semejante acto: “La historia antigua y moderna no presenta otro ejemplo de un rey declarado demente hoy, y a los cuatro días en el uso completo de su inteligencia, ni menos un destronamiento de tan corta duración.” Anónimo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII...*, op. cit., tomo 3, pp. 107-108.

<sup>753</sup> Véase el decreto reproducido en Marqués de Miraflores, *Documentos...*, op. cit., tomo 2, pp. 336-338.

<sup>754</sup> Véase el decreto, titulado “Manifiesto de S. M. declarando que, por haber carecido de entera libertad desde el día 7 de marzo de 1820 hasta el 1° de octubre de 1823, son nulos y de ningún valor todos los actos del gobierno llamado constitucional (...)” en *ibid.*, pp. 338-340.

<sup>755</sup> “En poco más de un mes, como ante el temor de que la presa se (...) escapase, habíasele formado causa, juzgado y sentenciado”. Eugenia Astur (Enriqueta García Infanzón), *Riego...*, op. cit., p. 526.

la Cebada. Su ejecución pública contribuyó a fortalecer el mito sobre el personaje: de héroe, pasó a ser un mártir de la causa de la libertad.

## Conclusiones

A través del presente trabajo, he tenido la ocasión de considerar el surgimiento y la evolución de la corriente exaltada en el Trienio bajo distintas perspectivas. Como lo recalqué en el primer capítulo, “exaltado” es una palabra que tiene como valor asociado el “exceso” y que cobra un sentido político primero en Francia en tiempos de la Revolución de 1789, que luego recuperan los realistas en la época de las Cortes de Cádiz para desacreditar a los liberales. Un uso similar de la palabra se dio en el Trienio desde 1820 pero, esta vez, no fueron realistas quienes la utilizaron para denigrar a sus oponentes políticos, sino los propios liberales conservadores para censurar a los liberales más radicales. Así surgió la corriente liberal exaltada, como oposición al templado programa político de los liberales doceañistas.

En el segundo capítulo, estudié cómo la radicalización de la lucha política en 1821 es visible tanto en episodios como el asesinato de Vinuesa como en las políticas restrictivas adoptadas en materia de libertades públicas y en la oposición al gobierno Feliú de finales de 1821 y principios de 1822. Asimismo, analicé cómo los liberales del Trienio, y más particularmente los exaltados, se apropiaron del episodio de las Comunidades de Castilla. A nivel oficial, la lucha de los comuneros se representó como un precedente en la lucha contra el despotismo y la tiranía, y se buscó movilizar emocionalmente a los españoles con la intención de difundir un nuevo sistema de valores. Para los exaltados, los comuneros fueron también un potente símbolo que encarnaba la lucha contra el estancamiento del proceso revolucionario y así concibieron su sociedad secreta, la comunería, como una herramienta organizativa de lucha contra el monopolio político de los moderados. Igualmente, en 1821, se nota una efervescencia revolucionaria alimentada por la actuación reaccionaria de las potencias europeas y la intervención austriaca en Nápoles y Piamonte. En Madrid se establecen o refuerzan vínculos fraternales entre revolucionarios europeos, que llevan a la creación de organizaciones secretas como la *Società dei Fratelli Costituzionali*. España se integra entonces plenamente en lo que

Bruyère-Ostells llamó “archipel libéral” o “contre-monde libéral”<sup>756</sup>. Sin embargo, la solidaridad y el discernimiento de algunos exaltados como Alcalá Galiano o el ministro San Miguel tenían sus límites, como he tenido la ocasión de mostrar en el caso de la organización tanto de planes conspirativos para trastornar el orden político de la Restauración como de la defensa del régimen constitucional español en momentos de la intervención francesa de 1823.

En el tercer capítulo, recalqué la percepción negativa que tenían los exaltados madrileños de los ministros del tercer gobierno del Trienio así como el balance gubernativo del gabinete Martínez de la Rosa con respecto a la cuestión americana y la contrarrevolución realista en España. Es notable la expresión de diputados americanos, que abogan por un reconocimiento de los países ya independientes *de facto*, y cómo chocan con la inercia de los liberales peninsulares, que se niegan a dar un paso hacia semejante reconocimiento, como lo demuestra la adopción del dictamen mayoritario de la comisión de Ultramar en junio de 1822. Con lo que respecta a la gestión de la contrarrevolución realista, según la óptica exaltada, el tercer gobierno no hizo más que favorecer su desarrollo, al tomar medidas relativamente benignas frente a conspiradores e insurgentes muy activos y al nombrar en puestos claves -notablemente capitanía general y jefatura política- a individuos cuyo compromiso liberal era limitado o casi inexistente. En el dictamen de junio de 1822 sobre el estado de la nación, se observan nítidamente algunos elementos que motivaron la división interna del liberalismo en la época del Trienio, entre moderados y exaltados pero también dentro de la propia corriente exaltada. Los miembros de la comisión que suscribieron al dictamen mayoritario eran en su mayoría moderados pero otros dos, Canga Argüelles y Meléndez Fernández, gozaban de fama de exaltados y participaron sin embargo de la acusación a los liberales más entusiastas con la Constitución de haber influido negativamente en el estado de la nación por su desconfianza ante las providencias gubernamentales. La expresión del sector más radical del liberalismo exaltado se ve representada en estas circunstancias por el voto particular de los diputados Ruiz de la Vega y Zulueta que, además de rechazar

---

<sup>756</sup> Walter Bruyère-Ostells, *La Grande Armée de la liberté...*, op. cit., pp. 142-157; ID, “Internationale libérale ou contre-monde libéral ? Des degrés et des espaces d’opposition aux Restaurations” en Jean-Claude Caron, Jean-Philippe Luis (coord.), *Rien appris, rien oublié ?...*, op. cit., pp. 367-380.

la acusación del dictamen mayoritario, proclaman que lo más urgente es ir en contra de la moderación política impuesta por el gobierno y sus seguidores desde el inicio del régimen y desarrollar un espíritu de exaltación patriótica. En el análisis del golpe de Estado fracasado del 7 de julio, destaqué cómo la Diputación Permanente de Cortes gestionó esta crisis, al mantener una constante comunicación con el Palacio e insistir, después del día 7, en las garantías que tenía que dar Fernando VII y relativas a la depuración de su entorno palaciego cercano. El peligroso comportamiento del monarca español en las semanas posteriores al 7 de julio, examinado a través de fragmentos de correspondencia política del embajador La Garde, indica hasta qué punto Fernando rechazaba el sistema constitucional, ya que estaba dispuesto a provocar una intervención extranjera en España engañando de manera poco sutil al representante de Luis XVIII. Finalmente, mediante el análisis de algunas producciones literarias exaltadas, subrayé el impacto que tuvo para esta corriente el golpe del 7 de julio y cómo algunos exaltados, a través de la sátira, se apropiaron de la imagen de las mayores autoridades constitucionales, ridiculizándolas, para desahogar sus pasiones y celebrar el triunfo liberal consiguiente a la derrota de los sublevados.

En el cuarto capítulo, por una parte, además de complementar la percepción negativa que tenían los exaltados madrileños de los ministros del tercer gobierno del Trienio, estudié las relaciones entre el gobierno San Miguel y la opinión liberal exaltada, conformada por diputados y publicistas, recalcando la división interna del liberalismo exaltado. La unión entre diputados y ministros se plasmó en el otorgamiento de poderes excepcionales al gobierno, pero elementos como la causa del 7 de julio dividieron a los exaltados madrileños. El devenir de esta causa ejemplifica la distancia que mediaba entre aquellos que, como San Miguel, se contentaron con la instrucción de un juicio por sedición militar y aquellos que, como el fiscal Paredes y publicistas como los redactores del *Zurriago*, veían en esta causa, además de la posibilidad de aplicar un debido castigo, la oportunidad de cortar por lo sano y escarmentar a los conspiradores realistas. Por otra parte, en el contexto del Congreso de Verona y la decisión de intervenir militarmente en España, examiné la frustración de una alianza defensiva con Portugal -que, como bien lo recalcó Bron, no fue

más que una estrategia desarrollada por el ministro de Asuntos Exteriores portugués Pinheiro Ferreira para presionar al gobierno británico- y el último periodo de vigencia del sistema constitucional en Madrid. Este último periodo no fue muy brillante. Desde la oposición abierta entre masones y comuneros, reflejada en la negativa de los ministros del cuarto gabinete en entregar sus carteras, hasta la organización de un plan de defensa del territorio que no fue respetado en absoluto por gran parte de los generales constitucionales, este periodo evidencia los puntos débiles del régimen y de sus partidarios, especialmente la falta de cohesión y entendimiento entre liberales para afrontar una coyuntura europea hostil a la Constitución de Cádiz y la escasez de apoyos populares al régimen, notablemente en zonas rurales.

De manera general, hemos visto que el liberalismo exaltado en Madrid se compone de distintos grupos políticos, los cuales van desde la defensa de los intereses burgueses hasta la proclamación de principios radicales que sobrepasan el horizonte burgués del liberalismo. La familia Beltrán de Lis es un claro ejemplo de la exaltación política entendida como táctica para construir y preservar intereses políticos y económicos. Tuvo un poder local en ciudades claves del territorio español -Valencia, Barcelona, Cádiz- así como un poder a escala nacional, por su influencia en la capital de la monarquía y su presencia en negocios que alcanzan distintas ramas del Estado, especialmente la movilización de capitales para sacar a flote tanto la hacienda del régimen constitucional como la casa real. El uso de la agitación popular y de cuerpos armados no reconocidos oficialmente para amedrentar y presionar forma parte de las estrategias de esta familia.

En cuanto a los grupos que defendieron posturas radicales que se inspiraban en principios como la salud suprema de la patria y la soberanía del pueblo, estaban integrados por líderes como Romero Alpuente o Moreno Guerra. Es en este tipo de grupos donde se observa una relación de atracción-repulsión por la experiencia revolucionaria francesa de finales del siglo XVIII. Asimismo, son estos grupos los que más fomentaron la identificación de Riego con el proceso de la revolución. Contribuyeron a la creación de un mito en torno a la persona del general, pues veían en él un modelo de patriotismo desinteresado, un héroe que no actuaba para favorecer sus intereses propios



sino los de todo un país y sus habitantes. Finalmente, fueron estos grupos los que constituyeron la oposición radical al cuarto gobierno del Trienio, encabezado por San Miguel.

Por lo que respecta a los apoyos populares del liberalismo exaltado, es innegable que en espacios de sociabilidad como las sociedades patrióticas, sí que hay presencia de gente del pueblo -artesanos y labradores- y que se toman en cuenta problemas inherentes a su condición. Sin embargo, se sigue considerando al pueblo desde una óptica ilustrado-paternalista: se intenta educarlo en los principios liberales para asegurar apoyos al régimen liberal. Desde mi perspectiva, los redactores de *El Zurriago* Morales y Mejía son de los pocos que se plantearon tratar directamente con el pueblo para que alcanzase su propia emancipación, sin tener en mente una domesticación o una utilización posterior para afianzar el régimen liberal.

Asimismo, he constatado que la debilidad de la corriente liberal exaltada se vuelve muy patente cuando se considera el devenir de la sociedad secreta que desembocó en un conflicto con la masonería conservadora. En menos de dos años, la comunería se divide en dos ramas antagónicas: aquella más cercana a los masones, la de los llamados comuneros constitucionales, y aquella cuyos integrantes fraternizaron de buen grado con miembros de la carbonería, con un fuerte rechazo hacia ellos por parte de los que se reivindicaban de la corriente constitucional.

Otro factor de división y debilidad de la corriente liberal exaltada es la poca solidaridad manifestada hacia las revoluciones acaecidas en la Europa mediterránea a raíz de la española de 1820. Hay una porción de liberales exaltados que se regocijan por estas revoluciones por su significado liberal, pero que rechazan mostrarse solidarios de ellas. Frente a ellos, están los exaltados que, desde el principio del régimen constitucional español, abogan y trabajan por el advenimiento de revoluciones en Europa, conspiran con los refugiados, pero su fuerza efectiva es menor que su utopía.

Entre aquellos grupos se encuentran algunos liberales interesantes de considerar, aquellos que fluctúan entre los núcleos moderados y exaltados, por ejemplo Calatrava, los hermanos San Miguel o Canga Argüelles.

Por lo que toca al ámbito de la monarquía, a través de este trabajo he tenido la ocasión de exponer hasta qué punto era delicada la postura de Luis XVIII y su gabinete con respecto a Fernando VII y su calidad de rey constitucional. Por un lado, como lo estableció Roquette, Fernando sabía “sentir les rapports de force et (...) s’y plier aussi longtemps qu’ils ne lui (étaient) pas favorables”<sup>757</sup>. Pero, por el otro, las fuentes analizadas en el presente trabajo transmiten la imagen de un soberano *retors*, taimado y extremo. La prudencia de Luis XVIII, antes del Congreso de Verona, en la cuestión de una intervención en España se vio distintas veces contrariada por los tortuosos manejos del monarca español y su camarilla. El caso del intento de comprometer al embajador La Garde entre julio y agosto de 1822 es un buen ejemplo de ello.

Considero que todavía quedan muchas reflexiones abiertas. En efecto, sería por ejemplo relevante un estudio biográfico de algunos liberales exaltados influyentes, notablemente Vicente Beltrán de Lis, para analizar de manera pormenorizada las modalidades de emergencia de un liberalismo burgués que tuvo un impacto innegable tanto durante el Trienio como en la etapa liberal inaugurada a raíz de la muerte de Fernando VII en 1833. Asimismo, sería muy sugestivo realizar investigaciones biobibliográficas sobre algunos publicistas muy activos en el Trienio<sup>758</sup>, como por ejemplo José Joaquín de Mora. Este liberal, por su cosmopolitismo, su actitud anti-papista y por su compromiso en contra de la esclavitud, es sumamente llamativo.

Finalmente, en lo que respecta a la Constitución de Cádiz, es preciso recalcar que este código, que suele todavía presentarse como valor último de consenso entre los liberales exaltados, no logró la unanimidad en absoluto. Desde aquellos liberales favorables a una reforma -mencioné el caso de Beltrán de Lis en agosto de 1822 y también puede citarse a Flórez Estrada<sup>759</sup>- hasta aquellos que, mediante sus discursos y prácticas políticas, superaban constantemente la letra de la Constitución para proyectar una ideología más

---

<sup>757</sup> Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 99.

<sup>758</sup> Romera Valero ya emprendió este trabajo, interesándose por la figura del publicista Félix Mejía. Angel Romera Valero, “La trayectoria periodística de Félix Mejía durante el Trienio Liberal. Primera parte: de *La Colmena* y *La Periódico-manía* a *El Cetro Constitucional* (1820-1821)”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núm. 16 (2010), pp. 358-392.

<sup>759</sup> Véase su *Representación* a Fernando VII, en el cual aboga por un modelo bicameral. Alvaro Flórez Estrada, *Representación hecha a S. M. C. D. Fernando VII en defensa de las Cortes*, Brick Lane, Whitechapel, Imprenta de E. Justins, 1818.

revolucionaria. En base a estos elementos, pude concluir que la Constitución de 1812 era insuficiente para todo ellos. Aquello deconstruye muchos de los supuestos con que se inicia una aproximación al período, lo cual es muy importante para obtener una mirada histórico-crítica sobre él. En los discursos de los exaltados más radicales, es patente su creencia en valores universales que permitirían alcanzar una liberación global de los pueblos con respecto a las estructuras y protagonistas del Antiguo Régimen. En sus discursos y palabras destaca una visión combativa y comprometida de la ciudadanía. Estamos pues ante un impulso político e ideológico de gente que rechaza el sistema representativo instaurado por la Constitución de Cádiz y que se moviliza para conseguir la implantación de un sistema más abierto y plural, vertebrado por una participación directa de la ciudadanía en el proceso de toma de decisiones.

# Conclusions

Dans ce travail, j'ai eu l'occasion de considérer l'apparition et l'évolution du courant libéral exalté pendant le Trienio sous divers aspects. Comme je l'ai souligné dans le premier chapitre, *exaltado* est un mot qui a comme valeur associée "l'excès", et ce terme prend un sens politique d'abord en France, au moment de la Révolution de 1789, qui est récupéré par les royalistes à l'époque des Cortes de Cadix pour discréditer les libéraux. Un usage similaire du mot est décelable pendant le Trienio depuis 1820 mais, cette fois, ce ne sont pas les royalistes qui l'utilisent mais les libéraux conservateurs pour blâmer les libéraux les plus radicaux. C'est de cette manière que le groupe exalté est apparu, comme opposition au programme politique modéré des libéraux *doceañistas*.

Dans le deuxième chapitre, j'ai étudié comment la radicalisation de la lutte politique en 1821 est visible tant dans des épisodes comme l'assassinat de Vinuesa que dans les politiques restrictives adoptées en matière de libertés publiques et dans l'opposition au gouvernement Feliú de la fin 1821 et début 1822. De plus, j'ai analysé comment les libéraux du Trienio, et plus particulièrement les exaltés, se sont appropriés l'épisode des Comunautés de Castille. Au niveau officiel, la lutte des *comuneros* a été représentée comme un précédent dans la lutte contre le despotisme et la tyrannie, et les libéraux ont cherché à mobiliser émotionnellement les espagnols dans l'intention de diffuser un nouveau système de valeur. Pour les exaltés, les *comuneros* constituaient également un puissant symbole qui incarnait la lutte contre la stagnation du processus révolutionnaire, et c'est comme cela qu'ils ont conçu leur société secrète, la *comunería*, comme un outil d'organisation contre le monopole politique des modérés. Parallèlement, en 1821, une effervescence révolutionnaire se fait sentir, alimentée par les actions réactionnaires des puissances européennes et l'intervention autrichienne à Naples et au Piémont. A Madrid, des liens de fraternité entre révolutionnaires européens se sont créés ou renforcés, et ils ont mené à la création d'organisations secrètes telle que la *Società dei Fratelli Costituzionali*. L'Espagne s'intègre alors pleinement dans ce

que Bruyère-Ostells a appelé “l’archipel libéral” ou “contre-monde libéral”<sup>760</sup>. Cependant, la solidarité et le discernement de certains libéraux comme Alcalá Galiano ou le ministre San Miguel avaient leurs limites, comme j’ai eu l’occasion de le démontrer dans le cas de l’organisation de conspirations destinées à bouleverser l’ordre politique de la Restauration et celui de la préparation de la défense du régime constitutionnel espagnol au moment de l’intervention française de 1823.

Dans le troisième chapitre, j’ai souligné la perception négative qu’avaient les exaltés madrilènes des ministres du troisième cabinet du Trienio et du bilan gouvernemental du ministère Martínez de la Rosa quant à la question des colonies américaines et de la contre-révolution royaliste en Espagne. Les propos de députés américains qui plaident pour une reconnaissance des pays déjà indépendants *de facto* sont remarquables, ainsi que l’est l’opposition et l’inertie des libéraux péninsulaires qui refusent d’envisager une telle reconnaissance, comme le prouve l’adoption du rapport de la commission d’Outremer en juin 1822. En ce qui concerne la gestion de la contre-révolution royaliste, dans l’optique exaltée, le troisième gouvernement n’a fait que favoriser son développement, en prenant des mesures relativement bénignes face aux conspirateurs et insurgés très actifs et en nommant aux postes clés - spécialement la capitainerie générale et la *jefatura política*- des individus dont l’engagement libéral était limité voire même inexistant. Dans le rapport de juin 1822 sur l’état de la nation, on peut observer nettement certains des éléments qui ont motivé la division interne du libéralisme à l’époque du Trienio, entre modérés et exaltés mais aussi au sein du groupe exalté même. Les membres de la commission qui ont souscrit au rapport majoritaire étaient en grande partie des modérés mais deux autres, Canga Argüelles et Mélendez Fernández, jouissaient d’une réputation d’exaltés. Or ils ont quand même participé à l’accusation contre les libéraux les plus enthousiasmés par la Constitution d’avoir eu une influence négative sur l’état de la nation, à cause de leur méfiance face aux mesures gouvernementales. L’expression du secteur le plus radical du libéralisme exalté est représentée dans ces circonstances par le vote

---

<sup>760</sup> Walter Bruyère-Ostells, *La Grande Armée de la liberté...*, op. cit., pp. 142-157; ID, “Internationale libérale ou contre-monde libéral ? Des degrés et des espaces d’opposition aux Restaurations” dans Jean-Claude Caron, Jean-Philippe Luis (coord.), *Rien appris, rien oublié ?* ..., op. cit., pp. 367-380.

particulier des députés Ruiz de la Vega et Zulueta qui, en plus de repousser l'accusation contenue dans le rapport majoritaire, ont proclamé que le plus urgent était d'agir contre la modération politique imposée par le gouvernement et ses partisans, et développer un esprit d'exaltation patriotique. Dans l'analyse du coup d'Etat manqué du 7 juillet, j'ai souligné la manière dont la Députation Permanente avait géré cette crise, en maintenant une communication constante avec le Palais Royal et en insistant, après le 7, sur les garanties que devait donner Ferdinand VII, relatives à la purge de son entourage proche du Palais. Le dangereux comportement du monarque espagnol dans les semaines suivant le 7 juillet, examiné au travers de fragments de la correspondance politique de l'ambassadeur La Garde, indique jusqu'à quel point Ferdinand n'acceptait pas le système constitutionnel, puisqu'il était disposé à provoquer une intervention étrangère en Espagne en trompant de manière peu subtile le représentant de Louis XVIII. Finalement, au travers de l'analyse de quelques productions littéraires exaltées, j'ai signalé l'impact qu'avait eu pour ce groupe politique le coup d'Etat du 7 juillet et comment certains exaltés, au moyen de la satire, se sont appropriés l'image des plus hautes autorités constitutionnelles, en les ridiculisant, pour décharger leurs passions et célébrer le triomphe libéral résultant de la défaite des insurgés.

Dans le quatrième chapitre, d'une part, en plus de compléter la perception négative qu'avaient les exaltés madrilènes par rapport aux ministres du troisième cabinet du Trienio, j'ai analysé les relations entre le gouvernement San Miguel et l'opinion libérale exaltée, composée de députés et de publicistes, en soulignant la division interne du libéralisme exalté. L'union entre ministres et députés s'est concrétisée via l'octroi de pouvoirs spéciaux au gouvernement, mais des éléments comme le procès du 7 juillet ont divisé les exaltés. L'évolution de ce procès illustre la distance qui séparait ceux qui, comme San Miguel, se sont contentés de l'instruction d'un procès pour sédition militaire et ceux qui, comme le procureur Paredes et certains publicistes comme les rédacteurs du *Zurriago*, voyaient dans ce procès, en plus de la possibilité d'appliquer un juste châtiment, l'opportunité de couper court aux manœuvres absolutistes et donner une leçon aux conspirateurs du même bord. De plus, dans le contexte du Congrès de Vérone et de la décision des puissances alliées

d'intervenir militairement en Espagne, j'ai examiné les circonstances de l'échec d'une alliance défensive avec le Portugal -qui, comme l'a établi Bron, n'était rien de plus qu'une stratégie développée par le ministre des Affaires Etrangères portugais Pinheiro Ferreira pour faire pression sur le gouvernement britannique-. J'ai également étudié la dernière période du système constitutionnel à Madrid. Cette ultime période n'a pas été très brillante. Depuis l'opposition ouverte entre maçons et *comuneros*, reflétée dans le refus des ministres du quatrième gouvernement de quitter leur poste, jusqu'à l'organisation d'un plan de défense du territoire qui n'a absolument pas été respecté par une grande partie des généraux constitutionnels, cette époque démontre tous les points faibles du régime et de ses partisans, en particulier le manque de cohésion et d'entente entre les libéraux pour affronter une conjoncture européenne hostile à la Constitution de Cadix et le manque d'appuis populaires au régime, spécialement dans les zones rurales.

D'une manière générale, nous avons vu que le courant libéral exalté à Madrid se compose de différents groupes politiques, lesquels vont depuis la défense des intérêts bourgeois jusqu'à la proclamation de principes radicaux qui dépassent l'horizon bourgeois du libéralisme. La famille Beltrán de Lis est un bon exemple de l'exaltation politique conçue comme tactique pour construire et préserver des intérêts politiques et économiques. Cette famille avait un pouvoir local dans des villes clés du territoire espagnol -Valence, Barcelone, Cadix- ainsi qu'un pouvoir à échelle nationale, de par son influence dans la capitale de la monarchie et sa présence dans des affaires qui concernent plusieurs branches de l'Etat, en particulier la mobilisation de capitaux pour remettre à flot tant l'économie du régime constitutionnel que la maison royale. L'utilisation de l'agitation populaire et de corps armés non reconnus officiellement pour intimider et faire pression est une des stratégies utilisées par cette famille.

Quant aux groupes qui ont défendu des postures radicales qui s'inspiraient de principes comme le salut suprême de la patrie et la souveraineté populaire, Romero Alpuente ou Moreno Guerra en faisaient par exemple partie. C'est dans ce type de groupes que l'on observe un rapport d'attraction-répulsion avec l'expérience révolutionnaire française de la fin du XVIII<sup>ème</sup> siècle. De plus, ce

sont ces groupes qui ont le plus fomenté l'identification de Riego avec le processus de la révolution. Ils ont contribué à la création d'un mythe autour de la personne du général, puisqu'ils voyaient en lui un modèle de patriotisme désintéressé, un héros qui n'agissait pas pour favoriser ses intérêts particuliers mais ceux de tout un pays et ses habitants. Finalement, ce sont ces groupes qui ont constitué l'opposition radicale au quatrième gouvernement du Trienio, dirigé par San Miguel.

En ce qui concerne les appuis populaires du libéralisme exalté, il est indéniable que, dans des espaces de sociabilité comme les sociétés patriotiques, des gens du peuple étaient présents -*artesanos* et *labradores*- et que les problèmes inhérents à leur condition étaient pris en compte. Cependant, le peuple est très souvent considéré avec une optique paternaliste: il faut lui enseigner les principes libéraux pour assurer des appuis au régime. De mon point de vue, les rédacteurs du *Zurriago* Morales et Mejía sont presque les seuls à avoir envisagé de traiter directement avec le peuple pour qu'il atteigne sa propre libération, sans arrière-pensées ou sans imaginer une utilisation postérieure pour consolider le régime constitutionnel.

J'ai également constaté que la faiblesse du courant libéral exalté saute aux yeux lorsqu'on considère l'évolution de la société secrète qui a débouché sur un conflit avec la franc-maçonnerie conservatrice. En moins de deux ans, la *comunería* est divisée en deux groupes antagonistes : celui des *comuneros* constitutionnels, qui se rapproche le plus des franc-maçons, et celui dont les membres ont chaleureusement fraternisé avec des affiliés à la charbonnerie. Ce deuxième groupe a été fortement critiqué par ceux qui se revendiquaient comme constitutionnels.

Un autre motif de la division et de la faiblesse du courant libéral exalté est le peu de solidarité manifestée envers les révolutions de l'Europe méditerranéenne qui se sont déclenchées suite à la révolution espagnole de 1820. Une partie des libéraux exaltés s'en est réjouie, de par leur caractère libéral, mais a refusé de se montrer solidaire avec elles. Face à ces libéraux, on trouve les exaltés qui, depuis le début du régime constitutionnel espagnol, plaident et travaillent à l'expansion de ces révolutions en Europe. Ils conspirent avec les réfugiés politiques, mais leur force effective est moindre que leur utopie.



Entre ces groupes se trouvent quelques libéraux intéressants à considérer, ceux qui fluctuent entre les modérés et les exaltés, par exemple Calatrava, les frères San Miguel ou Canga Argüelles.

En ce qui concerne le pouvoir monarchique, j'ai eu l'occasion de montrer dans ce travail à quel point la posture de Louis XVIII et de son cabinet était délicate par rapport à Ferdinand VII et sa qualité de roi constitutionnel. D'un côté, comme Roquette l'a établi, Ferdinand savait "sentir les rapports de force et (...) s'y plier aussi longtemps qu'ils ne lui (étaient) pas favorables"<sup>761</sup>. Mais, d'un autre côté, les sources analysées dans cette thèse transmettent l'image d'un souverain retors et extrême. La prudence de Louis XVIII, avant le Congrès de Vérone, quant à la question d'une intervention en Espagne a été plusieurs fois contrariée par les intrigues du monarque espagnol et sa *camarilla*. L'épisode de la tentative de compromettre l'ambassadeur La Garde entre juillet et août 1822 en est un bon exemple.

Je considère qu'il a encore de nombreuses recherches intéressantes à mener. En effet, une étude biographique de certains libéraux serait très pertinente, en particulier Vicente Beltrán de Lis, pour analyser de manière détaillée les modalités de construction d'un libéralisme bourgeois qui a eu un impact non négligeable tant pendant la période du Trienio qu'au cours de l'ère libérale qui s'inaugure après la mort de Ferdinand VII en 1833. De plus, il serait captivant de faire une étude biobibliographique de certains journalistes libéraux très actifs pendant le Trienio<sup>762</sup>, comme par exemple José Joaquín de Mora. Ce libéral, de par son cosmopolitisme, son attitude anti-papauté et son engagement contre l'esclavage est un personnage particulièrement fascinant.

Enfin, en ce qui concerne la Constitution de Cadix, il est important de souligner que, bien qu'elle soit souvent encore présentée comme la plus grande valeur de consensus entre les libéraux exaltés, elle n'a absolument pas fait l'unanimité, tant pour les libéraux qui étaient favorables à une réforme -j'ai mentionné le cas de Beltrán de Lis en août 1822 et on peut aussi citer Flórez

---

<sup>761</sup> Antoine Roquette, *La Restauration...*, op. cit., p. 99.

<sup>762</sup> Romera Valero a par exemple commencé à s'intéresser au journaliste Félix Mejía et à son œuvre. Angel Romera Valero, "La trayectoria periodística de Félix Mejía durante el Trienio Liberal. Primera parte: de *La Colmena* y *La Periódico-manía* a *El Cetro Constitucional* (1820-1821)", dans *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, num. 16 (2010), pp. 358-392.

Estrada<sup>763</sup>- que pour ceux qui, au travers de leurs discours et pratiques politiques, allaient constamment au-delà des articles constitutionnels pour projeter une idéologie plus révolutionnaire. Sur la base de ces éléments, je conclus que la Constitution de 1812 était insuffisante pour eux tous. Cela déconstruit nombre de pré-supposés dans l'approche sur ce régime, ce qui est essentiel pour atteindre un regard historico-critique à son propos. Dans les discours des exaltés les plus radicaux, leur croyance en des valeurs universelles qui permettraient une libération globale des peuples par rapport aux structures et protagonistes de l'Ancien Régime est manifeste. Il se dégage de leurs discours une vision combattive et engagée de la citoyenneté. Nous sommes face à une impulsion politique et idéologique de personnes qui refusent le système représentatif instauré par la Constitution de Cadix et qui se mobilisent pour obtenir l'implantation d'un système plus ouvert et pluriel, fondé sur la participation directe des citoyens dans le processus de prise de décisions.

---

<sup>763</sup> Cfr. sa *Representación* à Ferdinand VII, où il plaide pour un modèle bicaméral. Alvaro Flórez Estrada, *Representación hecha a S. M. C. D. Fernando VII en defensa de las Cortes*, Brick Lane, Whitechapel, Imprimerie de E. Justins, 1818.

# Fuentes y bibliografía

## FUENTES

### ARCHIVOS

Archivo de las Cortes, Madrid (AC)

Leg. 130, núm. 47, reclamaciones del enviado de S. M. británica contra los artículos de los periódicos *Universal* y *Régulateur*.

Archivo General de Palacio, Madrid (AGP)

*Papeles Reservados de Fernando VII*

Tomo 21, fol. 53-55, primera lista de masones, segunda lista de masones (septiembre de 1821), tercera lista de masones (septiembre de 1821).

Tomo 67, doc. 17, *Estatutos de la confederación de comuneros españoles*.

Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN)

*Superintendencia General de Vigilancia Pública*

Leg. 12.271, oficio del superintendente Julián Cid al ministro del Interior, 14 de agosto de 1823.

Archive du Ministère des Affaires Etrangères, París (AMAE)

*Correspondance Politique Espagne*

Tomo 705 (enero-abril de 1820).

Tomo 713 (mayo-septiembre de 1821).

Tomo 716 (mayo-agosto de 1822).

Tomo 717 (septiembre-diciembre de 1822).

Archives Nationales de France, París (AN)

*F7, Police Générale*

Leg. 6644, informes de Louis Pêche (1821).

Archivo de la Villa, Madrid (AV)

*Sección 2a*

Leg. 171-33, *Expediente militar formado para la exhumación de los restos de los héroes castellanos Padilla, Bravo y Maldonado y copias de la orden, acta celebrada y decreto de aprobación.*

Leg. 231-9, celebración de solemnes exequias por los valientes que sacrificaron sus vidas en el memorable día 7 de julio de 1822.

Leg. 275-34, función cívica del 24 de septiembre de 1822.

**PRENSA**

*El Amigo del Pueblo*

*La Boussole espagnole*

*El Censor*

*El Ciudadano*

*El Conservador*

*El Constitucional, Correo General de Madrid*

*El Diario Gaditano*

*L'Echo de l'Europe*

*El Eco del Comercio*

*El Eco de Padilla*

*El Espectador*

*El Imparcial*

*La Ley*

*L'observateur espagnol ou le guide des libéraux*

*El Redactor General de España*

*Le Régulateur, journal politique et littéraire*

*El Sol*

*La Tercerola*

*El Universal*

*El Zurriago*

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **FUENTES PRIMARIAS**

*Actas Secretas de la Diputación Permanente* (1820-1823, edición digital del Congreso de los diputados: [http://www.congreso.es/est\\_sesiones/](http://www.congreso.es/est_sesiones/)).

ALCALA GALIANO, Antonio, *Memorias de don Antonio Alcalá Galiano publicadas por su hijo*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1886, tomo 2.

ALEMANY Y BOLUFER, José, *Diccionario de la lengua española*, Barcelona, Ramón Sopena, 1917.

AMADORI, Mariano, *Memoria sobre señoríos territoriales y solariegos*, Madrid, Imprenta de la Minerva Española, 1821.

ANONIMO, *The Carbonari: or the Spanish war assigned to its real cause*, Londres, J. Limbird, 1823.

ANONIMO, *Condiciones y Semblanzas de los diputados a Cortes para los años de 1822 y 1823*, Madrid, Imprenta del Zurriago, 1822.

ANONIMO, *Elogio de la Sociedad del Anillo. Primera parte*, Imprenta de Antonio Fernández, Madrid, 1822.

ANONIMO, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842, tomos 2 y 3.

BORREGO, Andrés, *Historia de una idea. España y Portugal*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1869.

CHASSEBŒUF DE LA GIRAUDAS, Constantin-François, conde Volney, *Les ruines ou Méditations sur les révolutions des empires*, París, s. e., agosto de 1791.

CHATEAUBRIAND, François-René, *Congrès de Vérone. Guerre d'Espagne. Négociations. Colonies espagnoles*, Bruxelles, Méline, Cans et Compagnie, 1838, tomo 1.

*Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes generales y extraordinarias*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1820, tomo 1.

*Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes Ordinarias de 1820 y 1821*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821, tomo 6.

*Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, Madrid, Imprenta Nacional, 1822, tomo 8.

*Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes*, Madrid, Imprenta Nacional, 1822, tomo 9.

*Colección de los decretos y órdenes generales expedidos por las Cortes Extraordinarias*, Madrid, Imprenta de Tomás Alban y compañía, 1823, tomo 10.

*Constitución política de la Monarquía española. Promulgada en Cádiz a 19 de marzo de 1812* (edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/constitucion-politica-de-la-monarquia-espanola-promulgada-en-cadiz-a-19-de-marzo-de-1812-precedida-de-un-discurso-preliminar-leido-en-las-cortes-al-presentar-la-comision-de-constitucion-el-proyecto-de-ella--0/html/000d0672-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/constitucion-politica-de-la-monarquia-espanola-promulgada-en-cadiz-a-19-de-marzo-de-1812-precedida-de-un-discurso-preliminar-leido-en-las-cortes-al-presentar-la-comision-de-constitucion-el-proyecto-de-ella--0/html/000d0672-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)).

DEBIDOUR, Antonin, *Le général Fabvier. Sa vie politique et militaire*, París, Plon, 1904.

*Diario de las sesiones de Cortes* (1820-1823, edición digital del Congreso de los diputados: [http://www.congreso.es/est\\_sesiones/](http://www.congreso.es/est_sesiones/)).

*Dictionnaire de l'Académie française*, quinta edición, París, Chez J. J. Smits et Cie., Imprimeur-libraire, 1798.

*Dictionnaire de l'Académie française*, sexta edición, París, Imprimerie et Librairie de Firmin Didot frères, 1835.

DOMINGUEZ, Ramón Joaquín, *Diccionario nacional o Gran diccionario clásico de la lengua española*, Madrid-París, Establecimiento de Mellado, 1853.

DOMINGUEZ, Ramón Joaquín, *Nuevo suplemento al Diccionario Nacional o Gran Diccionario Clásico de la lengua española*, Madrid, Imprenta y Librería Universal de los Sres. Crepo, Martín y Comp., Editores, 1869.

ELIAS, José Antonio y FERRATER, Estebán, *Manual del derecho civil vigente en Cataluña*, Barcelona, Imprenta de Ramirez, 1864.

ELIZALDE, *Los Sueños*, Madrid, s. e., 1822.

FERAUD, Jean-François, *Dictionnaire critique de la langue française*, Marseille, J. Mossy, 1788.

FERNANDEZ DE CORDOVA, Fernando, *Mis memorias íntimas*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1886.

FLOREZ ESTRADA, Alvaro, *Representación hecha a S. M. C. D. Fernando VII en defensa de las Cortes*, Brick Lane, Whitechapel, Imprenta de E. Justins, 1818.

GALLOTTI, Pedro, *Treinta preguntas de un oficial piamontés al teniente Guillermo Pepe. Acerca de su conducta política y militar en los últimos sucesos de Nápoles*, Barcelona, Imprenta de José Torner, 1821.

GASPAR MARISTANY, José y ROIG OLIVERAS, José, *Diccionario enciclopédico de la lengua española*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, editores, 1853, tomo 1.

GODEFROY, Frédéric, *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IXème au XVème siècle*, F. Vieweg, Libraire-éditeur, París, 1884, tomo 3.

GODEFROY, Frédéric, *Complément au dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IXème au XVème siècle*, París, Librairie Emile Bouillon, 1895-1902, tomo 9.

GUIZOT, François, *Mélanges politiques et historiques*, París, Michel Lévy Frères, 1869.

IMBERT, Aug. y BELLET, B.-L., *Biographie des condamnés politiques, depuis la restauration des Bourbons en France jusqu'en 1827*, Bruxelles, Aug. Imbert Libraire-Editeur, 1827.

LE BRUN, Carlos (Félix Mejía), *Retratos políticos de la revolución de España*, Filadelfia, s. e., 1826.

LESUR, Charles-Louis, *Annuaire historique universel pour 1820*, París, Imprimerie d'Ange Clo, 1821.

LESUR, Charles-Louis, *Annuaire historique universel pour 1822*, París, Imprimerie de Rignoux, 1823.



LITTRE, Emile, *Dictionnaire de la langue française*, París, Hachette, 1888 (edición digital: <http://www.littre.org/>).

MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 2006.

MORALES, Benigno, *Carta a Félix Mejía*, Filadelfia, Imprenta de Guillermo Stavely, 1826.

PANDO FERNANDEZ DE PINEDA, Manuel, marqués de Miraflores, *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la revolución de España, desde el año 1820 hasta 1823*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834.

PANDO FERNANDEZ DE PINEDA, Manuel, marqués de Miraflores, *Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes histórico-críticos sobre la revolución de España*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834, tomo 2.

PAREDES, Juan, *Manifiesto que hace a la España el fiscal de la causa de conspiración del 7 de julio último don Juan de Paredes*, Madrid, Imprenta de León Amarita, 1822.

PASQUIER, Etienne-Denis, *Mémoires du chancelier Pasquier*, París, Plon, 1894, tomo 5.

PECCHIO, Giuseppe, *Trois mois au Portugal en 1822. Lettres de Joseph Pecchio a Lady J. O.*, París, s. e., 1822.

PEPE, Guglielmo, *Mémoires du général Pepe sur les principaux événements politiques et militaires de l'Italie moderne*, París, Librairie d'Amyot Editeur, 1847, tomo 3.

RAMIREZ DE VILLA-URRUTIA, Wenceslao, marqués de Villa-Urrutia, *Fernando VII Rey Constitucional, historia diplomática de España de 1820 a 1823*, Madrid, Francisco Beltrán, 1922.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana*, octava edición, Madrid, Imprenta Nacional, 1827.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana*, duodécima edición, Madrid, Imprenta de Gregorio Hernando, 1884.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua (...)*, tomo segundo, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1729.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1927.

*Reglamento de la Sociedad Constitucional*, Madrid, Imprenta de José del Collado, 1821 (edición digital de la Biblioteca Virtual de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación: <http://bvrajl.rajyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=8487>).

*Reglamento del gobierno interior de Cortes y su edificio*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821.

*Reglamento para el gobierno interior de las Cortes*, Cádiz, Imprenta Nacional, 1813.

ROMERO ALPUENTE, Juan, *Historia de la revolución española y otros escritos* (edición a cargo de Alberto Gil Novales), Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, tomo 2.

SAENZ DE VINIEGRA DE TORRIJOS, Luisa, *Vida del general José María de Torrijos y Uriarte*, Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa, 1860, tomo 1.

SALVA, Vicente, *Nuevo diccionario de la lengua castellana*, París, s. e., 1846.

SAN MIGUEL, Evaristo, *Memoria sucinta sobre lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del comandante general de la primera división don Rafael del Riego, desde su salida de la ciudad de San Fernando el 27 de enero de 1820, hasta su total disolución en Bienvenida el 11 de marzo del mismo año*, Sevilla, Imprenta Mayor, 1820.

SOLANA, Antonio, *La Congresa española. Restablecimiento de la libertad y prosperidad de España, o sea el único remedio de sus presentes graves males, y de otros mayores que tiene muy cerca. Plan que propone a esta nación uno de sus más amantes hijos, académico de la Argamasilla*, Madrid, Imprenta del Zurriago, 1822.

TERREROS Y PANDO, Esteban, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Viuda de Ibarra, 1787.

*Trésor de la langue française*, versión del CNRS y del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales (<http://www.cnrtl.fr/definition/>).

ZEROLO, Elías, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, Madrid, Garnier hermanos 1895.

## FUENTES SECUNDARIAS

ALVAREZ ALONSO, Clara, “Las bases constitucionales del moderantismo español: el Fuero Real de España” en Ignacio Fernández Sarasola (edit.), *Constituciones en la sombra. Proyectos constitucionales españoles (1809-1823)*, Oviedo, In Itinere, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014.

ARDIT LUCAS, Manuel, “Horneros, negociantes y corsarios. Los orígenes de la fortuna de Vicente Bertrán de Lis y Tomás” en *Estudis*, núm. 37 (2011), pp. 155-178.

ARNABAT MATA, Ramón, “¿Campesinos contra la Constitución? El realismo catalán, un ejemplo y un análisis global”, en *Historia social*, núm. 6 (1993), pp. 33-49.

ARTOLA, Miguel, *Antiguo régimen y revolución liberal*, Barcelona, Ariel, 1978.

ARTOLA, Miguel, *La España de Fernando VII*, tomo 26 de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

ARTOLA, Miguel, *La Hacienda del siglo XIX: progresistas y moderados*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

ASTUR, Eugenia (Enriqueta García Infanzón), *Riego: estudio histórico-político de la revolución del año veinte*, Oviedo, Consejería de Educación del Principado de Asturias, 1984.

BARBASTRO GIL, Luis, *El clero valenciano en el Trienio Liberal (1820-1823): esplendor y ocaso del estamento eclesiástico*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985.

BARREIRO FERNANDEZ, Xosé Ramón, “La reacción absolutista en Galicia en el Trienio 1820-1823”, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, tomo 31, núms. 93-95 (1978-1980), pp. 167-208.

BERZAL DE LA ROSA, Enrique, *Los comuneros. De la realidad al mito*, Madrid, Sílex ediciones, 2008.

BLANCO VALDES, Roberto, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Valencia, Siglo XXI, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

BRENNECKE, Christiana, “Sir Robert Wilson y el nacimiento de las *Legiones liberales extranjeras* del Trienio Liberal (1820-1823)” en Ricardo Robledo, Irene Castells, María Cruz Romeo, *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003 (publicación en formato CD-ROM).

BRINES BLASCO, Joan, *La desamortización eclesiástica en el país valenciano durante el trienio constitucional*, Valencia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 1973.

BRON, Grégoire, “Learning lessons from the Iberian Peninsula: Italian Exiles and the Making of a Risorgimento without People, 1820-48” en Maurizio Isabella, Konstantina Zanou (eds.), *Mediterranean Diasporas. Politics and ideas in the Long 19<sup>th</sup> century*, Londres, Bloomsbury, 2015, pp. 59-76.

BRON, Grégoire, *Révolution et nation entre le Portugal et l'Italie. Les relations politiques luso-italiennes des Lumières à l'Internationale libérale de 1830*, Tesis doctoral, Ecole Pratique des Hautes Etudes, 2013.

BRUYERE-OSTELLS, Walter, *La Grande Armée de la liberté*, París, Editions Tallandier, 2009.

BRUYERE-OSTELLS, Walter, "Internationale libérale ou contre-monde libéral ? Des degrés et des espaces d'opposition aux Restaurations", en Jean-Claude Caron, Jean-Philippe Luis (coord.), *Rien appris, rien oublié ? Les Restaurations dans l'Europe postnapoléonienne (1814-1830)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015, pp. 367-380.

BUSTOS, Sophie, "Consideraciones sobre la reforma tributaria de Canga Argüelles (1820)", en Pilar Folguera, Juan Carlos Pereira, Carmen García, Jesús Izquierdo, Rubén Pallol, Raquel Sánchez, Carlos Sanz, Pilar Toboso (eds.), *Pensar con la historia desde el siglo XIX. Actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, UAM Ediciones, 2015, pp. 5211-5227.

BUSTOS, Sophie, "Un intrigante en Palacio: apuntes sobre Antonio Ugarte, consejero de Fernando VII", en Damián A. González Madrid, Manuel Ortiz Heras, Juan Sisinio Pérez Garzón (eds.), *La Historia, lost in translation ? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La-Mancha, 2017, pp. 215-221.

BUTRON PRIDA, Gonzalo, *Nuestra Sagrada Causa. El modelo gaditano en la revolución piamontesa de 1821*, Cádiz, Ayuntamiento, 2006.

BUTRON PRIDA, Gonzalo, "La inspiración española de la revolución piamontesa de 1821" en *Historia Constitucional*, núm. 13 (2012), pp. 73-97.

CANAL, Jordi y MORENO LUZON, Javier, "Introduction" en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

CARNERO, Guillermo, "Sensibilidad y casuística moral en Ignacio García Malo", en *Estudios sobre narrativa y otros temas dieciochescos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.

CASALS BERGES, Quintí, *La representación parlamentaria en España durante el Primer Liberalismo (1810-1836)*, Lleida, Cádiz, Edicions de la Universitat de Lleida, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 2014.

CASTELLS, Irene, “La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)” en *Ayer*, núm. 41 (2001), pp. 43-62.

CASTELLS, Irene, *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona, Crítica, 1989.

CAVALIER, Claudine, *Les Enragés*, Philippe Royet, 2004 (edición digital: [http://web.archive.org/web/20041108112647/http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article\\_enrages.htm](http://web.archive.org/web/20041108112647/http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article_enrages.htm)).

COMELLAS, José Luis, *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958.

COMELLAS, José Luis, *El Trienio Constitucional*, Madrid, Rialp, 1963.

CONEJERO MARTINEZ, Vicente, *El trienio constitucional en Alicante (1820-1823) y la segunda represión contra los liberales (1823-1833)*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1983.

CORCIULO, Maria Sofia, “La Costituzione di Cadice e le rivoluzioni italiane del 1820-’21” en *La carta e la storia*, núm. 2 (diciembre 2000), pp. 18-29.

COSORES, Nadyezdha, “England and the Spanish revolution of 1820-1823”, *Trienio*, núm. 9 (mayo 1987), pp. 39-132.

COSORES, Nadyezdha, “¿Por qué no hubo jacobinos en el Trienio?”, en *Ejército, pueblo y Constitución. Siglos XIX y XX. Homenaje al general R. del Riego*, Anexos de la revista *Trienio*, 1988, pp. 243-271.

DELPY, Pierre-Marie, “Les correspondances, un outil pour reconstituer les réseaux libéraux napolitains dans le premier XIX<sup>ème</sup> siècle” en *Page 19. Bulletin des doctorants et jeunes chercheurs du Centre d’histoire du XIX<sup>ème</sup> siècle*, núm. 1 (invierno 2013), pp. 67-71.

DELPY, Pierre-Marie, “Fraternités libérales et insurrections nationales : Naples et l’Espagne, 1820-1821”, en *Revue d’histoire du XIX<sup>ème</sup> siècle*, núm. 49 (2014/2), pp. 195-213.

DELPY, Pierre-Marie, *Politisazione et monde libéral en Italie méridionale (1815-1856). Le malgoverno et ses opposants: acteurs et pratiques dans le royaume des Deux-Siciles*, Tesis doctoral, Universidad Paris 1, 2017.

DEROZIER, Albert, *L’histoire de la Sociedad del Anillo de Oro pendant le triennat constitutionnel 1820-1823: la faillite du système libéral*, París, Les Belles Lettres, 1965.

DIAZ-PLAZA RODRIGUEZ, Mercedes, *Zaragoza durante el trienio (1820-1823): una narración de historia política urbana*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1995.

ESPINO JIMENEZ, Francisco Miguel, “La presencia de refugiados napolitanos en la España del Trienio Liberal y su papel en las sociedades secretas”, en Carmen Blanco Valdés, Linda Garosi, Giorgia Marangon Bacciolo, Francisco José Rodríguez Mesa (coords.), *Il Mezzogiorno italiano: riflessi e immagini culturali del Sud d’Italia*, Florencia, Franco Cesati Editore, 2016, vol. 2, pp. 599-609.

FERNANDEZ SARASOLA, Ignacio, “La Constitución española de 1812 y su proyección europea e iberoamericana”, en *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del estado, derecho público e historia constitucional*, núm. 2 (2000), pp. 359-457.



FERNANDEZ SARASOLA, Ignacio, *Poder y libertad: los orígenes de la responsabilidad del Ejecutivo en España (1808-1823)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

FERNANDEZ SARASOLA, Ignacio, *Proyectos Constitucionales en España (1786-1824)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.

FERNANDEZ SEBASTIAN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

FERNANDEZ SEBASTIAN, Javier, “Liberales sin fronteras. Cádiz y el primer constitucionalismo hispánico”, en Fernando García Sanz, Vittorio Scotti Douglas, Romano Ugolini, José Ramón Urquijo Goitia (eds.), *Cadice e oltre: Costituzione, nazione e libertà: la carta gaditana nel bicentenario della sua promulgazione*, Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento italiano, 2015, pp. 465-490.

FONTANA, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979.

FUENTES, Juan Francisco, “Flórez Estrada en el Trienio Liberal” en Joaquín Varela Suanzes-Carpegna (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853): política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004, pp. 175-207.

FUENTES, Juan Francisco, “‘Yo nada valgo’: Rafael del Riego y la revolución liberal española”, en Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (dirs.), *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008, pp. 13-42.

GARCIA GARCIA, Carmen, *La crisis de las haciendas locales. De la reforma administrativa a la reforma fiscal (1743-1845)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1996.

GARCIA GARCIA, Carmen, "Iberismo y unión dinástica durante el Sexenio revolucionario español", en Martim de Albuquerque, Inácio Guerreiro, Feliciano Novoa Portela, Elena Postigo Castellanos (coord.), *Encontros e desencontros ibéricos. Tratados hispano-portugueses desde a Idade Média*, Madrid, Lisboa, Lunwerg Editores y Chaves Ferreira Publicaciones, 2006, pp. 213-225.

GIL NOVALES, Alberto, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Madrid, Fundación Mapfre, 2010, edición digital (<http://diccionario.historia.fundacionmapfre.org/>).

GIL NOVALES, Alberto, *Rafael de Riego, la Revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos* (editor), Madrid, Tecnos, 1976.

GIL NOVALES, Alberto, *Las sociedades patrióticas (1820-1823): las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1975.

GIL NOVALES, Alberto, *Textos exaltados del Trienio Liberal*, Madrid, Ediciones Júcar, 1979.

GIL NOVALES, Alberto, *El Trienio Liberal*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

GUERRERO LATORRE, Ana Clara, "La política británica hacia España en el Trienio Constitucional", en *Espacio, Tiempo y Forma*, S. V. Hª Contemporánea, tomo 4 (1991), pp. 215-240.

HOFFMANN, Léon-François, *En marge de l'histoire politique et littéraire de la France sous la Restauration. La peste à Barcelone*, Nueva Jersey, París, Universidad de Princeton, Presses Universitaires de France, 1964.

ISABELLA, Maurizio y ZANOU, Konstantina (eds.), *Mediterranean Diasporas. Politics and ideas in the Long 19<sup>th</sup> century*, Londres, Bloomsbury, 2015.

ISABELLA, Maurizio, *Risorgimento in exile. Italian Emigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

KORINTHIOS, Gianni, *I liberali napoletani e la Rivoluzione greca (1821-1830)*, Nápoles, l'Officina tipografica, 1990.

LA PARRA, Emilio, *Los Cien Mil Hijos de San Luis: el ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Editorial Síntesis, 2007.

LARIO, Angeles, "Del liberalismo revolucionario al liberalismo post-revolucionario en España", en *Espacio, Tiempo y Forma*, S. V. Hª Contemporánea, tomo 17 (2005), pp. 45-65.

LARROCHE, Emmanuel, *L'expédition d'Espagne. 1823: de la guerre selon la Charte*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013.

LOPEZ-CORDON, María Victoria, "España en la Europa de la Restauración (1814-1834)", en *La España de Fernando VII. La posición europea y la emancipación americana*, tomo 32/2 de José María Jover Zamora (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

LUIS, Jean-Philippe, *L'utopie réactionnaire. Epuration et modernisation de l'Etat dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002.

MARCUELLO BENEDICTO, Juan Ignacio y PEREZ LEDESMA, Manuel, "Parlamento y poder ejecutivo en la España contemporánea (1810-1936)", en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Epoca), núm. 93 (julio-septiembre 1996), pp. 17-38.

MARCUELLO BENEDICTO, Juan Ignacio, "La libertad de imprenta y su marco legal en la España liberal", en *Ayer*, núm. 34 (1999), pp. 65-91.

MARCUELLO BENEDICTO, Juan Ignacio, “Las Cortes de Cádiz: Monarquía y gobierno de Asamblea. Valoraciones historiográficas sobre la ‘forma de gobierno’ en el sistema constitucional de 1812”, en Antonio Rodríguez de las Heras y Rosario Ruiz Franco (eds.), *1808: controversias historiográficas*, Madrid, Editorial Actas, Instituto de Investigación “Julio Caro Baroja” de la Universidad Carlos III de Madrid, 2010, pp. 146-172.

MARTIN MARTIN, Teodoro, *El movimiento iberista. Aproximación a la historia de una idea*, Madrid, Asociación de Profesores Universitarios Jubilados, 2009.

MARTINEZ DOMINGUEZ, Blanca, *Estudio de la desamortización eclesiástica durante el Trienio Liberal en la provincia de Lugo (1820-1823)*, Lugo, Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones, 1987.

MENENDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Barcelona, Ediciones Red, 2011, tomo 7, reedición.

MONDEJAR, Michel, *Alliances et conflits au sein des sociétés secrètes libérales : la confédération des chevaliers comuneros ou les limites de l'illusion démocratique durant le Triennat Constitutionnel 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad Aix-Marseille 1, 2007.

MORAL RUIZ, Joaquín, *Hacienda y Sociedad en el Trienio Constitucional*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1975.

MORAN ORTI, Manuel, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal” en *Hispania*, núm. 49/173 (1989), pp. 985-1016.

MORAN ORTI, Manuel, “Los gabinetes de lectura de Madrid en el Trienio Liberal”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer*, Madrid, Ediciones Rialp, 1991, pp. 289-298.

MORAN ORTI, Manuel, "Los Piamonteses en el Trienio Constitucional español" en *L'émigration politique en Europe aux XIXème et XXème siècles. Actes du colloque de Rome (3-5 mars 1988)*, Rome, Publications de l'Ecole française de Rome, 1991, pp. 217-234 (edición digital: [http://www.persee.fr/doc/efr\\_0000-0000\\_1991\\_act\\_146\\_1\\_4140](http://www.persee.fr/doc/efr_0000-0000_1991_act_146_1_4140)).

MORANGE, Claude, *Una conspiración fallida y una Constitución nonnata (1819)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006.

MOXO, Salvador, *La disolución del régimen señorial en España*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1965.

NAGY, Laurent, "Frédéric Guillaume de Vaudoncourt. Un républicain au cœur des révolutions européennes (1820-1823)", en Jean-Claude Caron, Jean-Philippe Luis (coord.), *Rien appris, rien oublié ? Les Restaurations dans l'Europe postnapoléonienne (1814-1830)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015, pp. 381-391.

NAGY, Laurent, "Les hommes d'action du parti libéral français et les révolutions européennes" en Jean-Yves Mollier, Martine Reid, Jean-Claude Yon (coord.), *Repenser la Restauration*, Paris, Nouveau Monde Editions, 2005, pp. 44-55.

NAGY, Laurent, "La Sainte-Alliance des Peuples face à une résistance nationale. Circulation et diffusion d'idées fraternelles et cosmopolites durant le Trienio Liberal", en *Historia Constitucional*, núm. 17 (2016), pp. 103-125.

NICOLSON, Harold, *The Congress of Vienna. A study in allied unity: 1812-1822*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1946.

OROBON, Marie-Angèle, "Emprunt sacré et modernité politique dans l'Espagne du XIXe siècle", en Salomé Foehn y Laurie-Anne Laget (coord.), *Aux sources de la création artistique : pastiche, citation et variations autour de l'emprunt*, Paris, Sorbonne Nouvelle, Publications de l'Ecole Doctorale 122, 2012, pp.

285-304 (edición digital: <http://www.univ-paris3.fr/colloques-et-publications-en-ligne-de-l-ed-122-18731.kjsp?RH=1232617049682>).

ORTIZ DE LA TORRE, Elías, “Papeles de Ugarte. Documentos para la historia de Fernando VII”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, núm. 16 (1934), pp. 8-32, pp. 127-143, pp. 217-245.

PARIS MARTIN, Alvaro, “*Se susurra en los barrios bajos*”: *policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.

PEREZ, Joseph, *Los Comuneros*, Barcelona, RBA, 2006.

PEREZ GARZON, Juan Sisinio, “Los acontecimientos del 7 de julio de 1822. Datos para un análisis socio-político” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 11 (1975), pp. 221-235.

PEREZ GARZON, Juan Sisinio, *Milicia nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño (1808-1874)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1978.

PEYROU, Florencia, “Discursos concurrentes de la ciudadanía: del doceañismo al republicanismo (1808-1843)”, en *Historia Contemporánea*, núm. 28 (2004), pp. 267-283.

QUILIS MERIN, Mercedes, “La presencia de los *neógrafos* en la lexicografía del siglo XIX”, en Marina A. Maquieira Rodríguez y María Dolores Martínez Gavilán (eds. lit.), *Gramma-temas 3: España y Portugal en la tradición gramatical*, León, Universidad de León, Centro de Estudios Metodológicos e Interdisciplinarios, 2008.

RAMOS SANTANA, Alberto (coord.), *La Constitución de Cádiz y su huella en América*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011.

RAMOS SANTANA, Alberto y BUTRON PRIDA, Gonzalo (eds.), *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2000.

REMOND, René, "Une histoire présente", en René Rémond (dir.), *Pour une histoire politique*, París, Editions du Seuil, 1988.

RENOUVIN, Pierre, *Histoire des relations internationales. Le XIXème siècle. I: de 1815 à 1871*, París, Hachette, 1955, tomo 5.

ROCA VERNET, Jordi, *Política, liberalisme i revolució. Barcelona, 1820-1823*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007.

ROCA VERNET, Jordi, *La Barcelona revolucionària i liberal: exaltats, milicians i conspiradors*, Lleida, Pagès Editors, 2011.

RODRIGUEZ LOPEZ-BREA, Carlos M., "El 'Viva la Pepa' traspasa fronteras: los retoños de la Constitución de Cádiz", en *Revista de historiografía*, núm. 20 (1/2014), pp. 115-138.

ROMEO MATEO, María Cruz, "Teoría política y agitación social en los orígenes del liberalismo 'exaltado': la oposición al gobierno Bardají-Felú, 1821-1822", en VV. AA., *El jacobinisme. Reacció y revolució a Catalunya i a Espanya, 1789-1837*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1990, pp. 431-447.

ROMERA VALERO, Angel, "La trayectoria periodística de Félix Mejía durante el Trienio Liberal. Primera parte: de *La Colmena* y *La Periódico-manía* a *El Cetro Constitucional* (1820-1821)", en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núm. 16 (2010), pp. 358-392.

ROMERA VALERO, Angel, *El Zurriago (1821-1823). Un periódico revolucionario*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz, 2006.

ROQUETTE, Antoine, *La Restauration et la révolution espagnole. De Cadix au Trocadéro*, París, Editions du Félin, 2016.

RUBIO CREMADAS, Enrique, *La Periódico-manía y la prensa madrileña en el Trienio Liberal*, Alicante, Universidad de Alicante, 1984.

RUIZ JIMENEZ, Marta, *El liberalismo comunero: una consideración especial de El Zurriago (1821-1823)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1999.

RUIZ JIMENEZ, Marta, *El liberalismo exaltado: la confederación de comuneros españoles durante el Trienio Liberal*, Madrid, Fundamentos, 2007.

RUJULA LOPEZ, Pedro, “La guerra civil en la España del siglo XIX: usos políticos de una idea”, en Eduardo González Calleja y Jordi Canal (eds.), *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Casa de Velázquez, Madrid, 2012 pp. 29-58.

SANCHEZ GARCIA, Raquel, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.

SANCHEZ HITA, Beatriz, *José Joaquín de Clararrosa y su “Diario Gaditano” (1820-1822)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2009.

SANCHEZ MANTERO, Rafael, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones francoespañolas*, Sevilla, Anales de la Universidad Hispalense, 1981.

SANCHEZ MARTIN, Víctor, *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2016.



SIMAL DURAN, Juan Luis, *Exilio, liberalismo y republicanismo en el mundo atlántico hispano, 1814-1834*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2011.

SIRINELLI, Jean-François, "Histoire culturelle et histoire politique, forcément reliées" en Laurent Martin y Sylvain Venayre (dirs.), *L'histoire culturelle du contemporain*, París, Nouveau Monde Editions, 2005.

SPINI, Giorgio, *Mito e realtà della Spagna nelle rivoluzioni italiane del 1820-1821*, Roma, Perrella, 1950.

TORRAS ELIAS, Jaume, "En torno a la política tributaria de los gobiernos del Trienio Constitucional (1820-1823)", en *Moneda y Crédito*, núm. 122 (1972), pp. 153-170.

TORRE GOMEZ, Hipólito y VICENTE, Antonio Pedro (eds.), *España-Portugal. Estudios de historia contemporánea*, Madrid, Editorial Complutense, 1998.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, "El constitucionalismo español y portugués en la primera mitad del siglo XIX. Un estudio comparado", en Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la Independencia americana. La Independencia de América, la Constitución de Cádiz y las Constituciones Iberoamericanas*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2007, pp. 13-51.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, "La Constitución de Cádiz y el primer liberalismo español", en *Teoría y derecho: revista de pensamiento jurídico*, núm. 10 (2011), pp. 49-66.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, *La monarquía doceañista (1810-1837)*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín, “La monarquía imposible. La Constitución de Cádiz durante el Trienio”, en *Anuario de historia del derecho español*, núm. 66 (1996), pp. 653-688 (edición digital de la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-monarquia-imposible---la-constitucin-de-cdiz-durante-el-trienio-0/html/0063b184-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_11.html#l\\_0\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-monarquia-imposible---la-constitucin-de-cdiz-durante-el-trienio-0/html/0063b184-82b2-11df-acc7-002185ce6064_11.html#l_0_)).

ZAVALA, Iris M., “La prensa exaltada en el Trienio Constitucional: *El Zurriago*”, en *Bulletin Hispanique*, núm. 69 (1967), pp. 365-388.

ZAVALA, Iris M., *Masones, Comuneros y Carbonarios*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

## Apéndice documental

En este apéndice se transcriben tres obras de teatro satíricas publicadas en *El Zurriago* en 1822, cuyos temas son la Sociedad del Anillo y el fracaso del golpe de Estado del 7 de julio. Ya las mencioné en el capítulo III para dar un ejemplo de las reacciones que provocó en los exaltados esta intentona realista, y me parece especialmente interesante reproducir el texto de estas tres obras en su totalidad porque son un vivo exponente de la mordacidad y creatividad de aquellos exaltados que reivindicaron alto y claro su oposición a los designios políticos de los moderados y de las fuerzas contrarrevolucionarias. Las obras transcritas son: *Los Caballeros Anilleros*, *Los Cañonazos o la proclamación cachifollada* y *Los duelos del Anillo. Segunda parte de los Cañonazos*.

### *Documento 1*

LOS CABALLEROS ANILLEROS. *El Zurriago*, número 42, 1822, pp. 3-16.

Tragi-comedia.

*Obra póstuma del Maestro Tirso de Molina.*

#### PERSONAJES

El Aprendiz..... Primer Galán.

Rosita La Pastelera..... Dama.

El Divino..... Segundo Galán.

El General Castañuelas..... Vejete

D. Tintín de Navarra..... Paje

Un Gorro Descamisado

Comparsa de Caballeros socios del Anillo

*La escena empieza al anochecer y dura lo que dura, como cuchara de pan.*

## ACTO ÚNICO

*El teatro representa un salón adornado al gusto asiático. En el fondo se verá colgado el gran escudo de armas de la sociedad, que representa un burro en dos pies, mirando al cielo con la boca abierta, de la que sale un letrado que dice: ¿VIENE ESE EMPLEO? Y por orla del escudo en grandísimas letras doradas: NOSOTROS, NI MAS NI MENOS. Debajo habrá una especie de altar con seis velas que iluminan el escudo. Una magnífica sillería coronará todo el salón, y en el centro se verá una mesa con varios legajos de memoriales, representaciones, etc., luces y recado de escribir.*

### ROSITA Y CASTAÑUELAS

*Rosita estará componiéndose los rizos: Castañuelas a su lado con un espejo en una mano, y un bote de pomada en la otra.*

Cast. ¡Cuántas gracias reunió naturaleza  
En ese rostro mono y peregrino!  
No sin razón, Rosita, tantos mozos  
Galanes, petimetres y entendidos  
Se enamoran de ti como bagajes.  
Pues, ¿quién resistirá tales hechizos!

Ros. Excusad las lisonjas, Castañuelas.  
Pues mi honor... ¡ay Jesús!... ¡Qué desvarío!  
En fin no me acomodan esas cosas.  
Andad a demostrar vuestros suspiros  
A esas mujeres...

Cast. ¿Qué decís, Rosita?  
¡Qué mujeres? Pues que ¿no habéis sabido

Que yo no prostituyo mis especies  
Con esa gente... y siempre mi cariño  
Pongo en personas como vos? ¡Pues esto  
Lo saben en España hasta los chicos!

Ros. *Sonriéndose.* ¡Qué picarillo sois!

Cast. No, no os engaño.  
En esta parte siempre fui lo mismo.

*Llaman a la puerta*

Ros. Que llaman: dejad todo en esa silla.  
Basta de tocador: abrid, querido.

*Castañuelas lo deja todo; abre, y entran El Aprendiz y Don Tintín.*

Apr. A Dios, Rosa del alma: a Dios, abuelo.  
¿Cómo es que el Divino no ha venido?

Ros. Está arreglando ciertas *paginillas*;  
Pero pronto vendrá, según me dijo.  
Sentaos.

Apr. Si, esperemos un momento,  
A ver si viene.

*Se sientan todos.*

Ros. Vaya, Tintinillo.  
¿Qué tenemos de nuevo? Dinos algo.

Tint. ¿Qué tengo de decir, señores míos?  
No hay nada que contar, como soy Pepe.

El pueblo, ya se sabe, tan borrico  
Como siempre; se le echa nueva albarda  
Todos los días: pegan cuatro gritos  
Los exaltados, quedan satisfechos,  
Aguantan y se quedan tan tranquilos.  
¡Vaya! lo que yo he dicho: mientras mande  
Don Tintín en la corte, segurito  
Que ninguno resuelle: todo el mundo  
Tiembla solo de verme: y... es preciso...  
Pues que ¿fue algún juguete la batalla  
De los Campos Plateros? Sí... yo afirmo  
Que por no verse en otra como aquella  
Se dejarán cargar esos Gorillos.

Apr. En verdad que os portasteis aquel día  
Como un Agamenón.

Tint. Pues señor mío:  
Aquí para nosotros, no era todo  
Valor en mí: pasé mis miedecillos...  
De apretar con mi testa el empedrado...  
Porque los Gorros ¡vaya!... son malditos.

Ros. Hombre ¿quién hace caso de canalla?

Tint. Yo ya no; pero entonces... vive Cristo,  
Que tenían una fuerza y un orgullo...  
¡Vamos! eran temibles: yo lo digo.

*Llaman.*

Ros. Abrid que es el Divino: abrid corriendo.

*Abre Tintín; entra el Divino: todos se ponen de pie, y le hacen una cortesía a la francesa.*

Div. Señores, yo os saludo como a dignos  
Jefes de esta reunión esclarecida.

Todos. Divino inestimable, bien venido.

Apr. Pues ya es hora, la sesión empiece;  
Avisa a los consocios, Tintinillo.

*Tintinillo abre la puerta de par en par, y grita: EMPLEO. A esta voz entra de tropel toda la turba multa de caballeros anilleros. Rosita se sienta en cabecera de mesa, el Divino a su derecha y el Aprendiz y Castañuelas a su izquierda. La demás chusma se coloca alrededor de la sala, y Tintín vuelve a cerrar la puerta y se queda de pie arrimado a ella.*

Ros. Ilustres compañeros de fortuna  
Que animados de útil egoismo  
A esta junta asistís tan puntuales  
Siendo por tanto de alabanza dignos.  
Esta sesión po solo objeto tiene  
Llenaros de entusiasmo y regocijo.  
Pues que vais a saber el buen estado  
En que se encuentra nuestro plan: oídlo.  
Hablad pues, Aprendiz.

Apr. Sí, caballeros:  
Todas las circunstancias se han unido  
A ayudar nuestra empresa: ya no es dable  
Que hallen oposición nuestros designios.  
El gobierno absoluto de estos reinos  
Está en nuestro poder: a nuestro arbitrio

Dirigimos al pueblo y al monarca:  
Todo sucumbe a nuestro poderío.  
Una fuerza moral irresistible  
Nuestro valor sostiene; hemos sabido  
Asegurar al rey que en esta junta  
Tendrá un escudo contra los caprichos  
De su indócil nación, y que nosotros  
Haremos que el sistema establecido  
Que tanta libertad da a los vasallos,  
Y pone tanto freno al real dominio,  
Se convierta bien pronto en una farsa  
Que nada venga a ser en lo efectivo.  
Desde entonces el rey su confianza  
Pone en nosotros, siempre *seducido*,  
Y nos confía las riendas del Estado.  
Nosotros damos premios y castigos  
Y de aquí es que todo los que aspiran  
A obtener en España algún destino,  
Tienen que sujetarse a nuestro yugo  
Y pedir la patente del anillo.  
La cadena de todos los empleos  
Formar podemos a nuestro capricho.  
Ya empezamos a usar de esta ventaja,  
Y yo os prometo que en lo sucesivo  
No se darán ni aun plazas de portero  
Sino a los anilleros nuestros hijos.  
Con tamaño poder, ¿cómo es posible  
Que no llegue hasta un número infinito  
Nuestra facción en una nación pobre,  
En una nación llena de mendigos?  
Además, de la más extraordinaria  
Fuerza física estamos asistidos.  
Todas, todas las rentas del Estado



Podemos invertir a nuestros arbitrio,  
Para allanar cualquier impedimento;  
¿Y qué no puede el oro? Mis amigos  
Vosotros lo sabéis, todo es posible  
Con (este) metal, ¡metal divino!  
Nadie podrá ajustar lo que gastamos,  
Pues nuestras cuentas son tal laberinto  
Que cualquiera que piense examinarlas  
Quedará, sin lograrlo, confundido.  
En tal suposición, tenemos siempre  
La acción de percibir con despotismo  
Los tributos del pueblo y destinarlos  
A efectuar lo que hemos concebido.  
Si se quejan aquellos que dependen  
De la nación, de estar destituidos  
De todo, porque nunca se les paga,  
Trataremos sus quejas y sus gritos  
Como voces rebeldes, sediciosas,  
Y habrán de sucumbir a su destino.  
En el real Consejo nos apoyan  
Algunos miembros, anilleros dignos.  
En poder judicial hace tan solo  
Nuestro gusto: por eso tan activo  
En oprimir al exaltado fiero  
Y tan clemente con nuestros amigos;  
Y esto solo es bastante a hacer que todos  
Los hombres por no verse perseguidos  
De continuo, se tornen *moderados*  
De libertad dejando los delirios.  
Casi todos los jefes de provincia  
Han sido entre nosotros elegidos,  
Dándoles instrucciones de antemano,  
Para que extiendan el *moderantismo*,

Y predicando paz, orden, sosiego  
Apaguen ese patriotismo activo  
Que pudiera oponerse en algún día  
Al dichoso trastorno apetecido.  
El mando de las tropas igualmente  
Se va entregando a gente del anillo.  
Se sabe que el soldado es solamente  
Lo que es el que le manda: esto es muy fijo.  
Todos los altos nobles de estos reinos  
A excepción de uno u otro seducido,  
Son de nuestra facción: su ilustre sangre  
Les hace desdeñar verse abatidos  
Hasta el extremo triste de igualarse  
Con la plebe que hasta ahora han oprimido,  
Y ellos desean, ya que no es posible  
Volver al detestado despotismo  
Ser miembros de la cámara de pares  
Para tener ostentación y brillo.  
Sabéis cuán opulenta es la grandeza:  
Por tanto sus tesoros repartidos  
Cuando llegue el momento harán más fuerza  
Que un numeroso ejército aguerrido.  
El alto clero sigue nuestras huellas:  
Y a nuestro objeto marcha decidido.  
Y ¿qué no podrá hacer entre españoles  
Que de superstición están henchidos  
Una gente que siempre ha manejado  
Sagazmente las armas del prestigio,  
Haciendo un comodín para sus planes  
La santa religión de Jesucristo?  
Todos los que siguieron las banderas  
Del intruso, a nosotros se han unido.  
Entre estos hay sabios, cuyas plumas

Para todo nos abren el camino:  
No es fácil describir cuánto arrocinan  
Al ignorante pueblo sus escritos.  
A fuerza de infracciones de las leyes,  
Fingiéndose huir del *republicanismo*,  
Hablando de *facción*, de *revoltosos*,  
Y repitiendo el pueblo con ahínco,  
Unión, moderación, paz, ciudadanos,  
Que todos callen hemos conseguido;  
Hemos hecho creer que el exaltado  
Es un hombre inmoral, un asesino:  
Y apenas hay un hombre en toda España  
Que gaste frac y ande bien vestido,  
Que no mire cual punto de moda  
Ser moderado y evitar ruidos.  
¿Qué es pues lo que nos resta en nuestra patria  
Que oponérsenos pueda, mis amigos?  
El vil y despreciable populacho;  
Pero a éste también se ha reducido  
A entonar vivas, himnos y canciones:  
Con esto se contenta, envanecido  
De tener una lápida en la plaza,  
Y de creerse libre en su delirio;  
Pero aun cuando moverse imaginara  
Cosa, señores que imposible miro  
Por cuanto nadie puede protegerlo,  
Al momento se viera comprimido  
Por todas partes: nada consiguiera,  
Y quedaría aún más abatido.  
Además si seguimos denigrando  
La exaltación, muy pronto ese partido  
Se extinguirá del todo. Ya los pueblos  
Se van cansando, por nuestro artificio,

De la Constitución; se ha procurado  
Que no vean ventajas, beneficios,  
Ni utilidad en ella, y que tan solo  
Sufran molestias, daños infinitos,  
Y sobre todo tantos alborotos,  
De que nuestros proyectos causa han sido.  
Les pintamos cual fieros anarquistas  
A los que quieren patria: de continuo  
Clamamos que ellos lo entorpecen todo:  
Y al mismo tiempo, cual si fuera olvido,  
Dejamos engrosarse las partidas  
De los serviles, para que aburridos  
Los españoles, puedan persuadirse  
Que este sistema deja desprovisto  
Al rey de aquella fuerza necesaria  
Para dar a los crímenes castigo,  
Y que por tanto tiende a la anarquía.  
Que se hace necesario destruirlo,  
Y dar más extensión al poder regio,  
Para evitar tan triste precipicio,  
Estableciendo *cámaras y veto*.  
Tal es, ilustres socios del anillo  
La venturosa crisis en que estamos.  
Alegrémonos pues. Yo me imagino  
Que no todos los que entran en la liga,  
Piensan como nosotros, y muchísimos  
Aborrecen las cámaras y el veto,  
Y solo adoran el sistema antiguo.  
Esto quiere decir que acaso, acaso  
Preparamos el triunfo al despotismo.  
Pero, ¿qué nos importa? ¿Podrá éste  
Olvidar nuestro amor, nuestros servicios?  
No lo puedo creer: de todos modos

Nos veremos premiados: esto es fijo.  
Y qué nos interesa todo el mundo,  
Ni qué nos mande un negro berberisco,  
Siempre que nos proteja, que gocemos  
Y tengamos dinero, amigos míos?  
Animo, pues, y nada nos arredre:  
No hay que temer se miren destruidos  
Por ningún contratiempo nuestros planes.  
A no ser que... por fin, no lo concibo:  
Pues por lo que hace al rey

Cast. A mí me toca  
Hablar ahora, perdonad amigo.  
El rey se prestará a cuanto le pida  
(Esta) sociedad. Sí: yo lo afirmo:  
Conozco su bondad; sé cómo piensan  
Todos los consejeros favoritos,  
Por los cuales regula sus acciones;  
Yo, hace ya mucho años, le dirijo,  
Y he tenido el placer de verlo siempre  
Obediente y sumiso a mis caprichos  
Por aquí pues, no hay miedo: si las Cortes

Div. Las Cortes nada son mientras yo existo:  
Por más que haya muchos exaltados  
En la diputación, yo he conseguido  
Atraerme una inmensa mayoría  
Que sin hablar y en mí sus ojos fijos  
Hace lo que yo hago: y de esta suerte  
Soy yo las Cortes: y los enemigos  
Tienen que sucumbir a lo que mando,  
Y ver desvanecidos sus designios.

Ros. Yo también he sabido amedrentarlos  
Dejando que esté siempre reunido  
En la frontera un cuerpo formidable  
De tropas extranjeras: me he valido  
De esto para que tiemblen esos gorros  
De armar una jarana, persuadidos  
A que en cuanto respiren, al instante  
Serán por los franceses oprimidos.

Tint. ¿Y yo no digo nada?

Ros. Sí: di algo.

Tint. Pues señor, esos planes peregrinos  
Esa esperanza y todo se frustrara  
Si mi valor no hubiera conseguido  
Anonadar al pueblo madrileño.  
Si no fuera por eso, amigos míos,  
Ni aun reunirnos aquí fuera posible.  
Pero yo acompañado del cetrino  
Y valiente Trabuco que las armas  
Manda por nuestro bien, he convertido  
En un pueblo de ovejas y carneros  
El que lo era de fieros jacobinos.  
Y en premio de esto... ¡Ay Dios! (*llora*)  
(Dicen) que las Cortes  
Ahora van a quitarme mi destino  
Y a volverme a los pulsos y recetas.  
¡Pobre Tintín!

Div. No llores, hijo mío,  
Que yo te juro que mandarás siempre.

Tint. ¿De veras?

Div. Sí.

Tint. ¡Jesús qué regocijo!

Ros. Ea, caballeros, ánimo y constancia:

De nuestra suerte ya estáis instruidos.

Continuad la marcha comenzada.

Denigrad a los libres, perseguidlos.

Moderación clamad eternamente

Para que el pueblo yazga sometido,

Y felices seréis, y los empleos

Serán entre vosotros repartidos.

Un soc. Pero ¿cuándo me dan a mi un gobierno?

Otro. Y yo ¿cuándo consigo un buen destino?

Otro. ¡Y yo que estoy tres años pretendiendo!

Todos. ¿Y yo, señor, y yo?

Div. Callad, queridos

Para todos habrá dentro de poco...

No se puede en un día... ¡qué delirio!

Un poquito de calma... ¡si nosotros

Lo hemos de mandar todo! Sí, esto es fijo.

*Cae un martillo en medio del salón. El escudo de la sociedad que estaba sobre el altar se desploma por sí mismo hasta el suelo derribando candeleros y todo, y armando mucho estrépito. Al mismo tiempo se oye una voz profunda y*

*dolorida que dice: ay de mí. Todos los caballeros se levantan azorados y empiezan a temblar. Rosita tragando saliva:*

¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Jesús! ¿Qué ha sucedido?

*Se acerca al medio de la sala.*

¿Pero qué cayó aquí? ¡Cielos sagrados!  
¿Qué es lo que veo? ¡Oh Dios! ¡Es un martillo!

*Tintín al oír esto, y abriendo la puerta:*

¿Un martillo dijiste? El demonio  
Que estuviera más tiempo en este sitio.  
*Se va corriendo.*

*La voz que se oyó antes repite:*

Con ese me mataron, y con ese  
Pronto os harán bajar a los abismos.

*Desorden general en los socios. El que menos se orina en los calzones: todos corren a la puerta y a torniscones se disputan la salida y en un santiamén queda la sala desierta. Un momento de silencio. Después sale un descamisado de debajo del altar, viene al medio del salón, coge el martillo y dice:*

¡Cuán cobarde es el crimen! ¡Cuánto tiembla  
El vil traidor, el opresor indigno!  
Oh patria desgraciada, ¡éste es el fruto  
De tanto afán, de tantos sacrificios!  
¡Hallarte subyugada, envilecida  
Ante los pies de monstruos tan inicuos!

*Mirando el martillo:*



Oh signo de furor, fuerte instrumento  
De un pueblo de despecho poseído,  
En vano el odio que tu nombre inspira  
Hace a los libres contener sus bríos:  
En vano se trabaja en presentarte  
A los hombres con todo el colorido  
De la abominación. En vano ¡Oh cielos!  
De la necesidad el cruel dominio  
Todo lo vence, todo lo supera  
Ella, cada día más, te hace querido;  
Tú vas a ser el único remedio  
Para ahogar el nefando servilismo:  
Tú del malvado vengarás las leyes,  
Tú pondrás la justicia en ejercicio,  
Y tú harás las venturas de mi patria  
Siendo de los tiranos exterminio.

CAE EL TELON

## Documento 2

LOS CAÑONAZOS O LA PROCLAMACION CACHIFOLLADA. *El Zurriago*, números 57-58, 1822, pp. 4-28.

Comi-tragedia.

*Escrita en chino por el Padre maestro Camándulas, misionero apostólico, y traducida al español por el célebre Chafalditas, familiar del Santo Oficio.*

### PERSONAJES

Tigrekán..... Emperador de la China.

El Príncipe Alfeñike..... Hermano del emperador.

El Príncipe Pakorrito..... Hermano del emperador por parte de madre.

Therreño..... Gran director del emperador.

Jir-om..... Jefe del ejército imperial.

Infantok..... Consejero secreto de Tigrekán.

Casarrik..... Consejero secreto de Tigrekán.

Tintín..... Gobernador de Pekín.

Un oficial de la guardia imperial.

Comparsa de palaciegos, soldados, princesas, generales, guardias de honor, marmitones, damas y demás chusma.

*La escena es en el salón de Embajadores del Palacio imperial de Pekín. La acción empieza a las dos de la madrugada y concluye al salir el sol.*

### ACTO UNICO

Escena primera.

#### INFANTOK Y CASARRIK

Inf. ¡Cuán impaciente estoy! Las dos han dado,

Y aún no se oye el más leve ruido.

¡Oh! ¡Cuánto tardan las leales tropas

En venir a librarnos del peligro!

Casar. Chasco terrible fuera, vive el cielo,  
Que no viniesen. Yo... Siempre lo he dicho:  
Por más protestas que nos hayan hecho,  
En soldados pagados no confío.

Inf. Dejad, amigo, tal desconfianza.  
Todo lo puede el oro: han recibido  
Esas huestes, es cierto, grandes sumas:  
Pero si mucho más les ofrecimos  
¿No vendrán a cobrar lo estipulado?  
¿Esta bella ocasión de hacerse rico  
Despreciará el soldado palaciego?  
No es posible: el esclavo envilecido  
Todo lo arrostra por coger dinero.  
Además, de sus jefes y caudillos  
No podemos dudar, pues colocarlos  
En disyuntiva tal hemos sabido  
Que o dan el golpe y salen vencedores,  
O para siempre se verán perdidos.  
Sobre todo, ¡es empresa tan sencilla!

Casar. ¿Que es sencilla decís? ¡Qué desvarío!  
¿No sabéis cómo están los pekineses?

Inf. Si lo sé... Por lo mismo lo repito.  
La fuerza principal de (aquella) gente  
Consiste en los paisanos que movidos  
Por un loco entusiasmo, se han armado,  
Y adoptando de tropa el atavío  
En la gran plaza refugiados se hallan  
De dos solos cañones al abrigo.  
Fácil es conocer que esta gavilla

A quien son tan extraños los peligros,  
Y que, además, no está subordinada,  
En el momento que oiga el primer tiro,  
Se deshará cual humo, y arrojando  
Sus armas cada cual, despavorido  
Correrá como un gamo a sepultarse  
En donde el sol no pueda descubrirlo.  
Y su terror será tanto más grande  
Cuanto que acometida de improviso  
Será la plaza por los imperiales,  
Que a ella pueden llegar sin ser sentidos:  
Pues ya sabéis que el general Trabuco  
Con la palabra de honor nos ha ofrecido  
Tener las puertas de Pekín sin guardia  
Y todo abandonado y desprovisto,  
Para que se efectúe la sorpresa  
Sin que preceda el menor aviso.

Casar. ¿Y cumplirá Trabuco con su palabra?

Inf. ¿Pues ha dado hasta ahora algún motivo  
Para que de él desconfiar podamos?  
¿No ha estado en estos días tan solícito  
estorbando llegasen a atacarnos,  
Como querían, nuestros enemigos,  
Y dejándonos tiempo y aun los medios  
Para trazar el plan de destruirlos?  
Si no fuera por él ¿dónde estarían  
Nuestras huestes ahora? Hechas añicos.  
No, no. Trabuco no puede engañarnos,  
Y la cosa se hará cómo os he dicho.  
El paisanaje huirá de la gran plaza  
De sorpresa y espanto poseído,

Y en un instante nuestros veteranos  
Se harán dueños de todo aquel recinto.  
Cogidos los cañones, ya es muy fácil  
Batir a poca costa los distintos  
Cuerpos que sitian este fuerte alcázar,  
Pues como están en trozos divididos  
Puede hacerse en detalle; a cuya empresa  
También ayudaremos infinito  
Haciendo una salida al mismo tiempo  
Con la gente que guarda (este) asilo,  
Pues así entre dos fuegos los pondremos.  
Vaya! Lo que es el triunfo, amigo mío,  
Es cosa de que no puede dudarse.

Casar. Es verdad, nuestro plan es peregrino...  
No puede mejorarse... Mas no obstante...  
Aún no las tengo yo todas conmigo.

## Escena II

ALFEÑIKE, JIR-OM Y LOS DICHOS

Alf. ¿Nada se oye, amigos?

Inf. Hasta ahora reina el silencio.

Alf. Casi desconfío.

Jir. Pues es injusta esa desconfianza:  
Ellos vendrán sin falta: yo lo afirmo.  
Me han dado su palabra y no es posible  
Que intenten engañar a su padrino.

### Escena III

CUATRO SOLDADOS QUE ENTRAN SIN SALUDAR A NADIE, Y LOS DICHOS

Jir. *sorprendido*. ¿Qué es esto, caballeros?

¡Qué osadía!

¿Quién os dio para entrar aquí permiso?

Un sold. Pues qué... ¿Nosotros lo necesitamos?

Jir. Es claro... ¿No sabéis que (este) sitio

Es un sagrado?

Sold. Y bien... Para nosotros

No hay nada reservado, señor mío.

Otro sold. ¿Tiene esta habitación más privilegio

Que las de las princesas? Pues hoy mismo

Las hemos visto todas, sin que nadie

La menor expresión nos haya dicho.

Inf a Jir. Dicen bien. (*A los soldados*) Pero, hombre, justamente

Alfeñike y Jir-om van ahora mismo

A tratar con reserva de un asunto

Que a todos nos importa: con que, amigos,

Dejémoslos a solas, que conviene.

Ven Casarrik.

Sold. Pues vámonos juntitos.

## Escena IV

### ALFEÑIKE Y JIR-OM

Alf. ¡Qué exceso de insolencia!

Jir. No hay remedio.

Suframós todo, príncipe querido,  
Mientras necesitamos a esta chusma;  
Que en llegando a lograr nuestros designios  
Nos queda tiempo para hacer que pague  
Todos los desacatos cometidos.

Alf. Sí, Jir-Om: yo les juro que algún día  
Maldecirán habernos defendido.  
Mas... la noche se pasa, y esas tropas  
No acaban de llegar. ¿Qué será, amigo?

Jir. Yo no recelo contratiempo alguno.

Alf. Jir-om, ¡cuánto mejor hubiera sido  
Que Tigrekán cumplierse su palabra  
Poniéndose a la frente de ese invicto  
Ejército imperial! ¡Cuánto denuedo  
Con su presencia no hubiera infundido!  
Y ¿quién osará hacerle resistencia?  
Nadie absolutamente: el pueblo chino  
Adora como a un dios a su monarca;  
Bien en (estos) días se ha sabido.  
Cuanto puede exaltar la ira de un pueblo,  
El pekinés practicarse ha visto;  
Nuestras guardias sobre él han hecho fuego,  
Y han muerto fieramente a sus amigos:

Los mayores insultos de mi hermano  
Y de todos nosotros ha sufrido:  
El sabe bien que estamos trabajando  
En preparar su ruina y exterminio:  
Sabe que Tigrekán de los soldados  
Que van a asesinarlo, es el caudillo:  
Sabe en fin que nosotros y sus leyes  
No se posible existir a un tiempo mismo.  
Y a pesar de estas cosas que a las peñas  
Pudieran conmover, él más sumiso  
Más reverente y siervo cada día,  
Dobla su frente, espera conmovido  
El mortal golpe que le preparamos,  
Y ni aun se atreve el mísero a impedirlo  
Destrozando a la gente que nos cerca,  
Por temor de faltar en tal peligro  
Al respeto que cree deber al trono  
Por más que (éste) sea su enemigo.  
No tiene duda, no: contra mi hermano  
No empleará sus armas ningún chino,  
Y de (esta) manera la victoria  
Incierta no sería. Pero... Amigo...  
¡Tanto miedo!

Jir. Señor, el daño es ese.  
Tigrekán es cobarde como un niño.  
Cuantos ruegos e instancias se emplearon  
Para hacerle salir de este recinto  
A unirse con los suyos, fueron vanos.  
Escuchaba temblando nuestros gritos,  
Y exclamaba después: "Yo... Bien quisiera,  
Pero... ¿Y si hay balas y me dan un tiro?"



Alf. ¡Monarca despreciable, que no sabe  
Sostener su poder en los peligros!  
Si fuera yo, Jir-om...!

Jir. Puede que un día  
Lleguemos a estar ya tan aburridos  
De la imbecilidad de vuestro hermano,  
Que emplear un veneno sea preciso  
Y entonces...

Alf. Sí... Y entonces...  
¡Oh momento!  
En mi hallaréis un príncipe atrevido  
Que todos vuestros planes ejecute  
Con el valor que de reinar es digno.  
Mas... Callemos, que vienen.

Escena V

EL EMPERADOR, PAKORRITO, TINTIN Y LOS DICHOS

Emp. Alfeñike, caro Jir-Om, ¿qué hacéis?

Jir. Señor lo mismo que V. M.:  
Con impaciencia  
Esperar el momento decisivo.

Emp. Ya no puede tardar.

Jir. Así lo creo:  
Poco os resta de ver vuestro albedrío  
Sometido a esas leyes opresoras

Que vuestra omnipotencia han comprimido.  
Y muy en breve en vuestras nobles sienes  
Colocarán vuestros vasallos finos  
La corona imperial, no ya empañada,  
Sino con todo su esplendor y brillo.

Emp. ¡Oh cuánto anhelo tan dichoso instante!  
¿Concibes tú el placer, Jir-om amigo,  
Que inundará a mi alma, cuando llegue  
Mi venganza a saciar, vertiendo a ríos  
La sangre impura de los hombres viles  
Que han osado por dos años seguidos  
Contrariar mi voluntad sagrada  
Y oponerse a mis gustos y caprichos?  
¡Ah! Yo lo juro por los altos cielos:  
Ninguno ha de quedar de esos patricios.  
Tan grande como ha sido la violencia  
Con que tanto furor he reprimido;  
Así de mi venganza, de mis iras,  
El ímpetu será; temblad, inicuos.

Jir. Ese enajenamiento, esas ideas  
Son muy dignos de vos, Señor invicto.  
Perezcan los perversos, los malvados  
Que tener libertad han pretendido.  
La segur aniquile el fuerte fuego  
Que los inflama en vuestro perjuicio.  
Pero, señor, yo debo recordaros  
Que no todos merecen el castigo.  
Hay muchos entre ellos, que aunque fueron  
Miembros de esa facción en un principio,  
De su yerro después desengañados  
Han estado sirviéndoos infinito,

A pesar de que siempre aparentaron  
A esas leyes amar, con el designio  
De inspirar a los libres confianza  
Para poder así mejor servirlos.

Emp. Los conozco muy bien: los que llama  
*Moderados* el pueblo: estos han sido  
Los que nos han tejido los laureles  
Yo recompensaré tantos servicios.

Tint. ¿Con que yo, según eso, esperar debo  
Grandes cosas? ¿No es esto?

Emp. Desde hoy mismo  
Eres gobernador, por tu monarca  
De la corte imperial y su distrito.

Tint. Viváis, señor, más años que una encina  
Para hacer a Tintines beneficios.  
¡Válgame Dios, lo que le vale a un hombre!  
(*aparte*) ¡El no tener vergüenza! Es un prodigio!

## Escena VI

LOS DICHOS, Y THERREÑO, A QUIEN TODOS HACEN UNA PROFUNDA CORTESIA

Emp. Amigo, ¿está ya todo preparado?

Ther. Todo, señor. En el momento mismo  
En que se logre el triunfo que se espera,  
Saldréis con aparato el más lucido  
A arrancar de la plaza aquella piedra

Que del odiado código es el signo;  
Y allí os proclamaremos por monarca  
Omnipotente del imperio chino.  
Vuestro caballo está ya aparejado  
Con los más primorosos atavíos,  
Como también los de la comitiva  
Que en este fausto día ha de seguiros;  
Vuestros guardias de honor también se han puesto  
Su uniforme de gala; están reunidos  
Los grandes del imperio, que os adoran,  
Y vuestros generales más adictos,  
Esperando mi orden: se han impreso  
Diez mil proclamas para dar aviso  
A las provincias de que habéis logrado  
De las leyes romper el freno impío;  
Para dar un refresco a los leales  
Se han traído mil cántaros de vino;  
En fin, todo está listo: solo falta  
Que se dé la batalla.

Pakor. ¡Qué bonito!  
¡Cómo voy a lucir esta mañana  
Mi gallarda persona, y mi atavío!

Ther. Según la hora que es, ya es imposible  
Que no estén en Pekín nuestros amigos,  
Corre a escuchar, Tintín, desde las puertas,  
Y avisa al punto.

Tint. Voy allá en un brinco.

## Escena VII

### LOS DICHOS, MENOS TINTIN

Alf. Parece un sueño que llevar a cabo  
Tan vastos planes hayamos podido.  
¿Quién pudiera pensar que el mismo pueblo  
Que hace dos años fiero y atrevido  
Nos obligó a jurar sus libertades,  
Y estaba a sostenerlas decidido  
Aunque arriesgase en ello su existencia,  
Ahora tan apático y pasivo  
Mirase la cadena que le espera  
Y que lo abrumará mañana mismo?

Ther. Pensáralo cualquiera que supiese  
Con qué facilidad se engaña al chino;  
Pensáralo también el que observara  
Que los que alzaron de la ley el grito  
Entregaron las riendas del gobierno  
A sus más implacables enemigos.  
Si quedaba el poder entre nosotros  
¿Qué había de suceder? Lo que se ha visto.  
Desde el instante en que por la violencia  
El código juramos, conocimos  
Que con él en la mano era muy fácil  
Esclavizar al pueblo a nuestro arbitrio.  
Bien sabéis, gran Señor, cuánto consuelo  
Dimos a vuestro pecho dolorido  
Haciéndoos conocer palpablemente  
Este descubrimiento peregrino.  
Fue preciso esperar sin hacer nada  
Que pasase el fervor, a que al principio,

Oponer resistencia no era dable,  
Mas cuando ya los libres engreídos  
Con su victoria y llenos de esperanzas  
Que alimentar supimos infinito,  
Crédulos en nosotros confiaron,  
Entonces nuestro plan establecimos.  
Os prestasteis a él desconfiado;  
Mirad, pues, nuestro gozo ya cumplido.  
Os lo dije mil veces; son muy pocos  
Los que detestan vuestro poderío:  
Son muy pocos los que aman esas leyes;  
Y la gran mayoría de los chinos,  
Criada en la ignorancia, sin ideas  
De lo que es libertad, solo ha cedido  
Por su dócil carácter, al impulso  
Que han conseguido darle los patricios.  
No hay duda en que si llegan los vasallos  
A conocer los grandes beneficios  
Que les ha de traer ese sistema,  
Detestarán bien pronto el despotismo,  
Y uniéndose a los libres, poco a poco  
Irán creciendo nuestros enemigos  
En poder, de tal modo que algún día  
De toda la nación serán seguidos;  
Mas si logramos que la ley jurada  
No se observe jamás, y al tiempo mismo  
Por cuantos medios inventar podamos  
Abrumamos al pueblo y lo aburrimos,  
Este, no descubriendo las ventajas,  
Cansado de esperar, mal avenido  
Con la revolución y echando (de) menos  
El tiempo en que vivía más tranquilo,  
Maldecirá a los fieros novadores,

Y a vuestros pies se postrará rendido.  
La experiencia, Señor, ha acreditado  
La gran exactitud de estos juicios.  
Trazamos nuestro plan, siendo la base  
El código jurado, pues supimos  
Valernos del derecho que él nos deja  
De dar a nuestro gusto los destinos.  
Ofrecimos empleo al que quisiera  
Prestar a nuestra causa sus servicios  
Para minar las leyes... Es muy raro  
El hombre que resiste al atractivo  
Del oro seductor. Bien claramente  
Lo demostraron los sucesos mismos.  
Hombres de todas las clases se prestaron  
A lo que les dictó nuestro capricho:  
Hicimos magistrado al que ofrecía  
Perseguir con tesón y con ahínco  
Al patricio feroz, vejar al pueblo  
Y ocasionarle inmensos perjuicios,  
Y al mismo tiempo, descaradamente  
Dejar impunes todos los delitos  
De los conspiradores. Colocamos  
De jefes de provincia a otros amigos,  
Con encargo especial de que tratasen  
De reducir a nada el patriotismo  
Impidiendo con toda vigilancia  
Que el pueblo reportase un beneficio  
De las recientes leyes: protegiendo  
A los que se mostrasen más sumisos,  
Y predicando siempre amor al orden,  
La paz, tranquilidad, moderantismo,  
Y todo cuanto fuera conducente  
A tornar a los hombres más sufridos.

Hicimos que la hacienda manejaran  
Tales monopolistas que aunque a ríos  
Entrase el oro en las tesorerías  
Nunca cobrasen nuestros enemigos  
Sus créditos y sueldos, pues las rentas  
Emplear por entero era preciso  
En pagar a los fieles instrumentos  
De nuestros vastos planes y designios.  
Si pues todo caía en nuestras manos  
Si todo lo mandaban nuestro dignos  
Agentes, ¿quién no veía desde luego  
Que el triunfo era ya nuestro? Convencidos  
De esta verdad ya no titubeamos  
En declararnos contra los patricios.  
Quitamos de los puestos que ocupaban  
A los que se mostraban decididos  
A conservar las ominosas leyes  
Y así hicimos saber a todo chino  
Que solo al que nosotros se humillase  
Y a la conspiración fuese propicio  
Ser funcionario público podía.  
No es fácil calcular los perjuicios  
Que esto causó a los libres: de sus filas  
Hizo que desertasen infinitos.  
Además, si do quiera, a cada instante  
El que de patrio amor estaba henchido  
Persecución hallaba: si esas leyes  
No le causaban nunca beneficios:  
Si el gobierno, los jefes, mandarines,  
Todos eran sus fieros enemigos  
¿Cómo es posible hubiera muchos hombres  
Que insistiesen aún en resistirnos?  
Así es que muy pocos conservaron



El enérgico ardor del patriotismo.  
Mas para que estos pocos no pudiesen  
Prosélitos hacer, también supimos  
Hallar remedio. Por nuestra influencia  
Ya los había acusado el buen Divino  
De que intentaban dar muerte violenta  
A nuestro emperador, y el pueblo chino  
Creyendo esa ficción, alucinado,  
Empezó a aborrecer a los patricios.  
Los nuestros los pintaron a la China  
Después, como anarquistas atrevidos  
Que querían sumirla en el desorden  
Para poder robarla a su albedrío.  
Hicimos que cundiera (aquella) idea  
Por escritos al poder vendidos:  
Se dio la orden a los mandarines  
Por que la extendiesen infinito:  
El pueblo la creyó sencillamente:  
Detestó a nuestros mismos enemigos,  
Y temiéndolos más que a sus tiranos  
Se unió a nosotros para perseguirlos.  
Desde entonces tuvimos campo abierto  
Para satisfacer nuestros caprichos;  
Pues por más que los libres predicaban  
Mostrando al pueblo nuestros artificios  
Este, desconfiando siempre de ellos,  
En nuestro bien, permaneció tranquilo.  
En fin para cortar todo recelo  
De que a tanto clamar prestase oídos  
El chino, alguna vez organizamos  
La sociedad ilustre del anillo.  
Los hombres que para ella se escogieron,  
Tenían entre nuestros enemigos

Influjo y opinión, porque (en) otro tiempo  
Pruebas dieron de ser buenos patricios.  
La mayor parte de ellos, esto es cierto  
No eran amantes del absolutismo,  
Pero eran ambiciosos: y llevados  
De su pasión, ansiaban infinito  
Que fuese aristocrático el gobierno  
Siendo ellos los nobles, erigidos  
Para mandar al lado del monarca.  
Sus planes ayudar les prometimos  
Protestando que todo nuestro anhelo  
Por volcar esas leyes era el mismo  
Que a ellos los movía; poner freno  
Al feroz democrático dominio.  
Nos creyeron, se unieron a nosotros  
Y formando esa junta en nuestro auxilio,  
Su yugo prepararon sin saberlo,  
Y vasallos se hicieron sin sentirlo.  
Nada pues que temer nos quedó luego  
Que (este) baluarte establecimos,  
Pues estos caballeros hacen voto  
De desacreditar el patriotismo,  
Y como en cambio todos los empleos  
Del estado les hemos ofrecido,  
La secta se ha extendido en tal manera  
Que no hay aldea en el imperio chino  
Donde algún anillero no se encuentre  
Clamando siempre contra los patricios,  
Si hemos obrado pues tan sabiamente,  
Si tan espesa trama hemos urdido  
¿Qué extraño es que el pueblo la ruina  
Del sistema actual mire pasivo?  
Alfeñike, creedme: lo que es raro

Es que aún haya quien tenga patriotismo.

Jir. Añadid a este cuadro, los afanes  
Con que a la empresa yo he contribuido  
Ya seduciendo tropas y oficiales,  
Ya poniéndoles jefes del partido,  
Ya quitando del mando de los cuerpos  
A los que nos hacían perjuicio.  
En fin, es bien seguro que a esta hora  
Si tenemos soldados, es debido  
A algunas remociones que yo he hecho  
En la guardia imperial, con mucho tino.

Emp. Estoy bien satisfecho de vosotros:  
Yo recompensaré vuestros servicios.

Pak. Pero hombre ¿qué dicen de estas cosas  
Aquellos botarates de ministros?

Therr. ¿Qué han de decir? Callar. Con los criados  
Abajo en la cocina están metidos  
Sin cuidarse de nada. Es buena gente.  
¡Vaya! Como escogidos por mí mismo.

Pak. Pero, amigo, ¡qué chasco se han llevado  
Con sus aristocráticos designios!

Emp. ¡Miserables! ¡Venir con esa farsa  
En el momento en que mi poderío  
En toda su extensión recobrar puedo!  
¡Qué exceso de demencia! Mi capricho  
Es la suprema ley: tengan paciencia  
Los fatuos que otra cosa hayan creído.

## Escena VIII

LOS DICHOS Y TINTIN QUE ENTRA DANDO GRANDES VOCES DICIENDO:

Ya están ahí, ya están: en este instante  
Acabo yo de oír más de cien tiros.

*Sorpresa general*

Therr. Ea, vamos corriendo a ver si es cierto.

Jir. Vamos volando, anda Tintinillo.

Tint. Vamos llegó la nuestra: de esta hecha  
Las tropas de papel dieron de hocicos.

## Escena IX

EL EMPERADOR, ALFEÑIKE Y PAKORRITO

Emp. Yo no sé lo que tengo... Una zozobra...  
No es esto para mí (*se sienta*). Ven Pakorruto  
Ven, arrímate aquí.

Pak. No tengas miedo.

Alf. ¿Sientes quizás la sangre que ahora mismo  
Vertiéndose estará?

Emp. ¿Yo? Ni por pienso  
¿Sentir yo que se vierta? ¡Qué delirio!  
No, no: que corra a mares. Nada importa

Como recobre yo mi poderío.

Alf. Eso sí, vive el cielo. De este modo  
Del trono de Pekín te muestras digno.  
Conserva esa entereza, ese desnudo  
Y a tus vasallos mantendrás sumisos.

*Se oyen cañonazos.*

Pak. Cuerno, que va de veras.

Emp. Ay hermanos...  
No puedo remediarlo. Yo tirito.

*Cañonazos.*

Alf. Fuego, que aquí no llega: fuego en ellos  
Que aquí estamos bien lejos del peligro.

Emp. ¿Es posible que tenga tanto miedo  
Todo un emperador? Pues es tan fijo  
Que apenas respirar puedo del susto.  
No soy para la guerra: esto está visto.

*Los tres se callan y se ponen a escuchar atentamente. Se repiten los cañonazos: escena muda de muchísimo miedo. A poco rato suena grande algazara en lo interior del palacio. Se repican los almireces, las sartenes y demás instrumentos músicos. Se oyen mil gritos de viva Tigrekán absoluto. El emperador se levanta enajenado abrazando a sus hermanos: Alfeñike salta de placer y Pakorrito hace cien cabriolas.*

Emp. Vencimos Alfeñike. ¡Oh grato día!  
Yo expiro de placer...

Pak. ¡Ay qué gusto!

Alf. Sí, vencimos sin duda: bien lo anuncia  
De toda nuestra gente el regocijo.

*Entra toda la garulla de palaciegos, soldados, princesas, guardias de honor y criados. Detrás Infantok, Casarrik, Tintín, Jir-om y Therreño. Todos vendrán vestidos de gala, hasta los marmitones de la cocina que traerán mandiles nuevos. Todos se tiran al emperador, lo abrazan, lo besan, lo lamen, lo levantan a pulso, se arrodillan, le muerden los zapatos y hacen otras mil locuras de esta especie. Pasados los primeros momentos, Therreño reclama el silencio: todo el mundo calla. Therreño conduce al emperador al trono, lo sienta en él y dice:*

Invicto Tigrekán, rey de los reyes,  
Gloria y delicia del imperio chino.  
Llegó el día feliz en que cesase  
La opresión tan cruel que habéis sufrido.  
Soldados imperiales que han llegado,  
La noticia nos dan de regocijo  
De que nuestros leales con bravura  
A todos los rebeldes han batido.  
El código cayó. Ya omnipotente  
Sois, Señor, otra vez: y yo, aunque indigno  
Tengo el honor de ser el que primero  
La mano os besa, todo enternecido,  
Como a señor de vidas y de haciendas:  
Dado a la China por el cielo mismo.

*Se arrodilla y le besa la mano.*

Llegad todos; besad la imperial mano  
En señal de vasallos, mis amigos.

*Ahora se hace la adoración. Todos en procesión van poniéndose de hinojos y besando la bendita mano. Entre tanto toca la orquesta muy pausadamente el Laiiirón. Concluida la ceremonia, dice el emperador:*

¿Conque ha llegado el día de la venganza?

¡Ah patricios! Temblad del furor mío.

Therreño, que se extiendan al momento

Los decretos de muerte a los caudillos

De esa odiosa facción: y antes que acabe

Este día, que suban al suplicio.

Las veinte y cuatro listas que se han hecho

De proscripción, darás a hombres activos

Para que también hoy carguen de hierros

Sin compasión, a todos los inscritos.

¡Venganza! Sí: venganza: que no queda

De esa canalla vil ni aún un vestigio

Y que la sangre lave tanta afrenta

Como en estos dos años he sufrido.

Ther. Voy al punto, Señor a obedeceros.

Emp. Espera aún: tan pronto no es preciso...

*Se oyen cañonazos.*

¿Mas qué es esto?

Ther. Señor, eso es la salva

Que se hace por el triunfo conseguido.

Tint. Ya cayó ese maldito calendario...

Ahora me veré yo con los gorrillos.

Ther. ¿A qué hora Señor, queréis que sea  
Vuestra proclamación, según estilo?

Emp. Fuerza será esperar que nuestras tropas  
Tras las grandes fatigas que han sufrido  
Descansen algún rato. A más, ya sabes  
Que en toda (esta) noche no he dormido,  
Y con la incertidumbre... La batalla...  
En fin, será a la diez.

Ther. Ya lo oís amigos.  
Ea, vámonos de aquí para que pueda  
El amo reposar ya más tranquilo.

Todos. Vámonos sí. Que viva eternamente  
Tigrekán absoluto, siempre invicto.

Escena X

LOS MISMOS Y UN OFICIAL IMPERIAL QUE ENTRA MUY AZORADO

Ofic. ¡Oh dolor!

Todos. Mas ¿qué es esto? ¿Qué traéis?

Ofic. Todo, todo, señores, se ha perdido.

Todos. Hombre... ¿Cómo?

Ofic. En la plaza, en todas partes  
Nos han hecho pedazos los patricios  
Y ya vienen los pobres imperiales



Aguarecerse de este santo asilo.

*Aquí es ella. Todo el mundo empieza a tirar los uniformes de gala. El salón parece una ropería. A las princesas les da la pataleta. Las damas se mean. Tintín se da contra las paredes, Alfeñike se araña, Pakorrito llora, Infantok patear, Jir-om brama como un toro, Casarrik y Therreño hacen pucheros y el emperador corona la fiesta pidiendo a gritos un sillico.*

Tint. ¡Maldita sea mi madre!

Ther. ¡Qué desgracia!

Jir. ¡Oh cielos, no os cansáis de perseguirnos!

*Oyense cañonazos algo más cerca. Toda la chusma desaparece.*

Escena XI

EL EMPERADOR, ALFEÑIKE, PAKORRITO, THERREÑO Y JIR-OM

Ther. Señor, pues que perdimos este lance,  
Procuremos sacar algún partido.  
No lo perdamos todo. Este palacio  
Va a ser dentro de poco acometido.  
¿Qué será de nosotros? Al instante  
Parlamentemos con el enemigo.  
Capitulemos, y que cese el fuego.

Emp. ¿Y podremos acaso conseguirlo?

Ther. Sí, señor: al momento que enviemos  
Un oficial. Conozco al pueblo chino.

Prometámosle hacer lo que el quisiere  
Y lo veréis al punto tan tranquilo.

*Cañonazos muy cerca. Todos tiemblan*

Ther. Señor... Que vaya, que se pierde el tiempo.

Emp. Sí, sí, corre y avisa, Pakorrito.

*Se van Pakorrito y Alfeñike*

Escena XII

EL EMPERADOR, JIR-OM Y THERREÑO

Jir. Salgamos del peligro que nos cerca.  
De cualquier modo, Tigrekán invicto.

Ther. Lo que importa es quedar con proporciones  
Para urdir otra trama con más tino.  
Que un día llegará en que la fortuna  
Nos mire con un rostro más propicio.

*Desdichas. Al emperador le da un parasimismo y cae en redondo en el suelo.  
Escena de lástimas. Los dos amigos llegan a socorrer a su amo haciendo mil  
ademanes de desesperación. Jir-om se llega al bastidor y grita muchas veces:  
Socorro. Todo el mundo está sordo. El emperador después de patalear un buen  
rato, vuelve en sí y dice:  
¿Nos atacan? Decid.*

Ther. Si no es posible...  
Si el fuego va a cesar... Estad tranquilo.

Pensad, Señor, que el enemigo tiene  
Más miedo en este instante que vos mismo.

Emp. (*levantándose*) ¿Por qué?

Ther. Porque el ejército extranjero  
Puesto en nuestra frontera hace prodigios.  
Para estos casos hemos procurado  
Que con aspecto hostil esté allí fijo.  
El pueblo teme que si os atacara  
A poco tiempo el territorio chino  
Se inundará de tropas de Tartaria,  
Y esto es un freno a su furor y bríos.

Emp. Therreño ¿qué dichosa persuasiva  
Te ha dado el cielo, que en el pecho mío  
Viertes tan fácilmente los consuelos?

Ther. Animaos gran Señor: si se ha perdido  
Esta ocasión, por necia confianza  
De que eran muy cobardes los patricios,  
Nada debe importarnos. Muy en breve  
Por experiencia tal más advertidos,  
Otro golpe mejor prepararemos  
Que nos haga olvidar lo que hoy sufrimos.

Jir. El gobierno de nuevo en nuestras manos  
Quedará, creedlo así, Tigrekán mío.  
¿Qué pues hay que temer? Siempre nos restan  
Medios de conspirar a nuestro arbitrio.

## Escena XIII

### PAKORRITO Y LOS DICHOS

Pak. Se han suspendido las hostilidades  
Y acaban de llegar a este recinto  
Enviados del pueblo que proponen  
A Tigrekán, su emperador querido,  
Unicamente que los imperiales  
Se entreguen, ofreciendo que cumplido  
Este contrato, dejará las armas  
Y lo verás pacífico y sumiso.

Emp (*con alegría*). Hombre ¿y no pide más?

Pak. Nada más pide.

Ther. ¿Veis, Señor, el carácter de los chinos?  
Vamos, pues, y accedamos a su voto.

Emp. Sí vamos... A la fuerza. Pueblo indigno,  
Cedo a la dura suerte, pero sabe  
Que siempre te aborrece el pecho mío,  
Y que solo deseo larga vida  
Por gozarme una vez en tu exterminio.

CAE EL TELON

### Documento 3

LOS DUELOS DEL ANILLO. SEGUNDA PARTE DE LOS CAÑONAZOS. *El Zurriago*, números 61-62, 1822, pp. 12-36.

Tragi-comedia.

*Escrita en chino por el mismo reverendo, y traducida por el susodicho caballero de la orden Tostónica.*

#### PERSONAJES

El emperador de la China.

Alfeñike..... Su hermano.

El referido Pakorrito..... Hijo de su madre.

El gorro..... Ilustre general de las tropas chinas.

Trementín..... Ministro doble del emperador.

El sapientísimo Burgo-Brigán..... Jefe supremo de los caballeros berenjenarios.

El Divino..... Gran protector de la congregación del Anillo.

Comparsa de caballeros anilleros.

*La escena en el salón de Embajadores del Palacio imperial. La acción empieza al anochecer y concluye cuando acaba.*

#### ACTO UNICO

Escena primera

ALFEÑIKE Y BURGO-BRIGAN

Alf. No tienes que pedirme ni llorarme:

No esperes un ochavo, que hartó tiempo

En sostenerte a ti y a tu pandilla

He tirado a la calle mi dinero.

Burg. ¡Pobres berenjenarios! ¡Hasta cuándo

Probar vuestra virtud querrán los cielos!  
¡Ah! ¡Qué estrella maléfica os persigue!  
¡Y a qué triste destino estáis sujetos  
Tan solo por haberos erigido  
En píos y oficiosos medianeros  
Entre los oprimidos y los opresores...  
Sin más incitativo sin más premio  
Que unos cuantos empleos de fatiga  
Y algunos montoncillos de oro viejo,  
Que ya de no servir mohoso estaba!  
¡Qué desdicha señor! Compadecedlos...  
Compadeced la lamentable suerte  
De estos caritativos caballeros.  
Excusad mi dolor... Su desventura  
Me fuerza a berrear como un becerro...

Alf. Yo lo siento en el alma, amigo mío,  
Mas no puedo llorar por más que quiero.  
Dios os ampare.

Burg. ¡Oh corazón de piedra!  
¿Es posible que no os muevan mis ruegos?  
¿Que así desatendáis los servicios  
Que al monarca y a vos con tanto celo  
Por un año y aún más hemos prestado  
Apurando la ciencia y el talento  
En escribir en pro de vuestra causa  
Y en contra de las leyes del imperio?  
¿Con esta ingratitud recompensáis,  
Gran Alfeñike, el inminente riesgo  
De que el pueblo nos diera un martillazo  
Que hemos corrido por un largo tiempo?  
¡Que queréis que de hambre nos muramos!

¡Para qué son los rayos, santos cielos!

Alf. Desde que tengo barbas en la cara  
No he visto pedigüeño más molesto.  
Oye, Burgo-Brigán: si habéis escrito  
Contra las nuevas leyes, para eso  
Os pagué mucho más que se debía:  
Con que ningún favor nos habéis hecho.  
No hay pues que decantar unos trabajos  
Que después de que fueron con exceso  
Pagados, tan inútiles han sido.  
Esto es una verdad: porque, en efecto  
¿De qué nos ha servido tanta ciencia  
Tanto escribir y tantos papelejos?  
De maldita la cosa.

Burg. Y ¿eso es culpa  
De nosotros acaso? Ni por pienso.  
¡Ah! Gran Señor. Si en los preciosos días  
Que al de los cañonazos precedieron  
Vuestro hermano no fuera tan medroso:  
Si lleno de valor se hubiera puesto  
Al frente de las tropas imperiales,  
Para lograr un triunfo que era cierto,  
Entonces conocierais los productos  
De nuestra actividad y nuestro celo.  
No... Jamás en el mundo hubo escritores  
Que tan grandes proezas hayan hecho.  
Nosotros solos hemos detenido  
De todos los patricios el esfuerzo.  
Nosotros esas leyes populares  
Hemos hecho caer en el desprecio,  
Ya aplaudiendo contra cualquiera providencia

Que diese contra ellos el gobierno:  
Ya pintándolas como incompatibles  
Con el carácter del chinesco pueblo:  
Ya acusando de monstruo y anarquista  
A todo el que con ánimo resuelto  
Reclamaba su rígida observancia:  
Ya en fin a las provincias imbuyendo  
La idea necesarias a nuestra causa  
De que es más grato y dulce aquel sosiego  
Que proporciona el cetro de un tirano,  
Que de la libertad el goce inquieto.  
Es público, Señor, que a nuestra pluma  
Se debió la aversión, el odio fiero  
Con que el pueblo miraba a los patricios.  
A la nación el más profundo sueño  
Supimos inspirar, para que nunca  
Se pudiera oponer a los proyectos,  
A las maquinaciones dirigidas  
A ponerle otra vez los fuertes hierros,  
Y mientras que vosotros sordamente  
Estabais conspirando, nuestro esfuerzo  
Los obstáculos todos removía,  
Vuestra marcha veloz iba encubriendo,  
Y alucinando a la sencilla plebe,  
Cada instante os abrió camino nuevo.  
Nada quedó que hacer por nuestra parte,  
Nada absolutamente... Conocedlo.  
Si no se cogió el fruto, echad la culpa  
Al que no supo en la ocasión cogerlo.

Alf. Eso nada me importa: nuestros planes  
Se los llevó el demonio: esto es lo cierto.  
Si pues ya la ocasión hemos perdido:



Si ya os ha conocido el pueblo entero  
Y os detesta de muerte ¿a qué pretendes  
Que continúe yo siendo tan necio  
Que sabiendo que no se he sacar fruto  
Os siga con mi bolsa manteniendo?  
No, amigo mío: no me persuades...  
Que de los tontos ya se acabó el tiempo.

Burg. Pero, príncipe mío: si (el) hambre  
¡Es tan fea de cara!

Alf. Y el talento...  
Y vuestra omnisapiencia de qué sirve?

Burg. De maldita la cosa en este tiempo.  
Si nos han conocido!

Alf. Pues amigo,  
A limpiar botas o a vender espejos  
Como hacíais en Tartaria: resignarse  
Y de este modo ganaréis el cielo.

## Escena II

LOS DICHOS Y EL EMPERADOR QUE ENTRA HABLANDO SOLO

Emp. Esta noche será... No (hay) duda...  
Todas mis esperanzas van al suelo.  
Y ¿qué tengo de hacer? ¿Qué? Resistirme.  
¿No soy emperador? Pero ¿y si el pueblo...?

Los dos. Señor...

Emp. ¿Qué... estáis aquí?  
No os había visto;  
Embebido en los tristes pensamientos  
Que sin cesar mi corazón desgarran,  
Un ambulante autómatas parezco.  
¡Infeliz Tigrekán! ¿Quién te dijera  
Que habías de llegar a tal extremo?  
¡Oh funesta batalla! ¡Oh cañonazos!  
Cuántos pesares me causáis a un tiempo.

Alf. Bien lo anunciaba yo: bien te lo dije.  
Recuerda hermano mío, los consejos  
Que te di por seis días: las instancias  
Con que quise moverte en tu provecho.  
“Corre, te repetí: sal de este alcázar:  
Colócate a la frente de los nuestros  
Y aseguras el triunfo y para siempre  
Esas terribles leyes concluyeron.  
Considera que todo lo aventuras  
En esta vez: y que si descontentos  
Los imperiales por notar tu falta  
Fuesen menos intrépidos: si el pueblo  
Por desgracia triunfara, nunca, nunca  
Su yugo sacudieras de tu cuello;  
Porque después que tan abiertamente  
Te has mostrado contrario a sus derechos:  
Y después que te ha visto ser el jefe  
De una conspiración de tanto peso,  
Ya es imposible que en lo sucesivo  
Se deje alucinar: antes, más cuerdo  
Procurará evitar nuestros ataques  
A tus deberes tu poder ciñendo.”  
Temblabas al oír tales razones:

No quisiste correr el menor riesgo:  
Mira pues mis pronósticos cumplidos:  
Estos son los efectos de tu miedo.  
Has visto tus valientes destrozados:  
Te hacen la guardia los patricios fieros;  
Has perdido el apoyo de la fuerza  
Y ya te hallas a merced del pueblo.  
Te has visto precisado a separarte  
De tus más apreciables compañeros.  
Infantok, Casarrik, Jir-om valiente,  
El invicto Tintín, el gran Therreño,  
De nuestro plan agentes poderosos  
Lloran el resultado en un destierro.  
De esta manera triste y dolorosa  
La santísima Liga se ha disuelto  
A tu pesar, y huérfano has quedado:  
Faltándote tan sabios palaciegos  
Mal podrás conspirar ¡ah! Todo, todo  
Lo perdiste al momento de perderlos.  
Mísero hermano... De hoy en adelante  
¡Cuántos pasos contrarios a tu genio,  
Vas a tener que dar! ¡Cuántos! ¡Oh rabia!  
Tú mismo ensalzarás, a tu despecho,  
A los patricios viles que detestas,  
Y abatirás a los sumisos siervos,  
Cuya docilidad tanto te encanta.  
Tú tendrás que premiar a los perversos  
Que han vencido a tus tropas y a ti mismo,  
Y aun darles gracias por haberlo hecho,  
En tanto que morir en un cadalso  
Tus defensores has de ver risueño.  
¡Oh furor! Ya lo ves, hermano mío:  
Para erigirse en déspota, y de hierros

Poder cargar a una nación guerrera  
Después que ha conocido sus derechos,  
Se requiere un valor que impetuoso  
Todo lo arrostre: el que carece de esto  
Saca solo por fruto de su empresa  
Ser objeto de mofa y, vilipendio.

Emp. Si, tú tienes razón : sí... y eso mismo  
Me está a mi justamente sucediendo.  
Los chinos escarnecen con descaro  
Mi ambición, mis inútiles esfuerzos  
Para arruinar las leyes populares  
Y aun me miran por tanto con desprecio.  
He perdido el amor de mis vasallos  
Sin ganar nada en cambio: mis proyectos  
Se deshacen cual humo, y tras dos años  
De un combatir, de un conspirar eterno,  
Ahora más que nunca, amado hermano,  
A esas leyes... al pueblo estoy sujeto.

Burg. Pero, Señor... ¡Qué cosa! Yo no hallo  
Motivo para tanto desaliento.  
¿Qué es lo que se ha perdido? Una batalla.  
¿Y por un tan mezquino contratiempo,  
Único que sufrimos hasta ahora  
Nos hemos de arredrar? ¿Nos faltan medios  
Para reunir más gente, si es preciso?  
¿No conocéis la fuerza del dinero  
En una nación pobre, y la influencia  
Que tiene el que reparte los empleos?  
Decís que ya no os aman en la China.  
¡Qué delirio, Señor! Pues ¿no estáis viendo  
Que provincias enteras os aclaman

Absoluto monarca del imperio?  
¿No se alzan do quier en mil guerrillas  
Vuestros amigos, siempre combatiendo  
Con los libres, ansiando exterminarlos  
Para entregaros el antiguo cetro?  
Además ¿ignoráis cuán incansables  
Trabajan sin cesar en favor vuestro  
Todos los mandarines del Estado,  
Los bonzos, los magnates opulentos,  
Los sabios de opinión , los pretendientes,  
Las mujeres hipócritas, los necios,  
La mayoría en fin del pueblo chino  
Enemiga de todo lo que es nuevo?  
Pues si tenéis aún, Señor invicto  
En vuestra ayuda tantos elementos  
¿Qué razón hay para desanimaros?  
Ea, fuera temores: sin recelo  
Formemos otro plan y osadamente  
A Pekín preparemos su escarmiento.  
Todo nos favorece y nos convida  
A conspirar con ánimo resuelto.  
La subversión se extiende velozmente  
Por la China. Señor, el triunfo es nuestro,  
Y yo ya miro muy cercano el día  
Que debe coronar nuestros esfuerzos.

Emp. Tus palabras penetran a mi alma...  
A mi pecho reaniman tus acentos,  
¡Ah, si yo consiguiera mi venganza  
Saciar alguna vez! ¡Sagrados Cielos!  
Mas no perdamos tiempo tan precioso:  
Corre, Burgo-Brigán, llámame luego  
A Trementín, y un nuevo plan de ataque

Al instante formemos.

Burg. Voy corriendo.

Escena III

#### EL EMPERADOR Y ALFEÑIKE

Emp. Hermano, es necesario confesarlo:  
Este Burgo-Brigán no tiene precio.

Alf. Es verdad. Es el padre de la intriga:  
Tiene poca vergüenza y buen talento,  
Y es activo y celoso... Mas... se entiende,  
En mediando una cosa.

Emp. ¿Qué?

Alf. El dinero.  
Este es su Dios: y por echarle el guante  
Es capaz de ladrar como los perros.

Emp. Todos sus camaradas adolecen  
De igual enfermedad: solo por eso  
A su patria en la guerra abandonaron  
Para servir al Príncipe extranjero.  
Pero ¿qué nos importa? Que nos sirvan,  
Y sea por codicia o por afecto.  
¡Ah! Ojalá que pudiera yo en un día  
Con oro seducir a todo el pueblo.

## Escena IV

### PAKORRITO Y LOS DICHOS

Pak. ¿Conque es verdad que viene a visitarte  
La turba de señores anilleros  
Esa noche, con todo el aparato  
Y pompa y fausto de la junta?

Emp. Es cierto.

Pak. ¡Habrá cosa más rara! ¿Quién creyera  
Que después del petardo tan completo  
Que en la noche de marras les pegaste,  
Fuesen tan brutos y tan majaderos  
Que a ofrecerte vinieran sus servicios  
Cual si fuese mentira aquel suceso?

Emp. ¿Y qué tiene de extraño? Pues, acaso,  
¿He perdido el sublime privilegio  
De repartir como me dé la gana  
Las condecoraciones y los sueldos?

Pak. No.

Emp. Pues entonces, di ¿cómo es posible  
Que se aparten de mi los anilleros?

Pak. Sí... me hago cargo: mas, como ya saben  
Que tú no quieres lo que quieren ellos...

Emp. Lo que ellos quieren es coger destinos  
Y todo lo demás es un pretexto.

## Escena V

### TREMENTIN, BURGO-BRIGAN Y LOS DICHOS

Trem. Señor, a vuestras plantas...

Emp. Caro amigo,  
Ya estarás informado del objeto  
Conque te llamo.

Trem. Sí Señor, lo estoy...  
Y... ya se ve...entablar otro proyecto...  
Otra conspiración, nos es muy fácil.  
Tenemos mil recursos, hay mil medios.  
Pero, Señor... Decidme claramente:  
¿A qué fin pretendéis que conpiremos?

Burg. ¡To na! ¡Qué bobería! Eso es muy claro:  
Para restablecer en el imperio  
El gobierno absoluto.

Trem. Pues entonces  
Repito lo de siempre: yo no puedo.

Burg. ¡Valiente desvergüenza! ¡Habrás tunante!  
Pues ¿qué queréis? Las cámaras y el veto?

Trem. Cabalito, no hay más.

Burg. Ya... Deseáis  
Ser un gran señorón.

Trem. Pues... por supuesto.



Burg. Pues como no sean cámaras de sangre  
No esperéis otra cosa, majadero.

Trem. Pues si no queréis cámaras, iréis  
Con el absolutismo a los infiernos.

Burg. Váyase enhoramala el botarate.

Trem. Cómo... ¡Traidor!

Burg. Despacio caballero:  
Que en eso de traidores no se sabe,  
Quién lo es más de los dos.

Trem. Cómo ¡gran perro!

*Los dos se agarran la greña y se regalan descomunales bofetadas. Los tres hermanos encantado de ver tan noble escena, ríen como tontos. Por último, el emperador coge un garrote y a palos separa a los combatientes.*

Emp. ¿No veis que estoy aquí?

*Los dos.* No me acordaba.

Emp. Pues cuidado con otra... Daos un beso.

*Obedecen como unos corderitos y se quedan tan frescos.*

Emp. Escucha, Trementín, lo que te digo.  
El objeto de todos mis deseos  
Es abolir el código vigente  
Que tan grande poder concede al pueblo.  
Que el pueblo pierda su soberanía

Y que el patricio vil, a mi sujeto  
Sufra todo el rigor de mi venganza,  
Y me verás tranquilo y satisfecho.  
Si esto se logra, me es indiferente  
Que sea por las cámaras y el veto  
O por absolutismo.

Trem. ¡Voto a cribas!  
Acabaraís Señor... Pues ya está hecho.  
¡Qué lástima que de ese mismo modo  
No hubierais discurrido en otro tiempo!  
Yo os juro que otro gallo os cantaría  
Pues muchos que a los buenos resistieron  
Por odio al despotismo, nuestras filas  
Hubieran engrosado: esto es muy cierto.  
Vuestra pronta mudanza a los leales  
Inspiró desunión y abatimiento  
Trabuco contra vos volvió las armas  
Permaneció pasivo el ministerio...  
En fin, todo sirvió a vuestra derrota...  
Pero... Suceso tal no recordemos,  
Y pongamos tan solo nuestro ahínco  
En enmendar tamaño desacierto.

Emp. Una cosa nos daña: ten presente  
Que por calmar la agitación del pueblo  
Después de su victoria, nombré al Gorro  
Mi ministro, y que debe llegar luego.

Trem. Eso importa muy poco. Un hombre solo,  
Que es novicio en el arte palaciego  
¿Qué podrá hacer? ¿Ni cómo ha de librarse  
De las redes que aquí le tenderemos?

Desde luego, serán paralizadas  
Todas sus providencias; no haya miedo.  
Que en la secretaría de la Guerra  
Excepto seis o siete majaderos,  
Todos, desde el criado que la barre  
Hasta el gran oficial, son de los nuestros.  
Teniendo pues al Gorro asegurado  
De esta manera, nos importa un bledo  
El que sea ministro, pues en nada  
Podrá contrariar nuestros deseos.  
Antes, con colocarlo en la poltrona  
Ganamos infinito, porque el pueblo  
Se confiará con esta providencia,  
Y podremos los otros ministros  
Entregar a la gente del Anillo.  
Los libre gruñirán el nombramiento  
Por dos días o tres, como es costumbre,  
Pero al ver que no tiene ya remedio,  
Callarán como siempre, consolados  
Con tener a su Gorro al lado vuestro.  
Y este, en tanto adulado, seducido  
Sin cesar por nosotros... ¡Vaya! Es hecho.  
Somos seis contra uno... Al cabo, al cabo  
Hará lo que nosotros le mandamos.

Emp. Tienes una cabeza peregrina  
Para fraguar pasteles. Ahora siento  
No haberme aconsejado de ti antes.  
Ya se ve... Mi temor... MI desaliento...  
¡Lo miraba ya todo tan perdido!

Trem. Señor, vamos al caso y dejad eso.  
Discurramos en quién deberá hacerse

La elección... Pero, ahora que me acuerdo,  
¡Qué ministro perdimos en Rosita!  
¡Ah! ¡Qué alhaja! Pues ¿y su compañero  
El famoso Aprendiz? Vaya... Imposible  
Que tan linda pareja remplacemos.  
No es malo Busca-trabas, mas no quiere  
Ni a tiros admitir el ministerio  
Disgustado de ver que se le nombre  
Por camarada a un Gorro tan plebeyo.  
Yo, Señor... Bien quisiera contentarlo,  
Pero... si no es posible ¿qué le hacemos?

Emp. Calla, que suena gente en la antesala.  
Tú, Pakorrito, sal a ver qué es eso.

#### Escena VI

#### LOS DICHOS, MENOS PAKORRITO

Alf. Si el señor Busca-trabas se resiste,  
Vaya muy enhoramala. ¿Piensa el necio  
Que de su presunción necesitamos?  
Pues se engaña infinito.

Trem. Por supuesto.  
En cualquier rincón, se encuentra hombres  
Que saben más, aunque aparentan menos.

Burg. Aquí estoy yo, que soy la propia ciencia  
Y el pudor y modestia al mismo tiempo.

Trem. Ya se sabe.

Burg. Y decid ¿seré ministro?

Trem. Hombre... ¡Os quieren tan mal!

En fin, veremos.

## Escena VII

### LOS DICHOS Y PAKORRITO

Emp. ¿Quién es?

Pak. Todo el Anillo en cuerpo y alma

Que espera tu permiso.

Emp. Que entre luego.

## Escena VIII

*El Emperador se sienta en el trono muy repamigado. Alfeñike y Trementín permanecen en pie a su derecha. Burgo-Brigán se coloca a la mano zurda del Emperador. Pakorrito se acerca a la puerta y para manifestar a la congregación que es llegado el momento de que haga su entrada solemne, le dice: horrio... Y toma enseguida posición cerca de Burgo-Brigán.*

*Empieza entonces la procesión a dejarse ver en forma ordenada a manera de telonio. Lo primero que se descubre es el pendón de la cofradía, que lo lleva el socio Mati-frías, con una cara de pascua como el que cata vinagre. En el pendón se ve el escudo de armas de la sociedad con el sabido burro cano y el Nosotros ni más ni menos. Enseguida marcha la banda de música, y los cantores entonan con los cofrades el siguiente himno, que se repite cuantas veces son necesarias.*

Coro. Viva el gran Tigrekán  
De anido general.

Cofrades. Vamos a ver si nos dan  
Que aquí esta mi memorial.

*En efecto: cada uno de los caballeros socios debe llevar en la mano su memorialito, que es el distintivo de la orden; marchan de dos en dos hasta tomar posición circundando al Emperador. Entonces ofrece el teatro una perspectiva brillante; porque los caballeros socios deben ir cual más acicalados, y a cual más perfumados, y a cual más almidonados, y a cuál más aplanchados, y a cual más acepillados. El Divino, gran protector de la orden, preside la procesión; y al presentarse en el escena, ahuecándose a manera de pavo real, de una palmada que sirve de señal a los cofrades para ponerse de hinojos frente (a) S. M. imperial. Todos principian a darse con un canto en los pechos, hasta que Tigrekán dice: paraos, parados. Entonces se ponen todos con los huesos en punta, y el Divino empieza así:*

Soberano señor que permitiste  
Que os llamásemos padre en otro tiempo:  
La sociedad ilustre del Anillo  
Lacrimosa de ver que se ha disuelto  
En alguna manera la alianza  
Que la ligaba con su dulce dueño,  
A renovarla viene, deseosa  
De poder agradaros: para esto  
Desde luego se olvida de aquel chasco  
Que le disteis el día del aprieto,  
Por el que os da su pésame: y os pide  
Que en cambio perdonéis el sacrilegio  
Que entonces, seducidos y engañados  
Unos cuantos cofrades cometieron,  
Pasándose a las filas de los libres

Olvidados de que eran anilleros.  
Pelitos a la mar, Señor invicto:  
Todos estamos al error sujetos:  
Vos errasteis también, manifestando  
Aspirar solo al despotismo neto,  
Pues nuestro plan rompiendo de este modo,  
Proporcionasteis la victoria al pueblo.  
Pero olvidemos todo y que renazca  
La santa paz: unámonos de nuevo  
A trabajar en pro de nuestra causa.  
Cámaras, gran Señor, no seáis necio,  
Que con ellas, después nos será fácil  
Hacer lo queramos del imperio.  
Cámaras... Acceded a nuestro votos:  
Dadnos todos, toditos los empleos  
Y echaos a dormir a pierna suelta  
Que ya os harán feliz los Anilleros.

Emp. ¡Oh qué elocuencia tan sublime!

Div (*con afectación*). Favor que V. me hace.

Todos. ¡Qué modesto!

Emp. Oye, Divino Par, con tu discurso  
Me he vuelto una jalea y... Esto es hecho.  
Las Cámaras están ya decretadas.

Div. ¿Es cierto lo que escucho, santos cielos?  
¡Oh placer!... Con el rito acostumbrado  
Celebremos tal dicha, compañeros.

*Con acompañamiento de música y haciendo piruetas canta el Divino lo siguiente:*

Ahora sí que sale fuerte,  
Ahora sí que bailo bien:  
Estas si que son alforjas  
Y no las de mi mujer.  
Bailar... bailar, bailar, bailar.  
Bailar... bailar, bailar, bailar.

*A cada bailar dan un brinquito los señores del anillo.*

Escena IX

*Al penúltimo brinquito aparece en la puerta del salón el Gorro que se para sorprendido de ver semejante jolgorio. Cesa la danza y los danzantes se quedan inmóviles.*

Gorro. Señores ¿Quién se casa?... Por mi vida  
Que el palacio imperial está hecho un cielo.

*Todos callan. Trementín viene a donde está el Gorro, le da un abrazo muy apretado y le dice:*

Trem. Ola, señor ministro, bien llegado.  
Ea, venid a prestar el juramento  
Allá fuera y después...

Gorro. No corre prisa.  
Os agradezco tantos cumplimientos.  
Lo que yo quiero es ver al monarca  
Antes que todo.



Trem. Si lo veréis luego...

Gor. Digo que ahora.

Trem. Ya... Eso es otra cosa.

Si os empeñáis, venid. ¡Genio mas seco!

*El Gorro acompañado de Trementín, se acerca majestuosamente al pie del trono. Hace una profunda reverencia al Emperador, y dice:*

Gran Señor, permitid que antes que llegue  
A tomar posesión del ministerio,  
Pueda manifestaros con franqueza  
Cuales son las ideas que alimento.  
Dignaos escuchar benignamente  
La voz de un militar que aborreciendo  
La lisonja que infesta los palacios,  
Solo os dirá verdades sin rodeos.  
El amor a mi patria desgraciada,  
A quien miro cercana al más horrendo  
E inevitable abismo , me ha forzado  
A aceptar de ministro el nombramiento:  
El ansia de salvarla me conduce  
Ante vos, y por esta razón debo  
Empezar por romper, si me es posible  
Ese cruel, ese funesto velo  
Con que vendado, van a conducirlos  
A vuestra perdición los palaciegos.  
Desde que las facciones imperiales  
En el recinto del Alcázar vuestro  
El gobierno absoluto proclamaron:  
Desde que hicieron armas contra el pueblo,  
Sin que os os mostraseis ofendido

Ni pensaseis tampoco en contenerlos,  
La nación toda cree seguramente  
Que sus leyes miráis con descontento  
Y que en buscar los medios de abolirlas  
Trabajáis sin cesar, y con empeño.  
Ella recuerda todos vuestros pasos  
Anteriores al fiero rompimiento,  
Y en todos se figura hallar las pruebas  
De que habéis preparado este suceso.  
¿Os sorprendéis, Señor? ¿Dudáis acaso  
De mi veracidad ? Pluguiera al cielo  
Que os engañara yo: pero en la China  
Únicamente vos ignoráis esto.  
Mis palabras creed: por más que os digan  
Esos perjudiciales consejeros,  
El amor que los chinos os tenían  
Odia, furor se torna por momentos.  
No es mi ánimo decir que tal mudanza  
Se funde con justicia en vuellos hechos  
Mas sí os diré, Señor, que es indudable.  
En todas las provincias cunde el fuego  
De fiera indignación: en todas partes  
Se repite que ya ha llegado el tiempo  
De salir del letargo, y con las armas  
Las leyes sostener en campo abierto,  
Exterminando a todos los que osaron  
Atacar a la patria y sus derechos.  
La anarquía feroz nos amenaza:  
Ya es muy difícil contener al pueblo.  
Se va a precipitar : va a sumergirnos  
En un caos de sangre y de lamentos.  
¡Oh patria desdichada! ¡A qué ruina  
Te arrastra la ambición de tu gobierno!

Señor, reflexionad atentamente  
Sobre el cuadro de horror que os manifiesto.  
Salvad vuestro nación, salvad el trono.  
Salvaos á vos mismo da este incendio.  
Aún es hora: con sola una palabra  
A tal calamidad pondréis remedio.  
El furor nacional reconcentrado,  
Meditando venganza en el silencio,  
Para manifestarse espera solo  
A que nombréis el nuevo ministerio.  
Si éste se compusiera por desgracia  
De esos aborrecidos anilleros:  
Si en hombres de quien todos desconfían  
Recae la elección, tened por cierto  
Que en el instante mismo en que se sepa  
Nuestro, pacto social será disuelto.  
Si pues, esta catástrofe sangrienta  
Queréis evitar, haced os ruego  
Lo que os voy a pedir: cosa es muy fácil.  
Poned a la cabeza del gobierno  
Patricios virtuosos que merezcan  
El amor, el respeto de los pueblos.  
Esta sola medida es suficiente  
A salvarnos, pues ella en el imperio  
Derramando la dulce confianza  
Hará nacer la calma y el sosiego.  
¡Ah! gran señor, prestaos a mis votos:  
De mis razones conoced el peso:  
Y elegid mandatarios al estado  
Entre los hombres libres.... como estos.

*Saca una lista y la entrega respetuosamente al Emperador que hasta ahora  
habrá mostrado bastante agitación. Todos los palaciegos habrán manifestado la*

*más viva impaciencia por contestar. Al fin, mientras el Emperador lee, Treméntín no pudiendo sufrir más, revienta y dice:*

¡Esta buena la fresca! ¿No sabéis  
Que solo Tigrekán tiene derecho  
De elegir sus ministros?

Gor. ¿Y yo acaso  
Le hago fuerza a nombrar los que presento?

Trem. Pues ¿y esta lista?

Gor. Sirve únicamente  
Para manifestar mis sentimientos.  
Si por ella se nombran los ministros  
Admitiré gustoso el ministerio.  
Pero sino, renuncio desde ahora.  
Y sabrá la nación que yo no quiero  
Que confiada en mí, dejar se lleve  
A la muerte por viles anilleros.

Div. Pues vaya usted con Dios, que no hace falta.  
Los ministros saldrán de nuestro seno:  
Su el pueblo lo murmura, nada importa.  
No es tan bravo el león. En el imperio  
Hay provincias enteras que contengan  
De los patricios el furor perverso.  
Además, la persona del monarca  
Es sagrada, inviolable, y no haya miedo  
De que nadie la ultraje; y sobre todo  
Si llegará ese caso, en el momento  
Entrarían las tropas de Tartaria  
Y causarían terror al mundo entero.

Gor. ¡Cómo os alucináis! Si en las provincias  
Se han alzado gavillas de perversos  
Al monarca absoluto proclamando,  
También se alzaron en seguimiento  
Y en fila innumerable los patricios.  
Y ya por todas partes, sí, sabedlo,  
Las armas victoriosas de la patria  
Adquieren cada día triunfos nuevos.  
Es verdad que sagrado e inviolable  
Es el Emperador: pero si el freno  
De las leyes que así lo han declarado  
Llegan a romper el furibundo pueblo  
¿Quién podrá recordarle sus deberes  
Cuando atienda tan solo a su despecho  
Y por fin, si tenéis la confianza  
En ese corto ejército extranjero  
Que por vuestra influencia en la frontera  
Permanece, inspirándonos recelos,  
Recordad que en la China, no hace mucho  
Al golpe vencedor de nuestro acero  
Trescientos mil soldados aguerridos  
De esa nación, rindieron el aliento.  
Y sobre todo, cuando penetrarán  
Hasta Pekín los tártaros guerreros  
¿Dónde estarían los que los llamaron?  
Sumidos en las simas del Averno.

Emp. Yo me decido, sí... Pues que la suerte  
Así lo quiere... Y no tiene remedio.  
Ilustre Gorro, estoy desengañado  
De los errores en que me han envuelto  
Esos hombres infames que me cercan.  
Deseo recobrar el tierno afecto

Que un día mi nación me profesaba,  
Y que he perdido por estar tan ciego.  
Toma: elige ministros a tu gusto,  
Yo me conformo con tu nombramiento.

*El Gorro recibe de mano del Emperador la lista de los candidatos. Temblor general en los caballeros socios que tiritan a porfía. Alfeñike dice cá... y no puede concluir la dicción: Pakorrito pide agua: Burgo-Brigán saca la lengua, aprieta los dientes y se da palmadas en la panza: y Trementín se limpia el sudor. Todos suspiran tan reciamente que apagan las candilejas, y el teatro (por supuesto) se queda a oscuras.*

Emp. Luces, luces.

Gor. Señor, yo sabré daros  
Cuantas necesitéis en breve tiempo.

*Abre la puerta y empiezan a entrar ujieres de saleta que quedan absortos y al contemplar la actitud de aquella gente sueltan la carcajada. En efecto no es el caso para menos. Los socios están rompiendo a toda prisa los memoriales: Mati-frías le habrá quitado ya el asta al pendón de la cofradía, y se lo estará liando al cuerpo a manera de faja: el Divino, parlanchín eterno, es el único que habla en aquel instante aciago para ello, pero toda su facundia solo le permite articular las palabras siguientes: Errela, la logré. Llanto general y moco tendido: la derrota es completa. El Gorro es el único que está contento, y el Emperador conforme.*

Gor. ¡Oh exceso de placer! Príncipe invicto.  
Acabáis de salvar a vuestro imperio.

Alf. Pero, hermano, ¿es posible que así cedas?

Emp. Calla que a tus maléficos consejos,

A tus instigaciones repetidas  
La mayor parte de mis males debo.

Gor. Ea, pues; con la música a otra parte.  
A la calle, señores anilleros.

*Marchan más que de paso con sus orejas gachas y cual perro con cuerno,  
cantando a regañadientes por el estilo del non me lon regolderis (sic) el  
siguiente himno patriótico:*

Cofrades. Ay que mandan los Gorrillos,  
Cielos, ¿qué será de mí?

Coro. La gran junta del Anillo,  
Pasajero yace aquí.

*Luego que el salón se limpia, dice Trementín a Burgo-Brigán: Y nosotros, ¿qué  
hacemos? ¿Nos marchamos?*

Burg. Creo que irnos será lo más derecho,  
Ello... Nos han de echar.

Trem. ¿Sí? Pues andando.  
Señor, nos vamos yo y mi compañero  
Porque estamos hacienda mucha laita...

Emp. Andad con Dios.

Gor. Marchad, y quiera el cielo  
Que libre de tan viles sabandijas  
Logre estar el palacio mucho tiempo.

CAE EL TELON

# Resumen

Esta tesis doctoral parte de la constatación de la heterogeneidad de la corriente liberal exaltada y de la voluntad de afinar el conocimiento historiográfico sobre ella. Se escogió Madrid como observatorio de la evolución de esta corriente, considerando esta capital como sede de las principales instituciones liberales de ámbito nacional: las Cortes y el gobierno. Las distintas fuentes analizadas -tales como el *Diario de las sesiones de Cortes*, periódicos y folletos, memorias y fuentes de archivos españoles y franceses- permitieron un estudio de la formación y evolución del liberalismo exaltado así como sus tendencias internas. A través del presente trabajo, se explicita la heterogeneidad de esta corriente, compuesta de distintos grupos políticos, los cuales van desde la defensa de los intereses burgueses hasta la proclamación de principios radicales que sobrepasan el horizonte burgués del liberalismo. Asimismo, se da cuenta de algunas características de la política llevada a cabo por Fernando VII en calidad de rey constitucional, y su relación diplomática con Luis XVIII y su gabinete.

Palabras claves: política, liberales exaltados, Trienio Liberal, Fernando VII.

# Résumé

Cette thèse doctorale part de la constatation de l'hétérogénéité du courant libéral exalté ainsi que de la volonté d'enrichir la connaissance historiographique sur ce même courant. J'ai choisi Madrid comme observatoire de l'évolution de ce groupe politique, en considérant cette capitale en tant que siège des principales institutions libérales: les Cortes et le gouvernement. Les



différentes sources analysées -telles que le *Diario de las sesiones de Cortes*, des journaux, des mémoires et des sources d'archives espagnoles et françaises- ont permis une étude de la formation et de l'évolution du libéralisme exalté ainsi que de ses tendances internes. Dans le présent travail, j'insiste sur l'hétérogénéité de ce courant, composé de différents groupes politiques, lesquels vont depuis la défense des intérêts bourgeois jusqu'à la proclamation de principes radicaux qui dépassent l'horizon bourgeois du libéralisme. Egalement, je rends compte de quelques caractéristiques de la politique menée par Fernando VII en tant que roi constitutionnel et de sa relation diplomatique avec Louis XVIII et son cabinet.

Mots-clés : politique, libéraux exaltés, Trienio Liberal, Fernando VII.